

A person wearing a dark leather jacket and blue jeans is shown from the back, standing on a dark, textured surface. A dark-colored dog is in the foreground, looking towards the person. The overall mood is gritty and cinematic.

DAVID JIMÉNEZ «EL TITO»

INSPECTOR SOLO

OIF
VERSATIL

Table of Contents

[Prólogo: Triste, solitario y final](#)

[1. Muero de amor](#)

[2. El demonio interior](#)

[3. La llamada de la muerte](#)

[4. El inspector Solo](#)

[5. Mentiras arriesgadas](#)

[6. Investigaciones paralelas](#)

[7. Un vídeo, un retrato y cinco llamadas.](#)

[8. La vida es una puta](#)

[9. Un viejo conocido](#)

[10. Rostros del pasado](#)

[11. La última llamada](#)

[12. El cebo](#)

[13. Desconfianza](#)

[14. Secretos y mentiras](#)

[15. Cada uno juega sus cartas](#)

[16. Un as en la manga](#)

[17. Nahia](#)

[18. El listado y la lista](#)

[19. Dos mujeres y una hembra](#)

[20. Cartas marcadas](#)

[21. El caso se encrespa](#)

[22. El secuestro](#)

[23. Un mal día](#)

[24. El día de Todos los Santos](#)

[25. Guerra psicológica](#)

[26. Un móvil plausible](#)

[27. Ni tan santos ni tan inocentes](#)

[28. Ni un pelo de tonto](#)

[29. Lealtad](#)

[30. El Mariscal](#)

[31. La llave del caso](#)

[32. Vuelta a la normalidad](#)

[33. Al margen de la ley](#)

- [34. Una comida importante](#)
- [35. Triste pasado y doloroso presente](#)
- [36. Una visita inesperada](#)
- [37. El secreto mejor guardado de Sasha](#)
- [38. Una distancia insalvable](#)
- [39. Zoe 3.0](#)
- [40. Desenmascarando al Mariscal](#)
- [41. El exhibicionismo del Mediterráneo](#)
- [42. Amnesia selectiva](#)
- [43. El perro verde](#)
- [44. El cazador cazado](#)
- [45. Dos orejas y rabo](#)
- [46. Un nuevo amanecer](#)
- [Triste, solitario y final](#)

Prólogo: Triste, solitario y final

Las contradicciones, las ambivalencias, las ambigüedades, son la base de la novela negra. Abundan ejemplos. Contradicciones entre los derechos fundamentales que marca la Constitución y la realidad, el día a día, empeñados en llevar la contraria. Entre las versiones oficiales que venden los medios de comunicación y los gabinetes de prensa y las versiones particulares que pueden aportar cada uno de los implicados en cualquier suceso... Y también algunas veces, como en *Inspector Solo*, aparecen personajes contradictorios, surcados por más sombras que luces. No podemos separar la vista de la página, atraídos por él no podemos soltar la novela, aunque ni por lo más sagrado le invitaríamos a tomar café. La novela negra siempre ha animado cierta fascinación hacia personajes éticamente condenables. Puede que el inspector Solo no sea el peor pero, sin duda, sí es uno de los más torturados.

El inspector Solo es tremendamente contradictorio. Es un policía de métodos expeditivos que, a la vez, en cierta manera, vive contenido, reprimiendo sus emociones para no crear lazos afectivos. La incomodidad que genera el personaje, aislado de todo y de todos hace que, de forma paradójica y contradictoria, nos atraiga como la miel. Hace que desde la distancia que da la lectura, no queramos separarnos de él.

Como en las mejores novelas del género, el suspense aparece con fuerza en las primeras líneas y nos mantiene en vilo hasta las páginas finales. Una noche cualquiera, cuando Marcial ha bebido más de la cuenta, avanzada la madrugada, va a ver a su prostituta favorita. Al día siguiente aparece asesinada. ¿La ha matado él? ¿Lo ha hecho con sus propias manos? No sabe responder. Pero además hay algún sospechoso entre la burguesía local: un poderoso empresario. El desvelamiento de las diferentes verdades —y también de algunas omisiones y engaños— no solo nos llevará al desenlace. También será para Marcial, el inspector Solo, la ocasión de recomponer e integrar sus perfiles, determinadas percepciones y recuerdos. Esta peculiaridad del investigador aporta a la novela una muy interesante

profundidad psicológica, tratada por el autor con especial precisión.

David Jiménez, autor de *Inspector Solo*, es además de escritor, Policía de Aduanas. Conociendo sobradamente bien el procedimiento policial, lo plasma de manera fluida y comprensible, pero elude con inteligencia un exceso de documentación o especialización, haciendo que los personajes y lo que les sucede sean lo central de su novela, sin desplazarlos en favor de jergas científicas o alardes técnicos.

Profundizando con habilidad y sin compasión en esas contradicciones que padecen todos sus personajes, en especial Solo, David Jiménez consigue que *Inspector Solo* sea una novela sorprendente y a la vez completamente verosímil. No se puede pedir más a una buena novela negra: capacidad de convicción, tensión narrativa, un personaje inusual y un paseo peligroso por sus contradicciones y zonas de sombra.

Por David G. Panadero, director de la colección Off Versátil

1. Muero de amor

«Estaba cansado de follársela, sin embargo, se moría de ganas de hacerle el amor».

Apuró la cerveza y levantó la mano para que la joven camarera de sinuosas curvas acudiera a su mesa otra vez. Escrutó con ojos vidriosos de lascivia su contoneo. Estaba convencido de que esa furcia disfrutaba con las miradas de los clientes que a esa hora de la madrugada abarrotaban el bar y se deslizaban por su cuerpo presos de unos deseos indecorosos y con visos de poca prosperidad.

—Otra —dijo, mientras elevaba su botellín.

La muchacha miró al extremo más distante de la mesa donde, sin duda, aquel hombre de mirada autoritaria había dispuesto las botellas vacías con la intención de obligarla a estirarse para recogerlas, y poder disfrutar así, durante unos efímeros segundos, de una visión privilegiada de sus voluptuosos pechos que, atrapados en un minúsculo top blanco y bajo el influjo de los destellos de luz discotequera del garito, se convertían en una fuente de premeditada distracción para los clientes.

La cabeza había comenzado a darle vueltas cuando la chica adornó su mesa con un nuevo tercio. Esta vez no dedicó ni un segundo a su cuerpo. Bebió un largo trago del botellín y puso rumbo al cuarto de baño. Tuvo que esperar más de lo que su paciencia estimaba preceptivo para poder entrar y, cuando lo hizo, un mar de orín bañó sus zapatos italianos.

—¡Mierda!

Se colocó frente al espejo del lavabo y sacó la cartera de piel del bolsillo. Deslizó sobre ella un poco de polvo blanco y lo alineó a lo largo de toda su superficie, con ayuda de la tarjeta de crédito. Finalmente, con un billete de cincuenta euros a modo de canuto, realizó una profunda inspiración que encauzó toda la coca hasta embestir directamente contra su masa gris. Meó y regresó a su mesa. La noche no había hecho más que comenzar.

Supo que estaba borracho cuando golpeó el botellín con la yema de sus dedos al intentar alcanzarlo. El tercio perdió el equilibrio y el líquido amarillento se esparció por toda la superficie de la mesa hasta alcanzar el borde y precipitarse, gota a gota, contra un suelo roñoso y sediento. Marcial permaneció absorto. Era como si todo ocurriese a cámara lenta y pudiese observarse desde una perspectiva lejana; como si su cuerpo permaneciese aparcado sobre la silla mientras él, puesto en pie, observaba todo el proceso que había desencadenado su torpeza. Nadie pareció percatarse del incidente: la música, ensordecedora hasta niveles manifiestamente ilegales, camuflaba cualquier sonido que fuese más allá de las voces más comerciales del panorama musical actual. Marcial se levantó y, tambaleándose, buscó la salida. Tras unos minutos que se le hicieron interminables, y después de haber vadeado la corriente humana que intentaba acceder al lugar del que él trataba de huir, consiguió alcanzar la salida.

El mes de octubre, que se negaba a acercarse el otoño a Cartagena, lo recibió con una agradable brisa que acarició su rostro y, por un instante, le hizo recobrar la compostura. Anduvo unos pasos hasta llegar a un escalón que daba acceso a una oficina bancaria, y allí se sentó con la esperanza de que la pausa aliviase su malestar. Sin embargo, el edificio de enfrente, donde la luz encendida evidenciaba la actividad de Sasha, su musa sexual, le robó el último resquicio de cordura. El recuerdo de su cuerpo níveo, entregado a unos sentimientos impostados a base de euros, activó la parte del cerebro que huye de la lógica y que Marcial tan bien conocía.

La insistencia del timbre a esas horas de la madrugada la hizo dirigirse a la puerta a toda velocidad. Sasha, a pesar del continuo vaivén de hombres, siempre se había caracterizado por su discreción, así que el temor a que aquella barahúnda alertara a unos vecinos que, si bien no eran ajenos a su actividad nocturna, no tenían queja de su comportamiento, la hizo obviar su principal medida de seguridad: nunca aceptaba clientes sin cita previa. Abrió sin más, ni siquiera tuvo la precaución de averiguar por la mirilla quién era el causante de tanto alboroto, así que no supo ocultar la sorpresa:

—¿Qué haces aquí?! ¿Qué escándalo es este? ¿Qué quieres, que los vecinos se me echen encima?

Él la oía, pero no la escuchaba. Su acento del este de Europa embelesó todos y cada uno de sus sentidos, transportándolo a ese mundo imaginario

que anhelaba y en el que tanto había divagado durante las últimas semanas.

Sasha cerró la puerta y le dio la espalda dirigiéndose al salón; él la observó impertérrito. A pesar de no llevar los tacones con los que siempre le recibía, el resto de ella permanecía inmutable: su melena negra lisa ondeaba sobre su tez pálida, dejando entrever en cada movimiento la parte trasera de un sujetador negro que, junto con el tanga a juego, remarcaban el contraste con su piel. Sus ojos, ajenos a los sentimientos, estaban clavados en el trasero redondo y prieto que se contoneaba a cada movimiento de unas largas y fibrosas piernas que la dotaban de un paso regio.

Avanzó con rapidez hasta llegar a su altura, la asió por los hombros y la volteó para ponerla de frente. Sus ojos se cargaron de odio, aun así, él dijo lo que había ido a decir:

—Te quiero, Sasha. Cásate conmigo.

—¿Qué te pasa, estás borracho? —Sasha lo miró con desprecio e intentó liberarse de las manos que apresaban sus hombros. No pudo—. ¡Suéltame!

—Vente conmigo. Puedo hacerte muy feliz. —Él apretó con más fuerza sus hombros y la atrajo hacia sí para besarla. Ella giró la cabeza.

—¡¿Qué haces?! Te estás pasando. Suéltame ya. —Sasha lo miró colérica y zarandeó su cuerpo como si de un cable de alta tensión se tratara, pero no pudo liberarse.

—Escúchame, Sasha. Esta no es la vida que mereces...

—¡Que me dejes, cabrón! —Sasha levantó la pierna, con inusitada violencia, y su pie impactó en los testículos de su captor, que se ovilló en el suelo.

—Pero ¿qué haces, puta?

Sasha vio en sus ojos que algo había cambiado y emprendió la huida, sin embargo, apenas pudo dar un paso: él, desde el suelo, estiró la mano hasta agarrar con firmeza su tobillo, después un violento tirón la hizo caer de bruces en el parqué. Sin tiempo para que reaccionara, se abalanzó sobre sus cincuenta kilos y se colocó a horcajadas, atrapando sus escuálidos brazos bajo sus rodillas, y la desesperación actuó por él. La abofeteó con insidia. Un golpe seco que enrojeció su rostro y arrancó un alarido de una boca más acostumbrada a gemir de placer que de dolor.

—¿Qué pasa, Mar...

Los dedos abrazaron su cuello impidiendo que ella dijera un nombre que ya no quería oír salir de su boca. Le había dado su oportunidad, pero lo había ninguneado. Y eso él no podía permitirlo.

La música penetró por sus oídos deshilachando un sueño del que apenas pudo recordar nada cuando abrió los ojos. Desorientado, y con la melodía del teléfono taladrando su sien, contestó:

—Diga. —Marcial escupió la palabra con un tono de voz que evidenciaba el escaso tiempo que llevaba despierto.

—¿Dónde está?! —La voz de Miguel Lasaosa, el comisario, redobló en su cabeza como una explosión pirotécnica.

Esa misma pregunta se estaba haciendo precisamente Marcial desde el mismo momento en el que *Tú sin braguitas y yo sin calzones*, una magistral canción de Forraje con la colaboración de Kutxi Romero, redujo a jirones su descanso. No es que no supiera que el asiento que ocupaba, y donde parecía evidente que había pasado la última parte de la noche, fuese el de su Peugeot 308, simplemente no sabía ni cuándo ni cómo había llegado hasta allí. Hizo un esfuerzo por retrotraerse hasta el último recuerdo nítido de una noche que había empezado en el L'altro Peccato y en compañía de cuatro cervezas, sin embargo, su cerebro solo le permitió regresar hasta el momento en el que, sentado en un bar de La Alameda de San Antón, apuraba una de sus cervezas rodeado de una cantidad ingente de personas que rezumaban una mezcolanza de olor a sudor y colonia barata. A partir de ahí no había ni una sola imagen mental de cómo había salido del local y mucho menos de cómo había llegado hasta su coche. Giró la cabeza hacia la izquierda y ante sus ojos legañosos se recortó la silueta del edificio donde gastaba buena parte de su sueldo. Su corazón dio un vuelco: un par de coches patrulla y varios de incógnito, que él conocía a la perfección, ocupaban parte de la acera que había frente a la puerta. Fue entonces cuando en su fuero interno comprendió para qué lo llamaba el comisario.

—Estoy en casa —mintió.

—Pues levántese y venga echando hostias a La Alameda: tenemos un cuerpo.

—¿Y lo de Torre Pacheco?

Marcial y Zoe estaban estancados, desde hacía más de un mes, en el homicidio del propietario de una fábrica de ensaladas de cuarta gama. Un caso en el que el casquillo de un rifle de caza era la única pista que el asesino había dejado. Sin móvil aparente, sin testigos y sin ningún enemigo conocido, el asesinato de Lucas Crespo se estaba convirtiendo en un verdadero quebradero de cabeza del que, sin duda, ni el inspector ni la agente tendrían ningún problema para desvincularse.

—Olvídenlo por ahora. Lo de hoy me preocupa más: una muerte en el centro de la ciudad, por mucho que sea la de una puta, genera una gran alarma social.

Las palabras de Lasaosa confirmaron el siniestro presentimiento que Marcial había augurado al ver los vehículos policiales frente al edificio de Sasha. Aunque el comisario aún no le había confirmado que se trataba de ella, la posibilidad de que otra prostituta viviera en la misma finca se le antojaba difícil.

—En dos minutos estoy allí.

Salió del coche y observó su ropa. Tras veinticuatro horas pegada a su cuerpo ,impregnándose de noche, de alcohol y de sudor propio y ajeno, distaba de ser el atuendo idóneo para acudir al trabajo. Resolvió adecentarla con unas sacudidas y dejar que su chaqueta de cuero camuflase su inmundicia. Una jaqueca nauseabunda se había instalado en el centro de su cabeza y hacía que hasta la tenue luz que daba vida al nuevo día le molestase. El estómago rugía protestando por el alcohol que a esas horas de la mañana aún no había sido capaz de detoxificar un hígado con un evidente exceso de trabajo en las últimas semanas. Cuando se sobrepuso a las inclemencias corporales, observó desde lejos cómo un agente custodiaba la puerta y, a pesar de que se moría por entrar a comprobar sus sospechas, decidió esperar unos minutos para hacer más creíble su mentira frente al comisario: por muy cerca que su casa estuviera de allí, resultaría imposible justificar tanta premura. Metió las manos en los bolsillos de la cazadora y comenzó a moverse de un lado a otro como si fuese un marido esperando a que la matrona asomase por la puerta para comunicarle el nacimiento de su primogénito.

Hacía escasos meses que Marcial, fruto de la investigación más importante de su carrera policial, había descubierto que sus padres lo habían adoptado de forma ilegal, lo que había terminado por desintegrar un vínculo familiar que hacía muchos años que él había acabado convirtiendo en una mera obligación contraída por los años de convivencia. Así que, aunque no se podía considerar un experto en las relaciones interpersonales, su vínculo con Sasha sí que traspasaba la delicada barrera que, por lo común, separaba a prostituta y cliente. El hecho de que el inspector fuese una persona poco dada a los afectos, más allá del que le unía a Sola, su galga española, le había abocado a entrar progresivamente en el mundo de la prostitución para poder satisfacer

unas necesidades que de otra manera le hubiesen supuesto una tarea engorrosa. En ese devenir por la lujuriosa noche cartagenera se topó con Sasha, una rumana de belleza mitológica y de carácter frío; idónea para atender sus demandas. Desde que la conoció se convirtió en su particular musa sexual y, aunque habían ido poco a poco erosionando la coraza de intimidad, nunca había traspasado la invisible barrera que dibujaba el reguero de billetes con el que sellaban sus encuentros.

Cuando consideró que el tiempo pasado era el prudencial para no despertar las sospechas del comisario, cruzó la calle en dirección al portal. No le hizo falta identificarse ante el agente. La rocambolesca historia del asesino del café había convertido a Marcial, y por ende a Zoe, en los policías más conocidos de la comisaría de Cartagena. Eso y su fuerte temperamento lo hacían ser un policía célebre muy a su pesar.

—¿Piso?

—Quinto A —respondió escueto el agente.

A Marcial no le hizo falta subir para saber que el cuerpo que teñía de muerte la atmósfera del edificio era el de su querida Sasha.

2. El demonio interior

La puerta estaba abierta y tan solo la funda en la que habían envuelto el cuerpo, una vez terminadas las pesquisas de la Policía Científica, le separaba de Sasha. El piso estaba sitiado por policías enfundados en trajes blancos que se afanaban en encontrar evidencias que escapaban al ojo humano. Por primera vez en su carrera al inspector le pareció que estaban profanando un lugar sagrado.

—Quiero verla. —Marcial alzó la voz desde el rellano del piso mientras señalaba en dirección al cuerpo.

Un agente se acercó hasta él con un par de guantes de látex en la mano y se los tendió.

—Póngaselos. Casi hemos acabado: solo nos queda la recogida de huellas.

Marcial los cogió y los escrutó como si fuese la primera vez que los viera. En realidad, de no ser el cuerpo de Sasha el que yacía envuelto en la mortaja de plástico, jamás hubiese accedido a la casa hasta que aquellos pseudoastronautas la hubiesen abandonado. No soportaba que le dieran órdenes, mucho menos parapetadostras aquellas máscaras que ocultaban el rostro de quien las dictaba. Le gustaba trabajar solo, o mejor dicho, tan solo la presencia de Zoe le permitía la autonomía necesaria para hacerlo en compañía. Y fue precisamente la voz de la agente la que desvió su mirada de los guantes que habían provocado aquella retahíla de pensamientos.

La agente, menuda y con una media melena negra que recogía en horas de servicio, apareció por su derecha. Venía de la parte del salón que quedaba oculta tras la pared del recibidor. El tono belicoso del inspector la había alertado, de manera que decidió acudir antes de que el agente fuese testigo de uno de los repentinos cambios de humor de Marcial, que en las últimas semanas, y en especial con ella, eran cada vez más frecuentes.

—Pensaba que no vendrías —dijo con una sonrisa en la boca mientras rehacía su coleta, a sabiendas de que ese gesto le encantaba.

La relación entre ellos, como todas las que mantenía el inspector, era de una peculiaridad extrema. Marcial, tras la muerte de su compañero

Santibáñez, la única persona digna del calificativo de amigo a lo largo de sus más de veinte años en el Cuerpo, vivió un largo periplo en el desierto hasta dar con Zoe, una agente tímida y con el don de saber cuándo y de qué forma hablar con él. El comienzo no fue fácil para ella por el fuerte carácter del inspector y el escaso interés que tenía en incorporar personas nuevas a su vida, aunque se fue adaptando de forma progresiva, hasta el punto de que en el seno del departamento de Homicidios, habían comenzado a llamarlos «La Bella y La Bestia».

—¿Dónde está el comisario?

La muerte de Sasha había inhibido, inconscientemente, su reacción habitual al estímulo que provocaba aquel gesto que su compañera repetía decenas de veces a lo largo del día, como si de un tic se tratase.

—Se marchó hace unos minutos con el inspector jefe Brau.

Vicente Brau era un barcelonés recién aterrizado en Homicidios para suplir la baja de Alfonso Villanueva, mentor de Marcial, en prisión preventiva desde hacía meses como consecuencia de una investigación que terminó por confirmar a Marcial lo que él mejor que nadie ya sabía: la especie humana vivía pagada de sí misma. El inspector jefe había sido un referente de honradez y rectitud para Marcial que, como casi todos los que había establecido a lo largo de sus algo más de cuatro décadas, comenzaban a tambalearse.

—Mejor —contestó, mientras iniciaba el camino hacia el encuentro con Sasha.

Zoe lo siguió sin mediar palabra. Cuando llegaron a la altura del cadáver se situó en el lateral opuesto al de Marcial. Ella ya había visto el cuerpo, incluso había escuchado por boca del forense, Adolfo Morales, cuál era la causa de la muerte, pero sabía que todo eso era inútil trasmitírselo ahora al inspector. Él seguía sus propias normas y, por suerte, ella las conocía.

Marcial cogió la hebilla y la deslizó con sutileza, como si tuviese miedo de que la cabellera azabache de su musa pudiese quedar atrapada en ella. Tan solo realizó el recorrido necesario para ver su cara: necesitaba tener la certeza de que era Sasha la que estaba oculta tras el envoltorio de plástico. En ese momento no le interesaba nada más. Estaba seguro de que Zoe lo pondría al día con todo lujo de detalles, como hacía siempre.

A pesar de los párpados cerrados, Marcial podía imaginar su mirada impersonal de ojos marmóreos pidiéndole justicia. De repente, sin saber por qué, cerró a toda prisa la cremallera preso de un temor exacerbado. ¿Por qué

había amanecido enfrente de su casa? ¿Había decidido hacerle una visita? Recordaba vagamente haber estado bebiendo gran parte de la noche en el bar de La Alameda, incluso haber sopesado la posibilidad de llamarla, pero no recordaba haberlo hecho. ¿Podría su demonio interior, tal y como ya le había advertido el asesino del café, haber tomado el control por él? Aún recordaba sus palabras, que se había esforzado en tatuar a fuego en su cerebro: «Jamás dejes que te doblegue. Si lo hace, aunque solo sea una vez, nunca más recuperarás su control».

Hasta ahora, esa presencia interna que en ocasiones le impelía a actuar de forma violenta e incontrolada no había conseguido ir más allá de unos cuantos segundos de enajenación, pero ¿cómo saber si anoche había superado ese dique imaginario construido a base de raciocinio? Finalmente se levantó a toda prisa, abandonó el piso y descendió por las escaleras sin ser consciente de la inquietud que ese comportamiento había suscitado en su compañera.

Zoe no dijo nada. Ni siquiera hizo el amago de seguirlo. Aquel comportamiento de Marcial sí que la había sorprendido. Su parquedad en palabras no era ninguna novedad, ni la sequedad con la que la obsequiaba en ocasiones, pero aquella reacción ante el cadáver de una desconocida rompía todos los cánones establecidos en el *modus operandi* del inspector. ¿Qué tipo de relación podía tener con una prostituta? ¿A qué se debía aquella inesperada huida?

Lo cierto era que la actitud de Marcial hacia ella había cambiado radicalmente en las últimas semanas. Ya no tenía nada que ver con la que durante un tiempo parecía haberlo reconciliado con la especie humana, y se acercaba mucho más a la del huraño que le presentó el comisario Lasaosa frente al cadáver de Enma Novoa diez meses atrás. Aunque entre sus virtudes nunca había estado el respeto por las normas de cortesía, el ninguneo al que la estaba sometiendo tenía un deje forzado que la hacía sospechar que el inspector intuía aquello que con tanto esmero había tratado de ocultarle. Desde que empezaron a trabajar juntos siempre había ido de frente con él, sin embargo, esta vez había optado por guardar silencio. Temía que su relación laboral se viera afectada. Así que la duda que le generaba no saber si ese cambio de actitud tenía que ver con que Marcial la hubiese pillado en un renuncio, estaba convirtiendo su día a día en una montaña rusa de emociones. El presentimiento de que el inspector había leído en sus ojos la mentira se

instaló de forma definitiva cuando descubrió, fruto del azar, una nevera repleta de cervezas oculta en un armario de su despacho. Jamás imaginó que una personalidad como la suya, que la había conquistado desde el primer momento por su firmeza, sucumbiese a una solución tan manida para no hacer frente a los problemas.

No era propio de él.

Como tampoco lo era aparecer en su puesto de trabajo un par de horas tarde, con la ropa del día anterior y con un hedor etílico que sobrepasaba los niveles recomendados para mantener una conversación a menos de un metro de distancia de su interlocutora.

Estaba bloqueado. Los recuerdos le habían abandonado y las dudas espesaban sus pensamientos. Era la primera vez que la muerte de alguien le provocaba una reacción tan descontrolada. Estaba seguro de que a Zoe no le habría pasado desapercibido aquel detalle, así que decidió regresar al piso antes de dar más alimento a las hipótesis de su compañera.

Ya había pulsado el botón del ascensor cuando el contiguo bramó y escupió a Zoe, que había bajado a buscarlo.

—¿Pasa algo, Marcial? —preguntó con voz trémula.

—No —mintió—. Subamos.

Rehicieron el ascenso en silencio y, una vez dispuestos junto al cuerpo de Sasha, el inspector volvió a hablar:

—Cuéntame.

Zoe echó mano al bolsillo trasero de su ceñido pantalón vaquero y sacó un cuaderno pequeño; pasó unas páginas hasta encontrar lo que buscaba y comenzó a recitar:

—Viorica Serban, rumana, nacida en el ochenta y cinco, prostituta. Según los vecinos de enfrente, que fueron los que encontraron el cuerpo, se trataba de una chica amable y discreta. Cito textualmente: «A pesar de su trabajo». Según el forense... —Zoe hizo una pausa mientras buscaba el dato exacto—. Aquí está. La equimosis puntiforme del rostro y el surco que se aprecia en el cuello no dejan lugar a dudas: la causa de la muerte es asfixia mecánica por estrangulación manual. No ha querido precisar la hora de la muerte, pero ha aventurado que como muy pronto la mataron a las seis de esta madrugada. Así que... —consultó su reloj—, hace menos de cinco horas.

Marcial mantenía los ojos en su compañera, pero su mirada viajaba perdida

en el tiempo. Hacía más de tres años que conocía a Sasha y nunca se había preocupado por averiguar su verdadero nombre. Apenas sabía nada de ella, al menos nada que ella no le hubiese contado libremente en las conversaciones poscoitales. Marcial no era un hombre que se preocupase en indagar los pormenores de la vida de la gente que lo rodeaba, pero ahora, viéndola envuelta en una funda de plástico, lamentaba no haberse esforzado en conocerla algo mejor; al menos de esa forma podría saber por dónde empezar a investigar. Aunque lo que de verdad lo asustaba, en su fuero interno, era justamente lo contrario: sabía perfectamente a quién investigar en primer lugar. Hasta que no hubiese descartado por completo que su demonio interior se hubiese adueñado de él, no estaría en disposición de centrarse en otro sospechoso. Por suerte para Sasha, Zoe podría llevar esa segunda vía de investigación. Y cuando a la agente se le metía algo entre ceja y ceja podía ser muy concienzuda.

—La puerta de acceso al edificio está rota: no cierra por completo. — Marcial lo había comprobado tras salir apresurado al ver el rostro inerte de su musa.

—No creo que eso sea trascendente para la investigación.

—¿Por qué?

—Era puta —dijo Zoe, señalando el cuerpo.

Las cuatro letras se fueron clavando, una a una, en el pecho de Marcial. Era cierto que le cobraba por tener sexo, pero hacía mucho tiempo que él había dejado de verla así. Se sentía atraído sexualmente por ella, obviamente, pero también mantenía una relación próxima a lo que Marcial catalogaba de amistad, con todas las peculiaridades que esa palabra representaba para él, cuya acepción distaba bastante de la del común de los mortales. Poder pedirle un favor y charlar con ella sin que quisiese rasgar ese escudo en el que él envolvía sus sentimientos eran argumentos suficientes para acogerla en ese selecto grupo.

—Es muy probable que ella misma le facilitase el paso hasta su salón — continuó exponiendo la agente.

—¿Alguna pista, algo que nos conduzca a un sospechoso?

—Los compañeros han encontrado algunos vestigios en la habitación — dijo señalando a los de la Científica—, aunque tratándose de una puta... Ahora van a comenzar con las huellas. Aún falta el examen del forense, por supuesto. Hemos estado toda la mañana...

—¿Hemos?

—El inspector jefe Brau me ayudó. Como no te localizaban... —Zoe no remató la frase adrede. Sabía que a Marcial le molestaba que otra persona metiese las narices en su investigación.

—¿Y?

—Lo único que encontramos fue su teléfono móvil, pero no tenía ninguna llamada, ni entrante ni saliente, más allá de las dos de la madrugada.

Zoe contempló al inspector: esperaba su veredicto. Era obvio que si el asesino no había llamado por teléfono antes de entrar era porque la víctima lo conocía y le bastó con personarse en la vivienda. Marcial guardaba silencio. El único gesto que le diferenciaba de una figura decorativa más del salón era que había girado la cabeza hacia la posición donde yacía el cuerpo sin vida del que hablaban.

—¿Inspector? —Zoe, muy a su pesar, decidió sacar de aquel extraño trance a su superior.

—Entiendo —contestó como si no hubiese pasado ni un segundo entre la afirmación de Zoe y su tardía respuesta. Sin embargo, en su cabeza aún resonaba la palabra teléfono. Aunque no sabía de cuál de los dos que tenía Sasha estaba hablando su compañera, la posibilidad de que su número apareciese ascendía a un cincuenta por ciento. No obstante, actuó con naturalidad—. Quizá se tratase de un cliente habitual —calló durante un segundo al verse encuadrado en ese grupo—, así que indagaremos en los números que se repitan con mayor frecuencia. Sin descuidar los demás, por supuesto.

El policía que anteriormente había dado los guantes a Marcial se acercó para indicarles que iban a proceder a la búsqueda de evidencias digitales en la zona que ellos ocupaban en ese momento, así que el inspector, molesto por recibir una segunda orden de un desconocido, optó por indicar a Zoe que lo mejor sería realizar una reunión a primera hora de la tarde para decidir cómo proceder.

Una vez en el exterior del edificio, Zoe se dirigió a su coche con la extraña sensación de que no era la primera vez que Marcial veía a la víctima.

3.La llamada de la muerte

Se dirigió al coche sin perder de vista a Zoe. Cuando confirmó que había partido hacia comisaría para comprobar las llamadas que había en el móvil de Sasha, consciente de que si su número se encontraba entre ellas sería su fin, se dirigió hacia el bar donde se extinguían los recuerdos de la última noche. Sabía que Sola lo estaría esperando impaciente: desde anoche no había salido a pasear; pero la necesidad de conocer lo que había ocurrido en el interior del piso de su musa ganó la batalla mental a la que estaban sometidos corazón y cabeza.

Se llamaba bar Baros. Estaba situado en La Alameda, a unos cincuenta metros de El Corte Inglés, y era un curioso híbrido entre un bar grande y un *pub* pequeño. Durante el día, una terraza bajo la protección de una llamativa marquesina de aluminio y metacrilato, que al caer la noche quedaba cerrada al público, daba la bienvenida a los clientes. La entrada provocaba un efecto túnel que desembocaba, ineludiblemente, en una barra que abarcaba la mayor parte de la pared frontal del local y que estaba pintada de un rosa que refulgía incluso en la penumbra. El habitáculo, rectangular y con tres puertas en el lado izquierdo, tenía todo el perímetro ocupado por pequeñas mesas. El resto de la estancia era totalmente diáfano, a excepción de una columna redonda que ocupaba el centro geométrico de la ocasional zona de baile.

Gracias al calor, que como buen hijo adoptivo de la ciudad portuaria se negaba a abandonarla, y pese a estar a punto de comenzar noviembre, la mayor parte de la clientela estaba en la terraza, así que cuando Marcial alcanzó la barra sorprendió a las dos camareras en unas poses demasiado relajadas, que con premura se afanaron en disimular.

—Un tercio. —Marcial separó un taburete y se sentó junto a la barra.

Una de las chicas, rubia y excesivamente maquillada, depositó la cerveza delante de Marcial, mientras la otra, morena y con el rostro totalmente limpio, salió hacia el exterior como si una fuerza invisible la arrastrase. El inspector dio un largo trago a su bebida y sintió cómo el rugir de tripas se adormecía agradecido por tener algo con lo que entretenerse. Levantó la

botella y la colocó a la altura de sus ojos ante el gesto de asombro de la chica, que, al verse descubierta por la mirada inquisidora de Marcial, se apremió a disimular tareas al amparo de la barra. Recobrada la intimidad con la rubia que más le interesaba de ese local: la que había en el interior de su botella, ponderó lo irracional de su comportamiento con Zoe en las últimas semanas. Sabía que no le debía nada, pero le era imposible no sentirse defraudado con su actitud.

Tras la detención del inspector jefe Alfonso Villanueva la relación laboral entre ellos había dado un paso de gigante y, en los siguientes días, hasta descubrir la verdadera identidad del asesino del café, se había consolidado. La agente había llegado, incluso, a perforar la gruesa capa en la que Marcial envolvía los sentimientos y a la que muy poca gente había tenido acceso hasta ese momento. Por eso, sobre todo, estaba molesto. Que ella quisiese inmolarsse era problema suyo, pero que eso lo estuviese, contra todo pronóstico, arrastrando a él le preocupaba. Para apaciguar la desconcertante situación de descontrol que le suponía que Zoe le ocultase algo que sabía que más pronto que tarde descubriría, Marcial había entrado en una peligrosa espiral en la que debía luchar contra esa bestia que habitaba en sus entrañas y que le exigía desenmascarar la farsa de su compañera. Así que para combatir su diagnosticada incontinencia verbal había comenzado a consumir, incluso en horas de trabajo, demasiada cerveza; aferrándose a la ingravidez que el alcohol confería a sus preocupaciones. La situación había llegado a un punto insostenible en el que ya no tenía claro si prefería oír una confesión de Zoe o seguir enganchado a las rubias embotelladas.

Llevó de nuevo el tercio hasta la boca y dio un largo trago que difuminó sus reflexiones. Se obligó a olvidar a Zoe y trató de recordar qué había hecho. Inconscientemente se giró hasta localizar la mesa donde recordaba haber consumido madrugada y alcohol sin medida, pero el único recuerdo nuevo que engendró aquella suerte de psicoanálisis le condujo a una de las tres puertas que quedaban en el lateral del local y que desembocaba en un infecto aseo. Su cerebro lo condenaba, sin remisión, a esas cuatro paredes.

Caminaba en dirección al coche, absorto en sus pensamientos, cuando al pasar por delante de una sucursal bancaria clavó su mirada en la cámara que enfocaba hacia la puerta de acceso al cajero automático. No había que ser un lince para deducir que si salió del Baros para dirigirse al Peugeot era

imposible eludir su objetivo. Se detuvo y comprobó que la oficina estaba vacía: era domingo. Sopesó cómo solicitar la grabación sin necesidad de recurrir a la autoridad judicial. Tampoco quería visionarla en presencia de ningún empleado, ya que, si tal y como suponía, su estado de embriaguez era mayúsculo, no le convenía airearlo. Reemprendió el paso convencido de que hallaría la manera de hacerlo. No le suponía demasiada dificultad vadear por la difuminada frontera de la legalidad. Llegado el caso, tampoco tendría problemas en cruzarla.

Al sentarse en el coche la mirada se dirigió de forma instintiva hacia la ventana del quinto piso donde el cuerpo de Sasha comenzaba un viaje hacia lo desconocido. Se sintió mal y no supo discernir muy bien si fue por no estar seguro de su inocencia o por la muerte en sí. Hasta ese momento su reciente afición ética no había pasado de jugarle alguna que otra mala pasada en la carretera, pero esta vez la cosa se le había ido de las manos: le había robado los recuerdos.

Sin la perspectiva que da el tiempo y con la ingratitud de la conciencia como monedas de cambio no era buena idea comprar un sentimiento, pensó Marcial antes de decidir centrarse en los datos objetivos.

No recordaba absolutamente nada más allá de lo ocurrido en aquel bar y, aunque tenía la certeza de que él era incapaz de hacerle daño a Sasha, no estaba tan seguro de pensar lo mismo de su demonio interior. Nunca brotaba porque sí, normalmente venía precedido de una conducta inductora, pero era consciente de que siempre había una primera vez. Si por lo menos recordase lo que había hecho al salir del bar podría saber si algo, o alguien, pudieron hacerle perder los papeles hasta el punto de despertar a esa fiera oculta con la que llevaba tantos años malviviendo.

Colocó la vista en la pantalla del móvil, del que se había desentendido desde que el comisario lo había despertado, y comprobó que tenía seis llamadas perdidas: todas de Lasaosa; todas muy próximas en el tiempo; y todas con la intención de alertarle, desde las ocho de la mañana, de la muerte de su musa. Dejó el teléfono con desprecio sobre el asiento del acompañante, como si fuese el culpable de su amnesia, y salió del aparcamiento con un acelerón brusco al que rápidamente le siguió un frenazo, de gran intensidad, provocado por el bocinazo de un coche que ya circulaba por el carril al que Marcial pretendía incorporarse sin haber dedicado ni un segundo a

comprobar su afluencia por el retrovisor lateral. Después de maldecir en varios idiomas puso rumbo a casa.

Llegó en cinco minutos a San Antón, donde vivía con Sola como única compañía desde que Dolores Herce, su madre adoptiva, ingresó en la residencia acuciada por uno de sus múltiples ataques de reconversión que terminaron por demoler una convivencia que hacía mucho tiempo que había sobrepasado su fecha de caducidad. Paró el motor y fue a coger el móvil, pero comprobó con cierto asombro que no estaba en el asiento donde lo había dejado. Imaginó que el frenazo había dado con él en la alfombrilla, así que se deshizo del cinturón de seguridad y estiró su brazo tanto como pudo para, a tientas, intentar palparlo. Aunque tardó poco en encontrarlo, la incomodidad de la postura le hizo volver a lanzar exabruptos gratuitos al aire; un vicio heredado de Dolores del que nunca había hecho lo suficiente por desprenderse. Una vez con él en la mano pulsó el botón lateral para comprobar que no había sufrido ningún daño. La pantalla solicitaba el patrón de desbloqueo y ejecutó una ese, en honor a Sola, para acceder. Sus ojos estuvieron a punto de enuclearse cuando en el fondo de pantalla surgió la imagen de Sasha apoyada sobre el marco de la puerta de su cocina, ataviada con un traje de noche negro que ensalzaba su figura. Pulsó el icono de la agenda y enseguida comprendió que ese teléfono, aunque fuera de la misma marca y modelo, no era el suyo, sino el de su musa.

Lanzó la piedra con tanta fuerza como pudo, con la esperanza de que con ella se esfumasen las dudas que anidaban en su cabeza. Sola galopó tras el guijarro sin ser consciente de que perseguía los malos augurios de su dueño.

Llevaba más de una hora en el descampado jugueteando con su fiel amiga, sin embargo, para su sorpresa, no conseguía aislar su mente: en sus retinas había quedado tatuada la imagen de Sasha con el vestido negro. Ya no había dudas: estuvo con ella. Cómo había ido a parar su teléfono hasta el coche era otro cantar. Mientras Sola regresaba, blandiendo el rabo y con los amargos presagios de su dueño entre los dientes, Marcial volvió a sacar el teléfono del bolsillo. Desde el mismo momento en el que Zoe le había confirmado que habían encontrado el móvil, y no los móviles de Sasha, se había fijado como objetivo prioritario dar con el que faltaba. Lo que no sabía era cuál de ellos estaba en manos de la Científica y cuál permanecía invisible para la investigación. Por suerte para él, el que en ese preciso instante escrutaban sus

desconfiados ojos era el personal y no el laboral. Tan solo un escueto grupo de «privilegiados» tenían acceso a él: el resto de los mortales que deseaban acudir al encuentro de la diosa del este de Europa debía llamar al otro. Para su desgracia, el listado de llamadas recibidas confirmaba que el inspector había telefoneado a su musa a las cuatro y doce minutos de la última madrugada en la que el cuerpo de Sasha deleitó al mundo con sus artes amatorias.

No recordaba haber hecho la llamada y mucho menos haber acudido a su casa, pero en cuanto se solicitara el listado a la compañía eso carecería de importancia. Él era la última persona con la que, al menos telefónicamente, Sasha había hablado, y por lo tanto lo conducía, como si de una máquina teletransportadora se tratase, del lado de los investigadores al de los investigados. Solo le quedaba jugar la baza de la inmovilidad. Si nadie se percataba de que el teléfono encontrado en su casa era de uso exclusivamente laboral, no sería él quien delatase la presencia del que obraba en su poder.

Volvió a mirar el listado de llamadas recibidas y comprobó que, casi tres horas antes, otro teléfono, que obedecía al nombre de Domingo, se había puesto en contacto con ella. Sacó su móvil y anotó el número, después comprobó que Sasha no había llamado a nadie desde las dos de la tarde del día anterior; esta vez el nombre del contacto era *mamá*. Por último, y sin querer darle demasiadas vueltas al desconocimiento de su vida privada, abrió la agenda: solo doce números registrados. La mayoría de los nombres que aparecían le eran familiares: estaba seguro de habérselos oído pronunciar alguna vez a Sasha. Pero lo importante ahora no era la trascendencia que ese círculo cercano podría tener en el esclarecimiento de su muerte, sino cómo evitar que ese móvil lo delatase a él. Copió la agenda en su teléfono y regresó a la pantalla principal donde se regaló la vista durante unos segundos con su cuerpo, antes de mantener el botón central pulsado el tiempo suficiente para que el menú de apagado apareciera ocultando el rostro de Sasha. No podía permitirse el lujo de que localizaran ese aparato y, aunque desconocía cómo lo hacían los de la Científica, sí que estaba seguro de que eliminando la batería y la tarjeta SIM estaba a salvo.

Sola, sentada frente a él y con sus ojos castaños clavados en los suyos, le sacó de su ensimismamiento para arrastrarlo nuevamente al descampado donde trataba, en vano, de evadir sus pensamientos.

4. El inspector Solo

Marcial enfiló el pasillo que formaban las mesas del departamento de Homicidios, y que conducía hasta su despacho, con la cabeza gacha para evitar los protocolarios saludos que tanto detestaba. Por suerte, las cuatro de la tarde era una hora en la que la mayoría de sillas estaban vacías y la quietud que asolaba la atmósfera de la sala transmitía una sensación agradable para el inspector, al que las ruidosas mañanas le provocaban una zozobra que lo obligaban a confinarse en el interior de su despacho, abandonándolo tan solo en caso de fuerza mayor, lo que le había granjeado, por parte de sus compañeros, el sobrenombre del ermitaño.

Se detuvo frente a su puerta clavando la mirada en el rótulo donde se leía la palabra inspector. A continuación, un recuadro vacío donde antaño, sobre una placa blanca, ponía «Lisón» y que, tras descubrir que se trataba de un niño adoptado, sin un apellido avalado por la genética, había decidido suprimir, como si con ese gesto desechase también su pasado y todo lo que con él había descubierto.

No era ajeno a las bromas que en el departamento habían comenzado a sucederse a sus espaldas después de esa decisión y que, gracias a las confianzas de Zoe, no le pasaban inadvertidas. Habían empezado a llamarlo el inspector «Solo», en clara alusión a su solitaria personalidad y a la ausencia de apellido conocido, sin olvidar la extraña curiosidad de que su perra obedeciese al nombre de Sola.

Finalmente abrió la puerta, decidido, y una familiar sensación de paz lo recibió. Le gustaba estar entre esas cuatro paredes. Allí, lejos del bullicio del exterior, era donde se sentía más cómodo. Ese era su hábitat y, por qué no decirlo, también el de su demonio interior. Necesitaba unos minutos de tranquilidad antes de que el despacho del comisario Lasiosa se convirtiera en un hervidero de personas elucubrando hipótesis sobre la muerte de Sasha, y no conocía mejor sitio que ese. Su cabeza demandaba una dosis de pensamientos en blanco; nada relacionado con lo que había pasado la noche anterior. Ni la ducha de agua casi hirviendo ni el paseo con Sola lo habían

conseguido, así que le quedaba su guarida como último cartucho para liberar el cerebro de la necesidad de encontrar respuesta a todos los interrogantes que habían ido surgiendo a lo largo del día, desde que despertó en el interior del 308.

Unos golpes en el cristal traslúcido de la puerta le hicieron abrir los ojos con más trabajo de lo esperado.

—Adelante.

—Ya están todos. Te están esperando —dijo Zoe, asomada en el vano de la puerta entreabierta.

—¿Qué hora es?

—Las cinco menos veinticinco.

—Está bien, ya voy.

La puerta se cerró y Marcial volvió a encontrarse a solas consigo mismo. Estaba sorprendido de haberse dormido tan profundamente, sin embargo, sintió como un aire renovado circulaba por el interior de sus pulmones, como si ese devaneo onírico hubiese servido para revitalizarlo. Recogió su chaqueta de cuero del perchero y dirigió sus pasos hacia el despacho del comisario, donde un grupo de elegidos se disponía a encontrar al asesino de una prostituta sin saber que, quizá, la persona que buscaban era uno de ellos.

Nunca había visto el despacho de Lasaosa tan concurrido como esa tarde, ni siquiera ante un evento tan importante como el regreso del asesino del café. Marcial se sintió complacido: Sasha no había perdido un ápice de su magnetismo; aunque, por un instante, se temió lo peor: ¿sería posible que en su ausencia hubiesen encontrado algún indicio que lo comprometiese?

El bullicio que se advertía desde el exterior dio paso a un incómodo silencio en el mismo momento en el que, sin llamar, Marcial cruzó el umbral de la puerta y todos los ojos se clavaron en él.

—Siéntese, inspector... —La voz campechana del comisario se apagó progresivamente cuando tuvo que pronunciar un apellido que sabía que Marcial había desterrado de forma oficiosa.

Marcial observó a los presentes. Lasaosa presidía la mesa y, como siempre, mostraba un rostro condescendiente mientras trataba de organizar al resto de asistentes. A su derecha, con gesto aguerrido y oculto tras una espesa barba que se negaba a encanecer a pesar de los años, se encontraba Daniel Cueto, el juez instructor, viejo conocido de Marcial, aunque no recordaba ni una sola

conversación en la que el óbito no fuese el epicentro de la misma. Frente a él, con su cara de póquer habitual, el inspector jefe Vicente Brau, que ordenaba unos papeles mientras intercambiaba miradas cómplices con Miralles, que estaba enfrente, justo al lado del juez. Marcial no dejaba de sorprenderse de cómo el inspector era capaz de escarbar en los cerebros de sus superiores para conseguir hacerse un hueco en todos los asuntos que alcanzaban un cierto calado. Poseía un don innato para seducir a los jefes. Ya lo había hecho con Villanueva y ahora, tras su ausencia, parecía haberlo conseguido con su sucesor. Aunque lo que de verdad le preocupaba a Marcial era que su intervención en esa mesa podía pasar a jugar un papel muy relevante en el mismo momento en el que Miralles se diera cuenta de que Sasha era la misma prostituta que Marcial le envió una vez para fotografiarlo con ella y poder así sobornarlo, evitando de esa manera que una pelea entre ambos acabase en la mesa de algún ejemplarizante inspector de Asuntos Internos. Como última integrante de la reunión, se encontraba Zoe. El escaso dinamismo de su coleta denotaba que la agente se encontraba fuera de lugar rodeada de tanto gerifalte. Se había sentado al lado del inspector jefe y no apartaba sus ojos azules de los de Marcial, en un gesto que el inspector tradujo como una súplica silente para que atrajese la atención hacia él, y le permitiese permanecer en ese segundo plano en el que tan cómoda se manejaba.

—¡Buenas tardes! —Marcial separó la silla que quedaba en el extremo opuesto a la del comisario y se sentó, acaparando la atención que su compañera le había implorado con la mirada.

Un murmullo disonante fue la respuesta de la mesa antes de sumergirse, otra vez, en la espesura del silencio.

—Llega tarde. —El inspector jefe se puso en pie y depositó una carpeta blanca, con el logotipo de la Policía en su portada, frente a Marcial.

La mirada del inspector taladró la espalda de Brau, que se había dado la vuelta sin esperar su reacción. Finalmente, optó por no decir nada: la relación entre ambos no gozaba de muy buena salud y ese no era el momento de montar un numerito.

—Está bien —comenzó Lasaosa—, centrémonos en el caso que nos ocupa. En primer lugar, inspector, le diré que el juez Cueto, como habrá supuesto, es el encargado de instruir la investigación sobre la muerte de la prostituta de La Alameda, así que, para cualquier cosa que necesite, ya sabe a quién acudir. Ha tenido a bien desplazarse hasta mi despacho porque tenemos unos asuntos

personales de los que tratar, así que procuremos no hacerle perder mucho el tiempo.

—¿Qué es lo que sabemos? —La pregunta salió con tanto empaque que se adueñó de la sala. Sin duda, el tono de su señoría poseía mucha personalidad.

Todos se giraron hacia Marcial, que tras un leve intercambio de miradas con Zoe comprendió que la agente, a pesar de ser la que mejor conocía los detalles del suceso, prefería que fuese él quien llevase la voz cantante.

—En realidad apenas sabemos nada.

—Hable por usted, inspector. La agente Ochoa y yo estuvimos desde el minuto cero al pie del cañón —interrumpió Brau, al que las prebendas con las que contaba Marcial dentro del departamento de Homicidios le molestaban sobremanera.

—Tengamos la fiesta en paz, señores. No creo que a su señoría le sobre el tiempo como para perderlo con estos pormenores. —El comisario se vio obligado a salir al quite.

Marcial depositó la mirada en el emblema de la Policía que presidía la carpeta. Era la mayor concesión que estaba dispuesto a hacer en pos de que el devenir de esa reunión no tomase un derrotero beligerante. Guardó silencio unos segundos, que en el seno de la reunión parecieron horas, y continuó como si no hubiese escuchado a Brau; era una buena forma de testar si su ira estaba bajo control, una especie de prueba para convencerse de que lo que le había sucedido a Sasha no podía ser obra de su pequeña bestia.

—Se trata de una prostituta rumana que, al parecer, llevaba bastante tiempo ejerciendo en ese piso. Trabajaba sola. Hasta donde ha podido confirmar el forense a mi compañera —Marcial la observó sin girar la cabeza y comprobó su incomodidad por saberse el centro de atención—, parece ser que la estrangularon manualmente.

—¿Estrangulación sexual? —inquirió Daniel Cueto—. Ahora están muy de moda todas esas salvajadas. Ya saben... lo de «Cincuenta sombras».

—No, que sepamos —contestó el inspector jefe para sorpresa de Marcial.

—La hora aproximada de la muerte rondaría —retomó el inspector—, según el forense, las seis de la madrugada; y en el teléfono que se halló en la vivienda no hay ninguna llamada registrada más tarde de las dos, así que debemos suponer que el asesino se presentó allí y la víctima le abrió, porque no hay señales de que forzaran la cerradura, aunque, eso sí, hemos comprobado que la puerta de acceso al edificio está rota, de manera que pudo entrar al edificio sin necesidad de que la víctima le facilitase el paso.

—¿Cree que eso puede tener alguna importancia, inspector? —Daniel Cueto preguntó sin levantar la cabeza y mientras anotaba todo en un cuaderno.

—No mucha —contestó recordando las palabras de Zoe sobre la predisposición de las prostitutas a abrir la puerta a desconocidos—, aunque si hubiese tenido que llamar para entrar al edificio cabría la posibilidad de que la víctima le hubiese impedido el acceso, algo que, una vez estuviese en la puerta de su casa, sería más complejo, por el alboroto que podría montarse.

—No sé si lo he entendido bien, inspector. —El juez soltó su estilográfica y dedicó toda su atención a Marcial. Tras las gafas de montura invisible de Daniel Cueto se adivinaban unos ojos expectantes—. Usted supone que la víctima conocía a su asesino, sin embargo, argumenta que prefirió abrir la puerta a alguien que no quería ver con tal de evitar un numerito en el rellano.

—Permítame, señoría —intervino Miralles por primera vez—. Lo que el inspector quiere decir es que la prostitución en una casa privada, como usted bien sabe, funciona de forma diferente a la callejera. Es más selectiva, por decirlo de alguna manera. Los clientes suelen avisar telefónicamente de sus encuentros y no presentarse por sorpresa. Así que, si se lo encontró frente a la puerta, prefirió una visita inesperada que los más que predecibles problemas con los vecinos. En esa paz vecinal puede estar el futuro de su negocio. Sabemos que las llamadas de teléfono cesaron a las dos y la muerte se produjo a las seis... Parece razonable pensar que esa última llamada no se corresponda con la de su asesino, aunque no se pueda descartar categóricamente.

Marcial estaba gratamente sorprendido por la intervención de Miralles. Aunque su relación había mejorado mucho desde que accedió a trabajar bajo su mando para la captura del asesino del café, seguía sin ser una persona de su agrado: siempre estaba demasiado preocupado de cómo sacar rédito a todos y cada uno de sus pasos dentro de comisaría. Su último gran logro, a excepción de haberse colado en una reunión en la que *a priori* no tenía ningún cometido, había sido conseguir formar equipo de trabajo con el recién llegado inspector jefe. Algo que ya hizo con Villanueva, ampliando esa relación laboral hasta el terreno personal, lo que había terminado reportándole, a la larga, innumerables beneficios.

—¿Y si Viorica tuviese otro móvil? Uno en el que solo recibiese las llamadas más personales. —Las palabras de Zoe aparecieron por sorpresa, provocando un vuelco en el estómago de Marcial: ¿sospechaba algo su

compañera?

—Parece lógico pensar que el móvil que utiliza para su trabajo no sea el mismo que el que usa para su vida personal —afirmó Cueto—. Buena observación, agente. Libraré una orden para que las compañías telefónicas comprueben si nuestra víctima tiene alguna línea contratada con ellos. Con suerte, y si no se hacen los remolones, en un par de días tendremos la respuesta.

—Si nuestro asesino era de su círculo de confianza quizá sí que llamó a ese otro teléfono —elucubró el comisario en voz alta.

—Eso explicaría que en el otro no hubiesen llamadas más allá de las dos de la madrugada —completó Zoe.

Las pulsaciones de Marcial se dispararon. Su corazón bombeaba, sin indulgencia, una sangre que recorría todo su sistema circulatorio a una velocidad de vértigo. La misma a la que los acontecimientos se sucedían en su cabeza. En el momento que constatasen que existía esa segunda línea telefónica se procedería a solicitar el listado de llamadas, de ahí a comprobar que él era el último que había contactado con Sasha solo había un paso; el que lo convertía en el principal sospechoso de su muerte. Con suerte contaba con cuatro, a lo sumo cinco días, para encontrar al culpable y, sobre todo, para rezar porque no fuese su demonio interior.

—Por favor, abran la carpeta que les he entregado. —Vicente Brau elevó la suya para que no quedasen dudas de a qué se refería—. En su interior encontrarán unas imágenes que nos han facilitado los compañeros de la Científica.

El cambio de tercio cogió a Marcial evocando la imagen de Sasha apoyada sobre la puerta, la del fondo de pantalla del móvil en el que tantas esperanzas habían depositado Zoe y su señoría. Pronto la preocupación del inspector fue otra: Miralles. No le costó imaginar la cara que pondría cuando se enfrentase al rostro de la mujer que, previo acuerdo, lo había seducido una noche de diciembre. Marcial ni siquiera se había molestado en abrir su carpeta, se había limitado a observarlo. Sin embargo, no detectó ninguna reacción extraña; nada que delatase que había reconocido en las fotos a la mujer que lo condujo hasta su chalé de La Vaguada para deleitarlo con una inolvidable noche de sexo, como bien pudo comprobar Marcial en las grabaciones que Sasha le pasó a la mañana siguiente. La naturalidad con la que Miralles pasaba las páginas y observaba las fotografías fue lo que hizo que Marcial se decidiese a hojear el contenido de la carpeta. Comprobó con alegría que

ninguna imagen mostraba su rostro completo. La que más rasgos ofrecía estaba sacada con el objeto de centrarse en las marcas *post-mortem* del cuello, y tan solo alcanzaban un poco más allá de la barbilla. Las que tenían como objetivo las petequias oculares tampoco permitían extrapolar esa mirada perdida al rostro angelical de Sasha.

—Como pueden observar en la foto número tres—continuó Brau, ajeno a las divagaciones de Marcial—, disponemos de algunos vellos púbicos pendientes de análisis, aunque según los compañeros es bastante complejo obtener una muestra de ADN de ellos, sin embargo, las manchas que se retratan en las fotos cuatro, cinco y seis corresponden a restos de semen sobre la sábana, y de ahí sí es más que probable que podamos obtenerlo.

—Era prostituta —apostilló Marcial.

—Lo sabemos, inspector. —Brau demudó el gesto ante la interrupción—. Si no se explica un poco más...

—Digo que está bien tener la posibilidad de obtener ese ADN, pero eso solo nos servirá para confirmar la presencia de alguien, no para inculparlo. Follarse a una puta —pronunció la palabra con entereza fingida— no es delito, ¿no es así, señoría?

—¿Sabemos si tiene algún pariente cercano en España? —Lasaosa intervino para evitar, de nuevo, un enfrentamiento dialéctico que no conducía a nada.

Marcial buceó en su memoria. No sabía nada de su vida privada. Como no sabía nada de la vida privada del resto de la gente de la que se rodeaba a diario. Nunca había sentido la necesidad de conocer más allá de lo que cada uno proyecta al exterior; seguramente por miedo a constatar lo que ya sabía: nadie se muestra como es; todos fingen ser la persona que mejor se ajusta a sus aptitudes y que mayor abanico de posibilidades le ofrece para pasearse por la vida con el menor número de traspies.

Y con Sasha no había hecho una excepción.

Por lo que pudo comprobar antes de deshacerse del móvil, mantenía contacto con su madre, cuyo número tenía un prefijo internacional que auguraba que su residencia habitual no estaba en España, pero no conocía si tenía algún otro familiar cercano en el país, así que respondió lo primero que acudió a su cabeza:

—Hablaremos con sus vecinos. Los que encontraron el cuerpo. Quizá ellos sepan algo de su vida personal.

—¿Y los preservativos? —Zoe, una vez roto el hielo, parecía más

dispuesta a intervenir en una conversación que a Marcial comenzaba a incomodarle—. Si los usaba deberíamos haberlos encontrado en su basura y, que yo sepa, los de la Científica no han hallado nada.

—A lo mejor el asesino se deshizo de ellos. —El juez, complacido con la actitud de Zoe, salió al quite.

—O simplemente la víctima, una vez acabada su jornada, tiró la basura. — Marcial, al que la idea de que el asesino se llevara los preservativos le parecía factible, prefirió no dar nada por hecho. Necesitaba contar con la mayor cantidad de datos objetivos para autodescartarse como sospechoso y, aunque la teoría del juez Cueto le acercaba a su inocencia —desde la pasada Nochebuena sus relaciones con Sasha no tenían barreras sintéticas entre ambos—, las fotografías de las manchas de semen podían ser su pasaporte a la cárcel.

—Habrà que preguntar a la Policía Científica si han revisado los contenedores de la zona —insistió el juez, dejando claro que la idea de Zoe era más de su agrado.

—De acuerdo. Creo que hay material más que suficiente para empezar. — El comisario se puso en pie para dar por finalizada la reunión—. Si su señoría no tiene ninguna observación al respecto, creo que podemos dar inicio a la investigación. —Daniel Cueto negó con la cabeza y Lasaosa continuó con su discurso—. Se trata de una muerte en el centro de la ciudad y ya sabemos todos cómo se escandaliza la gente con estas cosas, aunque se trate de una puta; así que le rogaría, inspector, que tratasen de dar con el malnacido ese antes de que los periódicos empiecen a hacer una novela de esto. Ni que decir tiene que debe mantener informado al inspector jefe —Lasaosa se obligó a dejar clara la jerarquía en presencia del juez: no quería que la mala relación con la que se habían estrenado Brau y Marcial ocasionase malentendidos innecesarios y, para qué negarlo, hacerlo con Marcial a solas era un trago que prefería ahorrarse—. Pues bien, señores, manos a la obra.

Era la tercera cerveza que abría desde que había regresado a casa. La primera no pudo esperar y, tras el obligado saludo de bienvenida a Sola, Marcial hizo una visita al frigorífico que, en las últimas semanas, se había convertido en rutinaria. De no haber sido por la presencia de Lasaosa, solicitando un plan de actuación que él aún no había diseñado, hubiese inyectado la primera dosis de alcohol en su despacho. Hacía meses que ocultaba una pequeña nevera

eléctrica en el interior de uno de sus armarios, pero esta vez la insistencia del comisario por definir los objetivos del día siguiente había mantenido a raya el ansia de beber que le asaltó al final de la reunión... Una vez se hubo quedado solo, prefirió esperar hasta llegar a casa para apaciguar el rugir de tripas que demandaba su recompensa.

El paseo nocturno de Sola había actuado de paréntesis entre las otras dos cervezas. Marcial había albergado la esperanza de que su compañera de cuatro patas fuese el remedio casero para combatir la sensación de paz que el líquido ambarino le proporcionaba al deslizarse por el interior de su aparato digestivo, aunque hacía tiempo que nada lo conseguía. Siempre había sostenido que refugiarse en el alcohol era un acto de cobardía propio de personas carentes de personalidad, pero ahí estaba él; escondiéndose tras esas botellas que difuminaban la realidad. Una realidad doliente que le confirmaba que no quedaban personas por las que mereciese la pena apostar. Parapetarse en un mundo étlico era tan absurdo, para Marcial, como preocuparse de que alguien, por su cuenta y riesgo, decidiese pasear su carrera policial por un fino alambre y sin la protección de una red. Estaba dolido con Zoe. Y no solo porque lo que le ocultaba pudiese abocarla a la destrucción de su prometedor futuro laboral en esa comisaría, sino por todo lo que representaba para él aquella farsa. Desde que la investigación del asesino del café los uniese, Marcial había notado cómo se había abierto hueco en su vida; paso a paso, gota a gota, como el agua que, imperturbable, horada la superficie de una roca hasta perforarla por completo. Por eso, no verse correspondido en ese intercambio de confianza era la mayor afrenta que Marcial había sufrido, al menos la que más le había importado. Sentía la obligación de reprocharse haber dejado la puerta de los sentimientos abierta; no haber dado un portazo cuando ella comenzó a cruzarla. Y ahora estaba allí, en la cocina, destapando la tercera cerveza, con la certeza de que no sería la última y preguntándose qué tenía aquella chica tímida y diligente que no le permitía obviarla como al resto de la gente con la que tenía la desgracia de convivir.

Arrastró sus pensamientos junto a sus pasos hasta el salón y se sentó en la alfombra apoyando la espalda contra el sofá. Volvió a saborear la cerveza y reposó la cabeza en el cojín que quedaba a esa altura. Afuera la noche lo envolvía todo y dentro tan solo la tenue luz de una lámpara de sal iluminaba la estancia. Emitió un silbido corto y repetitivo al que Sola no tardó en reaccionar, depositando su cuerpo sobre las piernas del inspector. Con los ojos cerrados apuró el resto del botellín y lo apartó a un lado para dedicar sus

dos manos a su inseparable compañera, recreándose en la rugosa cicatriz que había quedado en su cuello, recuerdo inalienable de cómo de cruel puede llegar a ser la especie humana, y resguardo de un mensaje que desde que vio el cuerpo inerte de Sasha le rondaba la cabeza: «Jamás dejes que te doblegue. Si lo hace, aunque solo sea una vez, nunca más recuperarás su control».

5. Mentiras arriesgadas

Cuando notó la mano de él acariciando su sexo llevaba despierta más de una hora. Trató de achacar su vigilia al hecho de no encontrarse en su cama, pero fue poco tiempo el que consiguió engañarse. Mientras la lascivia actuó como directora de orquesta sus pensamientos solo tuvieron un dueño: él. Pero cuando las pulsaciones, llevadas durante el orgasmo a límites inexplorados, recuperaron su nivel basal y su cuerpo cayó desplomado, sudoroso y exhausto, sobre el colchón, hasta el último axón de la neurona más remota de su ser pertenecía a Marcial.

Zoe intuía que su relación hacía mucho tiempo que había dejado de ser un secreto para el inspector. Y la muestra irrefutable de eso era el cambio de actitud de Marcial, transitando primero por una corta etapa de rechazo, camuflada bajo su duro temperamento, para dar paso después a una hiriente indiferencia. Aun así necesitaba darle una explicación; justificarse, demostrarle que se equivocaba con él. Sin embargo, en las incontables veces que había tratado de hacerlo el valor la había abandonado en el último segundo. Aunque guardaba un silencio preventivo, Zoe también había descubierto el secreto que Marcial le ocultaba con evidente torpeza. Fue en unos de esos días en los que el inspector la dejaba sola en su despacho y con la palabra en la boca tras una discusión, a todas luces forzada. Una pequeña nevera azul se insinuó a través de la puerta entreabierta de uno de los armarios situados a la espalda de su mesa. La divisó justo antes de percibir el portazo que Marcial le brindó como despedida. El interior, repleto de latas de cerveza, hizo saltar todas las alarmas de la agente. Fue en ese instante cuando tomó la firme decisión de hablar con él, de contarle que estaba con la persona de la que tantas veces, y con tanto énfasis, le había pedido que se alejase. Sin embargo, el cadáver de la prostituta aparecida en La Alameda y el extraño comportamiento de Marcial habían dado al traste con la posibilidad de explicarle lo que le ocultaba desde hacía más de tres semanas.

—Veo que ya estás despierto —dijo Zoe, tras notar su erección.

—¿Qué tal has dormido? —La voz de Miralles sonaba ronca, como si sus

cuerdas vocales aún necesitaran afinarse para comenzar el día.

—Bien. —Zoe plantó un sutil beso en sus labios.

—Mentirosa —respondió el inspector con un tono meloso—. Tienes toda la pinta de llevar despierta un buen rato. ¿En qué piensas?

—En nada.

Miralles se sentó en la cama y la invitó a apoyar la cabeza sobre su pecho. Zoe aceptó encantada.

—¿Marcial? —Miralles no era ajeno a los efectos que el secreto de su relación le estaba ocasionando—. ¿Quieres que hable con él? Me parece absurdo este secretismo.

Zoe se incorporó bruscamente y se sentó en la cama junto a él.

A pesar de que la relación entre ambos inspectores había mejorado, distaba de ser la de dos colegas que llevan compartidas innumerables jornadas de trabajo, más aun teniendo en cuenta los precedentes. Cuando Santibáñez falleció de un repentino ataque cardíaco, el comisario probó con diferentes parejas de baile para una persona que, por decirlo de alguna manera benévola, tenía una personalidad complicada. Entre estos experimentos, el as en la manga con el que Lasaosa quiso deslumbrar al departamento de Homicidios fue colocar a Miralles como compañero de Marcial. La singladura apenas duró mes y medio y acabó con el ojo del primero bastante maltrecho. Una vez Zoe hubo entrado en escena, los enfrentamientos entre ambos, lejos de mitigarse, habían ido en aumento durante la investigación sobre el asesino del café, teniendo como punto de inflexión la detención del inspector jefe Alfonso Villanueva, mentor de Marcial y último compañero de Miralles. Se podría decir que, desde entonces, se había firmado una tregua que tan solo había dejado heridos en ambos bandos. Un armisticio que aún se estaba fraguando cuando una noche, con varios *gin-tonics* de por medio, Zoe acabó en el asiento trasero del X-3 de Miralles. Así que, sin duda, la idea de que fuera el propio Miralles el que informara de aquella relación a Marcial era una de las peores ideas que Zoe jamás había escuchado.

—No te preocupes, lo haré yo. Es, solo, que no veo el momento.

—Perfecto. Creo que ya hemos hablado demasiado de Marcial por hoy, ¿no te parece? —Miralles terminó la frase introduciéndose bajo las sábanas y apartando una de las piernas de Zoe para ubicar su cabeza justo frente a su sexo.

La cabeza le iba a explotar de un momento a otro, y el cielo, presidido por un sol impropio de un otoño decente, tampoco ayudaba a pasar el mal trago. Sola, en cambio, correteaba indiferente a la resaca de su dueño. Tan solo cuando alguna persona pasaba relativamente cerca de ella se ponía en modo alerta y emprendía una galopada en busca de su protección: su encuentro con el asesino del café había alterado su percepción del resto de la especie humana.

Marcial había exprimido la noche tanto como el frigorífico. Solo cuando acabó con las existencias de cerveza decidió dar por concluida una jornada aciaga que había nacido carente de recuerdos. La idea de que él hubiese podido tener algo que ver en la muerte de Sasha le impedía conciliar el sueño, a pesar de que el cansancio era patente en todos y cada uno de sus músculos. No recordaba haber estado con ella, sin embargo, el móvil hallado en el interior de su coche decía lo contrario. Necesitaba comprobar que aquello tenía una explicación plausible; que la alimaña que en ocasiones lo enajenaba no era la responsable. Pero con Zoe pegada a su chepa todo el día la tarea le parecía inviable. Estuvo tentado de contarle toda la verdad: la borrachera, la amnesia, el descubrimiento del teléfono en su coche... Pero que ella le mantuviese oculta su relación con Miralles había ejercido un contrapeso demasiado grande: se sentía defraudado. Le había abierto una puerta, le había permitido saltar una barrera construida durante años para protegerse de los golpes que, con cualquier pretexto, da la vida, y ella se lo había pagado con mentiras. Por eso, aunque en el fondo sabía que era una decisión errónea, las últimas palabras que dirigió a la agente antes de abandonar la comisaría fueron las que marcaban el inicio oficial de la investigación: «Mañana te quiero lista a primera hora para visitar a los vecinos de Sasha». A partir de ese momento, Marcial debía buscar la forma de que sus caminos se cruzasen lo menos posible. Y lo que era peor: que una chica lista como ella no sospechase nada.

Se sentó en el bordillo que delimitaba el perímetro del descampado donde Sola apuraba sus últimos minutos de paseo. Quizá fuese su cabeza o el efecto de la enésima resaca que le jugaba una mala pasada, pero a lo lejos, sentado en un banco de madera y oculto tras una gorra y unas gafas de sol, un hombre parecía observarlo con demasiado interés. Tan solo era una impresión, pero cuando trató de ir al encuentro de su mirada percibió que lo evitaba. Marcial decidió llamar a Sola. Emitió su silbido particular y la galga acudió rauda a la llamada. Se agachó para colocar la cadena en el arnés —desde su incidente

con el asesino del café le resultaba imposible colocarle, siquiera, su antiguo collar— y levantó la vista con disimulo: quería acercarse hasta su objetivo sin levantar sospecha. Sin embargo, cuando sus ojos regresaron al banco de madera observó con perplejidad que se encontraba vacío. Marcial giró ciento ochenta grados y oteó la zona, pero allí no había ni rastro del hombre. Por un momento pensó que las cervezas y el cansancio eran los causantes de la alucinación, pero se negó a creerlo. Con la certeza de que alguien vigilaba sus pasos, emprendió el camino de regreso a casa.

Su cerebro parecía una coctelera donde los ingredientes se añadían sin orden aparente: el móvil de Sasha, la llamada a las cuatro y doce minutos de la madrugada, la amnesia, los restos de semen en la sábana, la desconcertante actitud de Zoe, el hombre misterioso... Una mezcla de elementos inmiscibles que no arrojaban resultado alguno, más allá de agudizar la jaqueca a la que permanecía asido desde primera hora de la mañana. Tan solo fue capaz de liberarse de esos incómodos recuerdos cuando la agente golpeó con delicadeza la puerta de su despacho.

—Pasa.

—¡Buenos días, Marcial! He avisado al vecino de Viorica, Mauricio Alarcón, para que no saliera de casa hasta que llegáramos nosotros.

—Bien, pues vayamos.

Marcial se levantó de su silla y se dirigió al perchero donde pendía su inseparable chaqueta de cuero, ahora acompañada por una mochila que le permitía introducir cerveza en el despacho sin levantar sospechas. Comprobó que Zoe no había movido un músculo aún y decidió observarla con disimulo. Era obvio que quería decirle algo y no sabía cómo. Marcial sintió una curiosa dosis de satisfacción con ese pequeño sufrimiento de su compañera. Lo merecía por haberle ocultado un tema tan delicado como el de Miralles.

—Vamos. —Pasó por su lado esforzándose en no cruzar las miradas: no quería leer en sus ojos lo que necesitaba escuchar de sus labios.

—Marcial... —El tono sonó demasiado firme para salir de ella.

—¿Sí?

—Tengo que contarte una cosa.

El inspector deshizo el camino evitando otra vez sus ojos azules. Dejó la chaqueta de cuero en el perchero y recuperó su posición original en la silla.

—¿Y bien?

—Sabes que te estoy enormemente agradecida por formar parte de tu... círculo. —Sabía que para el inspector era motivo de orgullo poseer pocos amigos, aun así, a ella le seguía costando horrores expresarlo frente a él, como si el valor de una persona se cuantificase por la cantidad de personas que le tienen aprecio—. Y que desde que comenzamos a trabajar juntos he procurado seguir todos tus consejos...

La agente hizo una pausa e, instintivamente, comenzó a liberar su cola en un gesto que evidenciaba que no sabía muy bien cómo continuar.

Lo que desde el principio había seducido a Marcial de su nueva compañera era, sobre todo, eso: no hablaba para decir más que lo necesario. Aunque con el paso de los meses, como consecuencia directa del aumento de confianza, esa parquedad había dado paso a una locuacidad controlada, de manera que el silencio que en ese momento reinaba en el despacho, y que tan solo podía competir con la tensión que se respiraba, era un síntoma inequívoco de que Zoe sentía de verdad aquellas palabras.

—Los dos sabemos que entre Miralles y tú hay algo más que una buena amistad —completó Marcial.

—Quería contártelo, pero...

—Solo soy tu superior —pronunció Marcial con sequedad—: no tienes por qué darme explicaciones sobre tu vida privada. Pero es una estupidez que no lo hayas hecho porque te advirtiera en su día que te alejases de él.

—Lo sé, pero ha cambiado. Tú mismo lo pudiste comprobar.

—No es cierto. Miralles no ha cambiado. La que ha cambiado eres tú.

Las palabras se incrustaron en la conciencia de Zoe, provocando laceraciones de difícil cicatrización en su debilitado ego. Por alguna extraña razón, desde el mismo momento en el que comenzó a trabajar con Marcial, la hercúlea personalidad del inspector la atrapó y sentir cómo lo defraudaba era mucho peor de lo que había imaginado, aunque estaba convencida de que con Miralles se equivocaba. Quizá el antiguo Miralles sí era esa persona que no veía más allá de su interés personal, alguien manipulador para el que toda acción llevaba aparejada una reacción que, con antelación, había sido calibrada y valorada; pero el Miralles que surgió desde la detención de Alfonso Villanueva ya no era así. El propio Marcial pudo comprobar cómo se rebajó a cumplir sus órdenes, muchas de ellas dictadas con remarcada malicia, durante la investigación sobre el asesino del café. Incluso, gracias su buen hacer, obtuvieron el hilo del que tirar y que acabó con el desenmascaramiento del asesino, que había supuesto un quebradero de

cabeza para Marcial desde que sus caminos se cruzaran en 1995.

—Has dejado de observarlo con objetividad y te has dejado engatusar por sus ojos azules y su pelo rubio, como el resto de las mujeres. —Marcial lo dijo como si hablara del precio de una barra de pan, sin valorar, ni un momento, que el hecho de que la comparase con el resto de mujeres entre las que Miralles se había granjeado su reputación de mujeriego en la comisaría era insultantemente doloroso para ella.

—Te equivocas —dijo Zoe con los ojos acuosos.

—No me equivoco. De todas maneras, lo que más me jode es que me lo ocultases, no que lo hicieses.

Zoe fue a replicar, pero Marcial se le adelantó.

—Te repito que tan solo soy tu superior.

Durante unos segundos se miraron sin hablar. El dolor que las palabras del inspector había causado en Zoe se reflejaba en su cara, sobre todo en unos ojos que trasmitían la decepción, sin embargo, era consciente de que no haber ido de frente con él había sido el detonante de todo aquello. Como de costumbre, Zoe decidió adueñarse de una parte de la culpa que no le correspondía.

Marcial, en cambio, sabía que sus facciones no revelaban ninguna señal que permitiese interpretar sus sentimientos. Estaba acostumbrado a decir lo que pensaba en cada momento sin importarle las consecuencias, pero con Zoe no era así. Por primera vez, que él recordase, el sufrimiento de otra persona era capaz de atravesar esa gruesa coraza que le servía de escudo y podía sentirlo como suyo. Cada lágrima que resbalaba por las mejillas de la agente era un aguijonazo de inexplicable dolor para él. No quería haber llegado a ese extremo, pero necesitaba crear una distancia entre ambos para poder centrarse en descubrir su verdadera implicación en la muerte de Sasha; y para ello era indispensable que Zoe le concediese ese terreno. Estaba seguro de que ahora podrían dividir la investigación sin que ella sospechase nada. Quizá el riesgo era alto, y el precio a pagar aún mayor, pero no se le había ocurrido una forma más creíble.

—Ve sacando un coche del parque móvil. En breve bajo. —Marcial retomó la palabra con una entereza y falta de empatía que a la agente le recordó al inspector que había conocido diez meses atrás.

Esperó a que Zoe abandonase el despacho para girar su silla y abrir el armario que había detrás. Una pequeña nevera azul con el logotipo de una compañía de seguros se mostró ante sus ojos. La abrió y sacó una cerveza que

bebió con avidez a pesar de que no estaba muy fría. Guardó el botellín en una caja de cartón que ocultaba en el armario contiguo, que hacía las veces de contenedor verde particular, y volvió a abrir la nevera para entregarse a la segunda rubia embotellada de la mañana. La resaca pareció amedrentarse ante la nueva oleada de alcohol y el estado de ánimo del inspector comenzó a recuperarse: ya estaba preparado para iniciar la verdadera investigación.

6. Investigaciones paralelas

Mauricio Alarcón y Antonia Plaza habían resultado ser una pareja de septuagenarios cuyo gusto por la decoración había quedado anclado en la década de los ochenta. A diferencia del piso en el que Sasha había perdido la vida, donde el minimalismo era la nota predominante, el de sus únicos vecinos de planta no dejaba pared sin mobiliario ni superficie sin ornamento. Todo el salón estaba repleto de marcos de cuestionable sentido estético con fotografías familiares. Incluso había mesas auxiliares convertidas en auténticos mausoleos. Marcial fue consciente, por primera vez, de que en su casa no había ni una sola foto. Ni suya ni de ningún pariente cercano, aunque estaba claro que en su árbol genealógico tampoco había mucho que exponer con orgullo.

Formaban una pareja dispar. Mauricio lucía una calva cuidadosamente afeitada y sus ojos grandes y marrones eran el rasgo más destacable de un rostro vulgar. En cuanto a su constitución era notorio que se trataba de un hombre que conservaba aún un estado físico más que aceptable. Antonia poseía una densa cabellera grisácea recogida en un moño que igualaba en tamaño al de su cabeza. Sus ojos, ligeramente velados, incrementaban la endeblez que transmitía su frágil cuerpo y que, en gran medida, era ocasionada por el bastón que necesitaba para desplazarse.

Tras las presentaciones protocolarias y después de ser, literalmente, obligados a tomar un trozo de bizcocho recién horneado por Antonia, se dirigieron al salón donde Mauricio ocupó un sofá monoplaza y Antonia una mecedora que no dejaba de balancear. Mientras, Zoe y Marcial acapararon el sofá de tres plazas que había quedado incrustado entre dos mesitas plagadas de retratos familiares.

—¿Quién de los dos encontró el cuerpo? —Marcial aprovechó el silencio en el que se había sumido la sala para empezar la batería de preguntas que lo habían llevado hasta allí. A pesar de que el informe de Zoe daba respuesta a esa cuestión, quiso usarla como punto de partida.

—Mauricio, gracias a Dios —pronunció Antonia—. No quiero imaginar

cómo habría reaccionado si hubiese sido yo la que hubiese encontrado a esa pobre chica.

—Yo suelo madrugar todos los días para tomar un asiático en el bar de aquí abajo —comenzó a explicar Mauricio, al que no le hizo falta esperar la pregunta de los policías—. Cuando salí vi que la puerta de Sasha...

—¿Sasha? —Zoe, a pesar de que se había propuesto dejar el interrogatorio en manos de Marcial, no pudo reprimir la pregunta.

—Sí. ¿Cómo creían que se llamaba? —Mauricio parecía realmente sorprendido.

—Viorica —Marcial retomó la palabra—, aunque imagino que tú la conocerás por el nombre que usaba en su profesión.

—Pues yo pensaba que era su verdadero nombre. Viorica también es bonito, no sé por qué se lo cambia —intervino Antonia con desconcierto.

—Me decías que viste la puerta de su casa abierta —dijo Marcial para invitar a Mauricio a continuar.

—Así es. No es normal que se la deje así, de manera que me asomé y pude ver que estaba tumbada en el suelo. Entré e intuí que estaba muerta. Cogí el teléfono y llamé al 112. Por supuesto no toqué nada: yo también veo *C.S.I.* —dijo, como si eso lo explicase todo.

—¿Qué tipo de relación tenías con Sasha? —Marcial había atisbado un deje afectivo en las palabras.

—Tan solo éramos vecinos, pero siempre que se estropeaba cualquier cosa en casa me llamaba para ver si podía arreglársela. Era buena gente, aunque fuese... En fin, ese no es asunto nuestro y, la verdad sea dicha, nunca ha ocasionado ningún problema en el edificio.

—Entiendo. ¿Visteis u oísteis algo, en estos últimos días, que pudiera resultar sospechoso?

—La verdad es que no.

—Bueno, hace poco no, pero... —Antonia detuvo bruscamente su mecedora y cerró los ojos como si estuviese entrando en trance.

Marcial incorporó levemente su cuerpo hacia delante tratando de controlar la incertidumbre que Antonia había provocado con su frase mutilada. Como si de un autómata se tratara dirigió una mirada furtiva hacia su compañera: parecía presa de la misma inquietud por conocer el desenlace del trance en el que Antonia parecía inmersa.

—Hará por lo menos un mes —dijo al fin—, Sasha y un hombre discutieron a pleno grito en el rellano, así que me acerqué y observé por la

mirilla... Por si se propasaba con ella o algo, claro está, no quiero que piensen ustedes que yo soy una cotilla, ni nada de eso.

—En absoluto —contestó Zoe— ¿Qué pasó después?

—Nada. Él subió al ascensor y ella entró en casa, sin más. Pero no es normal que haya escándalos en este edificio. Sasha lleva mucho tiempo aquí y no es propio de ella montar jaleo en el rellano.

—¡No me habías contado nada! —objetó Mauricio con cierto recelo en sus palabras.

—Nunca preguntas. Tú sales y entras mientras yo espero en casa y después ni siquiera te molestas en saber qué tal me ha ido.

—Pero...

—¿No recordará, por casualidad, de qué estaban hablando? —Zoe soltó la pregunta antes de que Marcial pudiese reaccionar. Parecía que el inspector daba vueltas al suceso en el rellano sin prestar atención a la discusión conyugal.

—La verdad es que al principio tan solo se escuchaban gritos y no se entendía nada, pero cuando llegué hasta la puerta, y eso me llevó mi tiempo —dijo señalando el bastón—, ahí sí que pude oír cómo le decía a Sasha que había que ponerle fin a eso, pero...

Una nueva pausa y con ello una nueva lucha de Marcial contra su impaciencia. Aquel suspense con el que Antonia dejaba agonizar sus frases provocaba que el inspector tuviese que esforzarse por controlar el impulso de zarandearla y obligarla a expulsar las palabras.

—Pero ¿qué? —bramó.

—Es solo una impresión, pero creo que hablaban de que dejase de ver a alguien. El hombre le exigía que dejase de ver a otra persona, a otro cliente, supongo.

—¿Podría describir al hombre que estaba en el rellano?

—La verdad es que casi todo el tiempo estuvo de espaldas.

—Quizá recuerde algún rasgo peculiar. Ojos grandes, nariz afilada... — Zoe había olido la carnaza de una pista y no estaba dispuesta a abandonarla hasta darle caza.

—Ahora que lo dice...

Marcial apretó los puños contra el sofá en un intento vano por contener su ira.

—¡Podrías hacer el puñetero favor de acabar alguna frase!

Mauricio y Zoe cambiaron el rostro de expectación por uno de

incredulidad, sin embargo, Antonia ni se inmutó. Solo cuando creyó haber encontrado las palabras adecuadas, continuó:

—Tenía el pelo largo. Recogido en una cola.

—¿Nada más? ¿Ningún otro rasgo destacable?

—Tenía los ojos un poco... así. —Antonia hizo un gesto con sus manos de difícil interpretación.

El inspector comprendió que sonsacarle a Antonia los rasgos de aquel individuo no era la mejor manera de gastar su tiempo allí. Seguramente viendo algunas fotografías sería capaz de recordar algún detalle, pero eso era algo que debían hacer los especialistas.

—Lo mejor será que esta tarde os paséis por comisaría y preguntéis por mí. —Marcial les tendió una tarjeta—. Trataremos de hacer un retrato robot. —El inspector relajó la postura en el sofá, más por sopesar si hacer la pregunta que porque su cuerpo le demandase esa posición. Finalmente la lanzó—. ¿Qué tipo de gente solía recibir Sasha?

Hubo unos segundos de silencio en el que los ojos de Mauricio y Antonia se buscaban con disimulo. Marcial temió que el causante de tanta duda fuese él, sin embargo, sabía que era casi imposible, ya que en todas sus visitas había hecho gala de una discreción mayúscula. Se preocupaba de entrar en el portal solo, subía en el ascensor y salía siempre dando la espalda a la puerta en la que, sospechaba, Antonia pasaba largas horas colgada de la mirilla. Evidentemente eso no le garantizaba al cien por cien su anonimato, mucho más en una noche en la que ni siquiera recordaba haber estado allí, pero sí dificultaba que alguien pudiese afirmar categóricamente que lo había visto abandonar la casa de Sasha.

—Por aquí pasaba todo tipo de gente... —respondió Mauricio antes de ser interrumpido por Antonia.

—No digas eso, Mauri. La chica solo se juntaba con hombres de postín. Dime, ¿cuándo has visto por aquí drogadictos o chusma?

—¿Podríamos decir que era una prostituta de lujo? —Zoe, al comprobar que Marcial no apostillaba nada, decidió tomar las riendas.

—No sé qué decirte, hija. Nunca se me ocurrió preguntarle cuánto cobraba por... Ya sabes... Por hacer eso.

Marcial volvió en sí después de masticar, sin llegar a poder tragar, su siguiente pregunta:

—¿Visteis entrar a alguien en casa de Sasha la noche del pasado sábado?

Sabía que en el informe que había redactado Zoe ya estaba la respuesta que

Mauricio había dado a los agentes que habían ido a su casa para interrogarle por el suceso, sin embargo, no mencionaba ni una sola palabra acerca de si Antonia, que parecía mucho más aficionada a hurgar en las vidas ajenas, opinaba igual que su marido: al parecer la muerte de su vecina le había afectado mucho, y los agentes se contentaron con las respuestas de Mauricio sin hacer ni una sola pregunta a su esposa que, para evadirse de lo sucedido, yacía en la cama ayudada de un potente somnífero que le habían proporcionado los sanitarios que acudieron a la llamada de auxilio de Mauricio.

—Bueno... La verdad es que... —Mauricio parecía haber perdido la locuacidad, o aun peor, parecía haberse contagiado de la afición de su mujer por dejar las frases inacabadas.

—¡Ay, Mauri! ¡Qué tonto eres! Estos policías no van a pensar mal de ti por eso. —Antonia volvió a cesar el movimiento de su mecedora y a captar la atención de Marcial y Zoe—. Mi esposo tiene un sueño muy profundo, yo, en cambio, me despierto con el ruido de una aguja al caer. —Sonrió y realizó una pausa que estuvo a punto de hacer saltar los resortes de la cordura de Marcial—. No podría decirles qué hora era exactamente, pero imagino que rondaría las cinco o las seis de la madrugada. Un hombre aporreó su puerta y su timbre con tanta insistencia que me hizo acercarme a la mirilla a comprobar si había ocurrido algo grave... Aunque ahora que lo pienso..., al final sí que ocurrió una desgracia. ¿Ves, Mauri? Te he dicho mil veces que yo tengo un sexto sentido para esas cosas...

—¿Podría centrarse en el hombre que llamaba con insistencia? —Zoe decidió hacerla retomar el rumbo antes de que Marcial soltase un improperio.

—¡Ah, sí! Pues eso. Me asomé y sólo pude ver cómo Sasha abría la puerta, como de costumbre a esas horas ligerita de ropa, y entraba un hombre. Después me volví a la cama.

—¿Y qué recuerdas de ese hombre? —preguntó Marcial llevado por una mezcla de interés y temor.

—Poca cosa: estaba de espaldas, pero pude ver que era un hombretón grande, así como usted, y que llevaba una chaqueta de cuero.

Marcial agradeció en ese momento haber dejado la suya en el coche, pero advirtió en la mirada escrutadora que Zoe le propinó que ella no lo había hecho.

—Está bien. Nos habéis ayudado mucho. No olvidéis pasar por comisaría esta tarde.

Se levantó sin dar opción a réplica. Zoe, acostumbrada a la escasa cortesía de su jefe, se despidió de la pareja y les orientó sobre el camino más directo hasta el despacho del inspector, después siguió a Marcial hasta el rellano donde un hombre con coleta y otro con grandes similitudes a su superior, se habían convertido en las primeras pistas para encontrar al asesino de Viorica.

Aún seguía dolida por sus palabras. ¿Cómo se le ocurría encasillarla como un más de las mujeres con las que el antiguo Miralles se divertía los fines de semana?! Estaba acostumbrada a ver como el inspector daba rienda suelta a su ira incontrolada, pero padecerlo en sus propias carnes era otra cosa. Si por algo había admirado a Marcial desde que empezó a trabajar con él era porque tan solo la valoraba como compañera de trabajo, sin tener en cuenta su género. Sin embargo, con ese comentario disparado contra la línea de flotación de su delicada autoestima había conseguido perforar el vínculo que había nacido entre ambos, hacía ya casi un año, cuando el comisario Lasaoa le ofreció la posibilidad de trabajar con el inspector. Sabía que había hecho mal en ocultarle su relación con Miralles, pero lo cierto era que, en el fondo, temía que el inspector tuviese razón. Se había prometido darse un margen para calibrar esa posibilidad antes de oír un «ya te lo dije». No solo se sentía defraudada porque Marcial la viese como una mujer ingenua incapaz de discernir lo que le interesaba de lo que no, sino que el hecho de que hubiese tratado de buscar la solución a sus problemas refugiándose en el alcohol, sin acudir a ella, la hacía sentirse prescindible. Era obvio que descubrir que su existencia se erigía sobre mentiras, secretos y pesetas pagadas bajo mano podría volver loco a cualquiera, pero si algo había sorprendido a Zoe era que el inspector necesitase emborracharse para hacerlo.

Y ahora, a tenor de los acontecimientos del último día y medio, sus ojos comenzaban a verlo desde una nueva perspectiva; una más objetiva, desligada del hipnotismo que el inspector ejercía sobre ella; una que le permitía calibrar todos y cada uno de los comportamientos anómalos que Marcial había realizado desde que apareció en el piso de La Alameda. El último había sido en ese mismo edificio, en la casa de los vecinos de Viorica. Aunque no se trataba de un hecho científicamente irrefutable, la facilidad con la que había asumido el nombre de Sasha para hablar de la víctima le hacía intuir que su profesión no era ningún secreto para Marcial. Que la hubiese mandado a comisaría para tener disponible a un especialista en retratos robot

mientras él regresaba a casa de Mauricio y Antonia para preguntarles si Viorica tenía algún pariente al que comunicar la noticia, se le antojaba una manera burda e insultante de desprenderse de ella, que tampoco debía dejar pasar. Pero ¿por qué? ¿Qué tenía que ocultar el inspector? ¿Por qué la dejaba a un lado? Sea como fuere, estaba claro que si quería averiguarlo debía hacerlo con sumo cuidado. Lo último que quería era que Marcial la sorprendiera tratando de esclarecer un caso de forma paralela.

Aprovechó que un hombre trajeado y de porte elegante abría la puerta de la sucursal para, decidido, dirigirse hasta el cartel que rezaba «director». Tras un par de golpes leves, pero firmes, giró el pomo sin esperar contestación desde el interior.

—Pase —dijo un hombre perfectamente engalanado con traje negro y corbata roja que, a pesar de su lustrosa calva, no aparentaba llegar a los cuarenta.

Marcial avanzó hasta la silla para las visitas y se sentó. No dio tiempo a que el director le diera los buenos días cuando ya había depositado su placa sobre la mesa.

—Verás, ayer, en un edificio muy próximo a esta sucursal, hubo un homicidio...

—¿Por eso estaban los coches de policía? —interrumpió el director sin ser consciente del malestar que eso generaba en Marcial.

—Así es. —Tragó saliva y recogió su placa. No quería mostrar encono ante una persona a la que iba a pedir un favor inminente—. Soy el encargado de llevar la investigación —omitió presentarse deliberadamente—. Necesito la grabación de la cámara que tienes enfocando hacia el exterior del cajero automático.

—Hay un problema.

La cara de póquer actuó de respuesta ante el director.

—Debo solicitar permiso a la central, ya que todo queda almacenado en unos discos duros a los que solo se puede acceder con una clave que nos facilitan desde Madrid. Cosa de los jefes, ya sabe.

No sabía. En realidad él tenía tanto grado de autonomía en sus investigaciones que a veces olvidaba que había jefes que demandaban explicaciones. Por suerte, para eso había dispuesto primero de Santi y ahora de Zoe.

—¿Cuánto crees que tardarás en tenerla?

—Viendo la hora que es... —Levantó la manga de su camisa para mirar su reloj—. Cinco o diez minutos.

Observó impertérrito como el director de la oficina comenzaba a teclear al tiempo que consultaba unos papeles.

—Ya está. Ahora toca esperar —dijo el director—. ¿Es cierto que era prostituta?

—No puedo darte esa información.

—Entiendo.

El teléfono sonó y, tras disculparse con Marcial, el director comenzó a hablar con su interlocutor acerca de unos productos financieros que parecían poseer el secreto de la felicidad eterna. Cuando hubo colgado se dirigió nuevamente al inspector:

—Aquí lo tengo. Si me da un momento se lo paso a un CD.

Lo siguiente fue un silencio que se truncó cuando el proceso de grabación finalizó.

—Tome.

—¿Alguien más tiene acceso? —Marcial guardó en el bolsillo interior de la chaqueta de cuero el CD.

—La grabación permanece en el disco duro durante siete días, aunque como ha podido comprobar no hay posibilidad de acceder a él sin el consentimiento de la central.

—¿Lo has borrado?

—¿Cómo?

—Que si has borrado el archivo después de grabarlo. —Marcial lo taladró con una mirada imperturbable que su interlocutor no pudo resistir.

—Aún no.

Marcial se levantó y bordeó la mesa hasta situarse detrás de la silla del director. Este, ante la actitud hosca del inspector, optó por mantenerse inmóvil.

—¡Hazlo!

El director giró la cabeza sin poder contener el gesto de asombro, pero un leve movimiento de barbilla de Marcial le convenció de que la cosa iba en serio, así que deslizó el ratón hasta la pestaña de su correo electrónico y entró en el que tenía como título «grabación 26/10/14 oficina 3178», posteriormente seleccionó la opción borrar. Solo cuando desapareció el correo de la papelera, el inspector regresó al lado de la mesa que le

correspondía.

—Ni que decir tiene que te ruego máxima discreción en este asunto. No olvides que estamos tratando de encontrar a un asesino que ronda esta zona.

Marcial abandonó el despacho con cierto aire de triunfalismo: había salido de allí sin pronunciar su nombre y sin tener que escuchar el suyo.

Al llegar al exterior, no pudo evitar depositar la vista sobre las ventanas cerradas del piso de Sasha. Si el asesino del café se había convertido en una obsesión enquistada en su orgullo con el paso de los años, este caso lo era por todo lo contrario: cada hora que pasaba lo abocaba a su propia autodestrucción. Si el listado de llamadas del móvil personal acababa en manos del juez Cueto, sus pasos al frente de la investigación tenían los días contados. Probablemente sus días de libertad también.

De todas las tareas que conllevaba ser policía en el departamento de Homicidios, la que más detestaba Marcial era la de tener que comunicar a los familiares la muerte violenta de uno de los suyos. Por suerte, exceptuando sus primeros años, donde Villanueva le había obligado a realizar aquella labor, siempre había delegado en sus compañeros aquel menester. Sin embargo, esta vez quiso ser él quien llamase a la madre de Sasha. Por primera vez sintió que se trataba de un deber y no de una obligación.

Se alejó de la sucursal unos metros y, con el piso de su musa de fondo, marcó el número que había guardado en su móvil. Tuvo que esperar seis tonos hasta oír una voz, lejana, al otro lado de la línea. Fue una conversación breve, en parte porque el español de Bogdana era muy limitado y en parte porque Marcial no era partidario de recrearse en las condolencias.

Entre las pocas conclusiones que el inspector pudo sacar de aquel trabado diálogo, lo más destacable había sido descubrir que el vínculo entre Bogdana y Sasha, de la misma forma que ocurría con él y Dolores, no obedecía a una relación materno-filial al uso. La distancia había mermado una unión que empezó a deshilacharse cuando Sasha, en contra de la opinión de su madre, decidió emigrar a España. Desde entonces, un par de llamadas mensuales y un envío regular de dinero eran todo lo que compartían. Aunque Marcial comenzó a sospechar que el problema entre ellas debía tener un trasfondo algo más enrevesado cuando Bogdana, esgrimiendo una grave enfermedad respiratoria, no quiso aceptar la propuesta que le hizo para que se personase en el entierro de su hija.

Marcial optó por no insistir, arguyendo la máxima de «mejor solo que mal acompañado», así que se despidió de Bogdana y se dirigió a su casa donde, por fin, esperaba poder ver las imágenes de una madrugada que se había desintegrado de su memoria.

7. Un vídeo, un retrato y cinco llamadas.

Le había llevado casi diez minutos conseguirlo, pero por fin pudo sentarse frente al ordenador. Sola, poco acostumbrada a las visitas de Marcial a media mañana, había demandado con insistencia su atención desde el mismo momento en el que entró en casa, así que no tuvo más remedio que atenderla hasta que su grado de euforia recuperó sus niveles basales. Una vez postrada a sus pies, y sin más reclamo que el de su compañía, Marcial introdujo el CD y esperó a que el ordenador lo procesase.

La calidad del vídeo no era muy buena, a pesar de ello no le llevó más de dos minutos encontrar la secuencia en la que él era el protagonista. El primer fotograma mostraba a Marcial apareciendo en plano por el vértice inferior derecho. Por suerte para él, su entrada en escena no permitía apreciar su rostro con nitidez, aunque si esas imágenes caían en manos de los técnicos de la Científica, no tardarían más de dos días en reconocerlo. Sus andares evidenciaban la ingente cantidad de alcohol que circulaba por su cuerpo. Se había detenido, de espaldas a la cámara, en el escalón que daba acceso al cajero automático. Un poco después, cuando decidió sentarse, desapareció su imagen por completo. Durante algo más de un minuto el plano se mantuvo fijo sobre el trozo de acera sin que nadie se cruzase por delante. Pasado este tiempo, otra vez el inspector se adueñó de nuevo del protagonismo de la escena. Se incorporó y dirigió sus pasos erráticos hacia la carretera, desapareciendo poco a poco de la pantalla. El reloj marcaba en ese preciso instante las cuatro y catorce de la madrugada, dos minutos después de la llamada que recogía el móvil personal de Sasha.

Marcial se retrepó y tomó aire. La grabación no mostraba nada que no supiese: estaba borracho y había decidido visitar a Sasha.

Necesitaba reflexionar.

Fue hasta el comedor, seguido de Sola, y se sentó sobre la alfombra esperando que su amiga de cuatro patas dejase caer su cuerpo sobre él. Acarició con ternura su cráneo hasta que, poco a poco, la galga cedió al sueño al que las manos de Marcial le invitaban.

Si no encontraba pronto una acusación sólida que verter sobre un sospechoso de carne y hueso la información que las compañías de teléfonos pondrían sobre su mesa lo situarían a él en el ojo del huracán Viorica. Conocía lo suficiente a Zoe para saber que no le llevaría mucho tiempo atar cabos, máxime cuando el rostro de Sasha fuese a parar a manos de Miralles. Marcial era consciente de que su compañera empezaba a sospechar, y su excusa para hacerla regresar a comisaría tampoco había ayudado mucho, no obstante, necesitaba el pretexto de preguntar a Mauricio y a Antonia si Sasha tenía algún familiar en España como coartada para recoger la grabación que mostraba que él había rondado esa madrugada la casa de la víctima. En realidad, Marcial no sabía muy bien si se lo ocultaba por temor a que pensase que era un asesino o por vergüenza a que descubriese que sus relaciones sexuales las costeaba su sueldo estatal. No es que necesitase la aprobación de nadie, pero su profesión no estaba acorde con esa afición, tal y como comprobó en sus propias carnes el inspector Miralles cuando cedió al chantaje al que Marcial, con la inestimable colaboración de Sasha, le había sometido.

No sabía cuánto tiempo llevaba absorto en sus propias miserias cuando una idea le sobrevino. Como si el hecho de no ejecutarlo inmediatamente pudiese condenar ese pensamiento al olvido, Marcial se levantó de golpe, provocando que Sola tuviese que hacer un alarde de equilibrismo para no caer al suelo. Fue hasta la silla donde había dejado colgada la chaqueta de cuero y extrajo de su bolsillo interior el móvil. Abrió la aplicación «Notas» y contempló el número que acompañaba al nombre de Domingo, y que se correspondía con la penúltima llamada que Sasha había recibido antes de morir. Ocultó su identidad y llamó.

—¿Sí? —Una voz profunda y con mucha personalidad sorprendió a Marcial.

—¿Domingo?

—Así es. ¿Con quién tengo el placer de hablar? —Buenos modales y educación fue lo que evocaron esas palabras en la cabeza del inspector.

—Eso no es lo importante ahora. Sin embargo, quizá te interese saber que estoy al tanto de la visita que hiciste el pasado sábado a Sasha.

Un desconcertante silencio se interpuso entre ambos. Por un momento Marcial temió que su interlocutor hubiese colgado.

—Dígame, ¿qué es lo que quiere?

—Verte. Esta noche a las doce en punto bajo el puente de la autovía. Al

lado de los aparcamientos del tanatorio.

No era un sitio que trajese muy buenos recuerdos a Marcial, pero la intimidad que podían tener ahí y la posibilidad de ver sin ser visto le agradaba. Colgó sin esperar respuesta: sabía que vendría. El tono de voz había cambiado sensiblemente cuando oyó el nombre de Sasha.

No sabía exactamente de cuánto tiempo disponía, pero si debía encontrar a un sospechoso fiable, Domingo reunía todos los requisitos que necesitaba para mantener ocupada a Zoe.

Había terminado de anotar los teléfonos que más se repetían. Por desgracia el registro de llamadas tan solo mantenía guardados los contactos establecidos desde el 12 de septiembre, así que apenas contaba con cinco números que habían establecido contacto con Viorica dos o más veces en tan breve espacio de tiempo. Aunque lo que en realidad preocupaba a Zoe, mucho más que la lista de clientes habituales de la rumana, era por qué Marcial se empeñaba en mantenerla lejos de él. Quiso convencerse de que todo era debido a su enfado por lo de Miralles, pero su actitud era diferente a la de las últimas semanas, cuando seguramente ya habría descubierto que le ocultaba la relación, así que el motivo debía ser Viorica. No se trataba de la indiferencia mostrada durante la investigación del asesinato de Torre Pacheco, más bien era la sensación que transmitía de que quería llevar esa muerte como un asunto personal; un asunto en el que le sobraba toda compañía.

—¿Dónde has dejado al inspector Solo? —La pregunta del siempre risueño Fonet la devolvió a la realidad de la sala de Homicidios.

—Deja de llamarlo así, anda. —La verdad es que las ocurrencias de Fonet y Rubio siempre le parecían muy graciosas, pero le molestaba que se cebaran en exceso con Marcial—. Está ocupado con unos testigos, ¿por qué?

—Acabo de hablar con Sonia Rueda, la de los retratos robot. Me ha dado su número de extensión y me ha dicho que la llaméis cuando la necesitéis.

—Está bien —Zoe cogió el trozo de papel que le ofrecía su compañero—. Oye, ¿me puedes hacer un favor?

—Sabía que tarde o temprano sucumbirías a mis encantos. ¿En tu casa o en la mía? —Fonet puso cara de seductor y le guiñó un ojo.

—¿Podrías comportarte con seriedad alguna vez?

—Tú dirás —dijo recobrando la compostura ante el tono firme de su compañera.

—Me gustaría que bucearas por la red a ver si eres capaz de encontrar a quién pertenecen estos números. —Zoe imprimió una copia del listado que había obtenido del móvil de Viorica y se lo entregó—. Díselo a Rubio también. A ver si entre los dos obtenéis los resultados antes de que toda la maquinaria burocrática obligue a las compañías a mandárnoslos.

—Lo que pides no es fácil, ¿lo sabes? Llevará tiempo y ni así sé si lo conseguiremos.

—Entiendo. —Zoe permaneció pensativa unos segundos—. Otra cosa: averigüéis lo que averigüéis, decídmelo a mí. Nada de hablar con el inspector.

—Uyyy —dramatizó Fonet—. Parece que hay divorcio entre la Bella y la Bestia. —El agente apoyó las manos sobre la mesa de Zoe y acortó la distancia entre ambos—. No, en serio, ¿algún problema? Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

Lo sabía.

Rubio y Fonet eran de los pocos compañeros con los que mantenía una relación que iba más allá de lo laboral. Sin embargo, ocultar información sobre una investigación a un superior, especialmente si se trataba de Marcial, era algo en lo que no podía involucrar a nadie. Además, tan solo tenía una vaga sospecha, así que hasta que no descubriese un indicio con cierta consistencia prefería mantenerlo todo bajo el más absoluto hermetismo. Tanto o más como su relación con Miralles, que, a tenor de los comentarios de su compañero, seguía siendo un secreto para todos menos para quien ella habría deseado.

—Todo está bien. Es que no quiero molestarlo con pormenores innecesarios. —Fonet ya se dirigía a su mesa cuando Zoe continuó—. Gracias, de todas formas.

Fonet contestó con una sonrisa forzada.

Esperó a que se silenciase el soniquete de la máquina del café, audible a pesar del murmullo de la sala de Homicidios, para retirar el vaso y llevarlo con parsimonia hasta la nariz. Degustó el olor que otrora era sinónimo de muerte y dio un pequeño trago que atemperó su cuerpo. Había abandonado el despacho hacía más de veinte minutos, enervado por las frases inconclusas con las que Antonia respondía a las preguntas de Sonia Rueda, la agente encargada de hacer el retrato robot, y después de su tercer café casi

consecutivo empezaba a no saber qué hacer. Había deambulado sin sentido por comisaría, incluso había entrado a la sala de descanso; algo que hacía más de cinco años que no sucedía. Notaba los ojos de sus compañeros de departamento clavados sobre la nuca, siguiendo sus movimientos erráticos como si fuese una atracción de feria: no estaban acostumbrados a verlo fuera del despacho si no era para hacer una de sus excursiones a la máquina del café o para entrar en el del comisario Lasaosa. Sopló con fuerza sobre el líquido y vació el contenido del vaso de plástico de un solo trago. Con la esperanza de que Sonia hubiese acabado su trabajo se dirigió de nuevo a su guarida. Estaba a punto de abrir la puerta cuando ante él apareció la figura de Mauricio ayudando a su mujer.

—Ya nos vamos, inspector —dijo Antonia con un tono que no evidenciaba rencor alguno hacia la actitud de Marcial—. Espero que eso les sirva para coger al desalmado que le hizo eso a Sasha.

—Yo también.

El inspector se apartó lo suficiente para que la pareja saliese y entró en el despacho cerrando la puerta tras de sí. No se molestó en despedirse de ellos.

—¿Qué tenemos? —dijo mientras se sentaba en su silla.

Las dos agentes se miraron en busca de la prelación adecuada para responder. Tras un gesto de Zoe, Sonia tomó la palabra:

—Pues con los datos que hemos conseguido arrancarle a esa señora nos quedaría algo tal que así. —Volteó su tableta para que el inspector pudiese ver el resultado final.

La imagen de un hombre de pelo largo, pómulos marcados y ojos escondidos tras las cuencas oculares lo desafió. ¿Sería ése el aspecto de Domingo? En breve lo sabría.

—Está bien. Pásamela al correo corporativo.

—De acuerdo.

El inspector dio por zanjada la conversación, así que la agente Rueda salió de su despacho dejando a Marcial y a Zoe en un vis a vis que la agente no sabía cómo encarar. Optó por esperar a que fuese él quien tomase la iniciativa: era consciente de que a Marcial le molestaban más las intromisiones que el silencio.

—¿Sabemos algo del teléfono?

—El registro de llamadas solo recoge poco más de un mes, así que para empezar he seleccionado las que se repiten dos o más veces, tal y como quedamos. —Zoe cogió el folio que portaba y lo depositó sobre el escritorio

de Marcial—. Estos son los cinco números que he obtenido.

El inspector lo recogió con la incertidumbre que le reflejaban los ojos de su compañera. No recordaba haber llamado a ese número de Sasha, pero tampoco recordaba haber estado en su casa la noche que murió. Escrutó la lista y no vio el suyo, lo que recibió con alivio, no obstante, decidió quedarse el listado para comprobar, cuando estuviese a solas, si el número de Domingo era uno de los agraciados. Lo lógico sería pensar que si tenía acceso al personal no utilizase el otro, pero quizá había obtenido el pasaporte hacia el lado más humano de Sasha recientemente.

—Habla con el juez Cueto y que nos autorice para obtener sus identidades. En cuanto al retrato robot, cuando la agente...

—Rueda. Sonia Rueda.

—En cuanto la agente Rueda me lo pase, te lo envío a tu correo. Imprime un par de copias para nosotros y házselo llegar a los zetas a ver si alguien se lo encuentra patrullando. Es lo único que tenemos de momento.

—¿Crees que puede ser su chulo?

La pregunta lo pilló desprevenido: no era propio de Zoe llevar la iniciativa, mucho menos después del malestar que reflejaba su rostro y que, sin duda, había nacido de la crudeza de sus palabras en ese mismo despacho, unas horas antes. Esa hipótesis se ajustaba a las pocas certezas que había proporcionado Antonia, así que respondió obviando por completo lo que él ya sabía: Sasha no rendía cuentas a nadie.

—Si no es su chulo debe ser un pariente o un amigo muy cercano a esa tercera persona de la que hablaba Antonia. De otra forma, no entiendo qué interés tendría en que Sasha... O Viorica, como prefieras llamarla, no mantuviese más relaciones con él.

—¿Relaciones? ¿Acaso crees que pagar por sexo es una relación?

Si Zoe se había propuesto hacerle perder los papeles estaba escogiendo el camino adecuado. A pesar de pagar por acostarse con ella, sí que consideraba que entre ellos existía una relación. No una sentimental ni amorosa, pero sí una de complicidad en la que los billetes prendían la mecha del compromiso y su orgasmo lo fenecía.

—Llámalo como quieras —zanjó—. ¿Algo más?

—Ha llamado Adolfo, el forense. Ha dicho que a lo largo de esta tarde enviará el informe de la autopsia. —Zoe respondió con la misma frialdad con la que recibió la pregunta. La actitud de Marcial le constataba que su malestar seguía latente—. Cuando lo tenga, te aviso.

—No hace falta. Iremos a verlo.

La cara de asombro de Zoe estaba totalmente justificada: hasta ahora Marcial se había conformado con leer los informes, al menos desde que ella era su compañera. El interés por obtener la información de primera mano, y quién sabe si por volver a ver el cuerpo, eran la prueba definitiva de que la muerte de Viorica era un tema muy personal para el inspector. Que no se lo hubiese confiado a ella solo se debía a dos posibilidades: lo de Miralles le había dolido más de lo imaginable; o bien tenía algo que ocultar. Solo podía poner solución a una de esas hipótesis, así que lo intentó:

—Marcial, quiero pedirte perdón de nuevo por lo de...

—Está bien, Zoe, olvídalo. Cuando haya hablado con el forense y me confirme que podemos visitarlo, te aviso.

La agente se levantó sin saber cuál era el verdadero motivo por el que el inspector mantenía en secreto que conocía a Viorica, pero con la seguridad de que el tema de Miralles poco tenía que ver.

8. La vida es una puta

El despacho de Adolfo Morales era sobrio y se ajustaba perfectamente a la imagen que el forense transmitía en primera instancia. Los recibió con un traje chaqueta gris y una corbata roja que reposaba sobre una camisa azul tan clara que en la distancia se confundía con el blanco. Tenía el rostro redondeado, al igual que el cuerpo, y su seriedad se concentraba en poco más de ciento sesenta centímetros y algo menos de noventa kilos.

Marcial y Zoe ocupaban las sillas que había dispuestas para las visitas y esperaban a que la impresora escupiese la copia del informe. Habían recorrido la corta distancia que separaba la comisaría del instituto Anatómico-Forense en completo silencio. La intención inicial de Zoe por averiguar el motivo real de la visita se desvaneció en el mismo instante en el que, al abandonar el garaje de comisaría, Marcial se saltó un «STOP» y obligó al conductor de un Seat León a dar un frenazo. Los exabruptos que musitó el inspector, a pesar de ser el culpable del incidente, la hicieron comprender que no era un buen momento para preguntar según qué cosas.

—Aún faltan los análisis toxicológicos e histológicos —comenzó el forense mientras metía los folios en el interior de una carpeta y se los entregaba a Marcial—, pero me temo que no van a dictaminar nada que no se haya visto ya en la autopsia. —Miró a los ojos de sus interlocutores y viendo que no aportaban nada continuó—: Como ya adelanté en la escena del crimen, se trata de muerte por asfixia mecánica: las fracturas cartilagosas de la glotis y del hioides así lo confirman. El asesino —miró a Zoe y corrigió su expresión—, o asesina, debe ser corpulento y de manos grandes, seguramente diestro. Si hacen el favor de mirar la fotografía número tres... —Adolfo esperó a que la localizaran antes de proseguir—. El surco que se aprecia en el cuello de la víctima posee un contorno bastante irregular y se puede afirmar que la presión ejercida por su mano derecha es bastante superior a la de la izquierda. También son apreciables las erosiones provocadas por las uñas y las equimosis de la acción prensil de los dedos. Por otro lado, las fotos número seis y siete —una nueva espera para dar tiempo a localizar las

imágenes— nos muestran unas marcas *peri mortem* en la mejilla izquierda, en la zona abdominal y en ambos brazos, así que podríamos concluir que el asesino se colocó a horcajadas sobre la víctima y atrapó sus extremidades superiores bajo sus rodillas. La de la mejilla nos permite pensar que seguramente también la abofeteó: le fue imposible defenderse. El hecho de que la golpease en el lado izquierdo de la cara nos ayuda a mantener la tesis de que estamos ante una persona diestra.

La primera foto a la que había hecho referencia Morales era impersonal: solo mostraba el cuello. Sin embargo, las dos últimas mostraban planos generales de Sasha, cubierta por una sábana desde la zona pélvica hacia abajo, lo que provocó una extraña reacción en Marcial que no pasó inadvertida para Zoe. El inspector tuvo que desviar la mirada al enfrentarse a un cuerpo que tantas veces había visto desnudo, pero que, a pesar de tener una tez blanquecina nunca había visto tan pálido. No pudo evitar recordar las numerosas pesadillas, especialmente durante la época en la que el asesino del café asediaba sus horas de descanso, que finalizaban de la misma forma en la que las fotografías mostraban a Sasha. La misma Zoe había sido protagonista de aquellos perturbadores sueños no hacía tanto tiempo.

—Las seis sigue siendo la hora estimada de la muerte —dijo Marcial leyendo el informe que mantenía entre sus manos.

—No. ¿Por qué lo dice? —Adolfo Morales comenzó a hojear el informe con cara de incredulidad.

—Lo pone aquí. —Marcial señaló el párrafo concreto y Adolfo buscó entre sus hojas.

—Se trata de una errata: olvidé cambiar los datos iniciales. Lo siento. Me atrevería a decir, sin miedo a equivocarme mucho, que sería sobre las seis y media pasadas, casi menos veinte, si quiere que le sea más exacto.

—¡Qué precisión! —Zoe no pudo evitar la sorpresa—. Parece el C.S.I.

Adolfo Morales prorrumpió en una sonora carcajada que, a tenor del nivel de decibelios, evidenciaba unas cuerdas vocales acordes a su generoso cuerpo.

—¡Qué más quisiéramos que disponer de la mitad de los medios que ellos usan en la serie! En realidad es bastante sencillo: basta un análisis microbiológico y hacer una comparativa con los que aparecen en las diferentes etapas del proceso de descomposición. El hecho de que el cuerpo se encontrase relativamente pronto y estuviese bajo unas condiciones estables facilita el cálculo. No obstante, ahora mismo lo corrijo. —El forense se giró

hacia la pantalla del ordenador y empezó a mover el ratón.

—Déjalo: me basta con saberlo.

—Tendré que hacerlo igualmente para el juzgado —arguyó el forense.

—Por nosotros no te preocupes. ¿Tardó mucho en morir? —Marcial sabía que aquella pregunta sorprendería a Zoe, pero necesitaba saberlo.

—En los casos de asfixia el óbito acontece pasados unos cinco o seis minutos. En su caso le diré que debió ser bastante rápido porque no defecó y apenas se orinó encima.

La asepsia con la que Morales hablaba del sufrimiento de Sasha irritaba a Marcial, sin embargo, era consciente que ese comportamiento no distaba del suyo en condiciones normales.

—¿Podemos ver el cuerpo?

—Por supuesto. Por mí no hay problema, pero no va a observar nada que no esté en las fotos. —Adolfo Morales se puso en pie y los invitó a que lo acompañaran—. ¿La conocía, inspector?

—¿Cómo? —La pregunta lo cogió desprevenido.

—¿Por qué, si no, querría verla? No suele hacerlo.

Marcial observó a Zoe: parecía más ansiosa que el forense por conocer la respuesta. Era una policía inteligente y a esas alturas ya sabría que Sasha no era una desconocida para él, así que lo mejor sería darle la respuesta que quería oír:

—Era una confidente a la que le debía algunos favores —respondió, sin saber si realmente sus palabras encerraban una mentira.

A Zoe se le activó una nueva alerta. ¿Podría ser que Marcial se sintiese culpable de su muerte? ¿Había muerto Viorica por algo que había contado al inspector?

Caminaron por un largo pasillo hasta alcanzar un ascensor que los condujo al sótano donde se encontraba la morgue. Una pesada puerta metálica se deslizó cuando Adolfo pasó una tarjeta magnética por un lector. En el interior de la sala, varias columnas de puertas se mostraban ante ellos. El forense consultó un listado que había sobre una mesa metálica impoluta y abrió la que llevaba el número dos. Desplazó con sutileza la bandeja y el cuerpo cubierto por una mortaja de plástico negro apareció frente a ellos. Adolfo procedió a bajar la cremallera y cuando esta alcanzó la zona de los pechos Marcial agarró su mano y detuvo en seco su movimiento.

—Es suficiente —dijo, con la muñeca del forense aún asida.

No parecía ella. Los ojos cerrados restaban hermosura a un rostro de por sí

muy demacrado, y la incisión en forma de «Y» que culminaba en sus clavículas la asemejaban más a una muñeca de trapo que a una persona inerte.

—¿Podría quedarme a solas con ella un momento?

—Hombre..., según el protocolo... Está bien. Dos minutos.

Adolfo Morales y Zoe abandonaron la sala. El forense volvió a pasar su tarjeta para que la puerta se cerrase.

Marcial bajó suavemente la cremallera hasta el inicio de la incisión. Observó cómo la turgencia de sus pechos se había esfumado con su vida, dotando a su cuerpo de una injusta vulgaridad. Se colocó de frente y extendió los brazos hasta la altura de su cuello. Dedicó un último vistazo a los surcos que habían ocluido su tráquea y trató de encajar las manos: él también las tenía grandes y era diestro. Coincidían. Incluso si forzaba la situación podía hacer casar las yemas de sus pulgares con las equimosis traqueales. Un latigazo lo sacudió por dentro y las retiró. Cerró a toda prisa la mortaja e introdujo la bandeja con el cuerpo de Sasha en el interior del habitáculo. Después cerró la puerta y notó cómo la impotencia se adueñaba de él.

No fue hasta que estuvieron sentados en el interior del coche cuando Zoe reunió el valor suficiente para dirigirse a Marcial.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿El qué? —Marcial sabía perfectamente de qué hablaba su compañera, pero por alguna absurda razón mantenía la esperanza de que no se refiriese a Sasha.

—Que Viorica..., o Sasha, como sea que la llameses, era una confidente.

—No tiene nada que ver con su muerte.

—¿Cómo estás tan seguro? —Zoe hizo acopio de valor para obligar a Marcial a continuar una conversación que a todas luces le incomodaba.

—Porque hace mucho que no trabajaba para mí.

El recuerdo del vídeo con Miralles acudió a su cabeza. La tentación de mostrárselo a Zoe era grande, pero lo cierto es que, cuando ocurrió Miralles era un hombre libre que pensaba que había ligado con una despampanante rumana. No sospechó en ningún momento que aquel encuentro se estaba convirtiendo en el salvoconducto que Marcial necesitaba para que la pelea que había habido entre ambos no acabase con él sentado frente a los de Asuntos Internos.

—Quizá alguien te la tenga guardada por algo que ocurrió hace bastante

tiempo y en la que ella fuese tu fuente.

—Imposible. —Marcial admiraba la facilidad de su compañera para elucubrar teorías, y de no ser porque necesitaba realmente encontrar al asesino de Sasha, aunque fuera su propio demonio interior, habría alimentado esas hipótesis para mantenerla ocupada.

—Pero...

—Aún no es tiempo de peros.

A punto estuvo de replicar otra vez, pero el teléfono del inspector sonó. Marcial miró la pantalla de su móvil: se trataba de un número oculto y, aunque solía rechazar ese tipo de llamadas, las ganas de aparcarse la conversación con Zoe le hicieron descolgar.

—Diga.

—Buenas tardes, inspector. —Una voz distorsionada surgió del auricular.

—¿Quién coño eres?!

—Eso no importa. ¡Escúchame! —La voz distorsionada desconcertó a Marcial, que decidió obedecer—. El enemigo está más cerca de lo que puedes imaginar.

—¿Quién cojones eres?!

—La muerte es una puta: con el dinero suficiente siempre se abre de piernas.

—¿Qué chorradas dices?! —Marcial elevó la voz de manera considerable, pero todo lo que obtuvo por respuesta fueron unos pitidos que indicaban el fin de la llamada.

—¿Qué pasa? —preguntó Zoe.

Marcial valoró si lo que acaba de oír debía guardarlo para sí. Si era cierto que el enemigo estaba cerca, lo mejor sería que nadie, y eso incluía a Zoe, supiese que él estaba al tanto de aquella advertencia. Las preguntas eran: ¿a qué enemigo se refería? ¿Tenían sus palabras algo que ver con la muerte de Sasha? Finalmente decidió solo hacer partícipe a su compañera de la segunda parte: quizá entre los dos fuesen capaces de encontrarle sentido a esa suerte de acertijo.

—¿Estás seguro de que te ha dicho eso? «La muerte es una puta: con el dinero suficiente siempre se abre de piernas» —repitió con voz queda.

—Completamente.

—¿Se refiere a Viorica?

—Sasha. Llámala Sasha. —Marcial apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. La palabra puta sin duda le obligaba a pensar en ella, sin embargo, la

fuerza de toda la frase recaía sobre el sustantivo muerte—. No lo sé.

—¿Seguro que la muerte de Vio... Sasha no está relacionada con ninguna información que obtuviste a través de ella en el pasado? Es posible que el mensaje se refiera a eso.

—Estoy seguro.

Tan seguro como que ella nunca había sido su confidente. La mentira que había elegido para apaciguar las inquietudes de Zoe se había convertido en combustible para nuevas hipótesis. Si el mensaje iba por ella, desde luego nadie la había matado por hacer ninguna confidencia. ¿Y si la clave estaba en la primera advertencia? ¿Y si ninguna de las dos hacía referencia a Sasha?

Marcial irguió su posición, miró el reloj y arrancó el motor. Se había hecho demasiado tarde y aún tenía por delante el encuentro con Domingo.

—Por hoy ha sido suficiente.

Zoe se colocó el cinturón y puso sus ojos en la carretera. Sabía que era inútil retomar una conversación que Marcial daba por finiquitada.

9. Un viejo conocido

Alcanzó La Alameda de San Antón a toda velocidad, atravesando la rotonda de la plaza de España desde el carril más interno, lo que le supuso una atronadora pitada del Opel Corsa que circulaba por el carril central y que se vio obligado a frenar para evitar la colisión. Miró el reloj y comprobó que faltaban dos minutos para las nueve. Debía darse prisa si quería llegar a tiempo al súper y reponer sus reservas de cerveza. El último duelo con el insomnio le había obligado a acabar con todas las existencias para salir vencedor y, a esas alturas del día, su cuerpo comenzaba a emitir señales inequívocas que le pedían que rellenase sus niveles de zumo de cebada otra vez. Giró en la calle Trafalgar y aparcó justo delante de la parada de autobús. Encendió las luces de emergencia y salió a toda velocidad hacia la entrada del supermercado, donde un cartel le recordaba que apenas contaba con quince minutos para llevar a buen puerto su tarea.

El resto del camino de regreso fue más pausado, tan solo cuando divisó el edificio de Sasha su corazón sintió una descarga de emociones que se vio reflejada en un irracional acelerón, como si su subconsciente entendiese que era suficiente alejarse del lugar de los hechos para dejar de sentir todo lo que aquel armatoste de hormigón y ladrillo le evocaba.

Ya en casa, y con las cervezas en el congelador, se preparó para el paseo de Sola, que desde que había entrado por la puerta lo seguía como si fuese su sombra. Le colocó el arnés y acarició la cicatriz de su cuello; una marca indeleble que le recordaba a diario de qué materia prima está hecha la especie humana. Sin duda el peor recuerdo que atesoraba Marcial.

El camino hasta el descampado fue especialmente rápido, como si Sola hubiese decidido obviar los olores que diariamente revisaba durante el recorrido. Una vez allí, liberada de la cadena, comenzó a galopar dejando una estela de polvo a su paso. Marcial disfrutaba viendo la estilizada figura de la galga danzar, ajena a su virtuoso don, obviando lo complejo de sus acrobacias a esa velocidad. Pocos minutos después, el paseo había obrado su milagro habitual: aislarlo de lo mundano y transportarlo hasta la ingravidez

de lo onírico. Pocos eran los momentos en los que la cabeza de Marcial se evadía y poco el tiempo que esa sensación perduraba. Esta vez fue un ladrido al vacío lo que lo condenó al reencuentro con la realidad. Por mucho que se esforzó en escudriñar entre la oscuridad solo vio noche, así que caminó hacia el lugar donde Sola continuaba ladrando con la mirada fija. Al notar la cercanía de Marcial, la galga recobró la pose habitual y acudió a su encuentro. El inspector le brindó unas caricias con afectado interés mientras escrutaba, a través de la noche, el lugar que había despertado tanto interés en su amiga. No consiguió ver nada, sin embargo, una inquieta sensación se instaló en su cabeza. Como si alguien lo vigilase de nuevo. Inconscientemente se volvió hacia el banco donde el hombre con gorra y gafas de sol le había suscitado la misma impresión a primera hora de la mañana. Pudo constatar, gracias a una farola próxima, que no había nadie. Estaba acostumbrado a ser él quien observara a los demás, pero desde que despertó frente a la casa de Sasha se sentía el centro de todas las miradas. Especialmente de las de Zoe. No se trataba de miradas acusadoras, eran más bien de desconcierto. Llevaban casi un año trabajando mano a mano y la actitud en este caso no se ajustaba a su modo de proceder habitual. Ni siquiera la excusa de la relación con Miralles valía como justificación.

Un nuevo ladrido, esta vez demandando su atención, lo sacó de su abstracción. Se obligó a lanzar piedras para atender a su petición, pero el recuerdo de la llamada anónima lo distrajo de nuevo. ¿Tendría algo que ver la llamada con esa sensación de vigilancia permanente? ¿Por qué si querían advertirle de algo no lo hacían abiertamente y dejando de lado los acertijos? Su última experiencia con mensajes metafóricos no había sido muy fructífera, precisamente. ¿Podría ser que el asesino del café fuese otra vez el autor de esos mensajes? ¿Para qué? ¿Y si la muerte de Sasha culminaba la lección que no pudo darle con Sola?

Notó el sudor frío recorriendo su espalda y su pulso acelerado. Necesitaba una cerveza para pensar con claridad.

—¿Qué pasa? ¿No tienes hambre? Llevas más de cinco minutos contemplando el plato. Si sigues jugando así con la lechuga, al final se hará tu amiga.

Zoe soltó el tenedor, sonrió y lo miró fijamente. Muy a su pesar, el insólito comportamiento de Marcial acaparaba sus pensamientos. Ni siquiera la cena

en plan romántico que Miralles le había preparado había conseguido apartar el malestar que le causaba sentirse desplazada de la investigación de la muerte de Viorica. La historia se volvía a repetir. Como le había sucedido a lo largo de su vida, era incapaz de conseguir que vida sentimental y laboral fuesen de la mano. Algo que, esta vez, durante un tiempo efímero, creyó haber conseguido. El primer paso fue convencer a Miralles para que le dejase a ella marcar los tiempos de su relación. El inspector aceptó sin oponer resistencia. Sin embargo, su falta de agallas para ir de cara con Marcial lo convirtió todo en un espejismo. Desde aquel momento todo había ido empeorando progresivamente entre ellos. Al principio fueron tensos silencios, más tarde reproches arbitrarios y, por último, un ninguneo que había acabado con ella relegada a la realización de tareas fútiles. Haber perdido su favor, no podía negarlo, le hacía sentirse mal. Le había costado demasiado ganárselo como para bajar los brazos a las primeras de cambio. Podía aceptar que en el mundo de Marcial el precio de su mentira tuviese un sobrecoste, no obstante, sus palabras comparándola con el resto de mujeres con las que Miralles había estado hasta ahora le parecían endiabladamente injustas; fuera de lugar. A pesar de todo, se abstuvo de explicar todos esos pormenores a Miralles y se limitó a excusarse:

—Estoy bien. Solo es... Bueno, no hablemos de trabajo.

Sin embargo, Miralles sí quería hablar de trabajo. Concretamente del que Marcial llevaba entre manos. Le había costado demasiado convencer al inspector jefe Brau de que lo dejase entrar en la reunión como para renunciar a obtener, de primera mano, los avances de la investigación.

—No. No te preocupes. Si te vas a sentir mejor, hazlo. Soy todo oídos.

Zoe le dedicó una mirada cómplice: cada vez estaba más contenta de haber dado aquel paso en su vida. De acuerdo que no todo eran pros, pero en una hipotética balanza estos se sobreponían a los contras.

—Se trata de Marcial. Bueno..., en realidad es su actitud en la investigación lo que me preocupa.

—¿Ha pasado algo? ¿Ha vuelto a liarla?

Miralles sabía por propia experiencia de lo que hablaba. A él le había tocado lidiar con su carácter durante un buen tiempo. Primero en el periodo en el que fueron compañeros, pero sobre todo en el que actuó bajo sus órdenes. Había sido testigo presencial de ese misterioso cambio que ocurría en su cerebro y que daba paso a un Marcial enajenado, como si algo activase un interruptor en su cerebro y se abriese paso a una bestia inmundada carente de

raciocinio. La mirada del diablo, lo había llamado sor Eulalia. Si hasta ahora no había tenido consecuencias en su vida policial era por el extraño embrujo que ejercía sobre sus superiores, como si esa seguridad en sí mismo con la que actuaba camuflase los problemas que generaba. Tanto Villanueva como Lasiosa habían aceptado como un mal menor el temperamento de Marcial, en cambio, el inspector jefe Brau no era de la misma opinión. Algo que, a poco que él supiese jugar las cartas adecuadas, podría venirle muy bien.

—No es eso. De hecho está más relajado que de costumbre. Tan solo es que no me quiere cerca en esta investigación.

—Dale tiempo. Sabes cómo es. Y si hay algo que le repatea es que le lleven la contraria; justo lo que tú has hecho al estar conmigo.

—Ese no es el problema: estoy segura. —Zoe pinchó con desdén unos trozos de lechuga y se los llevó a la boca mientras buscaba las palabras adecuadas—. Hace tiempo que lo descubrió... y claro que se mostró hiriente, pero lo de ahora no es igual. Me ha ocultado información, actúa a escondidas y...

—¿Y qué?

—Creo que tiene un problema con la bebida.

Aunque no lo había comentado con ella, Miralles sabía de muy buena tinta que a Marcial se le había ido la mano con la cerveza en las últimas semanas. Fue tras una discusión absurda, como casi todas las que Marcial se empeñaba en tener con él, cuando recibió una vaharada que lo delató. Después bastó una conversación informal con el agente Rubio para confirmarlo. Oírlo de la boca de Zoe lo convertía en un axioma.

—Sin ir más lejos, apareció en la escena del crimen con la misma ropa del día anterior y con un olor a alcohol bastante evidente.

—¿Lo has hablado con alguien?

—¡¿Estás loco?! Le puedo buscar la ruina. Eso si no se le cruzan los cables antes y me la busca él a mí —dijo con tono jocoso, aun sabiendo que podría ser cierto.

—Lo sé. No hagas nada, pero si ves que la cosa va a peor, avísame. — Miralles bebió un sorbo de vino para digerir la noticia—. Dices que te oculta información, ¿cómo lo sabes?

Zoe permaneció pensativa unos segundos. Su relación con Miralles funcionaba a las mil maravillas, todo lo contrario de lo que ocurría con la de Marcial, sin embargo, sentía una amarga sensación de traición con cada nuevo dato que desvelaba. Pero no tenía a quien recurrir. Si hablaba con el

inspector jefe, los días de Marcial en el departamento de Homicidios estaban contados, y si lo hacía con el comisario Lasaosa estaba segura de que todo quedaría en uno de sus inagotables discursos y una reprimenda que a Marcial le entraría por un oído y le saldría por el otro. En ese caso, la que tendría los días contados en el departamento de Homicidios sería ella. Así que con esa tesitura se decantó por confiarle lo que sabía a la única persona que en ese momento dejaba la situación de ambos en el punto exacto en el que se encontraba en ese instante.

—Desde el primer momento en el que se hizo cargo de esta investigación vi que su comportamiento con la víctima era muy raro. Normalmente se ciñe a los datos objetivos que le proporcionan los de la Científica y el forense. En este caso, en cambio, puso especial interés en verla. La miraba como si la conociese. Incluso diría que actuaba con afecto. Al final no le ha quedado más remedio que reconocerme que la conocía.

Miralles retiró el tenedor cargado de ensalada justo cuando iba a introducirlo en la boca: el recuerdo de Sasha sobrevoló su cabeza. No dijo nada.

—Dice que es una antigua confidente —aclaró Zoe.

—¿Por eso la mataron?

—Él piensa que no, pero yo creo que se equivoca.

Miralles valoró la información. Que Sasha fuese la prostituta asesinada lo ponía en una situación comprometida, aunque en ese momento lo que más le inquietaba era que se lo tomase como un asunto personal. Cuando su homónimo, terco como una mula, se empeñaba en llegar al fondo de un asunto, lo hacía; cayese quien cayese.

—Pues si no quiere que estés con él aprovecha la ocasión.

—¿Cómo? No te entiendo, Unai.

—Demuéstrale lo que vales: investiga por tu cuenta.

O lo que era lo mismo, pensó Miralles: «investiga por tu cuenta y mantenme informado».

Faltaban cinco minutos para las doce de la noche y aún no había tomado una decisión.

Cuando llamó a Domingo para citarlo tenía la firme intención de mantener una conversación extraoficial con él, pero ahora, después de cuatro cervezas y con el recuerdo del asesino del café revoloteando por la cabeza, no lo tenía

tan claro. Quizá bastase con permanecer escondido en su coche y observar. La vecina de Sasha les había puesto sobre la pista de un hombre con coleta y de otro corpulento, de manera que podría esperar a ver si cumplía alguno de esos requisitos antes de decidirse.

La noche se había precipitado y el frío, que por el día se ocultaba, se mostraba con toda su apatía a esas horas, así que le sorprendió verlo aparecer andando. Estaba seguro de que era él, entre otras cosas porque se había detenido justo bajo el puente, en un lugar que no conducía a ningún sitio. No sabía nada de él. El número de teléfono que había extraído del móvil personal de Sasha no coincidía con ninguno de los de la lista que le había proporcionado Zoe, así que iba a ciegas. Se trataba de un hombre alto, aunque para valorarlo en su justa medida la posición desde la que Marcial observaba no era la más adecuada. Vestía un chaquetón de paño largo de color oscuro y amplias solapas. El pelo, a pesar de la bufanda que protegía su cuello, se veía que era corto. Los rasgos faciales eran indescriptibles desde su posición.

Domingo miraba impaciente de un lado a otro y consultaba, casi maníacamente, el reloj. A Marcial se le agotaba el tiempo, pero había algo en aquella situación que no le gustaba. No era necesario ser muy avisado para saber que se trataba de un hombre acaudalado: su vestimenta y sus movimientos lo delataban. No era muy coherente con el hecho de que hubiera acudido hasta allí caminando, salvo que viviese por la zona. Si tal y como suponía su residencia se encontraba en otra parte de la ciudad más acorde a su estatus, era evidente que su coche lo había aparcado a una distancia prudencial de aquel punto de encuentro. ¿Por qué? ¿Podría haber alguien, su chófer por ejemplo, esperándolo por si requería de su presencia? ¿O acaso no quería que nadie viese su vehículo en un sitio tan peculiar donde iba a tener una reunión secreta con vaya usted a saber quién? Sea como fuere, el tiempo apremiaba y si no quería que el descubrimiento de la segunda línea telefónica de Sasha lo hiciese saltar a la palestra necesitaba resultados a la voz de ya.

Bajó del coche y cerró la puerta con suficiente vehemencia para llamar la atención de Domingo, que se giró en dirección al ruido. Marcial anduvo parsimonioso a su encuentro. En pocos segundos se hallaba lo suficientemente cerca para que las facciones de Domingo le hiciesen saltar todas las alarmas: lo conocía.

10. Rostros del pasado

Miralles acarició su cabello negro, dejando que los mechones de pelo se escurrieran entre sus dedos como si fuesen caños de agua que desembocaban mansamente sobre su nuca. La arropó con la manta que había en el reposabrazos del sofá y se levantó con suma delicadeza para no despertarla.

La cena había transcurrido, tal y como él había decidido, sin volver a hablar del trabajo. Si quería saber qué pasos estaba dando Marcial, la vía de la discreción era la mejor opción. Sabía que Zoe encontraría el camino, por muy intrincado que fuera, hacia donde el inspector estaba dirigiendo sus sospechas; así él podría jugar sus bazas desde el anonimato. Siempre había encontrado la forma de controlar todo lo que sucedía en la comisaría, pero esta vez, gracias a Zoe, todo sería más sencillo.

Volvió a mirarla para comprobar que sus pasos sobre el parque no la hubiesen arrancado de un sueño que la había alcanzado tratando de ver una película, con la idílica intención de poner fin a una velada romántica, a los pocos minutos de tumbarse en el sofá. Su cara era un remanso de paz que confirmaba que la tensión con Marcial la había llevado hasta la extenuación. Ese era el momento. Miralles se dirigió hacia la silla donde Zoe, al entrar, había depositado una carpeta abarrotada de documentos y comenzó a husmear. No tardó mucho en corroborar su presagio. Los primeros planos de la víctima, a diferencia de las fotos seleccionadas por Brau en la reunión del primer día, no dejaban lugar a dudas: era Sasha.

—¡Mierda! —dijo, sin percatarse de que había elevado la voz.

Se giró y comprobó que su descuido no había alterado el estado de Zoe. Regresó la mirada hacia el rostro de Sasha y evocó el cálido recuerdo de su encuentro, casi un año atrás. A pesar de ser sinónimo de su derrota frente a Marcial, guardaba el recuerdo en el pañol de los buenos momentos. Para un experto en las lides amorosas como él, la innovación era un valor en alza que la rumana, sin duda, dominaba a la perfección. Se obligó a regresar al presente. Que ella fuese la víctima complicaba aún más las cosas. Marcial se lo iba a tomar como un asunto personal. Y él, como ya pudo experimentar

durante su travesía en el caso del asesino del café, sabía que el inspector no abandonaba un asunto personal nunca. Ni aunque hubiesen transcurrido dieciocho años. Pero esta vez guardaba un as en la manga: no sabían que él conocía la identidad de la víctima. Si Marcial no había dicho nada durante la reunión, a pesar de saber que él la reconocería, era porque tenía algo que ocultar, y eso solo podría averiguarlo a través de los ojos que en esos momentos descansaban sobre el sofá de su salón.

—¿Domingo Bernal? —Marcial no pudo reprimir su sorpresa al encontrarse de frente con el rostro del que hasta ahora era, exceptuándolo a él, la última persona que había hablado a Sasha la noche de su muerte.

Domingo medía algo más de metro ochenta y rondaba los cuarenta años. Su corpulencia cuadraba a la perfección con la descripción que Antonia había mencionado. Tenía el pelo muy negro, seguramente por el efecto de algún tinte, y sus rasgos faciales componían el gesto desabrido que caracteriza a las personas acostumbradas a bregar con los quebraderos de cabeza que conlleva un negocio fructífero creado de la nada. Fue, precisamente, con ese cariz adusto y esa mirada oscura con lo que respondió a Marcial.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?

Marcial necesitó meditar su respuesta. No estaba allí de forma oficial, no obstante, con los contactos que Domingo Bernal manejaba en las altas esferas cartageneras, no tardaría en saber que él era el responsable de la investigación de la muerte de Sasha. Así que optó por una respuesta intermedia que distrajese a los adláteres encargados de indagar en la veracidad de sus palabras, y que vadease el estrecho cauce de la mentira.

—Soy el inspector Solo, de Homicidios. —Dejó caer la última palabra de forma lapidaria.

Si la presentación de Marcial lo había impresionado, no lo demostró. Acarició su barbilla de facciones cuadradas y respondió:

—¿Qué trae a un inspector del Cuerpo Nacional de Policía a proponerme una reunión clandestina en un sitio como este?

—Sasha.

—Me temo que eso no es asunto suyo, inspector.

—Lo es desde el momento en el que, a las pocas horas de vuestro encuentro, apareció su cadáver en el salón de su casa.

—¿Han matado a Sasha? —Su voz, hasta entonces firme, cambió en

consonancia con su gesto de estupor.

—No he dicho que la mataran. Solo dije que había muerto.

—Si un inspector de Homicidios es el que me comunica la noticia y en un lugar como este... —Domingo señaló en rededor—. Blanco y en botella.

—La estrangularon.

—¿Por qué me lo cuenta, inspector?

—Ya te lo he dicho: fuiste el último que la vio con vida.

—Eso ya lo he oído. Me refiero por qué me lo pregunta en este sitio, a esta hora y sin pedirme que avise a mis abogados.

Ninguna de sus mil elucubraciones contemplaba que la persona a la que iba a tratar de amedrentar fuese un individuo con el empaque y la solvencia social de Domingo Bernal, uno de los empresarios más afamados de la ciudad portuaria. Su empresa, Mariscos Bernal, había ido escalando progresivamente hasta situarse como una de las principales potencias nacionales del sector, tan solo unos peldaños por debajo de las grandes sociedades gallegas.

—La profesión de la víctima, aunque pienses lo contrario, sí que es un dato muy relevante. Así que, por si acaso el último número que llamó a Sasha era alguien al que dicha publicidad pudiera perjudicarle, preferí utilizar esta vía más... anónima —improvisó Marcial.

—En ese caso, inspector, no me queda más que estarle agradecido. Desde luego no es la campaña de márketing que tenía pensada para mi negocio. — Domingo dio unos pasos hasta situarse a la altura de Marcial e invitarle, echando la mano por encima de su hombro derecho, a caminar en dirección al 308—. Conocí a Sasha hace unos años y, la verdad, no he podido dejar de visitarla desde entonces. Con más frecuencia de lo que desearía, incluso.

Domingo se detuvo, y Marcial se vio obligado a hacer lo mismo para permanecer a su altura. Le molestaba que aquel hombre, avezado en las dotes disuasorias, jugase con él como si fuera uno más de los lameculos con los que trataba a diario, sin embargo, sabía que estaba en desventaja. En pocas horas las pesquisas de Domingo habrían dado con su nombre y apellidos reales, al menos los que figuraban en la ficticia partida de nacimiento que Dolores guardaba entre sus cosas, y si la diosa fortuna le era un poco esquiva, con algún contacto de calado suficiente para que esa vía de investigación quedase sesgada. Con esa tesitura no le quedaba más opción que cambiar de estrategia.

—No creo que haga falta que le diga que confío en que esto quede...

—Entiendo —interrumpió Marcial, mientras se desembarazaba de su brazo

—. ¿A qué hora abandonaste su piso?

—No sabría decirle. Calculo que sobre las tres o así. Tengo un par de testigos que podrán ayudarle a precisar algo más. Aquella noche había cerrado un negocio importante y decidí celebrarlo. Bebí mucho, por lo que no me veo capaz de establecerle una secuencia temporal precisa. —Domingo sacó su teléfono y comenzó a manipularlo con pericia—. Según tengo aquí, y como seguramente usted ya sabrá, la llamé a eso de de la 1:20 de la madrugada. De lo único que estoy seguro, inspector, es que cuando me marché Sasha estaba muy viva. Y con una sonrisa de oreja a oreja, si me permite precisar.

Si Marcial no hubiera experimentado en sus propias carnes las secuelas de una desmedida exposición al alcohol, hubiese pensado que la coartada de Domingo era tan débil como ineficaz en el caso de que decidiesen colgarle el cartel de sospechoso. A su favor, en cambio, jugaban sus más que probables contactos en la Administración para mantenerlo alejado del epicentro de la investigación. Algo que dejaba a Marcial sin un cabeza de turco que ofrecerle a Zoe y lo volvía a colocar a él como único objetivo real de su compañera; de manera que se limitó a tomar nota de los integrantes de la celebración nocturna a la que había hecho referencia Domingo y le pidió que estuviese localizable.

Lo vio marcharse con el mismo petulante caminar con el que había aparecido. Pero si el rostro de Domingo Bernal le había resultado familiar no había sido únicamente por su envidiable trayectoria profesional, sino por un asunto algo más turbio del que, en ese momento, solo una persona podía arrojar algo de luz.

El ruido de la puerta del jardín la sobresaltó. Marga Ayuso solía acostarse tarde, pero eso no la libraba de sucumbir a los encantos de Morfeo en pequeñas alícuotas mientras consumía, tendida en el sofá, las últimas horas del día. Se asomó por el resquicio que quedaba entre el alféizar y la persiana y lo vio. No pudo reprimir la sonrisa. Hacía tiempo que no pasaba a verla a esas horas, y mucho menos sin avisar. Se atusó la bata y acudió a su encuentro.

—¡Qué sorpresa! —dijo, mientras pulsaba el botón que abría la cerradura metálica—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—¿Desde cuándo echas la llave?

La casa de Marga, fruto de una herencia y muchas horas de trabajo, estaba acotada por un muro cuyo único acceso era una puerta metálica que, desde que Marcial recordaba, y eso abarcaba muchos años, se cerraba únicamente con el resbalón. Incluso una vez fallecido Santi, había permanecido accesible desde el exterior con solo girar su manivela, como había podido comprobar en las rutinarias visitas que hacía a lo más parecido a una familia que había tenido Marcial.

—Hará quince días. La vecina me contó que entraron en su jardín y le hicieron un destrozo. Pero pasa, mejor hablamos dentro. —Marga se apartó para que Marcial ganase la puerta de acceso a la casa y se acomodaron en el salón—. Ahora que no está Santi no puedo jugármela —argumentó.

—Claro.

No había muchas cosas que hiciesen tanto daño a Marcial como recordarle la ausencia de su amigo. Si además lo hacía su viuda, y poniendo de manifiesto la indefensión que su fallecimiento le había producido, la herida le escocía como si acabasen de bañarla en alcohol.

—¿Cómo están los niños? —Marcial tomó la tangente de la afectividad para abandonar el camino de la melancolía.

—Muy bien. Ellos son más fuertes. Se podría decir que ya lo han superado. Nosotros, en cambio...

—¿Conoces a Domingo Bernal? —Era el momento oportuno para introducir la pregunta, de lo contrario corría un gran riesgo de que la conversación, como casi siempre que charlaban sin la presencia de Ana y Alfredo, acabase encallando en los sentimientos comunes que les había ocasionado la pérdida de Santi.

—¿El de mariscos Bernal? Hombre..., conocer, conocer, es mucho decir. Coincidimos una vez en un evento en el que, por cierto, también estaban Villanueva y Lasaosa.

—Recuerdo que hace unos cuantos años el inspector jefe le pidió a Santi que lo investigase de forma extraoficial y confiaba en que tú supieras por qué.

—Yo también lo recuerdo, pero mentiría si te dijese que sé algo más que eso. Ya sabes que Santi jamás hablaba conmigo de trabajo. —Marga se ahuecó su cabellera rizada antes de lanzar una pregunta de la que estaba convencida que no obtendría una respuesta—. ¿Qué pasa, Marcial?

—Nada importante, no te preocupes.

—¿Por qué no hablas con él?

—¿Con quién?

—Con Villanueva.

El silencio de después fue denso. Desde que el inspector jefe ingresó en prisión, a la espera de juicio, Marcial no había vuelto a verlo. Si generar vínculos era ya un camino pedregoso para él, remendar aquellos que se habían rasgado era transitar uno totalmente inexplorado.

—Lo pensaré.

—¿Has vuelto a ver a tu madre? —Marga usó un tono comedido, como hacía siempre que trataba ese tema.

Marcial no respondió enseguida. Gastó unos segundos en sopesar si le convenía el derrotero que estaba tomando aquella conversación. Había decidido visitar a Marga después de su encuentro con Domingo porque tenía la esperanza de que ella supiese el porqué de aquella investigación secreta, pero la confianza sembrada años atrás, y regada durante los venideros, había hecho que Marga se tomase la licencia de desviarla al plano personal.

Debía reconocer que el singular desenlace del caso del asesino del café había trastocado sus ya trasnochados esquemas mentales sobre la unidad familiar. Que Dolores no fuera su madre biológica no cambiaba en absoluto las vivencias pasadas, pero hacía inevitable contemplarlas desde otro prisma. Y desde ahí, Marcial había interpuesto un filtro de inquina que falseaba el resultado.

—No es mi madre.

—Vamos, Marcial. ¿Acaso no fue ella quien te crió? ¿Qué cambia el hecho de la adopción?

—Necesito una cerveza.

Marga se levantó y se dirigió a la cocina. Conocía a Marcial y sabía que estaba horadando su coraza. La cerveza solo era la excusa para ganar tiempo, pero se equivocaba si ahora que había abierto una brecha pensaba que iba a dejarlo escapar. Le entregó la cerveza ya destapada y esperó a que diese el primer trago, que para su sorpresa acabó con casi medio botellín.

—Vino a verme —dijo Marga. Después calló esperando que la curiosidad hiciese mella en él, pero al ver que no sucedía, continuó—: Fue hace un par de semanas. Estaba hecha polvo. Me dijo que no le coges el teléfono.

Marcial recogió el botellín, del que no había despegado la mirada mientras Marga hablaba, y lo vació con un segundo trago. Se incorporó y la besó en la frente. Después recogió su chaqueta y abandonó la casa.

11. La última llamada

Todo era insultantemente parecido: el sitio, la compañía, incluso las camareras. Por suerte, su cerebro, esta vez, no había abandonado su cabeza. Mantenía el punto justo de embriaguez que le permitía trivializar las cosas sin alejarse demasiado de la costrosa realidad.

En un principio, cuando huyó de las preguntas de Marga, tenía pensado regresar a casa, pero al llegar a La Alameda de San Antón, las hipnóticas luces del bar Baros ejercieron sobre él un magnetismo etéreo que le obligó a entrar. El interior apenas contaba con cinco personas, además de las dos camareras. La música, menos comercial que la del fin de semana, envolvía la sala de forma subrepticia, más como acompañamiento que como sustituta de la conversación; algo que a Marcial, que no hablaba con nadie, le importaba poco. Se limitaba a finiquitar su cuarta cerveza de la madrugada y observar el recinto como si esperase que aquellas cuatro paredes alicatadas de besos furtivos y obscenos manoseos le fuesen a confesar qué le había ocurrido la noche del sábado. Finalmente, harto de aquel infructuoso experimento, decidió alzar la mano a la camarera para llamar su atención. Una chica rubia con un maquillaje liviano y una camiseta de tirantes, que a duras penas contenían sus enormes pechos, se acercó hasta su mesa.

—Doce euros —dijo altiva, sin esperar pregunta alguna.

Marcial entregó un billete de veinte y, dejando una distancia prudencial que le permitía admirar su contoneo, la acompañó hasta la barra. La chica, ajena a la nueva posición de Marcial, intercambió una frase con su compañera que llamó la atención del inspector:

—Hoy no va tan pedo como el sábado.

—¿Cómo dices?

El asombro se dibujó en la mirada de la chica, que situaba a Marcial sentado esperando el cambio. Cuando intentó excusarse, una serie de balbuceos inconexos acudieron a sus labios y tan solo se silenciaron cuando Marcial los interrumpió.

—No sabía que tenías un alcoholímetro en los ojos.

—Ahí no. —La camarera, sobrepuesta, dejó caer la mirada sobre sus pechos, asegurándose de que Marcial ponía sus ojos en el mismo lugar—. Solo cuando alguien va muy borracho me pide la bebida sin mirarme a las tetas. —La chica contoneó los hombros, desencadenando un movimiento que inexorablemente acabó repercutiendo en la posición de sus pechos.

Marcial contempló con agrado el coqueteo y decidió, sin saber si gran parte de la culpa residía en el alcohol que circulaba por su torrente sanguíneo o en el vacío que había dejado Sasha, contraatacar.

—¿A qué hora terminas?

—En cinco minutos —respondió con una sonrisa libidinosa.

—Ponme otra.

El amanecer le estampó la realidad en la cara. La jaqueca había ejercido la opción a compra del alquiler de su cabeza y se había instalado de forma definitiva. Marcial no tenía por costumbre malgastar su tiempo en reproches, pero esa mañana se obligó a hacerlo. La cerveza, cada vez más apetecible y necesaria, estaba tomando el control de su vida. Para recordar la última ocasión en la que había valorado positivamente la idea de flirtear había que remontarse un lustro. Pasar la noche entre los pezones sonrosados de una mujer, a la que fácilmente le sacaba quince años, no era óbice para plantearse que necesitaba un cambio. Por muy halagüeño que resultase el recuerdo de una noche de sexo desenfrenado, se obligó a recordarse que él había decidido simplificar su vida sexual y eso eliminaba cualquier relación en la que alguien pudiese atisbar algún vínculo que fuese más allá de lo meramente carnal; y solo conocía una manera de hacerlo: pagando.

Volcó el contenido del Espidifen sobre su vaso y esperó a que se disolviese —algo que nunca ocurría de manera completa y que terminaba por dejarle la garganta arenosa—; bebió su contenido de un trago y se sirvió una taza de café bien cargado, solo y sin azúcar, como marcaban los cánones de un buen cafetero.

Estaba decidido: ese era el día. Debía tomar nuevamente las riendas y eso pasaba por dejar aparcada durante un tiempo prudencial la bebida. Necesitaba centrarse en la muerte de Sasha. Se lo debía. No podía malgastar el tiempo en comportamientos erráticos inducidos por el despecho. Las horas pasaban y seguía sin un sospechoso con el que distraer a Zoe mientras él completaba el puzle de la noche del sábado. La única certidumbre, más allá de la que le

atañía a él mismo, era que Domingo Bernal había estado con Sasha, algo que le conducía a un encuentro que había estado evitando, pero que ahora, a tenor de los acontecimientos, empezaba a ser inevitable: visitar a Villanueva. El asesino del café, que durante dieciocho años los había unido, había sido también el encargado de separarlos. Desde el pasado mes de diciembre la vida del inspector había dado un giro inesperado con la entrada de Zoe y la salida de Villanueva. Algo que en un mundo tan reducido como el suyo originaba unas turbulencias de difícil contención.

—Vamos, Sola. —Marcial se dirigió a la entrada y cogió el arnés—. Te necesito.

Pasear con ella era el mejor método de meditación que conocía, y la decisión de visitar a Villanueva era algo que no debía decidir a la ligera.

Cuando afrontó el pasillo de mesas que lo conducían hacia el despacho, el malhumor era el sentimiento predominante. El dolor de cabeza seguía instalado en su privilegiado ático, haciendo caso omiso a la sobredosis de ibuprofeno que a esas horas de la mañana se empeñaba en desahuciarlo. El paseo con Sola tampoco le había ayudado a decidirse. Si bien no tenía ningún indicio sólido para sospechar que alguien del estatus de Domingo Bernal tuviese interés por apartar de este mundo a Sasha, una vulgar prostituta de nivel medio, el hecho de que en el pasado ya hubiese despertado las sospechas de Villanueva le añadía un punto de interés que no podía pasar por alto.

Zoe, a la que Marcial no había visto en su mesa a pesar de ser más de las nueve de la mañana, apareció mientras seguía dando vueltas al asunto del empresario.

—El comisario me había llamado —dijo, para responder la pregunta que Marcial había dibujado en su cabeza, pero no había formulado—. Efectivamente, Sasha tenía dos líneas telefónicas a su nombre. El juez Cueto ya ha solicitado el listado de llamadas. Estos son los números. —La agente depositó un folio frente a Marcial, que este no se molestó en mirar.

Lo inevitable estaba en marcha. Era cuestión de días que saliera a la luz que él había sido el último con el que la víctima había hablado por teléfono. La noticia sirvió de acicate para que, por fin, Marcial tomase la decisión de visitar a Villanueva, pero para eso necesitaba desembarazarse nuevamente de Zoe. Tras unos segundos dubitativos improvisó una solución:

—En ese caso —comenzó Marcial— no tenemos mucho por donde continuar. Pide al juez Cueto que extienda su solicitud a la identidad de las llamadas que recibió Sasha el último día, incluyendo ahí la de los cinco números que habíamos seleccionado anteriormente, así ganaremos tiempo. Mientras... —Marcial prolongó una pausa que Zoe no se atrevió a interrumpir—. Solo nos queda trabajar a la vieja usanza.

—¿A qué te refieres?

—Llama uno a uno a los cinco números y trata de obtener la información tú misma. —Marcial se incorporó y conminó a su compañera a que lo imitase. La decisión del juez instructor le obligaba a agilizar las gestiones para indagar en las sospechas que Domingo Bernal había despertado en él—. Es probable que sean puteros de tres al cuarto que actúan a espaldas de sus mujeres o novias. Si juegas bien tus bazas podrás hablar con ellos antes de que se conviertan oficialmente en sospechosos de homicidio.

—¿Si juego? ¿Querrás decir si jugamos? —Aunque con el paso del tiempo Marcial había ido delegando más tareas en ella, a Zoe le resultaba imposible deslindar ese trabajo en solitario de la sensación de aislamiento con la que el inspector la estaba tratando en esta investigación.

—Yo tengo un asunto pendiente. En cuanto me libere, te llamo.

Marcial cogió su chaqueta de cuero y abandonó su despacho dejando a Zoe sola y con la palabra en la boca.

No era consciente de su esclavitud, pero tras el segundo café casi consecutivo, tomado con el único pretexto de paliar sus ansias de alcohol, comprendió que la tarea que tenía que afrontar era más ardua de lo que en un principio había pronosticado. Estaba sorprendido de cómo en tan pocas semanas su cuerpo se había habituado a una paulatina ingesta de cerveza que, en situaciones tan especiales como la que le tocaba en suerte afrontar en ese momento, se antojaba imposible de detener.

La sala de espera en la que lo habían confinado dejaba mucho que desear. Las paredes amarillentas presentaban desconchados y pompas de aire que contribuían a dar un toque leproso al hotel. Todo el interiorismo de la estancia recaía en dos máquinas expendedoras; una de ellas de comida de alto porcentaje calórico y escaso valor nutritivo; y la otra, de un café inmundito con el que el inspector trataba de mitigar sus ansias de cerveza. El centro penitenciario en el que estaba recluido Villanueva se encontraba a las afueras

de la provincia de Alicante. Se trataba de un recinto de reducidas dimensiones en el que convivían un selecto grupo de presidiarios a los que, por diversos motivos, no se les podía ubicar junto a los presos comunes. En el caso de Alfonso Villanueva era su condición de expolicía la que lo había conducido hasta allí.

Cuando Marcial hubo decidido que la visita a su mentor era ineludible, se puso en contacto con el centro para solicitar un vis a vis, pero se topó con la sorpresa de que requerían una burocracia que hacía imposible llevarlos a cabo hasta el jueves siguiente. Finalmente, después de recurrir a varios contactos entre funcionarios de prisiones, pudo conseguir un encuentro informal esa misma tarde; así que puso rumbo a Alicante sin saber cuánto tiempo tendría que esperar para que se produjese el temido reencuentro. Rondaba los tres cuartos de hora de plantón cuando la puerta chirrió y un joven funcionario lo requirió. Anduvieron por un largo pasillo hasta desembocar en una habitación que tenía por todo mobiliario una mesa y dos sillas, otorgándole más un aspecto de sala de interrogatorios que de visitas. A los pocos segundos de haber ocupado su sitio, Marcial comprobó que la puerta que estaba en el extremo opuesto se abría para dar paso a un consumido Villanueva.

—¡Cuánto tiempo, Lisón!

—Ya no soy Lisón.

—Para mí siempre lo serás. —Villanueva estrechó la mano de Marcial, que se había incorporado al verlo aparecer—. Siéntate.

Marcial lo observó con interés. Estaba desmejorado: los ojos marrones se sustentaban sobre dos grandes bolsas, la barba que antaño era pobladora ocasional de su rostro se había instalado de forma definitiva, y su corpulencia se había visto mermada por la pérdida de peso. Aun así su presencia seguía abarcándolo todo. Incluso después de meses de cautiverio seguía ejerciendo en Marcial una enigmática admiración que lo subordinaba hasta el punto de permitirle que su diálogo comenzase, tras los protocolarios saludos, con un orden del que, en su día, fuese su referente policial.

—¿Cómo lo llevas? —Villanueva clavó sus ojos en los de Marcial, como si tratase de calibrar la sinceridad de su respuesta.

—Bien.

—Vamos, Lisón. Sabes que, aunque esté aquí —Villanueva hizo un gesto que abarcaba toda la habitación, pero que ambos sabían que se hacía extensible al resto del centro penitenciario—, sigo teniendo ojos en todas partes.

—No he venido aquí a hablar de mí. —Marcial hizo una pausa doblegado aún por el respeto que le profesaba y que le dificultaba tratarlo con la indolencia que requería la situación—. ¿Recuerda a Domingo Bernal? El empresario.

Villanueva torció el gesto; la actitud de Marcial le había herido. Recibir su visita, después de casi un año de encierro, y obviar las trivialidades para abordar las necesidades le confirmaba que había sido destronado del privilegiado emplazamiento en el que su discípulo lo había ubicado dos décadas atrás. Así que se recolocó en la silla en una pose más formal y afrontó el envite con seriedad.

—Claro que lo conozco. ¿Y quién no?

—Me refiero a...

—Sé a lo que te refieres, Lisón. Lo que no sé es por qué te interesa eso ahora: hace mucho tiempo que aquello se aclaró.

—¿Aquello? ¿Qué es aquello? —Esta vez fue Marcial el que cruzó su mirada en el camino de la de Villanueva—. Le recuerdo que esa fue una tarea de la que se encargó Santi, no yo.

Villanueva se levantó y comenzó a caminar por la sala. Ese comportamiento no era nuevo para Marcial, pero aun así le incomodaba. Era como si le obligase a recordar quién lo había convertido en el policía que hoy era.

—Durante un tiempo, la UDEF (Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal) de Murcia lo estuvo investigando: creían que podía estar metido en algún tema de blanqueo de capitales. Al final no pudieron demostrar nada y abandonaron el caso.

—¿Por qué Santi?

—¿Por qué? —repitió Villanueva—. Porque el inspector Salmerón seguía convencido de que Bernal no era trigo limpio, así que me pidió el favor: necesitaba a alguien de Cartagena que no levantase las sospechas de sus superiores en Murcia.

—¿Y qué descubrió? —Marcial preguntó en un tono seco, como si en lugar de encontrarse con alguien al que había admirado profundamente estuviese en uno de sus interrogatorios rutinarios con un delincuente común.

—Ya te lo he dicho, Lisón: nada.

Marcial sopesó sus posibilidades. Advirtió que la opción de seguir preguntando a Villanueva por los pormenores de la investigación de Domingo Bernal tenía pocos visos de prosperar, pero la alternativa de

reconducir el diálogo a la rutina carcelaria le seducía aún menos. Hacía tiempo que había pasado página. La muerte de Enma Novoa, la mujer de Villanueva, se había convertido en el punto de inflexión en su relación. La admiración y el respeto cultivado durante años habían ido menguando a medida que los días de encierro del inspector jefe se sucedían. Como si los muros que ahora los separaban fuesen una distancia insalvable para su amistad. El inspector estaba a punto de dar por finalizada la visita cuando Villanueva reanudó la conversación:

—Dime una cosa, Lisón. —Villanueva volvió a sentarse frente a Marcial y lo miró fijamente—. ¿De qué conocías a Sasha?

La pregunta, lejos de sorprenderle, le confirmó lo que suponía: Villanueva seguía informado de todo lo que ocurría en comisaría. Sin embargo, lo que sí le causó recelo era quién le había hecho partícipe de una información que solo conocían Zoe y Adolfo Morales, el forense. Su consabida filosofía de vida, en la que la desconfianza era el eje sobre el que giraban todos sus razonamientos, le condujo hasta Miralles. Por lo visto la relación con Zoe era de mucha más transparencia de lo que sospechaba y, sobre todo, deseaba.

—Adiós, jefe —dijo Marcial, poniéndose en pie y tendiendo la mano a Villanueva a modo de despedida.

—Ya no soy tu jefe, Lisón.

—Para mí siempre lo será —respondió Marcial con la voz quebrada.

Marcial abandonó el recinto penitenciario con la certeza de que su regreso a Cartagena debería tener una escala obligada en la comisaría de Murcia si quería avanzar mientras trataba de alejar los ojos de Zoe de la última llamada que, tarde o temprano, le delataría.

12. El cebo

El despacho del inspector Gustavo Salmerón estaba en la tercera planta. Se trataba de una estancia cálida, con cierto síndrome de segunda vivienda. Las fotografías familiares que poblaban la mesa de trabajo y los diferentes dibujos que pendían de un tablón de corcho contribuían a rubricar la impresión de Marcial. Le había conducido hasta allí un joven agente en prácticas, más pendiente de que su uniforme marcara sus músculos que de los motivos que Marcial había esgrimido para presentarse allí sin previo aviso.

—Pase, inspector —dijo Gustavo Salmerón, al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia Marcial con la mano extendida.

El inspector de la UDEF transmitía seguridad en cada movimiento. Tenía unas facciones anguladas que le conferían un innegable atractivo. Su espalda ancha y recta encuadraba a la perfección en un uniforme que no podría anhelar mejor percha. Su pelo corto, peinado con la raya a la izquierda, se mimetizaba con asombrosa fidelidad a la imagen de rectitud que, a sus cuarenta y muchos, proyectaba Gustavo Salmerón.

Después de una breve presentación y una explicación sucinta de cómo las palabras de Villanueva le habían llevado hasta allí, Marcial lanzó la primera pregunta:

—¿Recuerdas el caso?

—Por supuesto: no hace tanto.

Gustavo Salmerón se levantó y se dirigió hacia el archivador que había junto a la mesa de reuniones. Manoseó las carpetas durante unos segundos hasta que extrajo una. Con ella en la mano regresó a su mesa y la extendió ante los ojos de Marcial.

—Efectivamente; Domingo Bernal, propietario de Mariscos Bernal, estuvo en nuestro punto de mira desde finales de 2011. Una serie de préstamos concedidos a varias empresas de la zona, en un corto espacio de tiempo y por unos importes nada desdeñables, levantaron la liebre.

—¿Acaso no es normal esa práctica? —A Marcial el mundo empresarial le abrumaba y su conocimiento en materia de blanqueo de capitales no le

permitía ver más allá—. ¿Qué tiene de extraño que una empresa que funciona bien le preste dinero a otra a la que no le va tan bien?

—En principio no tiene por qué ser nada delictivo, pero el cómo y el cuándo fueron, como mínimo, sospechosos. Mariscos Bernal es una empresa muy solvente, pero, como ha ocurrido en casi todos los sectores, la crisis le ha pasado factura estos últimos años y, aunque prestar dinero a otras empresas es una forma como cualquier otra de inversión, desde luego no es la más fiable: si la empresa deudora va a la quiebra sería difícil, siquiera, recuperar lo prestado. No obstante, tuvieron la precaución de hacerlo en aquellas que, si bien no se encontraban en su mejor momento, mantenían un aspecto de cierta salud financiera.

—Sigo sin ver qué le motivó a investigarlo.

—A ver, digamos que Mariscos Bernal se dedicó a prestar dinero con cierto riesgo para obtener muy poco rédito, cuando invirtiendo en fondos más seguros podía obtener mucho más. Algo no cuadraba.

—Si no he entendido mal, sospechabas que estaban blanqueando dinero a través de esas empresas a las que prestaban una cantidad y le devolvían eso más unas mínimas ganancias.

—Más o menos. Lo que ocurre en estos casos es que si no se consigue encontrar el origen ilícito del dinero, ni la maniobra por la que entra en circulación como capital de la empresa acreedora, es casi imposible seguirle la pista. Si a eso unimos que no se encuentra vinculación entre los empresarios implicados... —Salmerón calló súbitamente, como si el reconocimiento de esa limitación le avergonzase.

—Ahí es donde entró en juego Santi.

—¿Quién?

—Me refiero que para buscar el ilícito y la relación entre los empresarios es para lo que le pediste el favor a Villanueva cuando los gerifaltes te pararon los pies.

—No es... Exactamente no me prohibieron... —El inspector de la UDEF se encontraba azorado ante el explícito comentario de Marcial.

—No te preocupes, lo entiendo. Ya sé cómo son esos cabrones. Si le tocas los huevos al que le regala las gambas por Navidad se ponen nerviosos.

—Más o menos —atinó a decir Salmerón.

—¿Y qué descubrió Santi? ¿Qué te contó Villanueva? Quiero decir.

—Pues tras varios meses de seguimientos y pinchazos telefónicos no obtuvo nada sospechoso, así que le dije que lo dejara.

—¿Podría oírlas?

—¿Cómo?

—Las grabaciones telefónicas. ¿Podría?

—Me temo que no. Nunca llegaron a mi poder. No olvide que se trataba de escuchas ilegales, realizadas por cuenta y riesgo del inspector jefe Villanueva. Jamás me atrevería a pedirle a un compañero que infringiese la ley por mí. El caso es que solo me facilitaron unas transcripciones que, por seguridad, destruí nada más leer.

Aquella manera de proceder no terminaba de ajustarse al Villanueva que Marcial había idealizado, aunque en la fecha que ocurrió era posible que la intachable moral de la que su mentor había hecho gala durante toda su carrera policial hubiese comenzado a descubrir sus primeros poros, mostrando que, como la de la mayoría, era permeable a ciertos actos y en determinadas circunstancias. Sopesó preguntarle al inspector Salmerón si las grabaciones continuaban en poder del inspector jefe o al igual que había hecho el inspector de la UDEF se había deshecho de ellas para evitar futuras eventualidades, pero no lo hizo: la respuesta de poco le serviría. Si Villanueva guardaba aún esas cintas lo más probable era que, al igual que se había negado a seguir hablando del asunto de Domingo Bernal, también le negase el acceso a los audios. Solo conocía una manera de desenquistar la situación. Mejor dicho: solo conocía a una persona que podía realizar esa tarea. Otra cosa era que esa persona estuviese dispuesta a echarle una mano.

—Está bien, inspector. Con eso es suficiente para hacerme una idea de qué os llevó a investigar a Domingo Bernal con ese celo.

Sabía que llevaba más de media hora de retraso, pero no le importaba. Necesitaba, como un vulgar yonqui, la dosis de endorfinas que los paseos con Sola le proporcionaban. Verla jugar, desprovista de toda preocupación, le hacía tener una mejor perspectiva de las piezas del rompecabezas que tenía entre las manos. Y, por qué no decirlo, también lo alejaba del frigorífico donde instintivamente había dirigido sus pasos nada más llegar a casa.

Observó a la galga, que se había colocado frente a él con las patas delanteras totalmente extendidas, generando una pendiente ascendente que partía de su enjuto cráneo y donde la cola, blandida, quedaba expuesta como cima más elevada. Marcial cogió una piedra, a pesar de que en un alarde acrobático Sola estuvo a punto de arrebatársela, y la lanzó con fuerza. La

galga reaccionó como si hubiese sonado el disparo que daba comienzo a los cien metros lisos y emprendió su búsqueda. Entretanto, Marcial aprovechó para hacer la suya en el interior de su cabeza.

No le resultaba difícil imaginar cómo en poco tiempo, gracias a su carisma innato, Villanueva se habría ido ganando a los funcionarios de prisiones, incluso a los propios presos. El hecho de que estuviese informado de la muerte de Sasha y no de Viorica colocaba a Miralles como su enlace con el exterior, ya que carecía de motivos de peso para sospechar de Adolfo Morales, el forense. No le sorprendía, pero le jodía. Una vez más, su maldita manía de trepar se antepone a todo. Aunque lo que de verdad le tenía desconcertado era que si ya conocía la identidad de la muerta aún no le hubiese dicho nada. La imagen de Zoe acudió casi sin querer. Era la única explicación plausible: no quería que la agente conociera su escarceo con Sasha. A pesar de que en esa época Miralles era un hombre sin compromisos, le sería complejo explicarle a Zoe que su relación con la rumana era fruto de un chantaje. La única forma que tenía Miralles de escapar de ese callejón sin salida era mostrándole el vídeo que había recibido, en el que se le veía practicando sexo con ella, de manera que, convencer a la agente de que había sido engañado, requería de altas dosis de imaginación.

Del encuentro con Salmerón, en cambio, sí había rasgado algo de chicha. No era mucho, pero al menos situaba a Domingo Bernal en el lugar exacto que le correspondía: millonario de dudosa reputación. Y putero confeso.

De finales de 2011, Marcial conservaba el vago recuerdo del trabajo en solitario, cuando Santi, siguiendo las órdenes de Villanueva, empezó a investigar al empresario. Nunca supo el porqué y tampoco le había interesado, así que la información del inspector de la UDEF le había dado respuesta a una pregunta que se hacía con un par de años de retraso. Lo que nunca supo, porque Santi nunca se lo contó, fue que llegaron al extremo de hacer escuchas sin judicializar, algo que de descubrirse podría haberles costado el trabajo. No era que a Marcial le preocupase que algún colega no se ajustase a la ley, especialmente cuando él era un virtuoso del escapismo en esa materia, más bien le preocupaba hasta qué punto se sentía Villanueva obligado para tener que recurrir a esos métodos. ¿Qué tipo de favor le debía a Salmerón para exponerse de esa manera? Las únicas respuestas, una vez fallecido su amigo y encerrado el inspector jefe, se las podían dar las propias grabaciones, exculporias según el inspector de la UDEF. Solo se le ocurría una manera, sin tener que volver a reencontrarse con Villanueva, de llegar

hasta ellas. Pero antes debía acudir a la cita que había concertado con Zoe en comisaría para informarle de lo que habían dado de sí sus pesquisas con los cinco números de teléfono. Y eso, por mucho que corriese, lo haría con tres cuartos de hora de retraso.

Sola, como si hubiese leído su pensamiento, acudió a su encuentro y depositó la piedra en sus pies. Marcial se agachó, acarició su cicatriz y le enganchó la correa, una unión física mucho más débil que el invisible lazo que unía sus vidas, y puso rumbo a casa.

En la segunda planta de la comisaría se había instalado el murmullo propio del cambio de turno. Era uno de los momentos que Marcial más detestaba. Los agentes salientes, exaltados por el fin de su jornada, inventariaban anécdotas con los entrantes, dando como resultado conversaciones que competían por captar la atención de la mayor cantidad de público posible, lo que llevaba aparejado un incremento gradual de decibelios respecto al, ya de por sí, molesto bullicio habitual.

Marcial aceleró el paso hasta su despacho sin molestarse en localizar a Zoe, que, con toda probabilidad, estaría en uno de los grupos que se repartían por la sala. Lo que no pudo evitar fue sentirse el epicentro de las miradas de los agentes que abrían una senda a su paso. Cuando cerró la puerta, depositó su chaqueta de cuero en el perchero y se desplomó en la silla giratoria. El hábito adquirido en las últimas semanas le condujo a voltearla hasta situarse frente al armario. Instintivamente abrió la puerta y comprobó cómo la nevera lo desafiaba, burlona. Estaba a punto de coger una cerveza bien fría cuando unos golpes en el cristal de la puerta le hicieron recobrar la fuerza de voluntad exiliada segundos antes. No necesitó oír su voz para saber que se trataba de Zoe.

—Pasa —dijo, dando un último vistazo para asegurarse de que la nevera estaba oculta dentro del armario.

La agente entró, indecisa, tal y como venía haciéndolo desde que la relación entre ambos se había enfriado, avanzó hasta la mesa del inspector y depositó una carpeta en su superficie. Solo cuando Marcial la invitó, accedió a sentarse.

—¿Y bien? —Marcial mantuvo el tono desdeñoso de sus últimas conversaciones.

—Hemos conseguido hablar con los cinco titulares de los teléfonos.

Bueno, quizá hablar sea mucho decir. En la carpeta te he resumido toda la información, que ya te adelanto que es poca.

—Cuéntamela.

A pesar de la seriedad de Marcial, que podía llevar a su compañera a pensar que se trataba de alguna manera de provocación, la realidad era que los recopilatorios de Zoe, como todo lo que apoyaba sobre hechos fundados, eran de una asombrosa diligencia, así que entre extraer la información o recibirla masticada, prefería la segunda opción.

—De los cinco, tres han resultado ser hombres felizmente —Zoe hizo el gesto de comillas con sus manos— casados. Después de preguntarles bien a fondo, me jugaría mi coleta a que no tienen nada que ver con el tema: sus coartadas son creíbles. El cuarto es un chaval de dieciocho años que casi se mea en los pantalones cuando le hemos dicho que éramos la Policía y que sabíamos que el sábado había estado en casa de Vio..., en casa de Sasha.

—¿Y el quinto?

—El quinto se llama Cristóbal Fandiño. Lo sabemos porque buceando en la red comprobamos que había tenido un juicio, del que salió absuelto, por maltrato. Se negó en rotundo a hablar con nosotros, ni siquiera cuando le dijimos que sabíamos que había estado con Sasha y que esta había aparecido muerta.

—¿Y a qué esperas?

—¿Para qué?

—Para plantarte en su casa y decirle que si no responde a tus preguntas te lo traerás detenido. Verás cómo se afloja.

—Pensaba... —Las dudas sacudieron a Zoe de nuevo—. Pensaba que querrías hacerlo tú en persona.

El silencio que precedió a la respuesta, y que Marcial usó para encontrar una excusa fiable que arrojarle a su compañera, solo incomodó a la agente, que no era capaz de discernir si confiaba en ella para esa tarea o una vez más quería apartarla.

—Esta tarde he quedado con Dolores —dijo, recordando la conversación con Marga—. Creo que ha llegado el momento de hablar con ella.

Marcial sabía que así tocaba su fibra sensible. La agente, antes de que su relación se convirtiera en un campo de batalla con las trincheras cada vez más alejadas, le había insistido cientos de veces en que debía cerrar la herida abierta con su madre, a la que no veía desde que el asesino del café desnudara sus mentiras y apuñalase su orgullo.

—Entiendo. —La agente respondió comedida: no sabía si creerlo. Su intuición le decía que no.

—¡Zoe! —dijo Marcial, cuando la agente ya hacía ademán de levantarse.

—¿Sí?

—Cuando termines lo de...

—Cristóbal Fandiño.

—Eso. Cuando lo termines comienza una exhaustiva investigación de los cinco. Quiero saberlo todo de ellos.

—De acuerdo.

Zoe se levantó y se despidió con un «ya te informaré» que a Marcial no le supo muy creíble, pero que, en el fondo, le daba igual. Ella misma había conseguido el cebo que con tanto infortunio él había estado buscando. Ahora, por fin, podría acudir en solitario al encuentro en el que había depositado todas las esperanzas para dar con las grabaciones que, según Gustavo Salmerón, exculpaban al empresario cartagenero.

13. Desconfianza

Acababan de servirle el segundo café cuando lo vio aparecer por la puerta. Su aspecto poco tenía que ver con el que Marcial recordaba. Había sustituido su corte de pelo rebelde por uno más convencional, se había deshecho de los pendientes y su vestimenta ya no tenía nada de extravagante.

Después de abandonar la comisaría, con la certeza de que una vez más sus argumentos no habían convencido a Zoe, se dirigió al L'altro Peccato. A pesar de no ser fin de semana, cuando la visita al restaurante italiano se había convertido en una tradición ineludible, Marcial resolvió que era mejor opción comer allí que elaborar algún plato en casa donde el aceite reutilizado fuese el ingrediente estrella. Había optado por un solomillo de buey con guarnición de verduras. El gesto de incredulidad del camarero cuando pidió una botella de agua como acompañamiento le confirmó que su afición a la cerveza no había pasado desapercibida por allí y, por primera vez, le hizo plantearse cuánta gente estaba al tanto de un asunto que él creía privado. Otro motivo más para dejarlo, pensó. Se decidió por la *panna cotta* para endulzar los malos presagios y fue mientras hacía frente al segundo café cuando lo vio. Se sentó frente a él y fue directo al grano:

—¿Qué es eso tan importante que tenía que contarme? —Rodrigo Villanueva lanzó la pregunta tratando de aparentar displicencia, pero la cortesía del usted delataba su inseguridad.

Aguardó unos segundos, invertidos en un par de sorbos de café, antes de responder. El hijo del inspector jefe había obviado los protocolarios saludos, algo que a Marcial le importaba bien poco, de hecho, casi lo agradecía: odiaba fingir sentimientos; y estrechar la mano del chico, cuando a ambos les incomodaba aquella situación, era una farsa prescindible. Pero toda aquella parafernalia, lejos de distraerle, le hacía concentrar sus esfuerzos en comprobar si Rodrigo estaba dispuesto a allanarle el camino hasta las grabaciones de su padre, así que respondió con otra pregunta. Una cuya respuesta podía poner punto y final al breve diálogo.

—¿Podrías conseguirme la llave de la casa de tu padre?

—Vete a la mierda —dijo Rodrigo, desterrando el usted que había lastrado su primera frase.

En cualquier otra circunstancia o frente a cualquier otra persona aquella frase hubiese sido suficiente para espolear a su demonio interior. Sin embargo, las palabras del chico atravesaron sus pabellones auditivos sin dejar el menor rastro de aversión.

—Mira..., chaval —Marcial volcó su cuerpo hacia delante, acercando su rostro al del chico; tanto que Rodrigo pudo percibir con nitidez el olor a cafeína que desprendía su aliento—, te voy a explicar una cosa: si tu padre está en el talego es porque hizo lo que hizo y de eso no tenemos culpa ni tú ni yo, solo él. Así que, si lo que estás tratando es de encontrar un culpable, te advierto que estás mirando en la dirección equivocada.

El rostro de Rodrigo se había destensado, eliminando cualquier rastro de inquina. Las facciones de púber a punto de asaltar la mayoría de edad volvieron a perfilar su rostro. Marcial pudo reconocer entonces al joven que interrogó diez meses atrás.

—¿Para qué quiere las llaves? —dijo.

—No puedo decírtelo.

—¡No me joda, inspector Lisón! —Rodrigo había recuperado parte de su energía, aunque la entonación obedecía más a la frustración que al rencor.

—Marcial.

—¿Cómo?

—Que me llames Marcial. Creo que tu padre guardaba en casa unos archivos que me podrían servir para un caso en el que estoy trabajando —concedió al fin.

—¿Cómo está? Mi padre, me refiero.

Marcial no estaba al tanto de cómo había ido transcurriendo el día a día de Rodrigo desde que su familia quedara destrozada para siempre, pero, por la pregunta, era obvio que no había ido a visitar a su padre, al menos recientemente.

—¿Qué te hace pensar que yo sé cómo está?

El chico sonrió por primera vez desde que había entrado al restaurante.

—Siempre que se dirigía a mi padre lo hacía de usted: lo admiraba. Ni siquiera al comisario le da ese trato. No era tan niño como para no darme cuenta de esos detalles en los actos a los que mi padre me llevaba —dijo, para argumentar sus conclusiones—. ¿Sabe qué decía mi padre de usted? Que era su mejor legado —se contestó, sin esperar a saber si a Marcial le

interesaba la respuesta.

A Rodrigo no le faltaba razón. Que Marcial solo hubiese ido una vez a verlo no quería decir que no estuviese informado de cómo estaba. Aunque, debía reconocerlo, la impresión que había experimentado al verlo en persona distaba mucho de la que había fabricado con la información que durante estos meses Zoe le había ido suministrando, casi siempre con Miralles como enlace con la realidad carcelaria del exinspector jefe.

—Está bien —mintió—. Dentro de unos límites razonables —apostilló.

—Pero...

—Aún no es tiempo de peros, chaval.

Rodrigo se incorporó e introdujo su mano derecha en el bolsillo, luego extrajo un llavero del Cuerpo Nacional de Policía y retiró con pericia una llave alargada que depositó sobre la mesa. Después se dirigió a Marcial:

—Aquí la tiene. Ahora vivo con mi abuela. Creo que nadie ha vuelto a entrar desde que... En fin, cuando termine déjela en el buzón: ya pasaré a recogerla uno de estos días.

Rodrigo empujó la silla para reubicarla en su lugar y abandonó el L'altro Peccato tal y como había venido: sin saludar.

Marcial abonó la cuenta y dejó una succulenta propina antes de salir y poner rumbo a la casa de Villanueva, el lugar donde la última Navidad había comenzado la travesía que lo condujo hasta el asesino del café.

Quizá fuese el cúmulo de recuerdos o el ansia por conocer hasta qué punto Domingo Bernal estaba implicado en la muerte de Sasha o quizá, simplemente, el afán por demostrarse que su demonio interior, tal y como había constatado en su reciente encuentro con Rodrigo, seguía bajo control. Por hache o por be, en ningún momento fue consciente de que Zoe, oculta en el interior de su vehículo, seguía sus pasos.

—¡Ya era hora! —dijo Fonet mientras golpeaba con insistencia la pantalla de su reloj—. Si tardas diez minutos más Rubio se mama.

—¿Qué pasa, Bella, te estabas ajustando el traje de princesa? —Rubio hizo la pregunta elevando la jarra de cerveza para corroborar el comentario de Fonet.

—He tenido que arreglar un asuntillo de última hora —respondió Zoe, más seca de lo que le hubiese gustado—. Anda, invito yo, por la tardanza. —Entregó un billete de cincuenta al camarero que en ese momento pasaba por

la mesa donde Rubio y Fonet habían matado el tiempo, mientras la esperaban.

—¿También pagas las que se toma el inspector Solo? —preguntó, con sorna, Rubio.

Zoe dedicó una mirada de reprobación a su compañero. Era notorio que la afición ética de Marcial no había pasado desapercibida para nadie en comisaría. Tan solo el temor de tenerlo como enemigo lo salvaba de la censura pública.

—Acábate eso y vámonos —respondió la agente para dar por finalizado el asunto.

—¡Señor, sí, señor! —gritaron al alimón, en tono jocoso.

Poco tiempo después, los tres policías estaban en la puerta de la vivienda de Cristóbal Fandiño. Se trataba de una casa unifamiliar situada en Ciudad Jardín, desde la entrada se veía un Passat azul marino, bajo una pérgola, en el interior de un jardín enlosado. Tanto la dirección como el número de teléfono fijo los había obtenido Rubio tras horas de tedioso trabajo en la red. Al final, una sentencia exculpatoria que versaba sobre un asunto de malos tratos familiares había servido de punto de partida para llegar hasta su información personal. Por desgracia no era usuario de redes sociales ni nada por el estilo que les permitiera obtener más datos de él, en especial algún archivo fotográfico que le pusiese rostro, así que no sabían a qué tipo de persona se enfrentaban. Lo único que servía de orientación era la actitud hostil y poco colaboradora que Cristóbal había tenido con Zoe por teléfono.

—Dejadme hablar a mí —exhortó Zoe.

—Por favor —respondió Fonet con una sonrisa que evidenciaba el tono bromista de sus palabras.

—Por favor —concedió la agente.

Rubio pulsó el timbre y se retiró unos pasos hasta situarse a la altura de Fonet, de manera que Zoe quedaba en primer plano. Esperaron unos segundos de cortesía antes de volver a pulsar el timbre. Esta vez lo hizo Zoe. Y lo hizo con insistencia. Tras otro periodo sin respuesta alguna, la gente se dirigió a sus compañeros:

—¿Habéis comprobado que esté en casa?

—Llamamos al fijo con número oculto hace unos veinte minutos y nos contestó él.

—¿No me digáis que después de eso no habéis estado atentos por si abandonaba la casa? —Zoe, a pesar de ostentar el mismo rango que sus

compañeros, se dirigió a Rubio y a Fonet con un tono imperativo: ella era la que tenía que dar la cara frente al inspector, al fin y al cabo.

—No pensamos que... —pronunció Rubio a modo de disculpa.

—¡Mierda!

Anduvieron durante un rato por los alrededores, con la esperanza de ver a alguien que les resultase sospechoso, pero no hallaron a nadie al que, objetivamente, mereciese la pena identificar, así que, tras media hora de infructuoso trabajo, mandó a sus compañeros de regreso a comisaría.

En cualquier otra circunstancia, Zoe estaría preocupada por las consecuencias que la dejadez de sus compañeros había ocasionado, pero después de comprobar que Marcial no se había reunido con su madre, como le había dicho antes de enviarla a casa de Fandiño, sino con el hijo de Villanueva, algo le decía que el trabajo que le había encomendado no era la mayor preocupación del inspector.

Abrió la puerta y apenas pudo dar dos pasos hasta quedar a merced de los recuerdos. Ese hogar, ahora reducido a vivienda, era el origen de su deriva. Ahí se había originado el desplome de su único referente laboral. Bajo ese mismo techo había nacido su relación con Zoe. Aquel lugar era el culpable, también, de que su coraza fuese un poco más pétrea.

Aquella casa, donde diez meses atrás había acudido en busca de respuestas y había huido con un saco de preguntas, era sinónimo de muerte, testigo del nacimiento de un nuevo Marcial. No dejaba de sorprenderle cómo cuatro paredes y un techo podían ser refugio para tantos sentimientos, mientras ochenta kilos de huesos, músculos y cerebro podían llegar a ser un almacén carente de ellos.

Arrojó el manojo de sensaciones contra el suelo y se centró en lo que había acudido a hacer allí. Comoquiera que la vivienda ya había sido revisada con motivo del asesinato de Enma Novoa, y no habían encontrado ningún soporte digital en un lugar que hiciese sospechar que en él se guardase información de interés, al menos para el caso del asesino del café, decidió tomar el despacho como punto de partida, aunque no pudo evitar recrearse en los vestigios que la Científica había sembrado a su paso, ni amputar la mirada que, sin permiso, se deslizó hasta el interior de la cocina y recordó el cuerpo de Enma frente a las tazas de café. La llamada anónima asaltó sus pensamientos. Por un instante detuvo sus pasos ante la posibilidad de que el

asesino del café tuviese relación con la muerte de Sasha, como si su cuerpo se bloquease con la mera idea de tener que bregar, otra vez, con su pasado. Reanudó el camino con los ojos clavados en el ordenador que había sobre la mesa de color roble que presidía el despacho. Necesitaba encontrar las grabaciones de Domingo Bernal. Aunque solo fuese por higiene mental tenía que constatar que el malo del cuento había cambiado. Comenzó a abrir cajones y a hurgar entre los papeles: nada. Cogió varios CD que había sobre un estante y empezó a apilarlos en dos montones; en el primero, donde estaban encuadrados la gran mayoría, los que tenían título; en el segundo, los que no tenían ningún distintivo que anticipase su contenido. Cuando se dio por vencido, después de revisar todos los armarios, encendió el ordenador. Mientras aguardaba el interminable proceso de inicio de Windows, deseó que, al igual que ocurría con el de comisaría, no requiriese de contraseña: Villanueva era un hombre chapado a la antigua que se mantenía anclado a sus rudimentarios procedimientos y usaba la maquinita, tal y como la había bautizado, nada más que para lo imprescindible. Cuando la computadora hubo terminado la maniobra y una foto familiar, que ahora resultaba anacrónica, emergió en la pantalla, constató que sus medidas de seguridad digital eran las mismas en casa que en el trabajo.

Marcial, cuyos conocimientos informáticos no sobrepasaban en exceso los de Villanueva, empezó a trajar entre las diferentes carpetas del sistema operativo, archivos temporales y demás iconos de interés. Después de cuarenta minutos de vicisitudes e indiscreciones informáticas se dio por vencido y metió el primer CD anónimo: nada. Repitió el proceso con la totalidad de los que no disponían de un título con idéntico resultado. Estaba a punto de revisar el resto cuando advirtió que en el interior de un pequeño vaso metálico, situado en una estantería cercana, que hacía las veces de lapicero, había un *pen drive* camuflado entre infinidad de clips. Lo destapó y lo introdujo en la ranura USB. Tras el preceptivo tiempo de espera, en el que el ordenador instaló el *software* pertinente, lo abrió. Cinco carpetas, todas ellas con las iniciales DB seguidas correlativamente de un número, iluminaron el rostro de Marcial. Abrió la primera y un archivo de audio emergió. El inspector pulsó el botón izquierdo del ratón y un reloj de arena en movimiento le indicó que el archivo estaba en proceso de apertura.

La cabeza funcionaba más rápido que el procesador, así que comenzó a analizar por qué Villanueva había resuelto conservar unas pruebas que podían haber puesto en peligro su carrera; incluso, con un juez diligente, la del

inspector Salmerón. Algo olía a podrido en aquella decisión. Marcial era conocedor de la influencia que Domingo Bernal, tanto a nivel local como nacional. Tampoco era ajeno a los atajos a los que la gente de su calaña solía recurrir para alcanzar las cotas con las que el resto de los mortales no se atrevían ni siquiera a soñar. Por eso, al igual que cuando diez meses atrás tuvo que leer el diario de Santi, sintió pánico de que aquellas grabaciones pudiesen provocar alguna variación en los idealizados conceptos que su cerebro había almacenado de su compañero y del inspector jefe, aunque en el caso de este último se tratase de un valor que se había ido depreciando con el paso del tiempo. Si algo había interiorizado Marcial durante la investigación del asesino del café era que las personas no son lo que vemos, sino lo que no sabemos. Aquello que cada individuo oculta dice más que todo lo que muestra. Por eso, los audios que se disponía a analizar no solo iban a desenmascarar el lado oculto del sospechoso, grabado con impunidad, sino que iban a mostrar qué clase de persona era realmente Alfonso Villanueva.

Por fin el audio interrumpió sus pensamientos. La grabación no era muy buena, pero era sencillo distinguir, más por conocida que otra cosa, la voz del empresario cartagenero. Era él quien había realizado la llamada, así que hasta que no cesaron los saludos y los preliminares no pronunció el nombre de su interlocutor. Y lo que oyó dejó a Marcial sin habla, retrotrayéndole a la investigación más importante de su vida.

14. Secretos y mentiras

La oscuridad, en gran medida por el reciente y absurdo cambio horario, bañaba la ventana del despacho en la que Marcial tenía puesta la mirada y que le servía como paradójica metáfora de lo que había supuesto la visita a la casa de Villanueva. Otra vez había acudido en busca de respuestas y había vuelto cargado de preguntas. Las grabaciones, lejos de haber arrojado luz en el caso de Domingo Bernal, habían servido para reabrir una herida que a pesar del paso de los años se negaba a cicatrizar por completo.

Los audios que el inspector jefe había conservado no dejaban dudas de que el propietario de Mariscos Bernal andaba metido en algún negocio truculento, algo que no sorprendía a Marcial o al menos no tanto como que Villanueva no hubiese trasladado a Salmerón lo que habían descubierto. No se podía descartar la posibilidad de que el inspector de la UDEF le hubiese mentido al respecto, pero eso, por el momento, era difícil de comprobar, así que prefería poner el epicentro de sus pesquisas en el opulento empresario. Según se deducía de las escuchas —nunca hablaba explícitamente—, Domingo instaba a sus diferentes interlocutores a que apretaran las tuercas de algunos empresarios, de los que se cuidaban mucho de no mencionar su nombre, para que aceptasen el acuerdo que él les proponía. De todos los minutos de conversación telefónica que había almacenado Villanueva no se podía extraer ni un fragmento que comprometiese judicialmente a Domingo Bernal. Como solía ocurrir en estos casos, las conversaciones destilaban ambigüedad, convirtiendo diálogos absurdos en verdaderas propuestas para delinquir. A pesar de todo, lo que de verdad había hecho saltar todas las alarmas de Marcial era con quién había tenido la primera conversación. Y ese no era otro que Matías Jairo, un abogado penalista con el que cruzó algo más que palabras durante la investigación de la muerte de Enma Novoa, de la que resultó ser amante ocasional. En ese diálogo que había suscitado la curiosidad de Marcial el empresario le preguntaba al abogado si había comprobado el encargo que le había hecho, a lo que este respondía, en un tono cercano y desinhibido, que había estado muy ocupado toda la tarde. Lo que aderezó los

recuerdos de Marcial con un regusto amargo fue la contestación de Domingo: «Tienes que dejar a esa mujer o acabaremos metidos en un buen lío».

Por más que lo intentó, Marcial fue incapaz de sacar de su cabeza la relación extramatrimonial entre la mujer de Villanueva y Matías Jairo. Tal y como había reconocido el propio abogado cuando Marcial lo interrogó con motivo de la muerte de Enma, mantuvieron una aventura que abarcaba desde finales de 2012 hasta principios de 2013, lo que, en principio, invitaba a pensar que *esa mujer no debía ser ella*. Sin embargo, el hecho de haber dado en su día credibilidad a las fechas que proporcionó el abogado no servía para descartar de forma categórica que la mujer a la que se referían fuese Enma. Todo ello llevaba a Marcial a preguntarse si podía haber algún tipo de conexión entre esa misteriosa mujer y el abrupto final de la investigación a Domingo. Quizá el inspector jefe, conocedor del revuelo mediático que acompañaba cualquier noticia relacionada con el empresario cartagenero, trató de evitar que saliese a la luz pública la infidelidad de su esposa. Y no porque él no tuviese la fuerza necesaria para soportarlo, precisamente. Marcial sabía que los hombros de Villanueva eran capaces de sostener esa carga y otras mucho más pesadas, así que, si había algo de verdad en esas elucubraciones, el motivo más probable era que había pretendido mantener a salvo la reputación de su mujer que, sin duda, iba a quedar marcada de por vida si se la relacionaba con Domingo Bernal. En cierto modo era hasta lícito que Villanueva hubiese querido preservar sus intereses personales a los de su homónimo de la UDEF. Sin embargo, no entendía por qué, si habían enviado las transcripciones a Salmerón, no había apreciado indicios suficientes para seguir vigilando a Domingo. Algo no cuadraba.

Los acontecimientos comenzaban a sobrepasar a Marcial. Empezaba a tener demasiados frentes abiertos y seguía sin saber cómo atacarlos. Comenzó a pasear por el despacho como si esperase que las respuestas a todas sus preguntas fuesen a aparecer en su cerebro por ciencia infusa. Por suerte para él, la figura de Zoe, deformada por el translúcido cristal de la puerta del despacho, le evitó continuar con esa búsqueda estéril.

—Adelante —dijo antes de que la agente golpease la puerta.

Marcial la miraba fijamente, usando sus ojos negros como estilete, obligándola a sostenerle la mirada. Una lucha en la que siempre resultaba vencedor y con la que disfrutaba, sobre todo, en los interrogatorios. Y,

aunque esta vez no se trataba de eso, sí que su actitud tenía un deje de reprimenda impostada para incomodar a su compañera: la necesitaba en ese estado de permanente desconfianza para poder manejar su investigación de forma paralela.

Zoe había entrado al despacho con la actitud sumisa que la confianza y el paso del tiempo habían ido descuidando, pero que siempre permanecía latente en ella. Le había informado de cómo había transcurrido el fallido interrogatorio de Cristóbal Fandiño, obviando el retraso que le había supuesto seguirlo hasta casa de Villanueva, y ahora esperaba, como una adolescente frente a su progenitor tras haber rebasado la hora de llegada convenida, a que el inspector le largase su invectiva.

—¿Me estás diciendo que el único sospechoso... —Marcial se detuvo para calibrar en su justa medida el adjetivo—, el único cliente de Sasha que parece tener algo que ocultar, se ha evaporado delante de tres policías? ¡Joder, Zoe, pareces nueva!

—Fue mi culpa, Mar...

—No hace falta que lo jures —la interrumpió el inspector.

Marcial se levantó y comenzó a deambular en silencio por el despacho. Era un comportamiento premeditado, heredado de las innumerables reprimendas que le había tocado padecer, la mayoría de ellas acompañado de Santi, cuando era un simple agente a las órdenes de Villanueva. Sabía que estaba tensando la cuerda y no tenía ni la menor idea de cuánto tardaría en romperse. Hasta ahora perder la confianza de alguien no le había importado, sin embargo, con ella era diferente. A pesar de la decepción que le había causado el asunto de Miralles seguía necesitando tenerla cerca. Se había acostumbrado a sus silencios, a su complicidad, y echaba en falta esa dosis de humanidad con la que su compañera condimentaba su falta de empatía. Así que resolvió dirigir la situación a una zona de equilibrio que no empeorara, aunque tampoco mejorara, la relación entre ambos.

—Necesitamos localizar a ese tío, como sea. Así que organiza turnos con...

—Fornet y Rubio —atajó Zoe.

—Hazlo como te dé la gana, pero hay que vigilar esa casa las veinticuatro horas del día: tarde o temprano tendrá que regresar.

—Pero...

—Aún no es tiempo de peros.

Marcial le dio la espalda y postró su mirada en la única ventana del

despacho: prefería no saber hasta dónde le había hecho mella su actitud. La oyó levantarse de la silla, recoger los papeles que había traído y emprender el camino hacia la puerta, sin embargo, antes de oír cómo giraba el pomo, escuchó una pregunta para la que no tenía respuesta. Al menos, una digna:

—¿Qué tal con Dolores?

La pregunta le había sorprendido tanto que se alegró de que el mohín de asombro se escapara a través de la ventana sin someterse al juicio de su compañera. Lo cierto era que Marcial se había olvidado por completo de que ese había sido el último pretexto usado para ganar distancia con Zoe. Pero lo más preocupante para el inspector fue, sin embargo, no saber discernir si había algo de malicia en aquella pregunta o si la había arrojado con sincera curiosidad.

—Estamos tratando de arreglarlo—dijo, sin haber reunido el valor suficiente para escupir la mentira a su cara.

Zoe sonrió y abandonó el despacho con la certeza de que lo que ocultaba Marcial era mucho más grave de lo que había sospechado desde un principio.

En condiciones normales el paseo con Sola era suficiente distracción para echar el telón a la jornada laboral; un bálsamo que servía para devolverle a Marcial la tranquilidad necesaria para desconectar de la inmundicia inherente al ser humano. En cambio, esta vez el inspector necesitaba una dosis extra de ansiolíticos no farmacéuticos para alcanzar ese estado. Así que al llegar a casa, tras el saludo rutinario a su compañera, se dirigió al frigorífico como un autómatas, cogió una cerveza y la destapó. A punto estaba de posarla sobre sus labios cuando la impaciencia de Sola, que se había erguido hasta golpear con sus patas delanteras el torso de Marcial, hizo que el botellín se escurriera de sus dedos y cayese al suelo. El ruido sobresaltó a la galga, que retrocedió, acobardada, hasta abandonar la cocina. Marcial, por su parte, percibió el impacto como un sonido melódico; una suerte de música que entonaba una dulce melodía con sabor a victoria. El azar había querido que Sola le ayudase a alcanzar sus primeras veinticuatro horas alejado del alcohol. Salió al pasillo, donde su inseparable compañera aguardaba expectante su respuesta, y se acuclilló hasta abrazar su cuello. Manoseó su cráneo con viveza y se puso en pie. Tras cerrar la puerta de la cocina, donde el líquido amarillento aún reptaba por las juntas de las baldosas, se dirigió al recibidor y cogió el arnés.

La noche era fría, aunque eso no parecía molestar tanto a la galga como a

Marcial, que no paraba de realizar idas y venidas desde una punta a otra del descampado demandando la atención del inspector, que no tardó en comenzar a lanzar objetos para que ella los persiguiese. Una vez más, y no sabía a cuántas ascendía ya la cuenta, su mente se había olvidado por completo de los acontecimientos del día. Había conseguido aparcar el recuerdo de la camarera del bar Baros procurando unas caricias mañaneras y unas respuestas que Marcial no tuvo a bien conceder. Había arrinconado, también, la imagen de un Villanueva consumido por su nueva vida; de un rígido inspector Salmerón excusándose por no tener nada contra Domingo Bernal; de un renovado Rodrigo y de un renacido, para el caso, Matías Jairo.

Y esa amnesia temporal hubiese sido completa si su teléfono no hubiese comenzado a vibrar en el interior de su bolsillo por culpa de una llamada cuyo proveedor se negaba a mostrar la identidad. Las dudas surgieron en Marcial, pero finalmente descolgó:

—El enemigo está más cerca de lo que puedes imaginar.

—¿Quién eres, cabrón? ¡Da la cara!

—La muerte es una puta: con el dinero suficiente siempre se abre de piernas.

Marcial no pudo contestar porque la llamada finalizó de forma abrupta, volviendo a dejarlo con la misma incertidumbre que la primera vez que oyó aquellas advertencias. Abandonó el descampado y puso rumbo a casa con Sola, con el presentimiento de que alguien controlaba sus movimientos y con la promesa de que descubriría de quién se trataba.

Hacía más de una hora que se había encerrado en el baño. Aunque en su piel no quedaba ni rastro del agua que había recorrido su cuerpo, Zoe continuaba frotando con insistencia la toalla sobre su piel enrojecida, como si se tratase de una absurda penitencia por sentirse incapaz de comprender la actitud de Marcial. El mal presentimiento que le había provocado la última mentira del inspector se había convertido en una preocupación que necesitaba compartir. Precisaba que alguien le extirpase el sentimiento de culpa que la invadía y que se extendía como una enredadera por todo su cuerpo. Si un año atrás le hubiesen dicho que esa persona en la que ahora encontraba el apoyo iba a ser Miralles se habría echado a reír.

Entró al salón, ataviada con la toalla como única vestimenta, y comprobó con gozo que Unai había dispuesto la mesa para los dos, a pesar de que le

había dicho que no la esperase para cenar. Le regaló una sonrisa sincera y se sentó a su lado en el sofá.

—Pensaba que ya estarías en la habitación —dijo mientras besaba sus labios con dulzura, rozándolos apenas.

—¿Y perderme este espectáculo? —contestó Miralles, al tiempo que tiraba suavemente de la toalla dejando sus pechos, pequeños y turgentes, a la vista.

—¡Unai! —Zoe asió la toalla y la colocó en su sitio, fingiendo una reprimenda.

—Está bien... Cenamos primero, pero después... —Miralles mostró su sonrisa amartelada, pero al ver el gesto adusto de Zoe recobró la seriedad—. ¿Pasa algo, Zoe?

—Quería comentarte una cosa.

Zoe procedió a relatarle cómo la excusa de arreglar su situación con Dolores la había alertado sobre un nuevo intento de Marcial por apartarla de la investigación. También le explicó cómo había tomado la determinación de seguirlo para comprobar sus sospechas, incluso extendió la exposición hasta el momento en el que Rodrigo había acudido al encuentro con el inspector, sin embargo, omitió, sin saber muy bien por qué, la posterior visita de Marcial a casa de Villanueva. En su fuero interno sabía que ese silencio era su pequeño tributo a la presunción de inocencia que aún albergaba en un rincón, cada vez más recóndito, de su corazón.

Miralles mantuvo una actitud aséptica durante el relato de Zoe, incluso afectó escepticismo por momentos. Finalmente, tras un silencio prudencial que fingía medir sus palabras, respondió:

—Quizá no tenga nada que ver con el caso.

—Vamos, Unai —respondió Zoe decepcionada.

—Lisón es un tipo solitario, lo sabemos todos. Pero se ha preocupado por Marga y los niños desde que Santibáñez falleció. ¿Por qué no iba a hacerlo con Rodrigo? Es probable que incluso él pueda sentir remordimientos de conciencia —ironizó.

Zoe calló, contempló a Miralles unos segundos y se esforzó en asimilar su respuesta: no pudo, pero optó por no remover más el tema.

—Puede ser. No lo había pensado. ¿Cenamos? —Zoe se incorporó sin preocuparse por la toalla, que se soltó y se deslizó por su cuerpo hasta caer el suelo.

—Buena idea.

Miralles la atrajo hacia él lentamente; primero asiéndola de las manos e

invitándola a acercarse; después, tras recostarse sobre el sofá, agarrando sus caderas, hasta colocarla de rodillas con su sexo depilado descansando sobre la boca. El quehacer de su lengua evaporó los pensamientos de Zoe hasta hacerlos desaparecer por completo. No fue así con los de Miralles. Que Sasha fuese el epicentro de la investigación podía ocasionarle numerosos perjuicios, pero que el caso derivase hasta Villanueva resultaba aún más problemático.

15. Cada uno juega sus cartas

Apenas había alcanzado la zona de mesas cuando lo oyó. Tardó un rato en darse cuenta de que era él porque hacía muchos años que no lo oía alzar la voz así.

—¡Marcial, a mi despacho!

El comisario, que había depositado el peso de su cuerpo sobre la jamba de la puerta de su despacho, cruzando los brazos para dar empaque a su semblante azorado, se dirigió al interior sin cerrar la puerta, en una clara indicación de premura. Los agentes que en ese momento poblaban la segunda planta de la comisaría no pudieron evitar posar sus ojos en el inspector que, asombrado por la actitud de Lasaos, permanecía inmóvil. Cualquiera otro compañero hubiese acudido, presto, a su llamada. Él no. Hacía mucho tiempo que Miguel Lasaos no suponía ninguna amenaza para Marcial. Sobre todo porque el propio comisario le había sacado de más de un apuro en el que su mal temperamento le había metido y que podría haberle costado el puesto hace mucho tiempo. No es que no lo respetase, ni mucho menos, tan solo se trataba de ponderar el nivel real de su enfado. Así que decidió dar media vuelta, ante el asombro de sus compañeros, y dirigirse con parsimonia hacia la máquina del café. Metió una moneda y esperó el graznido monocorde de su café: solo y sin azúcar. Con el vaso de cartón en la mano dirigió sus pasos hasta el despacho del comisario. Entró y cerró tras de sí. Lasaos lo esperaba sentado en su silla; las gafas sobre la mesa y los ojos enrojecidos de enjugarlos con desmedida.

—Siéntese, inspector.

—Estoy bien así. —Marcial dio un sorbo al café y se mantuvo frente al comisario, de pie.

—Como quiera. —Lasaos se colocó las gafas antes de continuar—. ¿¿Se puede saber por qué demonios está investigando a Domingo Bernal?!

Marcial no pudo reprimir la sonrisa irónica que le asaltó al descubrir el motivo del enfado del comisario. ¿Así que se trataba de eso? Por lo visto los acólitos del empresario se habían afanado en mover los hilos necesarios para

que la marioneta de la burocracia llegara hasta ese despacho de la segunda planta de la comisaría de Cartagena. En realidad contaba con ello, pero tanta rapidez le había sorprendido: ¡si hasta para renovar el DNI había más papeleo!

Lasaosa, ajeno a los pensamientos de Marcial, prosiguió con su discurso:

—¿Qué tiene que ver el señor Bernal con la muerte de una puta?

La pregunta del comisario era, para Marcial, un fiel reflejo de la involución en la que la humanidad había devenido. Se utilizaba el tratamiento de señor al individuo cuyo poder adquisitivo le permitía disponer de las prestaciones sexuales de una mujer a la que la sociedad tildaba de puta, convirtiendo la transacción en un flujo unidireccional de demagogia. Él, al menos, tenía la decencia de tratar por igual a una prostituta que a un comisario del Cuerpo Nacional de Policía. Y así lo mostró con su respuesta:

—Los millonarios también follan.

—¡Vamos, Lisón!

—No soy Lisón.

Lasaosa suspiró. Era evidente que necesitaba un receso para evitar que la conversación se desviase de lo esencial.

—Está bien... Marcial. No creo que eso sea lo importante ahora. Lo importante...

—Lo importante, comisario, es que tengo un confidente muy fiable que asegura que la noche en la que mataron a Viorica, vio salir a Domingo Bernal del edificio —mintió Marcial.

—¿Un confidente? —dijo el comisario con aire de incredulidad—. ¿No será uno de esos yonquis que para conseguir su dosis juraría haber visto al mismísimo Santa Claus deslizarse por la chimenea en pleno mes de agosto?

—Lasaosa se levantó de su asiento y avanzó hacia la posición de Marcial con gesto circunspecto—. Escuche, Lis... Marcial. Sabe que yo suelo dejarle total independencia en el trabajo, pero esta vez tengo que pedirle... No, exigirle que abandone por completo esa línea de investigación; a menos que tenga una prueba irrefutable que sitúe al señor Bernal entre las piernas de la puta que hay en la cámara frigorífica del Anatómico-Forense.

—No me gusta que me digan cómo hacer mi trabajo.

—¡No me joda! —Lasaosa elevó el tono una cuarta. Su rostro se enrojeció por la ira controlada y por un momento desubicó a Marcial, que no supo qué responder—. El señor Bernal tiene muchos contactos, entre ellos a la delegada del gobierno.

—Me importa una mierda la delegada del gobierno.

—¡Pero a mí no!

Esta vez el tono del comisario se disparó, atravesó las paredes del despacho y sobresaltó a todos los presentes en la sala de Homicidios. Hacía mucho tiempo que no la veía perder los papeles de esa manera. Marcial, acostumbrado a la dialéctica aletargada de Lasaosa, se sorprendió y tardó unos segundos en comprender que si seguía por ese camino las consecuencias serían catastróficas. Y no tanto para él como para el comisario. Así que por primera vez en mucho tiempo, cedió sin replicar.

Zoe lo interceptó justo cuando acudía a lamerse las heridas a su despacho.

—Lo tenemos, Marcial.

—¿A quién? —El desconcierto que había sembrado el comisario todavía le obnubilaba.

—A Cristóbal Fandiño. Acaba de regresar a casa. Rubio y Fornet lo traen hacia aquí. Están a punto de llegar. Les he dicho que lo lleven directamente a la sala de interrogatorios.

Durante unos segundos Marcial guardó silencio, como si quisiese degustar ese momento de locuacidad de Zoe que lo transportaba a un pasado donde la sinceridad era el vehículo de comunicación entre ambos. El gesto de su compañera deshaciendo la coleta y volviendo a aprisionar su cabello con la goma elástica contribuyó a afianzar esa sensación. Finalmente, las palabras de Zoe lo apartaron de su ensimismamiento.

—¿Marcial? ¿Me has oído?

—Esperémoslo en mi despacho. —El inspector terminó el recorrido que había interrumpido y dejó que fuera su compañera la que cerrase la puerta.

Se sentó e invitó a Zoe a que lo imitara. Había estado tan cegado con el empresario que temía no haber valorado en su justa medida la actitud esquiva de Fandiño. Tantas posibilidades tenían el uno como el otro de haber regresado esa noche al piso de Sasha y haber acabado con ella. Bien pensado, hasta Domingo había sido mucho más colaborador. Por lo menos había reconocido que la frecuentaba y tenía una coartada que lo situaba gran parte de la noche rodeado de testigos, que no dudarían, aunque solo fuera por ese extraño comportamiento humano de lisonjear al poderoso, en corroborar que no había tenido tiempo material para matarla.

Zoe, por su parte, invirtió el silencio en observar a Marcial. Por mucho que

se esforzaba, y a pesar de que los últimos acontecimientos la empujaban a pensar lo contrario, no lograba verlo como el asesino de Sasha. No era difícil imaginarlo perdiendo los estribos, sin embargo, si el vínculo entre ambos, tal y como parecía, era mucho más sólido que el que pretendía hacerle ver a ella, el inspector sería incapaz de hacerle daño, al menos físico. Bastaría con la especialidad de la casa: unos precocinados reproches aderezados con un buen chorro de maldad extrema. Ella misma había probado una ración y aún perduraba el paladeo amargo que causaba su pesada digestión. Lo que la agente tenía cada vez más claro era que el inspector ocultaba algo que lo relacionaba con la prostituta y que hacía todo lo posible por ocultárselo. Demasiadas excusas baratas que encauzaban sus hipótesis hacia la dirección que su instinto le negaba.

Cuando el silencio amenazaba con incomodar a ambos, el teléfono de la agente sonó.

—Son ellos —dijo mientras miraba la pantalla del móvil.

Después descolgó e intercambió un par de frases con su interlocutor antes de colgar y dirigirse otra vez a Marcial:

—Ya está en la sala de interrogatorios.

—Pues no perdamos más el tiempo.

La sala de interrogatorios no era más que un cuartucho de paredes ennegrecidas con tres sillas y una pequeña mesa para enfrentarlas. En realidad, oficialmente, no era más que un archivo degradado a zona de reclusión que los del departamento de Homicidios empleaban con los detenidos de poca monta a los que había que amedrentar, como paso previo a la obtención de una dosis de verdad callejera, antes de volver a ponerlos en libertad. Era la manera de eludir el formalismo — y la burocracia— de los calabozos.

Cristóbal Fandiño era un hombre bien parecido, de ojos marrones y pelo ensortijado del mismo color, al que resultaba complicado calcularle la edad a tenor de sus facciones impúberes. Su documentación decía que tenía treinta y cinco recién estrenados. Su actitud, en cambio, mostraba la solvencia de alguien mucho más bragado. Ni siquiera se había inmutado cuando Zoe y Marcial se sentaron frente a él y postraron las fotos de Sasha ante sus ojos.

—Quiero hacer una llamada —dijo tras examinar la imágenes.

—Me parece que ves muchas series americanas. —Marcial recogió las

fotografías mientras hablaba.

—Pues quiero un abogado.

—Eso sí te corresponde, ¿ves? Pero creo que puedo ahorrarte ese trámite engorroso.

Marcial observó el gesto de Fandiño y comprobó con agrado que la propuesta había suscitado, por lo menos, su curiosidad, al igual que la de Zoe, ajena a la estrategia del inspector.

—Tú me respondes a un par de preguntas sencillas y nosotros no solo te dejamos en libertad, sino que mi propia compañera te lleva a casa y te pide disculpas delante de tu mujer por el terrible error de tu detención. Sin hacer ninguna referencia, claro está, a que todo este tema está relacionado con unas llamadas que hiciste al móvil de una prostituta el día en el que la asesinaron —continuó el inspector, clavando sus ojos negros en los de Cristóbal, que en ningún momento apartó la mirada.

Zoe miró a Marcial con desconcierto, pero optó por no decir nada delante del detenido. No le gustaba el planteamiento de su superior, pero, a decir verdad, había muchas cosas en su metodología policial que no compartía, simplemente acataba.

—¿Dónde estabas la noche del sábado, a eso de las cuatro? —preguntó Marcial, que había interpretado el silencio de Fandiño como un acuerdo tácito de su propuesta—. ¿Por qué huiste ayer cuando acudieron mis compañeros a tu casa?

—Esa madrugada estaba en casa, con mi mujer. —Cristóbal se irguió, cruzó la mirada con Zoe, como si sopesase la importancia de su presencia allí, y continuó—. Había llamado a Sasha esa noche, pero al final no acudí al encuentro porque mi mujer canceló la cena con sus amigas, así que nos quedamos en casa.

—¿Por qué huiste? —Marcial repitió la pregunta para instarlo a continuar.

—Había leído en Internet lo de la muerte de Sasha y no quería que los vecinos vieran u oyeran algo que pudiera perjudicar a mi matrimonio. —Cristóbal Fandiño hablaba en exclusividad para Marcial, no obstante, de vez en cuando desviaba la mirada para estudiar el rostro de Zoe.

—Está bien —dijo Marcial poniéndose en pie—. Mi compañera te llevará a casa.

Marcial abandonó la estancia sin mirar atrás, dejando a Zoe con el gesto de estupor pintando su rostro y a Cristóbal, que no entendía muy bien a qué estaban jugando con él, con una mirada de desconfianza.

La agente se decidió, al fin, a seguir los pasos del inspector. Cuando hubo salido se dirigió a Marcial, que ya caminaba hacia su despacho con esa actitud indolente que Zoe conocía tan bien, pero creía desterrada.

—¡Marcial! —Aceleró el ritmo al ver que se detenía. Cuando llegó a su altura, continuó hablando—. ¿Acaso crees una sola palabra de lo que ha dicho?

—Ni lo más mínimo.

—¿Entonces?

—No tenemos más que indicios. —Se giró para mirar de frente a su compañera—. El juez Cueto no nos permitirá encerrarlo por no haber querido hablar con nosotros por teléfono.

—¿No vamos a comprobar su coartada?

—Aún no. Seguro que se fue a la cama con su mujer, pero eso no quiere decir que no saliera de madrugada. Lo mejor es dejarlo libre y no perderlo de vista. ¿Te ves capaz?

Zoe acusó el golpe. Más por inesperado que por hiriente. Guardó silencio unos segundos antes de dar la única contestación que podía poner fin a ese diálogo:

—Voy a llevar al detenido a su casa.

—Y te disculpas —concluyó Marcial mientras retomaba el camino hacia su despacho.

16. Un as en la manga

Cuando hizo las llamadas sabía que estaba jugando con fuego. Después de la advertencia del comisario, no podía demorarse más. Si Domingo Bernal había puesto en marcha el engranaje de la maquinaria política para detener sus pasos, querría resultados inminentes, así que, para verificar su coartada, tenía que localizar a los testigos que el empresario le había facilitado antes de que saltasen todas las alarmas en la segunda planta de la comisaría de Cartagena.

Colgó el teléfono y anotó los datos que le acababan de dar. En el fondo sabía que esas dos visitas, ineludibles con cualquier otro sospechoso, en este caso eran mera rutina. Se trataba de dos «amigos» de Domingo Bernal que confirmaban, al menos telefónicamente, que el empresario había estado con ellos hasta altas horas de la madrugada, sin saber precisar, ninguno de los dos, a causa de la elevada ingesta de alcohol, la hora exacta. Aunque, curiosamente, ambos afirmaban que rondarían las seis de la mañana. Lo que ellos no podían saber era que, gracias a la errata en el informe del forense, a esa hora Sasha aún estaba con vida. Marcial nunca había sido amigo de las casualidades, por lo que dedujo que alguien desde dentro había filtrado al empresario aquella información. En vez de tomarlo como un problema, prefirió verlo como una ventaja: su as en la manga. Solo compartía esa información con Zoe, y de no ser porque la visita a Villanueva había puesto de manifiesto que los secretos entre la agente y Miralles brillaban por su ausencia, hubiese apostado todo su dinero a que ese dato estaba a buen recaudo. Si ese detalle llegaba a Domingo Bernal, no tendría ningún problema en sellar esa fuga.

Si la tarea de reunirse con los lameculos de Domingo ya le resultaba de por sí farragosa y poco apetecible, lo de tener que hacerlo sin que Zoe se percatase la convertía en agotadora, de manera que decidió concertar los encuentros a la hora de la comida para evitar malgastar un nuevo pretexto del que necesitase echar mano en un futuro.

Como si el pensamiento de Marcial la hubiese invocado, la agente apareció

por la puerta del despacho. Entró después de recibir el consentimiento del inspector y se dirigió hasta su mesa, aunque permaneció de pie.

—Ya tengo organizados los turnos de vigilancia de Cristóbal Fandiño. No podrá salir ni a tirar la basura sin que nosotros lo sepamos —dijo Zoe con un tono distante.

Marcial estaba a punto de contestar cuando su teléfono sonó. La pantalla arrojaba un número conocido esta vez.

—Dime. Perfecto. No. No hace falta: me acerco yo en unos minutos. — Marcial colgó sin mediar despedida—. El forense tiene los análisis toxicológicos de Sasha y los resultados del ADN de la sábana. Solo hay un donante.

—¿Vamos a ir a por los resultados?

Aunque no lo expresó, Zoe no podía entenderlo. Una cosa era ir a ver el cuerpo de Sasha, otra muy diferente era ir a recoger unos informes que, en pleno siglo XXI, podían estar en su mesa en cuestión de segundos gracias al dios Internet. Claro que en consonancia con la actitud de Marcial desde que empezó el caso, todo cobraba otro significado.

—Tú, no —atajó el inspector, impertérrito—. Me pilla de paso para ir a L'altro Peccato.

La llamada de Adolfo Morales, el forense, le permitía una coartada por si los encuentros del mediodía sufrían alguna eventualidad.

—¿Qué quieres que haga mientras tanto?

—Aprovecha para comer con tu querido Unai —soltó con malicia.

—No es justo, Marcial.

—La vida no lo es.

—Pero no se trata...

—Aún no es tiempo de peros.

Se levantó, cogió su chaqueta de cuero y abandonó el despacho dejando a Zoe cada vez más convencida de que él se estaba esforzando demasiado en mantener su guerra particular bajo un incesante manto de fuego cruzado.

Había salido del despacho de Adolfo Morales con la ratificación que ya aventuró el forense en su anterior visita: en el cuerpo de Sasha no había rastro de tóxicos de ningún tipo. El análisis de ADN de la sábana, en cambio, sí había desprendido un resultado positivo, no así el de los vellos púbicos, donde aún seguían luchando por extraer una muestra decente para analizar.

Sabía que la noche del sábado había estado con ella porque las evidencias se lo habían mostrado. Lo que no podía saber, sin embargo, era si su visita había acabado como todas las que recordaba: practicando sexo. Ni siquiera en el hipotético caso de que así fuera podía saber si en ese estado de embriaguez habría sido capaz de eyacular. De lo que estaba seguro era de que, de haber mantenido relaciones con Sasha, habría sido sin preservativo. Así que la única manera de salir de dudas era comparar el resultado que había obtenido el forense con los de la base de datos de la Policía, y rezar porque hubiese alguna coincidencia que eliminase el peor rastro que podía dejar un asesino en el escenario del crimen: su ADN.

Telefoneó a Zoe desde el coche, pero la voz que oyó al descolgar no fue la suya.

—Hola, Marcial. Zoe está en el baño. ¿Esperas o prefieres que le dé algún mensaje?

Al escuchar la voz de Miralles, colgó. No fue un acto premeditado, ni siquiera supo por qué lo hizo. Comprobó que el pulso se le había disparado y se reprobó por ello. ¿Qué le estaba pasando? ¿El problema era Miralles?

No supo responderse.

Quizá no quiso.

Finalmente, mandó un WhatsApp al teléfono de su compañera indicándole que cotejara en la base de datos los resultados de ADN que le había mandado el forense por correo electrónico, a petición suya, y pisó el acelerador con rabia.

Nada más verlo ya tuvo la tentación de darle dos hostias. Cinco minutos después, la tentación se había convertido en una incómoda necesidad de difícil contención, acrecentada por las ansias de cerveza que a esas horas del día comenzaban a ser insostenibles. Por alguna razón su cerebro no lograba procesar el binomio L'altro Peccato y agua. Y por si el suplicio que suponía luchar contra las ansias de beber no fuese suficiente penitencia, esa semana se estaba prodigando en exceso por allí.

Leopoldo Navarro era el típico hijo de papá engreído. Medía algo más de metro ochenta, llevaba el pelo totalmente engominado hacia atrás, tenía los ojos verdes y un cutis limpio que invitaba a hacer realidad los iracundos pensamientos de Marcial, pero que dificultaba calcularle la edad, aunque lo más probable era que rondase la treintena. Vestía un traje gris azulado que se

amoldaba a su cuerpo cincelado en el gimnasio y que no dejaba dudas de que estaba hecho a medida. Sin embargo, lo que más había horrorizado al inspector había sido ver el dobladillo de los pantalones un palmo por encima de sus tobillos, que lucían desnudos como preludio a las deportivas blancas de lona que remataban su indumentaria. Marcial, anodino en su manera de vestir, no acababa de comprender aquellos estilismos absurdos en los que las grandes firmas habían convertido el día a día de los descerebrados incapaces de mantener un criterio propio. Lo peor había llegado al abrir la boca: hablaba como si la llevase repleta de chicles que amenazasen con salir de ella ante el más mínimo descuido. Y si la forma era desagradable, el fondo era infumable. Había tratado de convencer a Marcial de que, tras cerrar un acuerdo entre Mariscos Bernal y transportes Gullón, del que él era director comercial, habían ido a cenar al Pincho de Castilla y de ahí se habían dirigido, ya un poco ebrios, hasta el Bar Baros, donde estuvieron bebiendo con Domingo Bernal, a excepción del paréntesis que el empresario usó para visitar a Sasha, hasta las seis de la mañana más o menos.

Demasiado perfecto para ser creíble, pensó Marcial. No había ni una sola fisura en la coartada, lo que le inclinaba a pensar que había sido cocinada a fuego lento en algún despacho con sillones de cuero y bajo el influjo de algunas bebidas espirituosas. Como alargar la farsa iba en detrimento de la cuidada fisonomía de Leopoldo, el inspector afectó contentarse con sus explicaciones y dio por concluido ese primer encuentro. Fijó su vista en la ensalada templada, que hacía ya rato que había pasado a fría, y comenzó a saciar su apetito con la esperanza de que el segundo testigo fuese un poco más original.

—No le des más vueltas, mujer. Ya sabes cómo es. —Miralles dio un trago a su café mientras contemplaba el rostro atribulado de Zoe.

—Te juro que no sé qué le pasa, Unai. Me cuesta creer que todo esto sea solo porque estemos juntos. Se esfuerza demasiado en provocarme.

—Reconozcamos que nunca le he caído muy bien.

—Pero ¿te había colgado alguna vez el teléfono desde lo del asesino del café? —preguntó inquisitiva.

—No, pero...

—¿Lo ves? —interrumpió—. Lo hace para mantenerme distante. Algo raro está pasando. ¿Cómo explicas, si no, que quede con Rodrigo Villanueva y a

mí me diga que ha ido a ver a su madre?

—Ya te dije que con los hijos de Santibá...

—Lo siento, pero no me cuadra —volvió a cortar a Miralles.

El inspector se levantó y se dirigió al otro extremo de la mesa, donde una irreconocible Zoe se saltaba todas las reglas de cortesía e interrumpía a su interlocutor constantemente, y la besó con decisión.

—Cálmate —dijo Miralles cuando sus bocas volvieron a independizarse—. Verás como al final lo entiendes todo.

—No sé —contestó, ya más sosegada—. Espero que así sea.

Zoe no iba a esperar que los acontecimientos se sucediesen por sí solos; esta vez no. Estaba decidida: iba a pasar a la acción. Y para eso, en primer lugar, debía cumplir el cometido que Marcial le había asignado.

Las preocupaciones de Miralles, en cambio, eran muy diferentes. A pesar de que trataba de transmitir normalidad a Zoe, sabía que la actitud de Marcial obedecía a la relación que lo unía a Sasha. Había tratado de recabar toda la información que le había sido posible, recurriendo hasta al último soplón de los suburbios cartageneros, pero nadie sabía qué vínculo había entre el inspector y la rumana. El hecho de que se tratase de una prostituta de cierto nivel alejaba a sus confidentes, más afines a la prostitución callejera, de esa información. Miralles confiaba en la obstinación de Zoe como su mejor baza. No podía dejar el futuro de su carrera en manos de un policía impulsivo.

—Así que Domingo estuvo bebiendo contigo y con el bocachicle hasta que regresó, solo, a su casa. —Marcial hablaba con desprecio, el mismo que el segundo testigo del empresario, Ricardo Forte, le transmitía.

—¿Bocachicle? Ah..., sí. Efectivamente. —Ricardo llevó el cubata de Larios hasta la boca, en un claro gesto por ocultar su rostro a la mirada inquisidora de Marcial.

—¿Y también sabíais que cuando abandonó el Baros, a eso de la una y media, iba a visitar a una puta?

—Por supuesto: no era la primera vez.

La mentira olía a podrido, pero la verdad sobre la que se camuflaba no permitía discernir con claridad el origen de la pestilencia. Ambos testigos sostenían la coartada de Domingo con férrea convicción. Leopoldo Navarro lo había hecho con algo más de verosimilitud, en cambio, Ricardo Forte parecía más forzado en su declaración.

Por primera vez desde que amaneciera frente al piso de Sasha, Marcial atisbaba un camino hacia su absolución. Seguía sin recordar nada nuevo, pero al menos la sospecha de que Domingo Bernal tenía algo que ocultar le permitía un resquicio por donde colar su inocencia.

Parecía obvio que los tres habían acudido al bar Baros y que, alrededor de la una y veinte, Domingo Bernal había telefonado para concertar una visita con Sasha. Faltaba concretar si era cierto que Leopoldo y Ricardo estaban al tanto de aquel encuentro y, si tal como sostenían ambos, el empresario continuó la fiesta con ellos desde su regreso, a eso de las tres de la madrugada, hasta las seis.

Marcial sostuvo la mirada a Ricardo que, de nuevo, buscó refugio en su bebida. El segundo testigo de Domingo Bernal era un hombre que sobrepasaba el medio siglo. Todos sus rasgos faciales eran pequeños, lo cual provocaba una extraña sensación de desproporción en relación al tamaño de su cara. El pelo castaño comenzaba a clarear por la zona de la coronilla. Se trataba de un hombre de estatura media, ni muy grueso ni muy delgado, al que el traje le restaba presencia. Al principio Marcial tuvo que arrancarle las palabras, después de pedir su cubata de Larios, y obligar al inspector a un verdadero esfuerzo de constricción ética, se había desperezado y había cogido fluidez verbal. Se trataba de uno de los asesores fiscales del empresario, al que parecía preocuparle más que las preguntas derivasen hacia lo contable que hacia lo penal.

—¿Sueles salir mucho con tu jefe?

—Eh... Bueno... ¿Mucho? Hombre, cuando cerramos algún negocio importante suele invitarnos a cenar y a unas copas. No diría que eso ocurre muchas veces.

—Por mí está bien. Puedes irte, si quieres.

El asesor fiscal se levantó y tendió la mano a Marcial, después abandonó la estancia.

Con lo que tenía era suficiente para conformarse una primera impresión; y esa no era otra que la de que Domingo Bernal se sentía incómodo con la Policía hurgando en su vida. Curiosamente su coartada cubría hasta que el informe del forense dictaminaba la hora de la muerte de Sasha. Era evidente que las ramificaciones del empresario alcanzaban hasta el corazón de la comisaría. Habida cuenta de la prohibición que Lasaosa había pendido sobre su cuello como una espada de Damocles, no quedaba otra, para seguir indagando en la vida del empresario, que buscar una alternativa que soslayase

al comisario; y para eso necesitaba a Zoe.

Cuando Marcial enfiló la calle intuyó un par de sombras frente a la puerta de su casa. No le hizo falta aparcar y bajar del coche para reconocer una de ellas: la silla de ruedas la delataba. La otra, en cambio, no la reconoció hasta que la tuvo delante.

—¿Qué hacéis aquí? —Marcial se paró enfrente de sus inesperados visitantes.

—Hijo, tenemos que hablar. —La voz de Dolores Herce salió temblorosa.

—No soy tu hijo.

—Vamos, Marcial... —intercedió Víctor Maestre.

—¿Y a ti, quién te ha dado vela en este entierro?

—Yo le pedí que me trajera y me hiciera compañía hasta que llegases — Dolores hizo una pausa y miró a Víctor—. Es tu hermano, Marcial.

—Eso dice la Biología.

Cuando Marcial descubrió el vínculo había sentido cierta curiosidad por Víctor, pero al poco ya había perdido todo interés por indagar más allá de lo que sabía. No sentía la curiosidad ni la necesidad de fomentar una relación cuyo único sustento eran unas moléculas microscópicas que poblaban sus células. Su vida sin compromisos humanos era un lujo al que no estaba dispuesto a renunciar por crear unos lazos que su arraigada soledad se encargaría de deshacer al poco tiempo.

El caso de Dolores era diferente. Se sentía estafado con su actitud. Más allá de que hubiese guardado el secreto de su adopción, lo que había hecho implosionar todo el sentido del compromiso que durante años le había llevado a ocuparse de ella, lo que más le molestaba, era que hubiese instaurado un abecedario de reproches para nutrir sus conversaciones, como si necesitase ese estado de beligerancia para someterlo.

—No sé muy bien qué es lo que pretendes —se dirigió a Víctor—, pero no me van los rollitos esos de hermanos que se conocen cuando cada uno ya tiene su vida hecha y deciden empezar una nueva andadura en la que comparten todo. Ya sé lo suficiente de ti. Más de lo que me gustaría, diría yo, así que te agradecería que cogieras la silla de ruedas de Dolores y la empujaras hasta la residencia; o hasta tu casa, me da igual. ¿No tienes ganas de una familia nueva? Pues toma: te regalo la mía.

—Eres cruel —sollozó Dolores—. Siempre lo has sido. Si piensas que la

distancia entre nosotros la construí yo sola estás muy equivocado. —Dolores se enjugó las lágrimas y recobró la compostura. Su semblante volvía a ser el que Marcial recordaba—. Fue tu actitud la que fue quebrando la mía. Siempre has sido un niño difícil, lo sabes. No hace falta que te recuerde las expulsiones del colegio, ni las peleas callejeras... —Víctor Maestre posó la mano sobre su hombro, pero no dijo nada, como si tan solo buscara demostrarle que estaba a su lado. Marcial observó más complicidad en ese gesto que en todos los recuerdos que albergaba de la última década de su vida con Dolores, pero tampoco dijo nada. Se limitó a esperar que su madre adoptiva concluyese su argumentario—. El accidente lo único que hizo fue arrebatarle las fuerzas para luchar. Tu padre...

—No era mi padre.

—Tu padre —enfaticó Dolores obviando la interrupción de Marcial—, pasaba mucho tiempo fuera... —Las lágrimas se precipitaron anegando sus ojos, y los sollozos, atraídos por los recuerdos, alargaron la pausa en exceso. Marcial lo interpretó como un final tácito del repaso de su biografía y sacó las llaves del bolsillo. Dolores abortó su huida retomando la palabra—. Él fue quien me convenció de todo y después me dejó sola durante meses. Hice lo que pude. Me esforzaba cada día en ser la madre que él deseaba. Me levantaba cada mañana con la firme intención de hacer lo que tocaba, de educarte en los valores que él defendía, pero siempre diste problemas por culpa de tu endemoniado carácter. Pero cuando él se fue..., cuando él se fue se llevó mis ganas de luchar por ti. Te hacía culpable de que nuestra relación se hubiese deteriorado. Ahora estoy arrepentida. Sé que tenía que habértelo contado, pero siempre tuve miedo de que eso hiciese imposible nuestra convivencia; que me perdieses el respeto. Por eso me volví más autoritaria, menos cercana. Necesitaba tomar distancia. Me equivoqué, Marcial, me equivoqué. —Ya no luchaba contra sus sentimientos, incluso la mano de Víctor se movía metódica tratando de insuflar la fuerza que se escapaba con cada palabra de su confesión—. Quiero que me perdones. Podemos intentarlo de nuevo...

—¿Ser una familia feliz? —interpeló con sorna—. La mamá, el hermanito pequeño... ¡Si queréis, podemos buscar un papá!

—¡Marcial! —Víctor Maestre elevó la voz: no podía soportar la vejación a la que estaba sometiendo a Dolores.

Cuando Dolores salió del hospital, tras el triste suceso en el que se desenmascaró que Marcial no era su hijo biológico, no se sentía con fuerzas

de mirarlo a la cara. Cuando reunió el valor, viendo que Marcial no se había molestado en saber nada de ella, comenzó a llamarlo. Nunca cogió el teléfono ni devolvió las llamadas. Fue ahí cuando buscó amparo en la empatía de Víctor: él también acababa de descubrir que Marcial era su hermano. Después de varios encuentros ambos tomaron la decisión de afrontar aquel envite de la mano. Por eso, al verla mendigar un perdón que él estimaba razonable, no pudo evitar acudir en su defensa.

—¿Qué?! —El inspector se acercó a escasos centímetros de Víctor. Pudo apreciar en su rostro aguerrido alguna de sus facciones, sobre todo la espesura en la mirada—. ¿Venís a mi casa queriendo que formemos una familia cuando somos todos unos desconocidos? La respuesta es no. No quiero saber nada de ti —dijo con una mirada hiriente depositada en Dolores—, ni de ti —finalizó, trasladándola hasta Víctor Maestro.

Después buscó la llave y se dispuso a abrir la puerta cuando todas las alarmas de su cerebro, seguramente en estado latente por la inesperada visita, saltaron. En todo el tiempo que había durado la discusión no había oído ladrar a Sola, algo que era muy raro, ya que con el simple rumor del motor se colocaba frente a la puerta emitiendo ladridos cadentes que servían de bienvenida a Marcial. Abrió y no vino a recibirlo.

El miedo paralizó su cuerpo.

17. Nahia

Entró como una exhalación y, aunque no se molestó en cerrar la puerta, el perturbador silencio que envolvía la casa inutilizó los sentidos de Marcial, haciendo inaudible la rendición, sin condiciones, de Dolores y Víctor. En primer lugar entró al salón, donde la galga pasaba la mayor parte del tiempo en casa: nada. Luego se dirigió al patio, donde estaban sus útiles de bebida y comida: ni rastro. Con el corazón a punto de abandonar su cuerpo por la boca subió las escaleras, saltando los escalones de tres en tres y asiéndose a las barras verticales de aluminio que ejercían de quitamiedos. Entró en la habitación de matrimonio y la estampa le encogió el cuerpo. Sola estaba postrada en la cama, con la boca y el hocico repletos de babas sanguinolentas, de un color algo más atenuado que los vómitos que inundaban el suelo de la habitación, y con unas contracciones espasmódicas que auguraban que aquello no había tocado a su fin. Marcial esquivó los charcos y rodeó al animal con sus brazos. Necesitó acopiar más fuerza de la imaginada para manejar el peso muerto de su perra, lo que le trajo un recuerdo amargo que, a pesar del tiempo, no lograba desterrar. Afrontó el descenso con la proporción justa de prudencia y premura y salió a la calle, cerrando la puerta con un sutil golpe con el pie. Dejó a Sola descansando en el asiento trasero de su 308 y puso rumbo al veterinario, mientras se afanaba por encontrar en su móvil el número de emergencias.

Cuando llegó a la clínica, Sergio Agüera, el veterinario, lo esperaba en la misma puerta, y ayudado por una auxiliar se hizo cargo de Sola, dejando como único intercambio de palabras un simple «quédate en la sala de espera».

Marcial miraba absorto al camarero mientras pensaba que el mundo era un lugar caprichoso: la misma que veinticuatro horas antes había salvado su abstinencia lo había condenado, irresolublemente, a la penitencia del alcohol.

El inspector jugueteó con su botellín antes de dar un nuevo trago. Era su

cuarta cerveza consecutiva. La primera apenas duró dos sorbos. No recordaba sensación de más sosiego que la que había experimentado mientras el líquido recorría su aparato digestivo. Toda la atonía que lastraba su cuerpo se fue diluyendo a su paso, hasta quedar convertida en una sensación familiar que invitaba a Marcial a una segunda dosis de esa peculiar vacuna contra el dolor. Las dos últimas llegaron por inercia.

Después de haber esperado casi veinte minutos en la sala de espera de la clínica veterinaria, Sergio Agüera había aparecido para darle la noticia. A falta de análisis específicos para determinar el compuesto exacto podía afirmar que a Sola la habían envenenado. Incluso se atrevió a aventurar que el causante era un vulgar matarratas, por la sintomatología y los resultados de las analíticas. Aunque se encontraba muy enferma y casi no reaccionaba a sus estímulos, Marcial estuvo a su lado durante más de media hora, hasta que Sergio, con toda la diplomacia que pudo, lo invitó a marcharse: Sola debería permanecer ingresada para controlar su evolución. La impotencia y la ausencia de un rostro sobre el que descargar su ira lo condujeron hasta el primer bar que encontró abierto, algo que, tratándose de un miércoles a punto de claudicar, le llevó un buen rato y un largo callejear para evitar ir a morir al bar Baros y reencontrarse, de nuevo, con la camarera rubia, de cuyo nombre no se acordaba. Por suerte, la calle Príncipe de Asturias, más conocida como la calle de los pijos, sobre todo en la década de los noventa, seguía siendo, entre semana, un buen reducto de bebedores solitarios. La Strada lo había acogido con exceso de calor artificial y defecto de calor humano. Tan solo unas seis personas, estratégicamente separadas para no solapar las conversaciones, se repartían por el local.

El camarero, al percatarse de que Marcial no apartaba la mirada de él, izó un botellín de cerveza como si sostuviese un trofeo. Marcial asintió mientras apuraba lo que quedaba del suyo. Con la quinta cerveza sobre la mesa y con la cabeza algo más dispersa por el alcohol, fue cuando se atrevió a ponderar las posibilidades. Sabía que el veneno lo habían introducido por la ventana que estaba junto a la puerta y que, desde hacía casi dos años, dejaba entreabierta para suplir al buzón que un día pasó a mejor vida y nunca se decidió a sustituir. Si alguien se había acercado hasta la casa con el veneno para Sola debía tener la certeza de que existía una vía de acceso para echarlo. No es que eso fuese un secreto de estado, pero salvo el asesino del café, que ya lo usó para dejarle los anónimos, no imaginaba a nadie capaz de tal atrocidad. Por mucho que Miralles le generase una desconfianza preocupante,

no le parecía ese tipo de persona. Sin embargo, mientras daba un largo trago a su botellín, su cerebro le ofreció un nuevo nombre: Domingo Bernal. Quizá no se hubiese contentado con su amenaza burocrática y hubiese optado por una advertencia más terrenal; más a la antigua usanza. Un sabor a hiel subió por su garganta, compitiendo con la cerveza que se empecinaba en descender, provocando una explosión de sabor en su tráquea que amargó su boca. Marcial giró la cabeza hacia un lado y expelió el contenido que había almacenado durante unas milésimas de segundo. El camarero contempló atónito el acto y reprendió con un grito a Marcial:

—¿Qué haces, pirado?!

Se incorporó y se dirigió hacia la barra, donde un chico de complexión atlética y pelo estrafalario lo miraba amenazante. Cuando estuvo frente a él, depositó un billete de veinte euros y clavó la mirada en la del camarero, que la sostuvo con altanería durante unos segundos, después cogió el billete y se giró hacia la caja. Cuando hubo terminado de contar el cambio y se volvió para depositarlo sobre la barra, el cliente ya había desaparecido.

Subió al coche con el nombre del empresario revoloteando por su cabeza. Aporreó el volante con furia y masticó varias blasfemias antes de recobrar la compostura. Clavó la vista en la luna delantera y dejó que su mirada convergiera en el infinito. Si bien era un tipo solitario, esa muralla de soledad había sido erigida sobre tres pilares básicos: Sola, Sasha y Zoe. Uno de ellos había sido derruido y los otros dos se tambaleaban, amenazando con dejarlo con la única compañía que trataba de evitar: la de su demonio interior. Así que tomó una decisión sin importarle si era acertada o no. Qué fácil es hacer planes para un futuro incierto, pensó. Sacó su móvil y comenzó a teclear con torpeza. Casi veinte minutos después su pantalla reflejaba una proposición:

«Soy puro morbo, hago todos los servicios, francés natural completo, te la lameré como una perrita en celo, la mejor mamada de tu vida, te lo aseguro. Penétrame con mi chochito bien mojadito y luego métemela por el culo mmmm. Higiene y discreción. Fácil aparcamiento. Copa gratis. Te espero. 24 años».

El anuncio se remataba con cuatro fotos de una rubia despampanante y un número de teléfono que Marcial anotó y, durante un tiempo que al inspector le pareció eterno, contempló antes de decidirse a marcarlo en su móvil.

Lo había seleccionado de una página en la que se anunciaban *escorts*

independientes; no tenía por qué ser cierto, pero prefería imaginar que no metía las narices en ningún eslabón de una trata de blancas, por muy hipócrita que resultase. Fantaseaba con que su dinero iba íntegro a los caprichos de la mujer que prestaba los servicios. Al fin y al cabo, una gran mentira se construye con pequeñas verdades.

Al tercer tono una voz armoniosa le informó de los detalles y le dio una dirección. Marcial no necesitó anotarla. Arrancó el motor y condujo por Reina Victoria Eugenia, despacio, recreándose en la quietud que la noche le prestaba a la ciudad. No en vano ese era uno de sus placeres: conducir de madrugada sin un destino premeditado. Un paseo errático por las calles vacías de una Cartagena en duermevela, porque la ciudad portuaria nunca descansa por completo; mantiene ese estado de semiinconsciencia en el que parece que no percibe, pero se da cuenta de todo. Como una madre cuando su hijo adolescente sale de juerga y regresa a casa en los estertores de la madrugada.

Así, como el que no quiere, pero queriendo, llegó a su destino, que no era otro que La Vaguada. Concretamente dos casas más a la derecha de donde Viorica vivía cuando no ejercía de Sasha. Se obligó a no pensar en ella y hacer frente a su cita. Necesitaba despegar los pies del suelo; olvidar que su mundo había comenzado a desplomarse.

Nahia era una chica rubia de curvas exuberantes y pechos generosos, cuyos ojos terregosos adquirían una tonalidad anaranjada bajo la tenue luz de la habitación. Sus labios carnosos invitaban a saciar las más oscuras pretensiones del instinto primario. Su silueta, que perfilaba un cuerpo nacarado, y que en parte le recordaba al de Sasha, se había recortado ante Marcial cuando pulsó el timbre. Lo había recibido con un conjunto de ropa interior de encaje verde turquesa y con unos tacones imposibles que la situaban en las proximidades del metro ochenta. Como presentación, lanzó un amago de beso en la mejilla que Marcial esquivó a tiempo: no era amigo del contacto físico innecesario. Nahia le había guiado hasta la habitación con andares histriónicos que mecían sus caderas haciendo inevitable que las pupilas oscilasen como péndulos. Una vez allí, sentado en la cama, Marcial comenzó a desnudarse con parsimonia, como si no hubiese nadie más con él.

—¿Cómo te llamas, grandullón? —Nahia lo empujó con dulzura y comenzó a soltar su cinturón.

—No necesitas saber mi nombre para lo que vamos a hacer. —Marcial la apartó con sutileza y sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón, después le entregó lo convenido.

Comprobó en la mirada cítrica de Nahia, antes de que abandonara la habitación con el dinero, que ese no era su estilo, sin embargo, no le importó. Él necesitaba esa barrera pecuniaria para aislar los sentimientos. No los que pudiese sentir hacia ella, que eran nulos, sino los que no pensaba mostrarle por muy melosa que se pusiese. Así había sido con Sasha y así sería con cualquiera. Ya había roto esa regla con la camarera del Baros y no estaba dispuesto a caer en el mismo error. No quería volver a sentir una mirada incendiaria exigiendo complicidad a primera hora de la mañana. No quería hacer ni responder preguntas que requiriesen más allá de un monosílabo por respuesta. Si alguna vez había olvidado por qué pagaba por el sexo, esa experiencia le había servido para refrescarle la memoria.

Cuando Nahia regresó, Marcial ya estaba completamente desnudo. Se liberó del sostén con pericia y acudió a su encuentro gateando sobre la cama. Marcial le permitió navegar con su lengua, indecorosa, por el cuello. Después la volteó y cambió las tornas. Comenzó con suaves dentelladas descendentes desde los lóbulos de las orejas, recreándose un tiempo prudencial en sus senos para saborear los enhiestos pezones que coronaban la pequeña aureola sonrosada. Cuando alcanzó la zona umbilical, Nahia se arqueó con desmedida, permitiendo a Marcial liberarla de la última prenda. El inspector besó sus ingles mientras ella mantenía una respiración entrecortada, seguramente incluida en el precio. Después buceó en su sexo con ansia, como si llevase años esperando ese momento. Los movimientos pélvicos de Nahia se acuciaron, expulsando por momentos a Marcial de su entrepierna. Finalmente, el inspector se puso a horcajadas sobre ella y trepó su cuerpo hasta situar su miembro a la altura de su boca. Ella lo aceptó con premura.

Tras unos minutos de sexo oral, separaron sus cuerpos por primera vez. Ella se giró hasta el extremo de la cama y abrió el cajón de la mesilla, de donde extrajo un preservativo. Lo abrió y, usando de nuevo la boca, se lo colocó. Marcial asió su cabellera con ambas manos mientras impulsaba las caderas al cálido refugio que ocultaban los gruesos labios de Nahia. Pasados unos minutos, seguramente reglados en su tarifa, la chica puso fin a la maniobra con delicadeza y se ofreció de espaldas, de rodillas y con el rostro ladeado sobre el colchón. Marcial aceptó el envite y comenzó a penetrarla armoniosamente, con movimientos suaves al principio; algo más bruscos

después.

Fue entonces cuando lo notó.

Y por primera vez en mucho tiempo sintió miedo.

El pequeño demonio que latía en su interior pedía paso y, aunque trataba de negárselo, la energía que manaba de su subconsciente lo hacía ingobernable. Era como si en los días de ausencia hubiese estado haciendo aprovisionamiento de fuerzas. La imagen de Sasha bajo la mortaja de plástico emergió en ese momento y actuó como detonante: los brazos de Marcial se extendieron y sus manos aprisionaron el cuello de Nahia. Percibió cómo la chica lanzaba una mirada suplicante que demandaba una explicación. Marcial oprimió aún más. Fue un gesto irracional, desprovisto de premeditación; imperativo. Comprobó que Nahia trataba de ayudarse con las manos, pero la fuerza que embebía su rostro contra las sábanas era mucho mayor de la que ella podía combatir. De repente, sin saber bien por qué, se produjo un cambio en el flujo de energía, transportándola, ahora, desde los dedos de sus manos hasta su miembro y desembocando en un orgasmo desproporcionado, como hacía años que no recordaba. Instintivamente fue liberando el cuello de Nahia, que, con un movimiento raudo, se separó del inspector y se incorporó inquisitiva.

—¿Estás mal de la cabeza o qué?! —La ausencia de respuesta y la mirada desconcertante de Marcial mitigaron su cabreo—. No sabía que te iba ese rollo. Además, eso no era lo que acordamos.

Marcial la observó mientras se desprendía del condón. Hacía tiempo que la fuerza demoníaca de su interior no emergía de esa manera, al menos que él recordase.

Ya más relajado se dirigió a la silla donde había dejado sus cosas y sacó un billete de cincuenta de la cartera que lanzó sobre el colchón. Nahia, en el extremo opuesto de la cama, lo recogió y comenzó a recorrer el camino que los separaba. Tras besarle por sorpresa en la espalda abandonó la habitación y dejó al inspector poniéndose la ropa y preguntándose qué extraño vínculo aunaba en su cerebro estrangulación y orgasmo.

18. El listado y la lista

Era jueves, la cabeza estaba a punto de estallarle por culpa de la resaca y Sola, ingresada, no había podido ejercer, como era costumbre en ella, de despertador. Aun así su cuerpo disponía de uno interno, que se encargaba de llevarlo hasta la casilla de salida de un nuevo día.

Marcial desistió a los pocos minutos de luchar contra su reloj circadiano. A pesar de haber alargado la noche hasta las cuatro de la mañana se incorporó del sofá con brío. No había dado el segundo paso cuando el sonido del vidrio rebotando por el suelo del salón le recordó que había finalizado la jornada en compañía de varias rubias embotelladas.

Después de adecentar la casa y darse una ducha de agua casi hirviendo recobró algo de vitalidad. El dolor de cabeza había mutado a un rugir de tripas que el primer café del día no había podido domar, sin embargo, se emplazó hasta la máquina de comisaría para el segundo asalto de cafeína, su remedio casero contra la resaca. Condujo por La Alameda de San Antón, pasó por delante del edificio donde nunca más vería a Sasha, atravesó la plaza de España, pero no fue hasta que entró en el aparcamiento de comisaría cuando tomó consciencia de que llegaba con bastante tiempo de adelanto respecto a su horario habitual. El hecho de no haber tenido que pasear a Sola había acelerado las rutinarias tareas mañaneras. Consciente de que el asunto no tenía solución, subió hasta el segundo piso y se detuvo frente a la máquina del café, donde extrajo el ansiado solo sin azúcar. Con el vaso de cartón en la mano avanzó hacia su guarida, pero la voz de Zoe, proveniente del despacho de Miralles, captó su atención. Se dirigió sigiloso hasta la puerta que se encontraba entornada y deslizó una mirada indiscreta. No pudo reprimir el recuerdo de la pesadilla que, meses atrás, cuando investigaba la muerte de Enma Novoa, se desarrolló en ese mismo lugar y le permitió descubrir sentimientos que no sospechaba que poseía. Aunque esta vez la estampa tenía más decoro, Marcial no pudo evitar sentir una punzada de dolor mientras observaba cómo se besaban con inusitada pasión. Sintió emerger la criatura de sus entrañas y no quiso adivinar con qué intenciones se manifestaba, así

que se dirigió con celeridad a su despacho y se detuvo frente al rótulo de la puerta, en el que la palabra «inspector» buscaba un acompañante. Después de la imagen que acababa de presenciar, la palabra Solo seguía ganando enteros. Abrió la nevera y extrajo un botellín que liquidó en tres tragos. Comprobó que su pequeña bestia regresaba a la cueva y se recostó para disfrutar el momento. El recuerdo de su musa, tendida en el suelo y cubierta por la envoltura de plástico, le privó de hacerlo. Al igual que había ocurrido en su encuentro con Nahia, la imagen de Sasha se hacía visible tras la aparición de su demonio interior. ¿Cómo podía estar seguro de que no había sido él quien la mató? Se había empeinado en cargar el mochuelo a Domingo Bernal, pero no había hallado nada consistente. ¿Por qué Cristóbal Fandiño, con premisas similares, no le parecía igual de sospechoso que el empresario? Quizá lo único que buscaba era a alguien a quien colgarle el muerto antes de que se lo colgaran a él, pensó, antes de destapar un nuevo botellín de cerveza.

Abrió los ojos cuando golpearon, con ímpetu, la puerta del despacho. No sabía cuánto tiempo llevada dormitando sobre la silla, pero a juzgar por lo que había tardado en ubicarse y poner a punto el cerebro no debía ser poco. Miró el reloj y certificó que eran casi las once. Lejos de sentirse mal por haberse tomado la licencia de descansar en horario laboral lo hizo por no haber telefonado a Sergio para preguntarle por el estado de Sola; pero la visión de Miralles y Zoe fundiendo sus bocas y la dosis de zumo de cebada fermentada lo habían sumido en una inesperada somnolencia. Un nuevo aporreo, esta vez en la zona del cristal, le recordó que llamaban.

—Adelante —pronunció con desgana.

La figura a la que Marcial no había prestado atención mientras volvía en sí, y que se atisbaba en el cristal, correspondía a Vicente Brau.

—Tenemos el listado de llamadas del segundo móvil de la puta. —El inspector jefe le entregó un sobre cerrado, cuyo remite correspondía al del juzgado de instrucción en el que el juez Cueto era titular, ante la atónita mirada de Marcial—. A ver si así eres capaz de encontrar un sospechoso: llevas cinco días dando palos de ciego. Por cierto, los de la Científica han dado con la bolsa de basura en la que la puta tiraba los condones. Los van a analizar, creo que había cuatro. También han tratado de localizar el móvil, pero no ha sido posible: el asesino debe haberlo destrozado. No sería descabellado pensar que su número sea uno de los que la llamaron ese día.

Como puedes ver, todos avanzan, menos tú.

Marcial escrutó a Vicente Brau. El sustituto de Villanueva era un hombre rechoncho, cercano al metro setenta, con un pelo frondoso y negro que se había convertido en la comidilla del departamento de Homicidios cuando lo destinaron a Cartagena, y que se había saldado con dos bandos claramente enfrentados: por un lado estaban los que apostaban su sueldo a que Brau usaba peluca, y por el otro, los que sostenían que debería ser un pariente lejano del Puma Rodríguez, con veinte años menos. Al contrario de lo que pudiera parecer, la primera toma de contacto entre ambos había dejado un buen poso en el nuevo inspector. El hecho de que el caso del asesino del café hubiese disfrutado de una cobertura mediática de gran envergadura a nivel nacional había predisposto al recién llegado inspector jefe a estrechar lazos con Marcial, sin embargo, con el paso del tiempo, y con el orgullo herido por las prebendas de las que disfrutaba el inspector, habían ido distanciándose hasta alcanzar un punto en el que Vicente Brau había optado por ejercer las funciones que, a su entender, el comisario Lasasosa, benévolo por naturaleza, obviaba.

—¿Qué esperabas, que estuviese aprovechando para llamar a líneas eróticas? —escupió Marcial mientras notaba cómo se le aceleraba el pulso al ver su número en el listado extraído del interior del sobre.

Vicente Brau lo buscó con la mirada. Estaba acostumbrado a jugarse las habichuelas con gente peor que Marcial, así que no se dejó impresionar por su numerito de poli malo.

—Si eres tan listo, ¿por qué no tienes aún un sospechoso?

—Que no te lo diga no quiere decir que no lo tenga.

—Ya oíste al comisario: debes mantenerme informado.

Marcial se incorporó y, haciendo valer su metro ochenta y pico, miró desde arriba a su superior.

—Lo estoy haciendo ahora.

—No te equivoques conmigo, Marcial: yo no soy Lasasosa. A mí me suda la polla abrirte un expediente disciplinario.

—¿Por qué? ¿Por no encontrar al asesino de una prostituta?

—Déjate las ironías. No te intereso como enemigo, créeme.

Vicente Brau se encaminó hacia la puerta, pero antes de hacerlo musitó en voz queda:

—No me explico cómo fuiste capaz de encontrar al asesino del café.

—No olvide que hasta un reloj roto acierta la hora dos veces al día —

respondió Marcial, al que la puntilla del inspector jefe no le pasó desapercibida.

Vicente Brau salió del despacho cerrando la puerta con vehemencia. Marcial contuvo la respiración unos segundos, a sabiendas de que no sería suficiente para reprimir el impulso, y finalmente golpeó la superficie de la mesa. Le jodía tener que mostrarse irónico con él cuando el cuerpo le pedía una actitud más contundente, pero no podía arriesgarse a que una confrontación lo apartase de la investigación de la muerte de Sasha. Ese sería su final. Recogió los folios y comprobó lo que ya sabía: él y Domingo Bernal eran los dos últimos números del listado.

Fue consciente de que estaba llorando cuando una lágrima se coló por la comisura de sus labios. No recordaba la última vez que el sabor salado de la tristeza acudía a su paladar, pero si alguien era digno de su sufrimiento esa era Sola.

Cuando se hubo relajado, después de la contrariada visita del inspector jefe, hizo la llamada que tenía pendiente a la clínica. Las noticias que le transmitió Sergio no eran nada halagüeñas. No había empeorado, pero tampoco había evolucionado favorablemente. Había vuelto a vomitar un par de veces y se encontraba alicaída. No obstante, Sergio no perdía la esperanza de que mejorase y así se había encargado de transmitírselo, lo que no era óbice para que Marcial se preparase para lo peor. Siempre había sido así. Prefería hacerse a la idea de que algo iba a salir mal antes que crear vanas esperanzas que luego hubiese que sustituir por la triste realidad.

Se obligó a sumergirse otra vez en el listado de llamadas para aparcar los fúnebres pensamientos que Sola le evocaba. Las conclusiones obtenidas, tras un minucioso escrutinio, no aportaban datos nuevos a la investigación, más allá de incluirlo a él en la lista de sospechosos de todo aquel que se molestase en vincular números y documentos de identidad. De los dos folios se desprendía que Sasha había tenido contacto, a través de su móvil personal, con nueve personas en los últimos dos meses. Marcial sabía que en realidad su agenda constaba de doce, pero eso carecía de importancia. El listado también daba fe de que Sasha había telefoneado a su madre a las 14:00, que Domingo Bernal lo había hecho a las 1:20 de la madrugada y que el propio Marcial cerraba el listado de llamadas recibidas a las 4:12. Sopesó la posibilidad de mostrar el listado a Lasaosa, como prueba fehaciente de que

existía un motivo real para investigar a Domingo, pero eso suponía arriesgarse a que el comisario fuese trasladando hacia sus jefes la prueba que lo incriminaba a él, así que optó por callar y esperar a ver si Lasaosa mostraba algún interés. El hecho de que hubiese sido Vicente Brau el que le había hecho llegar el sobre era bastante indicativo de que el comisario no estaba tan comprometido con la muerte de Sasha como con no granjearse enemigos poderosos.

Unos sutiles golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos. Se trataba de Zoe.

—Pasa.

La agente entró y se sentó frente a Marcial con cara de circunstancias.

—¿Qué ocurre?

—El ADN no coincide con ninguno de la base de datos.

Aunque era muy común que eso sucediese —la base de datos de ADN aún era muy exigua— la noticia lo preocupó: las posibilidades de ser el portador del fluido que manchaba la sábana de Sasha seguían intactas.

—Sería interesante conseguir una muestra de Cristóbal Fandiño —dijo Marcial, al que en realidad le interesaba mucho más obtener una de Domingo Bernal, pero para eso debía eludir la prohibición de Lasaosa.

—Con lo que tenemos, el juez no la autorizará.

—¿Quién ha dicho que nos la tenga que autorizar?

—Pero ¿cómo...

—Aún no es tiempo de peros.

Zoe, al escuchar el epitafio de Marcial, se levantó, entendiendo que el intercambio de información había finalizado, sin embargo, esta vez se equivocaba.

—Siéntate, Zoe.

La agente obedeció.

—He recibido el listado de llamadas del teléfono personal de Sasha. — Marcial lo empujó suavemente, con la precaución de que la página que mostraba no fuese donde aparecía su llamada.

—¿Algo interesante?

—Apenas lo he ojeado —mintió.

—Déjame a mí, si quieres —dijo, mientras hacía amago de recoger las hojas del escritorio. Por suerte, Marcial estuvo ágil y las apresó antes. Zoe alzó la vista, sorprendida, y la posó sobre la del inspector.

—No. Ya lo hago yo. ¿Cómo va la investigación que te encomendé? Hay

que averiguar todo lo posible sobre los cinco números del otro teléfono, en especial de Fandiño. Quiero saberlo todo de ellos. Si tienen novia, si van de putas con asiduidad, lo que sea. Necesitamos encontrar un móvil para la muerte de Sasha. Hace dos días que te lo dije y no me has dicho nada. — Marcial demudó el rostro adrede: necesitaba desviar la atención de su compañera del listado de llamadas.

—Bueno..., en realidad... No dispongo nada más que de Fonet y Rubio..., y con la vigilancia de Fandiño...

Marcial revivió por un momento a la Zoe dubitativa e impresionable de los primeros días. Siempre preocupada por no poder atender, como se merece, según su criterio, claro, una orden de un superior.

—O sea, que no tenemos nada nuevo.

—No —respondió la agente con la cabeza gacha.

—Está bien, hablaré con Lasaosa a ver si nos pueden asignar algún agente más, no obstante, lo de Fandiño es urgente, así que hazlo como quieras, pero necesito información. Me interesa todo, incluso si se limpia el culo metiendo la mano por debajo de los huevos o por detrás de la espalda.

—De acuerdo. Me pongo con ello.

La agente salió del despacho fingiendo normalidad, aunque la realidad era que lo abandonó con la incertidumbre de cuál era el verdadero motivo por el que el inspector no le había pasado una copia del listado de llamadas y por qué lo protegía con ese celo.

Zoe permanecía sentada frente a su mesa, simulando una llamada telefónica. La proximidad de la hora de salida del turno de mañana hacía que su ficticia conversación se ocultase de forma subrepticia bajo el murmullo de la sala de Homicidios. La agente, de cuando en cuando, volteaba la cabeza para comprobar si el inspector seguía en su guarida. Aún tuvo que esperar un par de minutos más hasta que lo vio. Marcial salió, con la mirada fija en la puerta contigua, donde se hallaba el despacho del comisario, y entró sin llamar. Ese era su momento. Aprovechó la multitud de agentes que poblaban la sala a la hora del cambio de turno para mimetizarse y pasar desapercibida hasta llegar a la puerta del despacho. Dedicó un segundo a mirar hacia la del comisario: permanecía cerrada. Tomó aire y, con un arrojito que no sabía que tenía, entró. Apuró sus pasos hasta la mesa del inspector y rebuscó entre la montonera de papeles que la poblaban. No tardó mucho en encontrar el listado de llamadas.

Eran dos folios grapados. Sacó su móvil y los fotografió. Después trató de dejarlo todo tal y como lo había encontrado para, finalmente, salir. Volvió a mirar hacia el despacho de Lasaosa y constató que el inspector seguía en su interior. Fue entonces cuando comprendió que había contenido la respiración durante todo el tiempo que había profanado la guarida de Marcial. Soltó una bocanada de aire e insufló todo el que pudo para apaciguar el galope de su corazón. Se dirigió hacia el vestuario femenino y entró en uno de los aseos.

Se arrodilló y vomitó.

19. Dos mujeres y una hembra

—Ahí está. —La camarera morena del Baros señaló hacia su espalda.

Marcial se volteó y observó cómo se aproximaba la chica que presumía de usar sus pechos como alcoholímetro. Se maldijo por no recordar su nombre ahora que la necesitaba. Aunque habían pasado varios días desde el asesinato, el hecho de que no hubiese llegado aún el fin de semana, cuando el bar volvería a abarrotarse de caras nuevas, le permitía albergar la esperanza de que recordase algún dato que le ayudase a desmontar la coartada de Domingo Bernal. Los dos mindundis que había interrogado habían calcado sus declaraciones y, a pesar de eso, no sabían que la muerte de Sasha había ocurrido algún tiempo después, cuando ellos afirmaban haber regresado a casa. El inspector había valorado contrastar la hora de recogida del empresario con la ubicación de su móvil, pero necesitaba una orden judicial, con el riesgo que conllevaba que aquella diligencia llegase a oídos del comisario o lo que era peor: a manos del inspector jefe Brau, dándole evidencias físicas de su desobediencia. Así que apelar a la memoria de la camarera con la que había tenido una noche de sexo lujurioso era su última baza.

—Dichosos los ojos —dijo la chica, a modo de saludo, cuando lo alcanzó.

—Hola.

—¿Otra? —preguntó señalando el botellín que el inspector apuraba.

Marcial asintió y la chica entró detrás de la barra. Saludó con un par de besos a su compañera, dejó el bolso en un armario y después rebuscó en la cámara frigorífica hasta dar con una cerveza que colocó frente a Marcial—. ¿A qué debo este honor?

La pregunta, a simple vista carente de maldad, tenía un deje capcioso que Marcial supo advertir. Supuso que era lo que merecía después de haberla invitado a abandonar su casa con los albores de un nuevo día, una vez saciado de ella, tanto sexual como psicológicamente. No estaba acostumbrado a permanecer junto a una mujer después del sexo y mucho menos a tener que dar explicaciones y responder a preguntas personales, así que no le quedó

más remedio que pedirle que se fuera de su casa. Hasta Sola se sintió incómoda con su presencia. La galga, acostumbrada a dormir en la habitación con él, no quiso entrar en el cuarto hasta que la chica se fue, demostrándole una vez más que sus relaciones con los humanos habían quedado reducidas a la mínima expresión, en un claro símil de lo que estaba ocurriendo con él.

—Necesito que me respondas a unas preguntas —dijo Marcial que, por alguna extraña razón, rehuyó su mirada.

—Ah, ¿yo sí tengo que responder las tuyas?

—No son íntimas —aclaró el inspector para discriminarlas de las que ella lanzó bajo sus sábanas.

—¿Acaso no es íntimo que me comieras el coño mientras metías tus dedos en mi culo?! Creo que me gané algunas respuestas. —La camarera había hablado con rabia contenida y un tono quedo que fue imperceptible para los pocos clientes que, a primera hora de la tarde, se repartían por la sala del Baros.

Marcial la miró fijamente, pero no dijo nada. Se limitó a sacar un billete de diez euros y a dejarlo sobre la barra antes de darse la vuelta y encaminarse hacia la salida.

—¡Espera! —La camarera levantó la voz lo justo para llegar a los oídos de Marcial sin parecer que gritaba.

El inspector deshizo el camino y se colocó frente a ella de nuevo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó con un gesto neutro.

—¿Conoces a Domingo Bernal, el empresario?

—Claro —dijo, como si la respuesta fuese obvia—, el sábado estuvo sentado allí mismo. —La camarera señaló la mesa que, para sorpresa de Marcial, era la que estaba justo al lado de la que él había ocupado esa noche—. Vino con un par de amigos.

—¿Sabrías decirme a qué hora se fueron, más o menos?

La chica cerró los ojos, tratando de recordar. Después respondió:

—Primero se fue uno, que apenas estuvo cuarenta minutos, el otro se fue algo más tarde; no sabría decirte con exactitud, pero quizá fueran las tres o así cuando se marchó. Él, en cambio, se quedó casi hasta el cierre.

—¿Y eso es...

—Las siete y media de la mañana o así.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Tuve que pedirle que se cambiara de sitio para barrer esa zona.

Las sospechas de Marcial empezaban a confirmarse. Domingo Bernal se había esforzado mucho en que pensase que a las seis de la madrugada se había retirado a su casa. Ahora, con los datos aportados por la camarera, la hipótesis de que el empresario hubiese vuelto para terminar con Sasha tenía una base sólida que Marcial recibió con alivio: eran las primeras evidencias reales que acercaban a su endemoniada criatura a la absolución.

—¿Algo más? —preguntó la chica ante el silencio prolongado de Marcial.

—No, gracias.

—Me toca —dijo la camarera demudando el gesto a uno más cordial—.

¿Tienes plan para esta noche?

Marcial la miró con seriedad antes de contestar:

—Dormir.

Después se dirigió a la salida sin poder evitar pensar en lo caro que salía el sexo gratis.

Estaba hecha un lío. Nunca pensó que se vería en una encrucijada como esa y ahora era incapaz de discernir con claridad cómo proceder. Confirmar que el teléfono del inspector se encontraba en el listado de llamadas personales de Sasha, partiendo de la premisa de que era su confidente, podía aceptarlo, aunque no sin una gran dosis de condescendencia. Sin embargo, Zoe no encontraba explicación lógica para que Marcial le hubiese ocultado que la última llamada que había recibido Sasha era la suya. Y para rizar el rizo, pocas horas antes de ser asesinada. No quería pensar mal, pero las pruebas en contra del inspector se amontonaban. Sentía la necesidad de preguntarle directamente por cada uno de esos comportamientos anómalos que había realizado desde que apareció el cadáver de Sasha, pero, aunque le costase reconocerlo, tenía miedo. Zoe no sabía explicarlo, pero lo que sentía por el inspector era diferente a todo lo que había experimentado hasta ahora por cualquier otra persona. Lo apreciaba y lo admiraba, a pesar de que las últimas semanas a su lado hubiesen resultado tortuosas; por eso tenía pavor a dar un paso en falso. Además, en el fondo, esperaba que todo tuviese una explicación plausible.

Volvió a mirar su reloj y comparó la hora con la del móvil para constatar que Miralles llegaba tarde. A punto estuvo de llamarlo y cancelar el encuentro, pero la gravedad de la situación la detuvo. Un par de minutos después el inspector apareció por la puerta.

—¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar a esta noche, cariño? — Miralles habló con voz queda y guiñó un ojo a Zoe. Después llamó al camarero y le indicó que le trajese una cerveza.

Zoe lo había citado en el bar de enfrente de comisaría, rompiendo una de las normas que se había autoimpuesto en pos del anonimato de su relación, aunque la urgencia del asunto servía de atenuante. Había ocupado, como medida preventiva, un lugar en el fondo de la sala, donde podrían gozar de algo de intimidad. Sabía que Marcial jamás acudiría allí, entre otras muchas cosas porque no tenía interés en generar ningún tipo de vínculo con los policías que, sobre todo por cercanía, solían frecuentarlo.

—Necesito que le lleves estos resultados a tu padre. —Zoe le entregó un sobre blanco inmaculado.

—¿Qué es? —dijo Miralles al tiempo que extraía su contenido.

—El resultado del ADN de la sábana de la casa de la prostituta de La Alameda.

Miralles la miró desconcertado. Su padre, Gonzalo Miralles, catedrático en Biología Molecular, ya los había ayudado a realizar unas pruebas que fueron determinantes para desenmascarar al asesino del café, pero no entendía por qué Zoe quería recurrir a él ahora.

—Si ya tienes los resultados, ¿qué quieres que haga mi padre?

—Que los compare con los de Marcial.

Gonzalo tenía un perfil genético del inspector gracias al cual descubrió que Dolores Herce no era su madre biológica.

—¿Crees que Marcial la mató?!

—¡Nooo! —Zoe respondió al instante, tratando de alejar de Miralles las sospechas que se cernían sobre el inspector y que ella misma temía que le condujesen a convertir la pregunta de Unai en una afirmación. Sopesó contarle que Marcial había llamado a Sasha poco antes de que fuera asesinada, pero algo en su interior le impidió hacerlo—. Creo que estaba enamorado de ella —argumentó como excusa.

—¿Enamorado? ¿De una puta? Si creyera que Marcial está enamorado de alguien no sería precisamente de una puta.

—¿Qué insinúas?

—Vamos, ¿no me digas que no te has dado cuenta?

—¿De qué?

—De cómo te mira. —Miralles comprobó cómo se sonrojaba Zoe—. Se le cae la baba contigo. Además, acuérdate lo que hizo ayer cuando contesté tu

teléfono. Desde luego, si existe alguien que pueda enamorar al ermitaño esa eres tú, *Bella*.

—No digas tonterías.

Por suerte para Zoe, que no sabía muy bien cómo apuntalar su defensa, apareció el camarero con la bebida. Cuando se hubo alejado lo suficiente como para recobrar la intimidad, contraatacó:

—¿Acaso estás celoso? —Zoe giró la cabeza hacia ambos lados para comprobar que no había nadie cerca—. No tienes de qué preocuparte. Haz lo que te pido y esta noche, cuando vengas a casa, te lo demostraré.

Miralles sonrió, libidinoso. Zoe, en cambio, por primera vez en su vida, se sintió como una de esas vulgares mujeres con las que Marcial la había comparado.

Lo que hacía de Marcial una persona feliz era la rutina. El tiempo, desde la ausencia de Santi, lo repartía principalmente entre el trabajo y Sola; con la intromisión, de cuando en cuando, de Sasha.

Desde la noche del sábado, la ecuación que mantenía su psique en equilibrio se había ido desajustando poco a poco. Primero fue la muerte de su musa; después el desencuentro con Zoe y por último el envenenamiento de Sola. Por ese motivo, su estancia en la sala de espera de la clínica veterinaria la dedicó a imaginar cómo sería su vida si ese pequeño círculo que lo rodeaba a diario se resquebrajase. Una vez enviado a la papelera de reciclaje el falso concepto de familia que se había obligado en mantener, muy a su pesar, durante años, no le costó verse solo, sin nadie con quien amanecer, sin una compañera con la que compartir silencios, sin un cuerpo al que robar el calor. Lejos de que aquella situación despertase la zozobra en él, sintió algo parecido al alivio; la calma que precedía a la tormenta, sin duda. Levantó la mirada, que de forma inconsciente había ubicado en el suelo, y se enfrentó a la puerta que lo separaba de Sola. Sintió que algo se ponía del revés en su interior. ¿En qué tipo de persona se estaba convirtiendo? Por primera vez en mucho tiempo se reprobó por ser sincero. Sola merecía mucho más. Necesitaba una persona que luchase por ella en los momentos difíciles, no alguien que hiciese concesiones baratas ante el primer obstáculo del camino. Estaba a punto de incorporarse y salir a la calle para tomar el aire cuando la treintañera que auxiliaba a Sergio Agüera le indicó con el brazo una puerta.

—Ya puede pasar.

El inspector entró a una minúscula sala cuyas paredes se hallaban alicatadas de jaulas a dos alturas. En una de las grandes, la más alejada de la puerta de acceso, se encontraba Sola. La puerta de la perrera estaba abierta y por ella se colaba un fino tubo de plástico que engarzaba en la vía que la galga tenía en su pata delantera izquierda. El animal apenas levantó el hocico del empapador que cubría el suelo de su cubículo y sobre el que reposaba su cabeza. Marcial llegó hasta ella y se acuclilló.

—¿Quién te ha hecho esto, Sola? —Marcial acarició su cabeza, pero todo lo que obtuvo por parte del animal fue un sonoro suspiro—. Te juro que voy a coger al hijo de puta que lo haya hecho —Marcial lo dijo con tono neutro, como si en vez de desear la muerte de un malnacido estuviese elogiando una buena acción.

Durante unos minutos permaneció en silencio, observando los ojos vacíos de Sola. El animal estaba ausente, entregado a su suerte. Marcial se sentó en el suelo y perdió su mirada en el infinito. Sus ojos se aguaron, velando la imagen, distorsionando la realidad que contemplaba. Tenía miedo. Miedo de perderla a ella también. Primero Santi, luego Sasha y ahora... Se puso de pie de un brinco y se enjugó las lágrimas. Se limpió la mirada y dedicó unos segundos a contemplar a Sola: ni se había inmutado.

—Recupérate. Te necesito.

Marcial abandonó la sala y puso rumbo a comisaría. Necesitaba saber qué grado de implicación real tenía Domingo Bernal en la muerte de Sasha y si su acercamiento hasta él era el causante de que Sola estuviese en ese estado.

20. Cartas marcadas

Llevaba allí desde que había regresado de su turno de vigilancia en la casa de Cristóbal Fandiño, donde todo había transcurrido con absoluta normalidad. Al principio, cuando Marcial le dijo que tenían que hablar sobre las llamadas del teléfono personal de Sasha, había albergado la esperanza de que el inspector, por fin, fuese a darle un razonamiento lógico de qué estaba ocurriendo en este caso. Que le explicase por qué, al principio, le había ocultado que la rumana era su confidente, por qué no le había permitido estar junto a él en el grueso de la investigación y lo que más inquietud le generaba: por qué la había llamado pocas horas antes de que hallasen su cadáver. Sin embargo, para su sorpresa, Zoe se había limitado a escuchar la cantinela de que la última llamada que había en el listado se correspondía con el empresario más mediático de Cartagena: Domingo Bernal. Que un confidente —por lo visto ahora le salían de debajo de las piedras— ya le había advertido de ello el lunes anterior, o sea, hacía tres días, pero que tras reunirse con el empresario, este se había dedicado a mover hilos para conseguir que Miguel Lasosa le prohibiese investigarlo, a menos que le trajese datos irrefutables. Pruebas que ahora el listado de llamadas le proporcionaba. El inspector también la había ilustrado con las pertinentes excusas que había esgrimido Domingo como coartada y las consecuentes comprobaciones.

—¿Por qué no me lo habías contado? —Zoe decidió pasar al ataque. Hasta el momento se había limitado a asentir y poner cara de estupor con cada una de las confesiones del inspector, en especial con la de que el empresario era un asiduo a la entropierna de Sasha. Ahora tocaba hacerle ver que su comportamiento en la investigación le había molestado—. Pensaba que trabajábamos juntos en el caso.

—Domingo Bernal es un personaje muy influyente y, aunque me fiaba de mi fuente, no quise involucrarte por si esto acarrearba algún problema o estaba equivocado.

—O sea, que ahora te preocupas por mí —respondió con el mismo tono aguerrido, que en sus labios sonaba un tanto fuera de lugar.

—¡No seas engreída! Cuidaba de la investigación: necesito descubrir quién mató a Sasha. Se lo debo. Y solo me fío de ti para realizar ese trabajo, así que si esto me salpicaba, al menos tú quedarías con las manos limpias.

Zoe no replicó. Ni siquiera se mostró ofendida por su comentario. Seguía sin creer ni una palabra de Marcial y eso empequeñecía todo lo demás. Ponderó la posibilidad de exigir que le enseñara el listado, pero su valor no alcanzaba para tanto. Aun así decidió jugar la partida que le proponía el inspector. Al fin y al cabo tenía las cartas marcadas.

—Ahora ya podemos llevarle el listado al comisario. No podrá impedir que lo investiguemos: sabemos que fue la última persona que habló con la víctima. Eso lo convierte en el sospechoso principal —dijo lapidaria.

—No —atajó Marcial.

—Pero...

—Aún no es tiempo de peros. —Comprobó cómo Zoe torcía el gesto y continuó—. Prefiero que el comisario no sepa nada. Desconocemos lo importante que es el contacto de Domingo Bernal dentro de comisaría, así que he pensado que lo mejor es que recurras a tu amiga. La de Vigilancia Aduanera.

—¿Susana?

—No sé. La que nos echó una mano cuando lo del asesino del café.

—Susana Ibáñez —ratificó Zoe.

—Vale. Pues esa. Mira a ver qué información relevante puede extraer de su base de datos. Que se centre en el tema tributario principalmente. De tres años a aquí, por ejemplo.

—¿Son sus cuentas las que nos interesan? —preguntó extrañada—. ¿Qué tiene que ver su economía con la muerte de Sasha?

—No seas ingenua, Zoe. La gente con dinero lo hace todo para y por el dinero. Si él anda detrás de la muerte de Sasha es porque hay un beneficio monetario directo o indirecto.

—¿Insinúas que podría ser un proxeneta?

—Insinúo que necesitamos los datos financieros para ver si hay alguna irregularidad. Algún lucro injustificado. Algo. Lo que sea. A partir de ahí ya veremos cómo una simple prostituta podía ser un obstáculo para un empresario de esa relevancia. Así que cuanto antes empieces, antes sabremos si hay un motivo para sospechar de él. De momento no tiene coartada sólida para la hora en la que mataron a Sasha.

Zoe se mantuvo expectante. Aprovechó para observarla. En sus ojos azules

no había atisbo de la admiración que le profesaba meses atrás, a todas luces desbrozado con cada uno de sus injustificados desaires, sin embargo, permanecía a su lado; leal. Finalmente la agente asintió y se levantó, dispuesta, como siempre, a obedecer sus órdenes. Justo antes de salir, la requirió de nuevo:

—¡Zoe!

—Dime.

—El comisario Lasaosa no puede asignar más hombres para la investigación, así que debéis apañaros vosotros. Dile a...

—For...

—¡Pssss! —chistó para interrumpirla antes de que completase su frase—. Dile a Fonet y a Rubio que tendrán que echar más horas que un reloj, pero necesito la información personal de los clientes habituales de Sasha para ayer.

—Está bien. —Abandonó el despacho con cierta satisfacción al ver que por fin el inspector se había dignado a aprenderse los nombres de los agentes que normalmente les echaban una mano cuando ellos solos no se bastaban.

La vio partir con la sensación de haber recuperado algo del terreno concedido. Había logrado convencerla para investigar a Domingo Bernal sin necesidad de recurrir a ningún estamento del Cuerpo Nacional de Policía, así el listado de llamadas no tendría que salir de su despacho. Además, había argumentado a su compañera la importancia de indagar en los movimientos mercantiles de Mariscos Bernal. Con un poco de suerte, podría dar sentido a las grabaciones telefónicas.

Y todo al módico precio de haber destrozado la confianza de la única persona que de verdad le importaba.

Bajó la manivela y empujó la puerta del jardín con el hombro para no tener que dejar los regalos en el suelo. Cuando se le resistió recordó que ahora Marga la cerraba con llave.

Una de las ventajas de tener un círculo de amistad tan reducido se ponía de manifiesto a la hora de recordar fechas señaladas. El 30 de octubre era una de ellas. Hacía exactamente nueve años que Marcial y Santi esperaban angustiados en la sala de espera de maternidad del Rosell, antiguo hospital general de Cartagena, a que algún sanitario les diese la buena nueva. El embarazo de Marga había transcurrido con serias complicaciones que habían abocado, a instancias del equipo médico, a una cesárea programada. Lo

recordaba como si fuera ayer mismo. La cara de felicidad de Santi y Marga había quedado serigrafiada en su retina para siempre. Él también experimentó su porción de felicidad, una millonésima parte de la que sus amigos reflejaban, sin duda. Desde aquel día nunca había olvidado esa fecha y, mucho menos, acudir con un par de regalos; no siempre los más acertados. Esta vez había ido sobre seguro: Marga le había orientado sobre los actuales gustos de los niños.

Llamó al timbre y esperó el sacudido eléctrico que permitía la apertura. Volvió a empujar con el hombro y se dirigió hacia la vetusta puerta de entrada. Para su sorpresa, los que lo recibieron fueron los niños.

—¡Tito Marcial, tito Marcial!

Alfredo y Ana lo abrazaron a la altura de la cintura, sin opción a réplica. Marcial entregó sendos regalos y los niños, atraídos por una fuerza imaginaria, se dirigieron al salón.

—Anda, pasa. —Marga le señaló el camino con un movimiento de brazo.

El inspector apenas podía reconocer aquel lugar: todo se encontraba manga por hombro. La mesa grande en el centro, desplegada, los sofás individuales relegados a las esquinas más distantes, la mesa pequeña de cristal ladeada bajo la ventana, el sillón ergonómico de Santi, su trono, cubierto de trozos de papel de regalo.

—Hace poco que se acaban de ir los últimos invitados —dijo Marga, como si hubiese leído sus pensamientos.

—No he podido llegar antes —mintió Marcial.

En realidad había retrasado ese momento todo lo posible: detestaba las celebraciones, especialmente las que llevaban niños incluidos. Así que, tras haber despachado el asunto de Domingo Bernal con Zoe, se dirigió, paseando, hacia la calle del Carmen en busca de una juguetería. Cuando la halló, en lugar de entrar, decidió seguir caminando por el corazón de la ciudad milenaria. En los últimos años no había frecuentado mucho el casco histórico. Deambuló sin rumbo concreto, recreándose en los escaparates, disfrutando de la peatonalización de una de las calles insignia de la ciudad. Recorrió la calle Del Carmen hasta su confluencia con las calles Sagasta y Santa Florentina. Ahí se detuvo a contemplar *El Icue*, una escultura que representaba a un niño que sostenía, en su mano derecha, un boquerón del que manaba un incesante chorro de agua, y que se había convertido en todo un símbolo de la ciudad portuaria donde los turistas de los cruceros se detenían en masa a fotografiarse. Por suerte, a esa hora de la tarde la figura

pasaba desapercibida para los transeúntes, a buen seguro oriundos de la Cartagena que había normalizado su presencia. Continuó el camino sin más interés que el de dejar pasar el tiempo y, sin premeditación, comprobó que había desembocado en el Mediterráneo. A pesar de que la luz solar había ido desapareciendo con cada paso del inspector, sustituyéndose por una cetrinayartificial, el mar se mostraba imponente. Una vez allí se había sentado a contemplarlo sin pensar en nada.

Ni en nadie.

Lo necesitaba.

Se lo debía.

Había estado así hasta que la hora del cierre de los comercios se había aproximado, inexorable. Después, deshizo el camino como cualquier lugareño: sin percatarse de los matices, sin respirar el aire cargado de salitre y con la certeza de que mañana, si quería, podía recoger lo que hoy despreciaba.

Una vez con los regalos en su poder había vuelto a comisaría hasta que llegó el momento de poner rumbo a casa de Marga. Había hecho tiempo en el coche para dejar que la casa se desalojase, y solo entonces se había decidido a entrar.

—¿Mucho trabajo? —preguntó Marga, ajena a la divagación de Marcial.

—Bastante.

Un silencio incómodo se interpuso entre ambos. Empezaba a ser normal en sus conversaciones con Marga. La amistad que les unía le permitía invadir un terreno en el que Marcial no acostumbraba a recibir visitas.

Ella se había percatado también y eso la hacía ser más comedida. Desde que en su última visita le dejase con una pregunta incómoda orbitando por el salón, había tomado la decisión de dejar que fuese él quien eligiese los temas de conversación, pero, al parecer, el inspector no estaba muy locuaz tampoco. Por fin Alfredo rompió la incómoda situación.

—¡Me encanta el balón, tito! —dijo Alfredo.

—¡Y a mí el estuche para hacer pulseras! —añadió Ana.

—Es que el tito Marcial es muy listo —respondió al tiempo que chocaba la mano con los niños, a modo de saludo cómplice.

Los chicos abandonaron el salón con sus respectivos regalos y, de nuevo, el silencio cayó a plomo entre Marga y Marcial. Pero esta vez el inspector encontró las palabras exactas para romperlo:

—¿Queda cerveza?

La noche la había alcanzado tumbada en el sofá, leyendo, y había traído consigo una oleada de sueño que Zoe apenas podía contener. Se incorporó como último intento por no sucumbir a los cantos de sirena que emergían del mundo onírico y amenazaban con arrastrarla a un dulce duermevela. Necesitaba hablar con Unai antes de acostarse: los secretos de Marcial comenzaban a incomodarla. Deseaba con todas sus fuerzas equivocarse, pero algo le decía en su interior que cuando Gonzalo Miralles comprobara ambos resultados, ese presentimiento se desmoronaría con la misma facilidad que lo hacía un castillo de naipes tras un leve soplido. Le costaba imaginarse a Marcial como un asesino, pero su actitud no le ayudaba a deshacerse por completo de esa posibilidad. Aunque lo que en el fondo preocupaba a Zoe no era tanto saber si él era el culpable como qué haría si lo fuese. No se imaginaba engrilletándolo. Ni siquiera delatándolo. De hecho no había sido capaz de confesar a Unai que sabía que la última llamada que había recibido Sasha salió del móvil del inspector. Era como si cerebro y corazón librasen una batalla en la que la cordura no terminaba de rematar a su enemigo.

Había pasado la tarde con Susana Ibáñez, la jefa de la Unidad Combinada de Vigilancia Aduanera. Había acudido porque Marcial quería investigar a Domingo Bernal sin levantar las sospechas del comisario Lasaosa y ella, como siempre, cumplía con las órdenes de sus superiores. Aunque tenía que reconocer que esta vez también ella necesitaba creer que el empresario tenía un motivo de peso para matar a Sasha. Era la única forma de desprenderse del halo de sospecha que se cernía sobre Marcial y que la tenía tan consternada.

La base de datos de Vigilancia Aduanera —un cuerpo policial adscrito a la Agencia Tributaria encargado de la represión del contrabando, el blanqueo de capitales y el fraude fiscal— era la envidia de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, por la cantidad de datos que cruzaba; no en vano, la declaración de la renta los depositaba en las manos de la Agencia y permitía obtener mucha más información de la que la Policía o la Guardia Civil podían imaginar. Por ese motivo, precisamente, y por la complejidad del sujeto en cuestión, Susana le había asegurado que necesitaría al menos veinticuatro horas para poder sacar algo en claro de aquel entramado de números que mostraba la pantalla. A pesar de que el tiempo apremiaba, y para compensar los largos periodos en los que no sabían la una de la otra, decidieron disfrutar de la compañía un rato más.

Se pusieron al día, algo que les llevó más de hora y media, y después regresó a casa. Y ahí estaba, esperando a que Miralles cruzase la puerta,

esperanzada en que trajese noticias del encuentro con su padre. Estaba a punto de rendirse a los encantos de Morfeo cuando oyó la llave entrando en la cerradura.

El rostro ajado, la camisa desabotonada en su parte superior y la corbata aflojada eran un fiel reflejo del cansancio que acumulaba Unai Miralles.

—¿Cómo llegas tan tarde? —preguntó Zoe con dulzura, mientras se acercaba a besarlo.

—Estaba reunido con Brau: han surgido nuevas pistas sobre el ajuste de cuentas de Los Mateos.

—¿Y?

—No tengo ganas de hablar de trabajo, Zoe. Solo me apetece darme una ducha y acostarme.

—Dime al menos si le has entregado eso a tu padre.

—Se lo he dejado en su casa. Lo llamé y me dijo que tenía un congreso en la universidad de Alicante. Le echará un vistazo mañana y me dirá algo. — Miralles se acercó a Zoe y clavó sus ojos seductores en los de ella—. ¿Qué pasa, Zoe? ¿Por qué tanto interés en saber si Marcial y esa puta han follado? Y no me vengas con la historia esa del enamoramiento: no te la crees ni tú.

Zoe se sintió apocada. Desde que, casi cuatro semanas atrás, cayese rendida a los encantos de Unai jamás la había tratado de esa manera. Parecía que hablase con la agente Ochoa y no con Zoe. Quiso pensar que el causante era un mal día en la comisaría, pero no pudo evitar sentirse estafada. El recuerdo del anterior Miralles y, por ende, la odiosa comparación de Marcial, sobrevolaron sus pensamientos. Y no era un buen momento para hacerla dudar. Ya tenía suficientes quebraderos de cabeza para manejarse en el día a día con Marcial.

—No es nada en particular y todo en general —Zoe comenzó a exponer dejando a un lado la herida abierta por Unai—. Puso mucho interés en recoger él mismo los análisis del Anatómico-Forense. No puedo decirte mucho más. Es solo una intuición. Y espero estar equivocada. —Zoe lo besó sin ganas: sabía que era la mejor forma de finalizar una conversación incómoda—. Anda, métete en la ducha. Te prepararé algo de cenar.

—No, gracias: no tengo hambre.

Miralles puso rumbo al cuarto de baño con la incertidumbre de hasta dónde había llegado Marcial en sus pesquisas. Tenía que hacer algo. Y rápido, si no quería que la muerte de una puta lo dejase con las vergüenzas al aire.

21. El caso se encrespa

Sumergió la cabeza en el agua y dejó que el calor penetrase en las sienes. Una de las sensaciones más placenteras para Marcial era notar cómo el agua caliente entraba en contacto con su piel, enrojeciéndola, haciéndole sentir una moderada sensación de dolor; un ligero escozor cutáneo que le recordaba cómo con un poco de sufrimiento se superaban las adversidades. Cuando a los pocos minutos la temperatura de su cuerpo y el agua se reencontraban en un punto intermedio, el sacrificio se tornaba fruición.

Volvió a la superficie y cogió la cerveza que había dejado en la repisa de la bañera. Era la quinta desde su regreso a casa. Su estancia en el cumpleaños, de no haber sido por Ana y Alfredo, hubiese terminado con el último trago de la primera cerveza que le había servido Marga. Hacía mucho tiempo que no recordaba un silencio que le incomodase tanto. Y eso que Marcial normalmente disfrutaba de esos lapsos en los que las palabras no enturbiaban el aire. Era evidente que su anterior visita, cuando se negó a hablar de Dolores, había hecho mella en Marga. La apreciaba, pero no tanto como para permitirle que entrara en su coto privado, con una escopeta, disparando a discreción.

Lo peor, en cambio, no fue presenciar que la única familia que aún le quedaba comenzase a desmoronarse delante de sus narices, sino que cuando entró en casa recordó que no estaba Sola esperándolo. Así que, bajo esas desoladoras premisas, construyó una vía de escape alternativa: baño relajante y cerveza.

Mucha cerveza.

Hacía rato que había alcanzado el punto de equilibrio etílico. Ese en el que el alcohol apacigua las preocupaciones, mitiga las ausencias y oculta las penurias. El mismo que había sobrepasado la madrugada en la que murió Sasha. Volvió a introducir la cabeza bajo el agua para evadir ese pensamiento, pero al regresar a la superficie la duda seguía inmóvil, anclada a un presentimiento de difícil explicación. ¿Quién podría querer matarla? ¿Andaría metida en algún lío del que él no tuviese conocimiento? ¿Podría

estar relacionada con un asunto de trata de blancas? ¿Tendría Sasha alguna deuda pendiente? ¿Por qué todas esas preguntas acudían ahora y no cuando vio su cuerpo inerte en el salón?

Una respuesta acudió a su cabeza.

Y no le gustó.

—Porque en el fondo piensas que fuiste tú —se dijo antes de apurar la cerveza y volver a sumergirse en el agua ya tibia.

La noche había sido efímera y había dejado en Marcial la sensación de que las agujas del reloj le jugaban una mala pasada; como si recorriesen la madrugada haciendo carreras para ver quién alcanzaba antes el amanecer. Se había levantado con el preceptivo dolor de cabeza, al que había intentado engañar, sin éxito, con ibuprofeno y café.

La ausencia de Sola lo trastocaba todo. El despertador seguía sonando a la misma hora, la ducha era un proceso reglado de duración acotada y el desayuno tenía como único ingrediente la cafeína, así que, una vez concluidas las rutinas, se amontonaban los minutos, ahora inservibles, que correspondían al galgo. Un tiempo que se dilapidaba en quehaceres tan absurdos como contemplar los informativos matinales que repetían una y otra vez las mismas noticias, hacer zapping para comprobar la bazofia que repartían las plataformas televisivas en sus diferentes canales y ensimismarse con una tanda de anuncios con más contenido cultural que la mayoría de la programación de las cadenas que la emitían.

Admitida su incompetencia para rentabilizar el tiempo en usufructo que le procuraba la estancia de Sola en el veterinario y augurando una mañana compleja, puso rumbo a comisaría.

Pasaban diez minutos de las nueve cuando recibió una llamada al fijo de su despacho. El ruido lo sobresaltó. En parte porque la cefalea se había ido agudizando con el paso de los minutos, pero sobre todo porque no recordaba la última vez que lo había oído sonar; ese número tan solo se usaba para las comunicaciones internas. La luz roja indicaba que provenía del despacho de Villanueva, ahora usurpado por Vicente Brau. Dudó si descolgar o dejar que el inspector jefe se desgañitase a pocos metros de allí por su desinterés. Finalmente, cansado del estridente ruido que taladraba su cabeza, atendió la llamada.

—A mi despacho. ¡Ya!

Dos frases. Sin saludo ni despedida. Después colgó. Pintó una sonrisa en su rostro. La situación que el inspector jefe estaba provocando se le antojaba cómica. Hacía mucho tiempo que Marcial no se amedrentaba por el calentón de un superior. Le preocupaba mucho más no perder él los estribos que comprobar cómo los perdían los que tenía alrededor. Sin embargo, sí que le intrigaba qué sería tan urgente e importante como para requerirlo en su despacho en lugar de, como tantas otras veces, acudir al suyo. Abrió sin llamar. En el interior se encontraban Brau y Zoe, sentados uno enfrente del otro. Ambos con gesto solemne. No lo había sopesado hasta ese momento, pero la imagen de Sasha acudió como un fogonazo, cegándolo momentáneamente. Trató de recapitular en busca de algún cabo suelto que hubiese alertado a Brau: prefería pensar que ese mismo cabo en manos de Zoe no le habría conducido hasta allí. No al menos sin proporcionarle opción a réplica.

«¡Mierda, las llamadas! ¡¿Cómo podía haber sido tan ingenuo como para pensar que Brau no tuviese una copia del listado de llamadas?! No. Espera. Llegó en un sobre cerrado y con el remite del juzgado. Imbécil, eso no garantiza nada: pudo haberlo preparado él para ver cómo reaccionabas».

—¿A ti no te han enseñado a llamar antes de entrar?

—¿Qué quieres? —Marcial observó cómo Zoe se incomodaba—. Estoy bastante ocupado para perder el tiempo con gilipollices.

—Siéntate.

—Estoy bien así.

—Iré al grano, inspector. A la agente Ochoa ya se lo he adelantado. —Zoe eludió la mirada de Marcial, no era buena señal—. Anoche estuvimos reunidos hasta tarde el comisario y yo. Al parecer hay un nuevo indicio, de magnitud más que considerable, sobre la muerte de Torre Pacheco.

—Ese ya no es mi caso. —Marcial se giró y anduvo unos pasos hacia la puerta.

—Ahora sí. —Brau esperó a que Marcial le devolviese la mirada antes de continuar—. Al parecer hay un móvil, nada desdeñable, por cierto, para el asesinato del empresario. Cosa, que si no me equivoco, aún no tienes para la muerte de la puta.

—Me importa una mierda. Dale ese caso a quien quieras: yo tengo el mío.

—No lo entiendes, Marcial. Tú vas a hacer lo que yo te diga, o te suspendo de empleo y sueldo indefinidamente.

Marcial y Brau mantuvieron un duelo de miradas con Zoe como

espectadora de lujo, finalmente el inspector abandonó el despacho sin mediar palabra. El portazo al cerrar lo dijo todo por él, se dirigió a toda velocidad al despacho del comisario y de nuevo entró sin llamar.

—Cierra. —Miguel Lasaosa señalaba la puerta con la mano extendida. Era obvio que lo estaba esperando—. No me ha quedado más remedio que hacerlo. Te dije que dejaras de investigarlo, Marcial.

El inspector se aproximó a la mesa y clavó los ojos llenos de inquina en el comisario.

—Para vosotros es más importante no molestar a ese cabrón que descubrir quién mató a una puta.

—No se trata de eso.

—¿Y entonces de qué? ¿De la productividad del mes de diciembre?

—No vayas por ahí. Sabes que te he dado toda la autonomía habida y por haber, pero yo también tengo jefes. —Lasaosa se quitó las gafas, buscó una gamuza en su cajón y procedió a limpiar los cristales tras aplicar una dosis de vaho—. Hazme caso: deja que se enfríe la cosa y yo me encargo de que vuelvas a la investigación de la puta. Además... —El comisario rebuscó entre sus papeles—. Aquí está. Noelia Crespo, la hija del muerto de Torre Pacheco, dice que sabe por qué mataron a su padre.

—¿Amnesia selectiva? —ironizó Marcial.

—Llámalo como quieras, pero dice que solo hablará contigo: con el *poli* que descubrió al asesino del café.

—Querrás decir que se dejó descubrir.

Lasaosa sonrió. Lo había vuelto a hacer. No le gustaba presumir de ello, pero era consciente de que tenía un don innato para domar a Marcial. Debía reconocer que desde el primer día sintió cierta admiración por ese carácter ingobernable del inspector, por su tesón y su innegociable sentido del deber. En parte, era de ley reconocerlo, por lo diferente de sus personalidades. Marcial tenía todo lo que él anhelaba. Si Miguel Lasaosa se había encumbrado hasta el puesto de comisario había sido, precisamente, por haber seguido el camino que le marcaron sin salirse del redil. Por eso, cuando, a instancias de la delegada del gobierno, había recibido la sugerencia de aliviar la presión sobre Domingo Bernal sabía que tendría que enfrentarse con un rival complicado. Con lo que no contaba, y a la postre había servido de pretexto, era con que la hija del difunto Lucas Crespo se personase a primera hora de la tarde con aquella información.

—No quiero que nadie meta las narices en mi caso hasta que yo vuelva a

él. —Marcial recobró la pose aguerrida—. Y mucho menos que lo haga Brau.

El paréntesis podía resultarle beneficioso: quizá la lejanía le diese otra perspectiva. Lo que no podía consentir era que nadie tuviese acceso a unas pruebas que lo colocarían en el disparadero.

—No te preocupes. Han pasado cinco días, no ha muerto ninguna puta más y eso, al parecer, no es muy interesante para la prensa, así que podemos paralizarlo sin revuelo mediático.

Marcial abandonó el despacho del comisario masticando la respuesta que no quiso escupir: «como es una puta ¿a quién, además de la prensa, le puede interesar por qué la mataron?». Como si sus seres queridos, si los hubiera, tuviesen menos derecho por tratarse de una prostituta y no de una frutera.

Justo en el momento que Marcial abandonaba el despacho de Lasaosa, Zoe hacía lo propio en el de Brau. No hizo falta comentario alguno para que la agente siguiera al inspector hasta su guarida.

—Cambio de planes —comenzó Marcial, tras unos segundos de silencio incierto—. Oficialmente cambiamos de investigación.

—¿Oficialmente?

—Yo, que estaré controlado por el perro de presa —dijo señalando en dirección al despacho de Brau—, iré a hablar con la hija del empresario de Torre Pacheco, pero quiero que tú sigas con todo lo de Sasha.

—¿Todo? ¿Domingo Bernal incluido?

—Sobre todo Domingo Bernal.

El silencio envolvió la atmósfera, tornándola pesada. Ambos sabían lo que se jugaban si eran descubiertos, especialmente Zoe que sería el brazo ejecutor. Sin embargo, era ella misma la que necesitaba las respuestas; más incluso que el propio Marcial. Y si algo había aprendido en todo ese tiempo a su lado era a trabajar bajo un protocolo muy poco ortodoxo.

—Una cosa más, Zoe. —Marcial atravesó la mirada cerúlea de su compañera—. No se puede enterar nadie de que sigues investigando a Domingo. Ni siquiera Miralles. Mejor dicho: especialmente Miralles.

La agente asintió y lo hizo con total convencimiento. No porque se le debiese ni porque lo compartiese, sino porque tal y como le había confirmado el inspector jefe a Marcial, había pasado toda la tarde reunido con el comisario, algo que dejaba a Miralles en paradero desconocido en la tarde de ayer. Así que si él estaba dispuesto a ocultarle cosas, ella también podía

hacerlo.

22. El secuestro

Habían pasado veinticuatro horas desde su anterior encuentro, sin embargo, la imagen parecía una burda fotocopia del día anterior. Sola, alicaída, apenas reaccionaba a las caricias, y su interacción con el mundo se reducía a un ligero movimiento de orejas en busca de la orientación adecuada para percibir mejor las palabras que Marcial susurraba en un vano intento por suministrarle una inyección de ánimo. El inspector no tardó en darse cuenta de lo estéril que resultaba su comportamiento, así que calló y detuvo las carantoñas.

Se enfrentó al cadente goteo de la medicación de Sola y sintió ofuscarse. El cuerpo le pedía venganza, y prometió dársela. Cayese quien cayese. Fuese quien fuese el culpable de que su amiga se debatiese entre la vida y la muerte. Si la intención era amedrentarlo habían conseguido justo lo contrario. Ahora más que nunca su existencia tenía un objetivo prioritario: encontrar al autor del delito más grave que nadie puede cometer: atacar a un ser indefenso.

Una trémula incorporación de Sola lo devolvió a la sala de hospitalización. El animal se acuclilló, aún tembloroso, y orinó un líquido transparente, algo así como agua sucia. Marcial esperó a que la orina terminase de filtrarse en el empapador antes de retirarlo y dejar que la galga reposase de nuevo en el suelo sobre su pecho. Se incorporó y salió a buscar a la auxiliar.

Su tiempo allí se había agotado.

Condujo todo el camino hastiado, enfadado al comprobar cómo los billetes de Domingo Bernal habían obligado a Lasaosa a apartarlo del caso; molesto con un sistema en el que los intereses económicos prevalecían por encima de los valores humanos; donde la vida de una prostituta se tasaba en función del estrato social que visitaba su entrepierna. La muerte de Sasha le tenía tan atrapado que su cerebro apenas disponía de neuronas que dedicar a otro asunto. Mucho menos uno con tan pocos alicientes como el de Torre Pacheco, en el que, sin saber muy bien cómo, Noelia Crespo, la hija del empresario asesinado, parecía haber recobrado la memoria de forma

milagrosa, hasta el punto de asegurar que conocía el motivo por el que alguien había decidido volarle la cabeza a su padre con un rifle de caza. Precisamente uno de los pocos motivos que podían hacer que esa visita se volviese interesante era la propia Noelia. Aunque tan solo la había visto un par de veces, había sido suficiente para que su belleza quedase grabada en la retina de Marcial. Noelia rondaba los treinta años, medía cerca de metro setenta y tenía una media melena castaña que hacía que sus ojos, de un verde acuoso, resaltasen por encima del resto de rasgos que componían su rostro alargado. No recordaba con el mismo entusiasmo su interés por colaborar. Desde el principio se había mostrado esquiva, poniendo trabas a todas las líneas de investigación que Zoe y él habían propuesto, y poco participativa a la hora de indagar en la vida privada de sus padres. La escasa información que habían recabado se la debían a Yolanda Huertas, madre de Noelia y esposa del difunto Lucas Crespo. Una mujer de costumbres anacrónicas, educada para atender a su marido, criar a su hija y sacar la casa adelante. Labores que no desatendía a pesar de la desahogada situación económica de la que gozaban desde que dos décadas atrás su marido fundase, con gran acierto, Ensasana, una fábrica de producción de alimentos de cuarta gama.

Marcial llegó a la vivienda después de haber dado un par de rodeos por las afueras del pueblo. Estaba tan acostumbrado a dejarse guiar por Zoe, cuyo sentido de la orientación era otro de los puntos fuertes que le hacía complementarse tan bien con ella, que hasta que no hubo llegado a Torre Pacheco no fue consciente de que en sus anteriores visitas no había hecho, siquiera, el esfuerzo de memorizar el recorrido. Era otro ejemplo de cómo la presencia de Zoe lo había ido condicionando con el paso del tiempo.

Decidió aparcar junto al coche los asuntos personales y se dirigió a la majestuosa puerta metálica que abría paso a los dominios de la familia Crespo. Tras pulsar el timbre y esperar que unos ojos escrutadores estudiaran su imagen a través de la cámara, la puerta comenzó a desplazarse. Para sorpresa de Marcial fue una doncella ataviada al uso, y no Yolanda, como había ocurrido en anteriores visitas, la que lo condujo por el camino empedrado, flanqueado por frutales, que conducía hasta la puerta principal de la casa. La sirvienta le guio hasta el salón y le hizo aguardar allí. Aunque la espera duró poco, Marcial se recreó caminando por la estancia donde los muebles rústicos aún desprendían olor a madera tratada. Constató con cierta apatía que entre esas cuatro paredes había más dinero invertido del que él podría ganar en un año. Pero no fue el valor material lo que más llamó la

atención del inspector. Las baldas de los muebles estaban ornamentadas con innumerables retratos familiares que Marcial contempló con curiosidad. En todos se les veía sonrientes y felices, con independencia de la época. Y las había desde que Noelia apenas alcanzaba a caminar sola hasta inquietantemente recientes. A Marcial le fue ineludible la comparación con su infancia. No solo guardaba pocas fotografías de esa época, sino que en la mayoría aparecía con la única compañía de Dolores, ya que Germán Lisón, por su trabajo, casi siempre estaba ausente. Al menos ese era el recuerdo que él había atesorado de su infancia: una madre exigente y un padre esporádico. Se consoló sabiendo que todo había sido una mentira: era menos duro olvidar así. No le dio tiempo a flagelar más su pasado porque apareció la anfitriona.

Le sorprendió verla tan desmejorada. Sus ojos habían perdido la luz de anteriores encuentros, el pelo, antes impecable, mostraba síntomas de dejadez y lo que más distorsionaba el idealizado recuerdo de Marcial fue verla sin maquillaje. Aun así seguía siendo una mujer interesante. Noelia, ante la pasividad del inspector, que permanecía inmóvil en el centro del salón, se acercó y le tendió la mano. Tras el saludo, y después de invitarlo a tomar asiento, comenzó a hablar:

—Mi madre falleció ayer: una angina de pecho. Estaba sola, así que cuando... —Noelia no pudo acabar la frase, ahogada en su propio llanto. Después se hizo un silencio que Marcial no supo llenar, de manera que Noelia continuó—: Era lo único que me quedaba. Verá, nosotros no somos una familia grande. Mis padres nacieron en Mallorca, pero se instalaron aquí cuando yo era una niña, así que no tengo mucha relación con mis tíos ni mis primos: todos viven fuera.

Las lágrimas salían descontroladas ante la constatación de su soledad.

—Es una muerte natural —atajó Marcial.

—¿Cómo?

—Que no tiene ninguna relación con lo de tu padre.

—¡Por supuesto que no! —Noelia lo miró cariacontecida.

—Me dijeron que querías hablar conmigo por la muerte de tu padre.

—¿Le han dicho alguna vez que es usted un insensible? —El llanto había dado paso a la frustración.

Marcial no dijo nada, aunque la respuesta era fácil: sí. En repetidas ocasiones. No pretendía ofenderla, pero si había algo que hacía exageradamente mal era empatizar con los demás. Sobre todo en la aflicción. El inspector apoyaba la teoría de que nadie más que el afectado o los

afectados sienten el dolor como tal, el resto hace una zafia representación del estado que exige la conducta social preestablecida para esos sucesos. Y él hacía mucho tiempo, si es que alguna vez lo hizo, que había cejado en el empeño de ser socialmente correcto.

—¿Por qué mataron a tu padre? —optó por decir.

Noelia se levantó y le dio la espalda al inspector para enjugarse las lágrimas. Después se dirigió al mueble bar que había situado junto a la cristalera, que permitía disfrutar de la estampa que ofrecía el paradisíaco jardín, y se sirvió una cinta de *whisky* en un vaso cuadrado.

—¿Quiere uno, inspector?

—Prefiero cerveza.

Noelia abandonó el salón y fue ella misma a por la bebida. El gesto complació a Marcial, que la había imaginado agitando una campanilla para que la sirvienta ejecutase su petición. Cuando hubo regresado con el botellín y recogido su vaso del mueble bar, se sentó junto a él, a una distancia prudencial.

—Ocurrió hace un año y medio, más o menos —comenzó Noelia—. Tenemos... Tengo una finca cerca de aquí, con caballos. Tenía la costumbre de acudir casi todas las tardes a montar un rato: me relaja. Aquel día estaba montando a Shane, mi yegua favorita, cuando un coche entró a toda velocidad hasta la zona del picadero. —Noelia agachó la cabeza, como si el recuerdo le incomodase—. Todo sucedió muy deprisa. Se bajaron dos hombres armados y otro permaneció al volante. Leo, el encargado de las cuadras, acudió a ver qué ocurría, pero uno de los hombres le golpeó con la pistola en la cabeza sin mediar palabra y lo dejó inconsciente. El otro se dirigió a mí y me obligó a desmontar, tras disparar en la sien a mi caballo. —El recuerdo se dibujó en la cabeza de Noelia y las lágrimas fluyeron sin contención. Marcial no supo si eran fruto de la situación vivida o causadas por la pérdida de la yegua, pero prefirió acogerse a este segundo motivo, como si eso la dotase de más humanidad—. La había criado desde que era un potro... —aclaró entre sollozos.

Marcial no pudo contener la imagen de Sola unida a la vida por una vía que le suministraba suero y fármacos. Comprendía a la perfección el dolor que suponía la pérdida de Shane para Noelia, así que respetó sus lágrimas y las honró con el silencio.

—Perdone. Pensará usted que soy tonta por llorar así la pérdida de un animal.

De nuevo sobrevino un silencio que el inspector no quiso ensuciar con su opinión personal. Aguardó a que Noelia se recompusiese. Después preguntó:

—¿Pudiste verles las caras?

—Eso fue lo que más miedo me dio: iban a rostro descubierto. Así que cuando me obligaron a entrar en el maletero del coche supuse que no me dejarían con vida.

—¿Podrías identificarlos?

—Ha pasado mucho tiempo, pero al jefe, al que llevaba la voz cantante, no podría olvidarlo aunque pasasen mil años. Aún hay noches que sueño con él. A los otros dos, sin embargo... Apenas me fijé. No sé si sería capaz.

—¿Qué tiene todo esto que ver con la muerte de tu padre?

—A eso voy. —Noelia se levantó y se sirvió otra cinta de *whisky*—. ¿Otra cerveza, inspector?

Marcial comprobó con asombro que aún le restaba más de la mitad y negó con la cabeza, de manera que Noelia regresó a su lado, esta vez un poco más cerca. El inspector no pudo evitar recrearse en sus piernas, cruzadas una sobre la otra, desplazando la falda unos centímetros más allá de lo recomendable, en un gesto que se le antojó de lo más sugerente.

—Permanecí secuestrada unas treinta y seis horas, más o menos. Cuando me dejaron en libertad imaginé que mi padre habría pagado un rescate o algo por el estilo.

—¿No fue así?

—Según él, no.

—¿Y por qué te secuestraron entonces?

—La versión oficial es que se trató de un error. Al menos la que mi padre se empeñó en darme. —Noelia dio un trago a la bebida y depositó el vaso en la mesa que quedaba entre los sofás—. Que se habían confundido de empresario, pero que si denunciábamos a la Policía volverían a por nosotros.

—¿Qué hicisteis?

Marcial estaba tan embelesado con la historia que no había vuelto a dar un trago a la cerveza desde que Noelia había retomado la palabra. Aún no alcanzaba a ver la conexión que ese suceso tenía con la muerte de su padre y, mucho menos, por qué Noelia había ocultado su existencia hasta ese momento, no obstante, optó por dejar que ella marcara el ritmo.

—En teoría nada. Pero hace poco más de un mes, aproximadamente, mi padre comenzó a estar más inquieto, como si algo le preocupase.

»Un par de veces a la semana voy a echarle una mano en la fábrica: estaba

empeñado en que lo sustituyera en un par de años... —La constatación de que ese suceso se había precipitado de forma trágica secó su garganta. Cogió el vaso y dio un largo trago—. El caso es que un día lo oí gritar en una conversación telefónica. Mi padre es..., era una persona muy pausada, así que cuando le escuché decir que «estaba hasta los huevos y que no pensaba pagar ni un euro más», no pude evitar pensar en mi secuestro.

—¿Lo hablaste con él?

—Claro, pero me dijo que hablaba con un proveedor que se empeñaba en exigir pagos que ya habíamos realizado. —Noelia puso cara de circunstancias antes de continuar—. Por supuesto, no le creí.

Marcial acabó su cerveza de dos tragos y dejó que el líquido circulase por su interior y ejerciese su efecto pacificador antes de exponer sus conclusiones.

—Así que, según tú, a tu padre lo mataron porque se cansó de que lo extorsionaran.

—Exacto.

—¿Por qué ahora?

—¿A qué se refiere?

—Que por qué me lo cuentas ahora y no cuando te interrogamos mi compañera y yo.

—Miedo. Miedo a que se tomaran la justicia por su mano si los delatábamos. Ya le he dicho que mi madre era todo lo que me quedaba. —De nuevo las lágrimas velaron su rostro.

—¿Y qué ha cambiado en estos días?

—¿En serio lo pregunta? —Noelia se incorporó, asió el vaso y terminó su contenido—. ¡¿Tan insensible es que no entiende que tras la muerte de mis padres ya no tengo nada que perder?!

»Desde que murió mi padre soy la que dirige la empresa, así que a la que ponía en peligro si hablaba era a ella. Ahora me da igual: estoy sola. Y quiero justicia para mi padre. Y la quiero ya. Por eso en el momento en el que trasladaron a mi madre al tanatorio, fui a hablar directamente con el comisario. No solo necesito llorar a mi madre, sino saber quién mató a mi padre y quién me secuestró.

Marcial no se molestó en responder. Se puso en pie y con tono serio se dirigió a Noelia:

—Tendrás que pasar por comisaría para hacer un retrato robot de los secuestradores, por lo menos del jefe. Es importante que trates de recordar

qué día, exactamente, fue cuando tu padre se negó a seguir pagando. Por lo que hablas parecen profesionales, así que no creo que llamaran desde un número rastreable, pero por intentarlo no perdemos nada.

—Tendría que mirarlo. Ahora mismo...

—No importa. Tómate tu tiempo. De todas formas solicitaré al juez que libre una orden para obtener el listado de llamadas de todos los teléfonos de tu padre, tanto de la empresa como personales. Creo que con remontarnos un par de meses o tres será suficiente para hacernos una idea de si alguien lo estaba extorsionando.

Marcial le entregó una tarjeta con sus datos y le indicó cómo llegar hasta su despacho. Noelia no se pudo comprometer a pasar por comisaría antes de un par de días, cuando se solventase todo el asunto del sepelio de su madre. Ya se habían despedido y el inspector se disponía a abandonar el salón cuando Noelia lo requirió de nuevo. Marcial se volvió y esperó a que su interlocutora hablase:

—Prométame que va a coger a esos malnacidos. Deme su palabra.

—Mi palabra no vale nada. O al menos no más que la de cualquier otro.

Y sin dar tiempo a que aquel diálogo alcanzase la categoría de conversación abandonó la estancia.

23. Un mal día

Abandonó la comisaría con la cabeza gacha y evitando entrar en contacto visual con el agente que custodiaba la entrada. Después se dirigió a la gasolinera que quedaba junto a la plaza de España, rezando por no cruzarse con Marcial. Finalmente entró en la tienda de la estación de servicio y divisó su objetivo frente a las cámaras frigoríficas.

Zoe había recibido la llamada de Unai pocos minutos antes, indicándole que tenía los resultados de la comparativa que había realizado su padre. Fue idea de la agente quedar en la gasolinera, de esa manera Marcial no la podría sorprender con él, sobre todo hablando de un tema tan delicado como ese. Así que prefirió ausentarse de su puesto con sutileza, por si el inspector, cuando no la encontrase, decidía preguntar a algún compañero si la habían visto.

Zoe se aproximó hasta Miralles y el inspector le mostró una carpeta que ella no cogió.

—Guárdala tú: no quiero que, por casualidad, Marcial me lo pille. — Miralles la retiró de su alcance y Zoe lo miró con una pregunta en sus ojos que resumió en una palabra—. ¿Y?

—Coincide. El ADN de la sábana es de Marcial.

La agente sintió un mazazo en su interior. Notó que algo se resquebrajaba y por unos segundos se sintió perdida, como si el faro que la guiaba se hubiese fundido. Trató de procesar la información de forma objetiva, dejando a un lado los vínculos que el paso del tiempo había creado entre ellos, pero pronto comprendió que sería una tarea imposible. No había sido consciente hasta ese preciso instante de cómo la personalidad del inspector había calado en ella, provocando que cuestionase hasta la fidelidad de una prueba de ADN. El compromiso adquirido había alcanzado tales cotas que la lealtad se antojaba una barrera insalvable.

Miró a Unai. Se centró en sus ojos azules, que revelaban inquietud, como si pretendiese augurar su reacción. Quiso encontrar un vínculo tan intenso como el que sentía por Marcial, pero no pudo. Era cierto que con el inspector llevaba trabajando casi un año y con Unai no había gestado ni un mes de

relación, pero recordaba, como si fuera hoy mismo, cómo de rápido la había cautivado Marcial.

—¿Crees que la mató él? —preguntó Miralles para arrastrarla de nuevo a la gasolinera.

Que el semen del inspector ensuciase las sábanas de Sasha solo ofrecía dos posibilidades a Zoe. Una, que Marcial fuese su asesino; y dos, que fuese un cliente. Ambas le parecían inverosímiles, no obstante, era consciente de que tenía que decantarse frente a Unai.

—¡No digas tonterías! —Su subconsciente decidió por ella.

—¿Entonces?

—Mantén una relación con ella.

Por alguna extraña razón, Zoe prefirió ubicar a Marcial como un hombre dispuesto a soportar que el amor de su vida se prostituyese, que por un simple policía putero.

—No me jodas, Zoe. Es una puta.

—Él no tenía por qué saberlo. Además, eso explicaría su extraño comportamiento a lo largo de la investigación.

Sin darse cuenta elucubraba una teoría de su agrado. Si todo hubiese sucedido según sus palabras, y Marcial desconociese el trabajo de Sasha, podría entender el errático proceder del inspector durante los últimos días. Las miradas de duelo a la víctima, su interés por ver el cuerpo en el Anatómico-Forense, la obsesión por alejarla de él. Todo empezaba a cobrar sentido.

—Vamos, Zoe. Marcial solo quiere a su perro. Es incapaz de mantener una relación duradera con otro ser humano. Tú deberías saberlo mejor que nadie —Miralles calló de repente. Su mirada perdida parecía ponderar las opciones. Él jugaba con ventaja: el recuerdo entre las piernas de Sasha eran la muestra evidente de que la teoría de Zoe no se sostenía, sin embargo, estaba obligado a guardar silencio sobre aquello. Finalmente emitió su veredicto—. Hay que contárselo a Brau.

Zoe enmudeció. Si aquella información caía en manos del inspector jefe las posibilidades de que Marcial entrase en prisión provisional eran muy altas. Las evidencias en contra eran numerosas y la relación entre ambos estaba tan deteriorada que Brau no desaprovecharía la ocasión de demostrar quién tenía la sartén por el mango. Necesitaba ganar tiempo como fuese. No solo por Marcial, sino por ella: necesitaba conocer la verdad. Saber si lo que dictaba su corazón tenía algún sustento racional.

—Dame setenta y dos horas para demostrarte que estás equivocado.
—Ni una más, Zoe.

No poder aferrarse a su rutina diaria le estaba resultando insufrible. Enfrentarse a la soledad de la casa desprovisto de su amiga era una tarea mucho más compleja de lo que había imaginado. Todo le recordaba su ausencia. Sus platos vacíos, la cadena que pendía del perchero tras la puerta, el saco de pienso arrinconado en la cocina, el sobrecogedor silencio que espesaba el aire. No había acabado aún de procesar su soledad, cuando, sin saber muy bien cómo, se encontró en la calle. Como cada día a esa hora.

Pero solo.

Sin Sola.

Aunque había refrescado, la cazadora de cuero era suficiente para encarar la noche. No lo premeditó, pero instintivamente sus pasos se dirigieron al descampado. Observó el solar con ojos advenedizos. Lo atravesó con la mirada puesta en el suelo, donde las piedras y los palos dejaban de ser juguetes con los que entretener a Sola y se convertían en la evidencia de la dejadez humana y la escasa preocupación por lo ajeno. Tal era su ensimismamiento que solo se percató de que un par de hombres lo seguían cuando recibió el primer impacto. Fue por la espalda, y hubiera jurado que con ayuda de algún objeto contundente. Dio de bruces en el suelo. Atinó a protegerse la cara con los brazos y ovillarse para mitigar los golpes, en forma de patadas, que cuatro piernas le proferían a su cuerpo inerme. No sabría decir cuánto tiempo estuvo sometido a la saña de aquellos sujetos, pero se le antojaba cercano a la eternidad. Estuvo a punto de perder el conocimiento, y si no lo hizo fue porque dos estruendos rasgaron la noche, desgajando el silencio reinante.

En los últimos años, San Antón se había convertido en una barriada complicada, y de cuando en cuando acontecía algún desagradable suceso digno de la portada de los periódicos locales, en los que el arma blanca solía ser la protagonista. Por ese motivo tardó en comprender que las explosiones que habían hecho huir despavoridos a los individuos que jugaban al fútbol con su cuerpo habían sido dos disparos. Estaba extenuado. La sangre manaba de su frente, de su boca y de su nariz. Trató de recuperar la verticalidad, pero su cuerpo se negaba a deshacer la postura defensiva. Era como si el *rigor mortis* lo hubiese alcanzado en vida. Cuando lo consiguió no había nadie a

quien agradecer la vida extra, sin embargo, a través de las ventanas de los pequeños edificios que rodeaban el perímetro del descampado se adivinaban decenas de ojos, de manera que decidió abandonar el lugar antes de que un coche patrulla hiciese acto de presencia.

Llegó a casa a rastras. Descansando esquina tras esquina. Reposando el cuerpo descoyuntado en cada pared y sorbiendo sangre para evitar dejar un reguero a su paso. Cuando entró fue directo al cuarto de baño. Tiró la chaqueta de cuero al suelo y comenzó a enjuagarse la cara con abundante agua. El corte en el labio era minúsculo, el de la frente algo mayor, sin resultar escandaloso una vez liberado del viscoso fluido. Se desnudó por completo, con mucha dificultad a causa del dolor, y comenzó a llenar la bañera de agua muy caliente. Deslizó la espalda por la pared hasta sentarse en el suelo y esperó que el vapor fuera inundando la estancia, haciéndola más cálida, envolviéndola de una neblina que le permitiese abstraerse hasta olvidar dónde estaba; qué había sucedido. Cerró los ojos y le negó al cerebro la posibilidad de elaborar una teoría. Solo quería relajarse, tomar distancia con la realidad.

Le llevó un buen rato encontrar una postura óptima en la bañera. Cuando lo hizo permaneció inmóvil durante unos minutos, combatiendo la elevada temperatura del agua, soportando el escozor de las heridas, tratando de obviar el insufrible dolor corporal que parecía haber alcanzado hasta el más pequeño de sus músculos. Finalmente, cuando constató que el baño había ejercido su efecto reparador, decidió que ya estaba en condiciones de pensar en lo ocurrido.

Cabía la opción de que lo hubiesen seguido, aunque haber ido al lugar que frecuentaba cada noche con Sola no lo hacía necesario: hubiese bastado con que conociesen sus rutinas, esas a las que tanto se aferraba. Aunque saber cómo habían llegado hasta él no le parecía tan relevante como averiguar quién podría estar interesado en darle una paliza. Inmediatamente después le preocupó la cantidad de candidatos que su cabeza arrojó. Los nombres principales... Los de siempre: Domingo Bernal y el asesino del café. Los motivos más plausibles... Dispare: advertencias para que supiese qué terreno pisaba, absurdas enseñanzas, intimidaciones. Sin embargo, esta vez había un nuevo ingrediente a tener en cuenta: la confesión que Noelia Crespo le había hecho sobre unos violentos secuestradores. No se atrevió a establecer

una clasificación por miedo a acertar.

Pero tanto o más le inquietaba saber quién le había salvado la vida, o al menos parte de ella. Que fuese armado descartaba a un paseante ocasional. Que lo hubiese socorrido lo convertía en una especie de guardaespaldas, algo así como un ángel de la guarda. No podía imaginar quién podría estar siguiéndolo, sobre todo si era para protegerlo, pero le fue inevitable esquivar la imagen de aquel hombre que lo observaba en ese mismo sitio, desde la lejanía, días atrás. Ahora ya no parecía que fuese cosa de su imaginación, pero ¿qué motivo tendría alguien para vigilarlo? Desde luego no era con la intención de hacerle daño, si no se hubiese abstenido de detener el trabajo que alguien estaba realizando por él. Salvo que lo tomase como un asunto personal, claro está. No tenía fuerzas para seguir indagando en los motivos de aquella muestra de violencia gratuita, así que dedicó sus esfuerzos a tratar de apaciguar el dolor muscular dejando su cuerpo a merced del agua que, al igual que su sed de respuestas, comenzaba a enfriarse.

Ya con un pijama de rayas que debía tener cerca de quince años, y envuelto en una bata que no sería mucho más moderna, se dispuso a bajar a la cocina para saciar sus ansias de cerveza. Fue entonces cuando lo vio y, como diez meses atrás, se sobresaltó. Era un sobre blanco, depositado bajo la ventana que hacía las veces de buzón. Estaba seguro de que al llegar a casa no estaba ahí, así que los recuerdos de los anónimos que recibió durante la investigación del asesino del café acapararon todos sus pensamientos. Ni siquiera se molestó en tomar precauciones: cogió el sobre con las manos y se dirigió a la cocina. Lo dejó en la mesa y se armó con una cerveza y un cuchillo. Dio un largo trago y percibió cómo el líquido ejercía su efecto mágico, a pesar del escozor que abrasó su labio. Con el cuchillo a modo de abrecartas rasgó el sobre. Extrajo el folio doblado de su interior, que tenía un desconcertante exceso de peso, y lo desplegó sin ritual alguno. A diferencia de los recibidos con anterioridad se trataba de un manuscrito; nada de letras recortadas de periódicos y revistas. Una letra casi ilegible constituía una única oración: «Yo siempre cuido de los míos». Al final del folio, sujeta con cinta adhesiva, una llave pequeña, similar a la de los buzones, junto con un código postal y una dirección que remitía a la oficina de Correos, se convertía en la rúbrica de una carta que ya no tenía nada de anónima.

24. El día de Todos los Santos

Cuando llegó se sorprendió de que no estuviese abierta. La oficina de Correos estaba a pocos minutos de su casa, junto al hotel Manolo, sin embargo, el dolor le hizo imposible recorrer la distancia a pie. Las contusiones parecían haber enraizado en sus terminaciones nerviosas provocando agujonazos con cada uno de sus movimientos. El ambiente estaba cargado de una energía extraña. Hasta la afluencia de gente por la calle parecía diferente a la de un sábado cualquiera. Por fin, un grupo de septuagenarias que abandonaban el hotel, engalanadas con ramos de flores, le hizo recordar que era uno de noviembre, día de Todos los Santos. A pesar de que en el cementerio yacía el cuerpo de su padre adoptivo, Marcial no había acudido nunca a visitarlo, ni siquiera en un día tan señalado por la tradición. Recordaba, en cambio, a Dolores acudiendo con pasmosa religiosidad al encuentro con su difunto marido. Era inevitable, también, rememorar las numerosas reprimendas que dicha actitud le había ocasionado y los consiguientes reproches atesorados para encuentros venideros. Aquella visión de su pasado reciente reforzó la decisión de apartar a Dolores de su vida. No le importaba que entendiesen su decisión: hacía mucho tiempo que no se dejaba engatusar por el falso bienestar que proporciona hacer lo que se debe y no lo que se siente.

Tú sin braguitas y yo sin calzones comenzó a sonar. Le gustaba tanto aquella canción que de no haber sido porque la llamada la realizaba Sergio, el veterinario, en un día festivo en el que presumiblemente la clínica estaba cerrada, se hubiera limitado a escuchar la música y a disfrutar de la voz de Lülü y Kutxi Romero. Por primera vez en mucho tiempo el móvil fue portador de buenas noticias. Al parecer Sola había experimentado una mejoría. Su cuerpo había conseguido metabolizar el veneno casi en su totalidad y ya no necesitaba estar asida a la vida a través de un gotero. Marcial volvió al coche, incluso parecía que parte del dolor que antes se adueñaba de su cuerpo se había desvanecido con la alegría de imaginar a su amiga de cuatro patas de regreso a casa.

Zoe apuraba su caña sentada en la terraza del bar, aprovechando que en la ciudad portuaria el sol de noviembre tenía poco que envidiar al de septiembre, cuando vio a Cristóbal Fandiño salir de casa. Levantó la mano para llamar su atención y se cercioró de que él la viese antes de, con otro gesto, indicarle que se aproximara.

Le había tocado darle el relevo a Rubio a las cinco de la madrugada y comenzaba a estar cansada de mantenerse pegada a unos prismáticos que solo servían para constatar, una vez más, que Cristóbal repetía su rutina casi enfermiza. Ya no podía malgastar el tiempo en tareas fútiles. Desde que Unai le había confirmado que el semen pertenecía a Marcial, la tarea de obtener una muestra del sospechoso se le antojaba tan tediosa como innecesaria, así que optó por acelerar los trámites de algo que debía realizar de forma ineludible si no pretendía que el inspector sospechase que ella disponía de información privilegiada. No era su estilo ser tan directa, pero el plazo que le había concedido Unai antes de delatar a Marcial la apremiaba.

Cuando Fandiño alcanzó su posición, Zoe lo saludó cordialmente, como si fuesen dos amigos que se habían citado para desayunar. Después lo invitó a sentarse. Cristóbal accedió, no sin ciertas reticencias iniciales que se mitigaron con un comentario displicente, bien recubierto por los exquisitos modales de la agente, que lo invitaba a hacerlo ahí o en comisaría.

—¿Una cerveza?

Cristóbal miró el reloj de forma automática, porque sabía perfectamente que eran las nueve y media.

—Prefiero un asiático. ¿Qué quiere, inspectora?

—Agente. Agente Ochoa.

Cristóbal hizo una mueca que venía a expresar que le importaba un carajo el rango que ostentase, así que Zoe continuó:

—¿Desde cuándo te veías con Sasha?

El camarero apareció antes de que mediara respuesta. La agente le pidió el asiático e hizo un gesto para invitarlo a tomar la palabra.

—¿A qué viene eso ahora? Creía que ya lo habíamos aclarado todo en comisaría.

—No se equivoque, señor Fandiño. Lo único que quedó claro en comisaría es que usted tenía coartada para la noche en la que mataron a Sasha —dijo, a pesar de que ni el inspector ni ella habían creído ni una de sus palabras—. Lo que le pregunto ahora es sobre qué tipo de relación tenía con ella: ¿cuánto la visitaba? ¿Qué sabía ella de usted? Y la más importante: ¿qué sabe usted de

ella?

Otra vez el camarero provocó un receso entre pregunta y respuesta. Cristóbal cogió la cucharilla que descansaba en el plato y comenzó a agitar su café con sutileza para evitar que la espuma de leche, en forma de montaña nevada y espolvoreada con canela molida en su cúspide, se desbordase. Cuando hubo finalizado la maniobra dio un sorbo para paladear la mezcla de licores con el café. Después respondió a Zoe:

—La conozco desde hace un año más o menos. Fue a través de un amigo. Solía visitarla una vez al mes, a veces dos. Ella no sabe nada de mi vida privada o mejor dicho, todo lo que sabe es mentira: nunca le cuento a una puta la verdad. Ni siquiera sabía mi nombre verdadero.

—¿Y por cuál le conocía?

—Marcos. —Fandiño volvió a dar un trago a su café.

—¿Qué sabe usted de ella?

—En realidad, nada. Que era rumana, que su nombre era Sasha y que cobraba ciento cincuenta pavos por un servicio completo. —Comprobó la cara de reprobación de Zoe y decidió regocijarse—. Y lo más importante de todo, que la chupaba de puta madre. —Cristóbal Fandiño sonrió, se levantó con la copa de asiático en la mano y vació su contenido. Después la depositó sobre la mesa—. Me tengo que ir. ¿Invita usted, verdad?

Cristóbal abandonó la terraza del bar y perdió sus pasos entre las calles adyacentes. Esta vez Zoe no se preocupó de seguirlo: si tenía idea de realizar algo que lo delatase, aquel encuentro lo habría disuadido a buen seguro. Sin embargo, se llevó con ella una gran parte de Fandiño cuando sacó una bolsa de plástico de su chaquetón e introdujo la copa de asiático, aun sabiendo, porque así los aleccionaban en el departamento de Homicidios, que lo más probable sería que la cantidad de células epiteliales que hallarían en él no serían una buena fuente para extraer el material genético. Pero eso daba igual. Lo importante era realizar la tarea para acallar a Marcial; el resultado ya lo conocía.

Caminaba despacio, pero caminaba. Era duro comparar el antes y el después, pero había un después.

Marcial y Sola paseaban por un parque cercano a la clínica veterinaria: Sergio Agüera le había recomendado hacerlo. La galga había comenzado a mostrarse inquieta en su box cuando el inspector entró a visitarla, síntoma

inequívoco de su mejoría. Los andares eran inestables aún y de vez en cuando le sobrevinía algún traspié. Marcial no pudo reprimir una sonrisa que asomó por la comisura de los labios al contemplar la estampa de ambos: un par de impedidos en horas bajas. Sus dolores parecían haber menguado desde la llamada telefónica de Sergio, sin embargo, sabía que estaban ahí, latentes, esperando a que el efecto sedante de la buena noticia se fuese desvaneciendo, al igual que sus esperanzas por llegar a descubrir algún día al culpable del mal trago que estaba pasando su amiga. Decidió tomar un respiro. Se sentó en un banco y Sola se postró a sus pies. Ambos necesitaban descansar unos músculos agarrotados que mostraban los primeros síntomas de agotamiento. Fue entonces cuando sonó el teléfono. La voz era la de Zoe, sin embargo, el tono y el matiz de la frase que pronunció eran diferentes, como si quisiera transmitir un mensaje velado tras una información aparentemente trivial. El inspector activo su modo alarma y decidió dar por concluido el primer día de la nueva vida de Sola. Se levantó conteniendo el dolor e instó a la galga a imitarlo, que, con algo más de dificultad, se incorporó y siguió a su compañero hasta la clínica veterinaria. Aunque el estado de salud de Sola había mejorado aún debería permanecer ingresada.

Muy a su pesar, Marcial tenía hacer frente a otra noche sin su compañía.

Cuando se dio cuenta frente a la oficina de Correos de que era el día de Todos los Santos, lo último que pensó fue que acabaría visitando el cementerio. No lo había hecho nunca por su padre, ni siquiera cuando pensaba que era el biológico, sin embargo, por ella no lo había dudado ni un segundo. Y allí se encontraba, en camposanto, rodeado de mármol y de epitafios repetitivos que daban muestras de la escasa originalidad de la especie humana.

Su gesto serio era el reflejo perfecto de su estado de ánimo. Y no porque la lápida que contemplaba, donde acababan de dar sepultura al cuerpo de Sasha, solo hubiese sido velada por él, amén del cura que había auspiciado el oficio, sino porque la que le había transmitido la noticia había sido Zoe, usando una frase que aún resonaba en su cabeza: «Por si te interesa... el entierro de Sasha es esta mañana». Unas palabras que expresaban mucho más de lo que contaba su interpretación gramatical. El «Por si» escondía un «sé de buena tinta». El hecho de hacerle saber que por Sasha estaba dispuesto a acudir al cementerio era su forma de demostrarle, sin hacerlo parecer un ignorante, que sabía

mucho más de lo que decía. En cierto modo eso le hizo feliz. Fue una felicidad efímera, que se esfumó en cuanto recordó que esa información en manos de Miralles podría ser una bomba de relojería.

Estaba ya en el exterior, a punto de alcanzar su 308, cuando una voz muy femenina lo sobresaltó:

—¿Conocías a Viorica?

Marcial se giró y se sorprendió al verla allí. Escrutó sus facciones para cerciorarse de que la voz correspondía al rostro que contemplaba.

Nahia percibió su asombro en el gesto de Marcial y por un momento creyó que no la había reconocido, así que procedió a presentarse:

—Soy Nahia. La otra noche...

—Lo sé. Me acuerdo. ¿Conocías a Sasha?

La pregunta tenía una respuesta obvia: ambas eran prostitutas y Sasha vivía muy cerca de donde Nahia ejercía. Sin embargo, Marcial no tuvo tiempo de lamentarse por su escasa perspicacia.

—No se puede decir que fuéramos íntimas, pero sí, éramos amigas.

—¿Y por qué no has entrado? —preguntó con el brazo extendido en dirección al camposanto.

—¿Estás loco? ¿Acaso no sabes cómo murió?

Marcial volvió a sentirse torpe con aquella pregunta. Estaba claro que lo último que le interesaba a una compañera de profesión de Sasha era que la Policía rondase su lugar de trabajo, donde sus clientes valoraban tanto la discreción como su talla de sostén. Y haber acudido al sepelio le otorgaba una gran cantidad de papeletas para ser la increíble ganadora del sorteo de un viaje a comisaría con todos los gastos pagados. Excursión a la sala de interrogatorios incluida.

—No quiero tener que dar explicaciones a la Policía —aclaró.

Fue en ese momento cuando el inspector comprendió que Nahia podría ser su carta ganadora. Ella no sabía que él era el encargado de la investigación, así que podía ver hasta dónde podía conducirle aquella imponente chica de pelo rubio y ojos anaranjados.

—Creo que es un mal día para los dos —dijo Marcial—. Pero se me ocurre cómo podía mejorarse. —El inspector abrió la puerta del acompañante e invitó a Nahia a entrar. La chica sonrió agradecida y aceptó.

El 308 comenzó a alejarse con sus dos ocupantes en dirección a La Vaguada. Solo entonces el C4 que había aparcado junto a la floristería se puso en marcha, manteniéndose a cierta distancia para no ser descubierto.

25. Guerra psicológica

Parecían dos policías cualesquiera salidos de una burda serie americana. Solo faltaban los donuts y los enormes vasos de cartón con el café. El coche y la cara de circunstancias venían de serie.

Marcial había llamado a Zoe casi por sorpresa y había exigido su presencia inmediata. Lo que no le había dicho a la agente era que estaba en la puerta de su casa, así que cuando Zoe salió y vio el 308 en la acera temió que el motivo de tanta premura se debiese a la llamada que le había hecho a primera hora de la mañana para informarle del entierro de Sasha. Había escogido la frase a conciencia: quería enviarle la primera señal a Marcial de que su secreto estaba empezando a desenterrarse. Era, al menos eso creía, la forma de allanarle el terreno al inspector para que le contase toda la verdad antes de que esta le explotase en la cara, dejando, como poco, un muerto y varios heridos a su paso. Sin embargo, cuando ocupó el asiento del acompañante, todo eso quedó en un segundo plano. El rostro de Marcial presentaba heridas que no pasaban desapercibidas, y la actitud aguerrida de Zoe fue sustituida por una más apacible.

—¿Qué te ha pasado? —La voz de la agente sonó dulce, como siempre que su preocupación era sincera.

—Nada —fingió el inspector.

El rostro de Zoe no dejaba alternativa. La mentira no había calado y la verdad que pedía requería de demasiadas explicaciones, así que Marcial decidió darle un nuevo enfoque a su respuesta, uno más acorde a las necesidades demandadas por su compañera:

—Ayer me caí por las escaleras: tropecé con Sola —mintió, con la misma naturalidad que un político pide a los ciudadanos que no defrauden mientras saca su dinero a espaldas y lo acomoda en una cuenta de Suiza.

Zoe había tragado demasiadas mentiras, mucho más indigestas que esa, así que no perdió más el tiempo.

Marcial, al que dos respuestas para una pregunta le parecían la máxima concesión que estaba dispuesto a hacer, fue al meollo de la cuestión sin

importarle si la versión había convencido o no a su compañera:

—Domingo Bernal visitó a Sasha varias veces durante estas últimas semanas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Zoe, hastiada de recibir información y ninguna fuente, mientras soltaba la goma de su pelo y rehacía la coleta.

Marcial la contempló y por un momento se olvidó de Sasha, de Domingo, de Fandiño, de Nahia y hasta de su demonio interior. Había algo ceremonioso en aquel gesto que lo serenaba. Era un viaje al pasado, donde Zoe continuaba siendo esa agente que seguía sus órdenes a pies juntillas y solo hablaba cuando sus palabras se sustentaban sobre unos cimientos contruidos a base de horas de trabajo y datos irrefutables. Ahora, en cambio, tras el secreto mal guardado de su relación con Miralles y la muerte de Sasha, esa joven tímida mostraba su versión 2.0, y lo que era peor: no parecía ser su última actualización. Ya no titubeaba, ni buscaba su aprobación para tomar la iniciativa. Había ido ganando en independencia, algo que le congratulaba: se estaba convirtiendo en una gran policía. Ni siquiera parecía afectarle el desprecio al que la estaba sometiendo. Por un momento barajó la opción de rendirse y buscar su ayuda para arrojar luz a la muerte de Sasha; aunque fuese a costa de desnudar su mayor secreto. La imagen de Miralles besándola en su despacho, un par de día atrás, sirvió como contrapeso y esfumó cualquier posibilidad de contrición.

—Su vecina —contestó, conteniendo una mueca de dolor ocasionada por un movimiento brusco para encarar mejor a su compañera.

—¿Antonia?

—¿Qué Antonia?

—La mujer de Mauricio. La de la mirilla —aclaró Zoe.

—Ah, no. Esa no. —Marcial casi había olvidado por completo que Zoe desconocía que Sasha ejercía la prostitución en un lugar diferente al que residía—. Su vecina de La Vaguada, donde vivía. El de la Alameda solo era su piso de trabajo.

—¿Y por qué no hemos ido a ver esa casa?

—¿Para qué?

—No sé. Quizá allí podríamos hallar algo que explicase por qué alguien la prefería muerta.

—Estrangularon a Sasha, no a Viorica.

—Pero...

—No es tiempo de peros.

Marcial sabía que en el fondo Zoe llevaba razón. En cualquier otro caso se hubiesen personado en esa segunda vivienda. Pero el de Sasha no era un caso más. Si hubiese estado en peligro lo sabría. La imposibilidad de autodescartarse como el autor del homicidio y la necesidad de encontrar un sospechoso para distraer a Zoe, le habían llevado a posponer una tarea que en este caso no se le antojaba prioritaria.

—Como te decía —retomó Marcial—, la vecina de Sasha...

—¿Conoces a los vecinos de tus confidentes? —interrumpió Zoe con sorna.

Un nuevo movimiento de Marcial, para encontrar una postura adecuada a su maltrecho cuerpo, le ocasionó un aguijonazo de dolor que su rostro, esta vez, no supo acallar.

—¿Seguro que estás bien?

—Ha sido una casualidad. Me la encontré en el cementerio y estuvimos hablando. No le dije que era policía —respondió, haciendo caso omiso a la preocupación de su compañera.

—¿Acaso también es... —Marcial asintió y Zoe sentenció—: Dios las cría y ellas se juntan.

—¿Tienes algo contra ellas?

—¿Yo? En absoluto. Pero es curioso: tienes mucha facilidad para conocer gente de ese gremio.

El silencio lo inundó todo. El segundo globo sonda de Zoe pretendía desestabilizar las defensas de su jefe, provocar un cuerpo a cuerpo entre sus secretos y ella, pero una vez presionado el botón rojo que liberaba el explosivo, ya no estaba tan convencida de que el conflicto fuese la mejor forma de someter a Marcial.

El inspector fijó la mirada en ella, atravesando sus ojos azules, descargando todo su desprecio a través de un conducto invisible que conectaba su mirada con el rincón donde habitaba la agente insegura que permanecía oculta en su interior. Después dijo con ritmo pausado, casi desganado:

—Sal del coche. En un par de horas quiero ver en mi despacho toda la información que tengamos sobre los cinco sospechosos que extrajimos del primer móvil.

Malgastó las horas que le había concedido a Zoe en ingerir suficiente cerveza

como para que el dolor muscular, que le había impedido disfrutar de Nahia como le hubiese gustado, se convirtiese en una molestia residual.

Esta vez su refugio había sido el *Chemica*, un bar del barrio de La Concepción, más conocido en Cartagena como *Quitapellejos*, por poseer, allá por el siglo XVIII, una rambla destinada a enterradero donde desollaban las caballerías y curtían sus pieles para obtener el cuero. Era un antro en el que la cerveza era barata y la clientela solo mermaba cuando la cirrosis se empleaba a fondo.

La muralla invisible que había trazado con Zoe a lo largo de estos días para no afrontar su juicio había dejado de ser inexpugnable. Empezaba a dar muestras de su endebles ante el asedio de argumentos que su compañera comenzaba a lanzar con las catapultas de las indirectas. No sabía cuánto tiempo sería capaz de resistir sus oleadas; ni siquiera si quería hacerlo. Acarició mentalmente la bandera blanca que sellaba su rendición y que abrazaba la posibilidad de un armisticio digno, pero... Siempre un pero. «No es tiempo de peros» se repitió para sí mismo. Sin embargo, muy a su pesar, irremediabilmente topaba con uno. En esta ocasión, ese *pero* tenía nombre y apellidos: Unai Miralles. Si todos sus movimientos dentro del departamento de Homicidios le habían parecido sospechosos, la jugada de comenzar una relación con Zoe y ganarse la confianza del inspector jefe Brau le parecía su obra maestra: de esa forma controlaba todos los frentes. No había informe, interrogatorio, sospechoso o pista que escapase a sus oídos con semejantes confidentes. De repente le pareció importante conocer la fecha en la que la que la agente había comenzado a verse con el inspector. No supo si era sucia curiosidad o pura maldad, pero se prometió a sí mismo averiguarla.

Como siempre, Zoe había sido puntual, así que tuvo que esperar cerca de veinte minutos a que Marcial regresase para depositar sobre su mesa, con un gesto que no disimulaba su malestar, una carpeta que contenía cuanta información había conseguido recopilar, con la ayuda de Rubio y de Fernet, sobre los cinco individuos que habían llamado al teléfono laboral de Sasha dos o más veces en el último mes. Incluyó en el dossier, como regalo de la casa, el resguardo que había obtenido de la Policía Científica y que acreditaba que las muestras para el análisis de ADN de Fandiño estaban pendientes de resultado.

—¿Algo más? —preguntó Zoe, evitando cruzar la mirada con Marcial.

—Hazme un resumen.

Zoe contuvo un suspiro de desdén y ponderó las ganas de decirle que estaba molesta con él; que sabía por qué la había estado evitando; que estaba segura de que la historia que le pedía que le relatase no tenía ninguna incidencia en la resolución del caso y que el análisis que habían solicitado de Fandiño era un insulto al dinero del contribuyente. Sin embargo, como en ella era costumbre, acató la orden y procedió a enumerar las particularidades de cada uno de los sujetos que llenaban los ocho folios que había entregado al inspector y que, en puridad, coincidían con lo que ya sabían de ellos.

José Alberto Teatino tenía cuarenta y seis años, estaba casado desde hacía más de dos décadas y era padre de tres hijos. Frecuentaba a Sasha desde hacía más de un año, con una cadencia quincenal. Como mando intermedio de una compañía aseguradora tenía un poder adquisitivo más que aceptable. El caso de Julio Notario era un calco del anterior. Cuarenta y dos, casado desde hacía veinte años, dos hijos y propietario de unos inmuebles que le dejaban rentas suficientes para malgastar su tiempo y su dinero entre las piernas de la rumana. Confesó disfrutar de sus encantos desde primeros de año y en cuanto a la cantidad de veces les dijo: «cuando quiero y puedo». Por su parte, el último casado, a excepción de Fandiño, que merecía mención aparte, era Antonio Miguel Sánchez. Tenía treinta y ocho años, doce de ellos tras pasar por la vicaría. En la actualidad esperaba un bebé que si todo iba bien llegaría a primeros de año. Su relación con Sasha había comenzado, según su relato, ese mismo mes, y las dos llamadas que la Policía había localizado eran las únicas que él afirmaba haber hecho en toda su vida a una prostituta. Fornet, que había sido el que le había tomado declaración, sostenía que parecía mentir como un bellaco, pero en el motivo que intuía el agente no había nada que le hiciese sospechar que ocultaba algo serio, más allá del bochorno de saberse descubierto. Roberto Pardo era un rechoncho imberbe de dieciocho años que sintió más vergüenza de reconocer frente a Zoe, por ser mujer, que había recurrido a los servicios de la prostitución para cubrir una necesidad que a todas luces no saciaba tanto como deseaba, que por hacerlo frente a la Policía que esa misma mujer representaba. Aunque había llamado dos veces a la rumana, tan solo una se había materializado en un encuentro y, a juzgar por los sudores y rubores con los que Roberto se lo relató, la agente podría aseverar que la cita terminó mucho antes de lo que él hubiese deseado, arrojando así una preocupante relación entre euros invertidos y minutos disfrutados. El último de todos, y el que más valor tenía para la investigación,

era Cristóbal Fandiño. Había tenido una denuncia por maltrato psicológico que había interpuesto su mujer, Marta Galiano, y que, pese a la retirada de última hora, había devenido en juicio gracias a la persistencia del fiscal. Finalmente fue absuelto por falta de pruebas: el testimonio de su mujer no fue nada esclarecedor. Tenía treinta y cinco años, como ya habían comprobado el día en el que lo interrogaron, estaba cobrando una prestación por desempleo y, por lo que inferían de los días de vigilancia, de cuando en cuando hacía chapuzas de diversa índole: albañilería, fontanería, electricidad. Un manitas en toda regla. Aparentemente su vida marital era normal. Su mujer parecía haber olvidado el incidente que la condujo a denunciarlo y parecía persistir lo que fuera que la hubiese hecho cambiar de opinión. Zoe los había visto besarse para despedirse o para reencontrarse, sin atisbar el mínimo residuo de una relación tormentosa.

Cuando hubo finalizado su exposición se calló de forma súbita, como si fuese la voz de un surtidor de gasolina que ya ha concluido su locución. Le faltó, eso sí, el «muchas gracias».

Marcial recogió la carpeta que su compañera había usado para resumirle su informe y la hojeó en silencio, hasta que Zoe lo resquebrajó con una pregunta lanzada al aire a la que se le eximió del tiempo de reposo recomendado:

—¿De verdad piensas que es necesario el análisis de ADN de Fandiño? Los dos sabemos que va a dar negativo.

Casi no había finalizado la frase cuando la mirada enconada de Marcial la obligó a explicar su teoría. No el verdadero motivo que la había empujado a soltar un nuevo dardo contra el inspector, sino la que se ajustaba a las evidencias que se suponía que ella manejaba.

—Tiene una coartada demasiado fácil de comprobar para habernos mentido. Y Sasha no es una vulgar prostituta barata, de esas que no cambia las sábanas entre cliente y cliente, así que estoy segura de que el semen que encontramos no va a ser el suyo.

De nuevo un silencio. Largo, espeso, incómodo.

De nuevo un cruce de miradas. Gélidas, inquiridoras, desconfiadas.

Por fin una respuesta:

—No quiero dejar ningún cabo suelto. Además, así parecerá que nos hemos tomado en serio lo de dejar a un lado a Domingo Bernal. Por cierto, ¿qué tal lo lleva tu amiga de Aduanas? —Marcial se incorporó con un movimiento brusco que despertó las secuelas de la paliza nocturna. Frunció el ceño y amusgó los ojos en un vano intento por disimular su dolor, pero no

surtió efecto con Zoe.

—¿Te encuentras bien?

—No es nada.

Por mucho que intentara esconderla, la nobleza de su compañera emergía de forma innata, convirtiendo su actitud beligerante en un remedo absurdo.

—¿Cuándo podrá decirnos algo Sara?

—Susana —corrigió Zoe—. Estamos a sábado, así que no creo que hasta el lunes sepamos nada.

De repente, el teléfono de la agente sonó. Ella se sonrojó por haber olvidado ponerlo en silencio, pero cuando vio el nombre que reflejaba la pantalla se alegró de no haberlo hecho.

26. Un móvil plausible

La llamada de Susana Ibáñez le había permitido coger el toro por los cuernos. Por fin, después de tantos sinsabores, la diosa fortuna se ponía de su lado. La devastadora noticia de que Marcial era el responsable de las manchas de semen encontradas en las sábanas de Sasha había cernido sobre ella una duda que tan solo podía disipar descargando sus sospechas sobre Domingo Bernal, y para ello necesitaba que la investigación de su amiga arrojase algún indicio por el cual el empresario pudiese tener interés en deshacerse de una prostituta rumana a la que parecía visitar con cierta asiduidad.

Otro golpe de suerte, esta vez propiciado por la prohibición de Lasaosa, quiso que fuese ella la que tuviese que acudir al despacho de Susana en busca de la información sobre el empresario.

Salvadas las vicisitudes logísticas, se plantó en la puerta del histórico edificio con vistas a la escultura en honor a los héroes de Cavite, que servía de sede de la dependencia provincial de Aduanas e Impuestos Especiales.

—No sabía que la jefa currara los sábados —comenzó Zoe.

—El asunto bien lo merece, querida.

—¿Tienes algo? —Zoe se irguió ante la esperanza que las palabras de su amiga le habían suscitado.

—Antes tienes que prometerme una cosa.

—Lo que quieras.

—Si esta información os sirve para esclarecer vuestro asesinato, usadla, pero si no, házmelo saber cuanto antes.

—¿Acaso has descubierto algo?

—Con tan poco tiempo no me atrevería a afirmar eso, pero sí que hay inversiones fiscales de dudosa legalidad. Ahí —dijo señalando la carpeta que reposaba en su mesa— podrás ver con qué empresas ha estado realizando negocios en los últimos cinco años. Se observa un cambio radical en la política de inversiones en los últimos tres.

«Tres años; justo el intervalo que Marcial quería comprobar. ¡Qué casualidad!», pensó Zoe.

La llamada de Unai la había sorprendido de regreso a casa. Desde que estaba inmiscuido en la investigación de un ajuste de cuentas entre los dos clanes de gitanos más conocidos de Los Mateos era rara la vez que comían juntos. Sus horarios, a pesar de compartir trabajo, no ayudaban nada. En gran medida le reconfortó la idea de sentarse con él y poder mirarlo a los ojos: aún le escocía la mentira que le había arrojado a la cara. Sin embargo, una vez en situación, su falta de valor o simplemente su tendencia a dejar que las cosas cayesen por su propio peso, le hacía muy cuesta arriba afrontar el tema. Tampoco ayudaba que Unai centrara la conversación en la escasa viabilidad que otorgaba a la teoría de Zoe para justificar la presencia del semen de Marcial en las sábanas de Sasha.

—Te digo que es imposible que el ermitaño tenga una relación con nadie. Y menos con una puta. —Zoe fue a tomar la palabra para volver a defender su postura, pero Miralles se adelantó—. Vamos, mujer. Es inspector de policía. ¿Cómo no iba a saber que era una puta?

A Zoe no le quedaba más remedio que reconocer el peso de aquel argumento, aun así, en una nueva sacudida a favor de la inocencia de Marcial, decidió matizar sus palabras:

—¿Y qué si lo sabía? Me es más fácil creer eso que pensar que ha tenido algo que ver con su muerte.

—Veamos, Zoe. —Miralles engulló un trozo de lasaña y no esperó a haberla deglutido para exponer su hipótesis—. Lisón es un hombre y como tal tiene sus necesidades. —Bebió un sorbo de vino para ayudar a bajar el bolo alimenticio—. Busca una puta y se la folla. Hasta ahí, todo normal.

—¿Cómo que normal? ¿Qué tiene de normal contratar los servicios de una prostituta? —Zoe dejó los cubiertos sobre el plato y plantó una mirada de desaprobación sobre Miralles—. Lo dices como si lo hiciese todo el mundo.

—No seas ingenua, por favor. Todo el mundo no, pero mucha gente sí. Y si eres un amargado que no sabes relacionarte con los de tu especie... Blanco y en botella.

—No lo conoces. —Zoe observó el plato, casi sin tocar, y comprendió que la conversación le había quitado el apetito—. Marcial jamás pagaría por sexo —apostilló, sin estar segura de una afirmación tan categórica.

—Tú sí que no lo conoces. Pero ese no es el tema. Déjame exponerte mi teoría. —Zoe asintió y Miralles continuó—. Ella descubre que es policía y trata de chantajearlo. Marcial, que no es ningún un angelito, pierde los papeles y acaba con ella. Tú misma me dijiste que había aparecido con la

misma ropa y con pinta de haber pasado la noche bebiendo. Todo cuadra, reconócelo. Lo mejor sería darle la comparativa de ADN a Brau y que él decidiese: no tenemos por qué cargar con esa responsabilidad. —Miralles volvió a atacar la lasaña a la espera de la réplica.

Zoe tenía que reconocer que se trataba de un móvil plausible. Las pistas y el comportamiento de Marcial permitían amoldarlo a la perfección con aquella hipótesis. Por un momento sintió miedo de estar defendiendo a la persona incorrecta. La duda, no obstante, no anidó por mucho tiempo. No sabía por qué, pero su fe en la inocencia de Marcial estaba por encima de todo, incluidas las demoledoras evidencias, por muy complejo que resultase defender ese sentimiento con argumentos. De repente supo cómo hacerlo. Se suponía que debía ser un secreto, especialmente para él, pero casi se habían consumido las primeras veinticuatro horas del plazo y no había encontrado nada que refutase la teoría de Unai, así que regurgitó la esperanza con la que había abandonado el despacho de Susana:

—¿Y si te dijese que tenemos algo que puede colocar a Domingo Bernal como posible sospechoso de la muerte de Sasha?

27. Ni tan santos ni tan inocentes

Estaba a punto de abordar el último escalón, el que lo situaba en la segunda planta de comisaría, cuando la vio salir del vestuario trajinando su pelo. Introdujo su cabello en la goma elástica con pericia y dio un par de tirones con ambas manos para tensar la cola, dando por finalizada la transformación de Zoe en la agente Ochoa.

Marcial detuvo el paso y dejó que se distanciase. Le parecía increíble que apenas un mes atrás su vida fuese una singladura por un mar en calma. No sabía a ciencia cierta en qué momento llegaron los primeros embates, ni siquiera cuándo la vulgar marejada había dado paso a una mar gruesa, sin embargo, era incapaz de olvidar el momento exacto en el que un mar de fondo se adueñó de su día a día; y del que no había previsión meteorológica de mejora. Nunca hubiera sospechado que el descubrimiento de la relación entre Zoe y Miralles le afectase tanto. Se había pasado media vida presumiendo de un armazón inexpugnable, sin embargo, había bastado una conversación telefónica, filtrada a través de la puerta entreabierta del despacho de Miralles, para comprobar que su coraza no era tan sólida como pensaba.

Cuando la agente ocupó su mesa, después de varios saludos a los compañeros del turno de tarde, Marcial disfrazó su rostro con un gesto displicente y acometió el camino de su encuentro.

—Vamos —dijo al pasar por su lado.

Zoe se incorporó y agrupó, presurosa, todos los folios de la carpeta que le había entregado Susana Ibáñez, antes de entrar en el despacho.

Tres horas y varios cafés después, Marcial y Zoe continuaban sin ningún indicio firme que le atribuyese un móvil a Domingo Bernal para matar a Sasha. Aparecían, tal y como había adelantado ya el inspector Salmerón, demasiadas empresas que en muy poco tiempo, y por unas cantidades no muy escandalosas, habían optado por solucionar sus problemas de liquidez a

través de un acreedor común: Mariscos Bernal. Un asunto que puesto en perspectiva apeataba a blanqueo, pero que sin una dedicación exhaustiva no conducía a ningún resultado concluyente, al menos en sede judicial.

Ambos permanecían sentados, degustando un receso ganado a base de hacer cábalas con números y fechas. Finalmente fue la agente la que en un gesto casi acrobático para recomponer su postura lanzó una pregunta al aire que en su cabeza se había gestado como retórica:

—¿Cómo se apellidaba el muerto de Torre Pacheco?

—Crespo. —Marcial echó un vistazo de forma instintiva al folio en el que habían ido anotando las razones sociales y los CIF de las empresas vinculadas a Mariscos Bernal—. ¿Por qué?

—Ese no: el segundo.

Marcial torció el gesto. A esas alturas era obvio que Zoe sabía de sus problemas de retentiva. De no ser por la reciente visita a Noelia no hubiese estado en condiciones ni de recordar el primero.

La agente pareció interpretar la mueca del inspector a la perfección, así que sacó del bolsillo del pantalón su bloc y comenzó a pasar páginas a toda velocidad hasta dar con el dato que buscaba.

—Eso es —dijo al fin—. Lucas Crespo Floro, es decir, C. Floro.

Los ojos de Marcial se iluminaron. Volvió a repasar la lista y lo halló en el cuarto lugar: C. Floro S.L. Un domicilio social que, una vez consultado en Internet, comprobaron que se correspondía con Ensasana. Pero ¿qué relación tenía Lucas Crespo con Domingo? O para ser más exactos: ¿qué vinculaba a Ensasana con Mariscos Bernal?

Comenzaron a repasar toda la documentación en silencio, como tan solo pueden hacer las personas con un alto grado de compenetración, donde las palabras huelgan para repartir los roles. Marcial dedicó unos segundos a contemplarla mientras ella embutía su mirada entre los cientos de números que componían la sinfonía secreta que había que interpretar. Gesticulaba con vehemencia, haciendo que su cola cobrase vida, y retrotrayendo al inspector al caso del asesino del café, donde tantas horas, y silencios, habían compartido. La sensación de placer, al igual que la sonrisa, fue efímera. Enseguida él también se volcó en encontrar qué unía los casos que el inspector jefe Brau y el comisario Lasaosa creían independientes.

La venganza es un plato que se sirve frío, pero que siempre apetece caliente.

Hasta ahora, su demonio interior había impedido a Marcial paladear tan delicioso manjar a su temperatura óptima. Esta vez, en un claro ejercicio de autocontrol, había enclaustrado a su fiera con la golosa promesa de carnaza de primera calidad.

Por ese motivo aguardaba junto a la puerta del despacho de Lasaosa sin mediar palabra, consciente de la atónita mirada que se había instalado en el rostro del comisario y que, tras unos segundos de cortesía, había decidido borrar de su rostro para recuperar su gesto neutro.

—¿Es necesaria la presencia del inspector jefe? —se aventuró a preguntar ante la impasibilidad de Marcial.

—Totalmente.

Cuando Zoe y él hubieron recabado suficientes indicios de la estrecha vinculación entre Domingo Bernal y Lucas Crespo, y tras elaborar un escueto resumen que sirviese a Marcial de tralla argumental para persuadir a sus jefes, decidió que había llegado el momento de joderles el sábado. Lo sintió, en parte, por el comisario, pero su comparecencia era imprescindible para poder continuar la investigación. La de Brau, en cambio, era mero disfrute personal: quería ver su cara en la derrota.

No hubo que esperar mucho para que el inspector jefe ganase el departamento de Homicidios. Lo hizo con un mohín de disgusto que terminó de torcerse del todo cuando cruzó la mirada con Marcial y lo supo autor de aquella improvisada reunión.

—¿Se puede? —pronunció Brau antes de cruzar el vano de la puerta.

—Adelante, inspector jefe. —Lasaosa se incorporó para tenderle la mano.

Vicente Brau se ubicó en la silla de al lado de Marcial y ofreció un ligero movimiento de testa a modo de saludo que el inspector no correspondió.

—¿Y bien? —dijo el comisario para instar a Marcial a iniciar la reunión.

El inspector abrió la carpeta que había dejado sobre la mesa y repartió sendos documentos. Dejó que ambos buscasen sus gafas y escudriñasen con paciencia los datos que Zoe había plasmado de forma magistral, de manera que hasta él mismo, alérgico a la contabilidad, era capaz de comprender que la relación entre ambos empresarios nacía con un préstamo de dudosa necesidad para uno y de exigua rentabilidad para el otro. Tampoco era un dato baladí la proximidad de las fechas entre ese acontecimiento y el secuestro narrado por Noelia del que tuvo que informar previamente a Zoe. La agente, como de costumbre, se limitó a recriminar a Marcial su falta de compromiso en la investigación. Otra vez el valor expiraba cuando tenía que

nacer la acción. De la misma forma que resultaba inquietante la cercanía entre la muerte de Lucas y el último pago no efectuado por Ensasana a Mariscos Bernal en concepto de préstamo.

El paso de los minutos había ido espesando la atmósfera de forma gradual, haciéndola irrespirable por momentos. A pesar de todo, la mirada de Vicente Brau consiguió abrirse hueco hasta enfrentarse a la de Marcial. Observó la victoria en sus ojos y descartó la rendición sin condiciones.

—Ahora me dirás que una persona como Domingo Bernal va matando a tiros a los deudores que no pagan.

—Seamos sensatos —intervino el comisario antes de que Marcial pudiese responder—. Aquí solo sabemos fehacientemente que Ensasana solicitó, en abril de 2013, un préstamo a Mariscos Bernal por un importe de trescientos cincuenta mil euros.

Marcial continuó observando a sus contertulios en silencio, sabedor de que se estaba gestando su victoria, pero consciente de que un paso en falso podía ser fatal. Valoró sus opciones y finalmente se decantó por dejar que sus enemigos se desgastasen antes de asestar el golpe definitivo.

—O sea, que según tú —retomó el inspector jefe—, Domingo mató a un empresario que no le pagaba y a una prostituta que...

El brazo extendido de Brau le invitaba a rematar aquella frase, pero Marcial optó por esperar la actuación de su particular fiscal. Si conseguía que Lasosa interviniese solo sería cuestión de tiempo que terminase por darle la razón. No tardó mucho en verificar su teoría:

—Es cierto que desde arriba han puesto mucho interés en que no hurguemos en la vida de Domingo Bernal, pero hemos de reconocer que no tenemos constancia de que la visitase, siquiera —completó Lasosa, obviando la conversación en la que Marcial afirmaba tener un confidente para aquel supuesto.

—Entonces, ¿qué se está debatiendo aquí? —Brau se puso en pie y abotonó su chaqueta, en un claro preámbulo de abandono—. Derivemos todo este papeleo a la UDEF y que decidan ellos. —El inspector jefe se giró y clavó la mirada en Marcial—. Deje sus rencillas a un lado, inspector, y dedique su tiempo a descubrir quién mató a Lucas Crespo si no quiere que remita una queja formal.

Marcial apenas había levantado la cabeza para afrontar aquellas palabras: seguía dejando que sus oponentes danzasen sobre la lona mientras él esperaba en su rincón el momento apropiado. Fue otra vez el comisario, seguramente

en un absurdo arrebató de resarcimiento de ego, el que contestó:

—Siéntese, inspector jefe. Aquí las medidas disciplinarias las tomo yo. —
Aguardó a que Vicente Brau acatase la orden y prosiguió. Esta vez sus palabras fueron para Marcial—. Inspector, dígame que tiene algo sólido que vincule a Domingo con la puta; y no me vale que un yonqui medio colocado lo viera entrar en su casa. De lo contrario todo lo que hay aquí no me vale de nada.

El asalto tocaba a su fin. Había esquivado los golpes de Brau con fintas que estampaban sus argumentos contra Lasaosa, haciéndolo sucumbir ante el último gancho del comisario, que, envalentonado, contraatacaba a Marcial. El inspector, fresco tras eludir el cuerpo a cuerpo, respondió con un directo a la mandíbula:

—Domingo Bernal telefoneó a Sasha la madrugada del sábado. Y tengo tres testigos, incluido el propio empresario, que reconocen que no se trataba de una visita esporádica.

K.O.

28. Ni un pelo de tonto

Marcial regresó a su despacho con una pátina de felicidad sobre el rostro que Zoe llevaba mucho tiempo sin contemplar. No necesitaba que saliese de sus labios la confirmación de que el comisario permitía vincular ambos casos, ni que Domingo Bernal había abandonado el estatus de protegido: podía leerlo en su cara. Dado que su situación actual con el inspector vadeaba por una peligrosa ambigüedad optó por lo más sencillo: no decir nada. Estaba acostumbrada a gestionar sus emociones en función de los demás. A veces anhelaba esa fuerza interna que movía a la gente como Marcial y que les permitía ser ellos mismos en cualquier situación. Su camaleónico comportamiento le reportaba buenos resultados y malos recuerdos, pero si con alguien funcionaba aquella forma de actuar era con él: Marcial odiaba las falsas lisonjas tanto como los reproches gratuitos.

—Debemos jugar con el factor sorpresa —dijo el inspector, situándose frente a ella, tan cerca que Zoe notó cómo se elevaban sus pulsaciones—. Nadie sabe que tenemos documentación que relaciona la empresa de Domingo Bernal con la de Lucas Crespo, ni la coincidencia entre la muerte de este y el último pago no efectuado. Por lo tanto, y teniendo en cuenta que visitó a Sasha la noche de su asesinato,...

Zoe dejó de escuchar las palabras de Marcial y trajo de regreso a su memoria las que había pronunciado a Unai a la hora de la comida: «¿Y si te dijese que tenemos algo que puede colocar a Domingo Bernal como posible sospechoso de la muerte de Sasha?». En el contexto que acababa de dibujar Marcial se convertían en alta traición, en el que ella esbozó y donde cada segundo que pasaba acercaba las coincidencias de ADN al despacho de Brau, eran un salvoconducto para el inspector, aunque con fecha de caducidad. La Zoe más cauta abogaba por guardar silencio y jugar esa doble partida hasta que el último grano de arena del reloj diese por finalizada la cuenta atrás; la nueva Zoe, la que había nacido bajo el auspicio de Marcial, la que había hecho acopio de arrojo suficiente como para investigar a su propio mentor, le pedía dar la cara y afrontar una situación en la que lo que sugería Unai y lo

que dictaba su corazón transcurrían por planos paralelos y sin ningún viso de coincidencia. La divagación finalizó cuando la mirada de Marcial se clavó en la suya, en busca de una complicidad que decidió no fingir.

—Miralles lo sabe.

Marcial encontró la mirada y demudó el gesto. El sabor a hiel colonizó el paladar degustando por primera vez el sabor del fracaso. No porque siempre hubiese tenido éxito, sino porque nunca le había importado no alcanzarlo; hasta ahora. Si de algo creía estar seguro Marcial era de haber alcanzado con ella el grado máximo de compatibilidad que su peculiar forma de entender el mundo le permitía. Comprobar su equivocación había sido una de las cosas más dolorosas que había experimentado desde la muerte de Santi. Quiso expresárselo a Zoe, pero las palabras naufragaban en un mar de traición que anegaba sus pensamientos, sin conseguir que ninguna arribase a buen puerto.

—No me has dejado muchas opciones, Marcial —se excusó ante su silencio—. Tu comportamiento durante estos días...

—¡Fuera!

—Escúchame un segundo.

—¡Vete!

—¿Acaso piensas que no sé lo que está pasando? ¿Que no me he dado cuenta que Sasha no es una simple confidente?

—He dicho que te largues, Zoe —repitió pausadamente, masticando la iniquidad que exudaba cada palabra.

—No lo entiendes. En realidad no entiendes nada.

—No hay nada que entender. Confiaba en ti, Zoe. Y es la segunda vez que me fallas.

El golpe hizo mella en la agente. Pero si la antigua Zoe hubiese salido con el rabo escondido entre las patas, no así la que se encontraba frente al inspector en ese momento, sosteniéndole la mirada mientras trataba de contener el temblor que había nacido en el dedo gordo del pie y amenazaba con extenderse hasta el último pelo de su coleta.

—¿Quieres que hablemos de defraudar?! Está bien. Hablemos. ¿Me das tu palabra que cuando tengamos los resultados del ADN de los vellos púbicos ninguno coincidirá con el tuyo?

—Te garantizo que no hallarás un solo vello púbico con mi ADN.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —inquirió incrédula.

Zoe lo había arrastrado a una partida en la que guardaba un as bajo la manga, sin embargo, jamás sospechó que la respuesta de Marcial mostrase,

con semejante rotundidad, que incluso haciendo trampas a veces se pierde la partida.

—Por esto. —Marcial soltó su correa y desabrochó el botón del pantalón con una velocidad y una precisión desconcertante. Lo que más atónita dejó a la agente, en cambio, fue lo que hizo a continuación: bajó sus pantalones y su ropa interior para evidenciar que su zona púbica estaba completamente rasurada.

Marcial devolvió las prendas a su lugar de origen y comprobó con agrado, a pesar de hallarse girado, cómo el rostro de su compañera se había acalorado. Se sentó en su silla y ordenó a Zoe que hiciese lo mismo. Ella obedeció, aunque seguía sin atreverse a mirarlo a la cara.

—Me la follaba. Nada más.

—No tienes que darme explicaciones —replicó, aún con la mirada puesta en la mesa.

—Sí que tengo. Si piensas que mi ADN puede estar ahí es porque tienes dudas sobre si yo la maté.

—Sé que no lo hiciste —dijo mirándolo a los ojos por primera vez desde el incidente.

—No puedes saberlo, Zoe.

—Te conozco bien.

—Mentira. Ni siquiera sabías quién era Sasha hasta hace una semana. No me conoces. Ni yo a ti. Así que no apuestes por mi inocencia, porque ni yo lo he hecho.

—Ayúdame.

—¿A qué?

—A conocerte. Cuéntamelo todo. Especialmente por qué fuiste el último que llamaste a Sasha la noche que la asesinaron.

Esa afirmación confirmaba a Marcial lo que hacía mucho tiempo que había descubierto: Zoe no tenía un pelo de tonta. En cambio, él se sentía un estúpido. En primer lugar porque todos sus intentos por mantenerla al margen de la investigación habían sido en vano; en segundo, por no haber confiado en ella. La aparición de Miralles lo había enturbiado todo y él, en vez de esforzarse en disipar la bruma, había decidido ocultarse tras ella.

—Conocí a Sasha hace algo más de tres años...

—Creo que vamos a necesitar un par de lo que guardas ahí —interrumpió Zoe, señalando el armario que quedaba detrás del inspector.

—¿Lo sabías? —preguntó sorprendido al tiempo que sacaba dos cervezas

de la pequeña nevera.

—Ver, oír y callar —dijo la agente mientras chocaba su botellín contra el del inspector—. Pero debe ser la última en horas de trabajo. ¿Me lo prometes?

—No.

A veces tomar la decisión de cuál iba a ser el siguiente paso en una investigación era un proceso de extrema complejidad. Otras, como en este caso, caían por su propio peso, como si la invisible fuerza de la lógica trazase el camino.

La puesta al día de Zoe había robado dos horas a la tarde del sábado, la preparación de su siguiente encuentro, sin embargo, se había solventado con un par de llamadas y varias promesas de difícil cumplimiento. Marcial se sentía renovado. No había sido consciente de lo agotador que resultaba trabajar al margen de Zoe hasta que había vuelto a sentir lo comfortable que era compartir la carga de la incertidumbre con ella.

La conversación había nacido acalorada, con verdades estridentes y reproches mudos que fueron dando paso a conciliadoras justificaciones. Marcial, por primera vez en su vida, sintió la necesidad de ser sincero; de postrar sus miserias, de dejar sus vergüenzas al descubierto. La decepción moteó el rostro de Zoe al escuchar cómo la relación con Sasha no tenía nada de idílica. La frialdad con la que Marcial inventariaba encuentros distorsionaba el concepto de rigidez moral al que lo había encumbrado y del que, era consciente, debía apearlo. El inspector, por su parte, decidió guardar en el cajón de los chantajes el encuentro entre la Sasha y Miralles. La sorpresa de la agente fue creciendo a medida que conocía los pasos que, a sus espaldas, había ido dando Marcial en busca de completar los huecos que el alcohol había socavado a la noche del sábado y que lo habían transportado, a través de un agujero negro, hasta el interior de su 308, con el móvil de Sasha en la alfombrilla del acompañante. Le habló de la grabación que había solicitado al director de la sucursal de bancaria; de las confesiones de la camarera del Baros que dejaban sin coartada a Domingo Bernal; del motivo por el cual tenía medio cuerpo molido; de la sensación de permanente vigilancia que lo acechaba; de la visita a Villanueva; del encuentro con Rodrigo y del hallazgo de las grabaciones. Zoe asumió todos y cada uno de los datos que le facilitaba, como si pretendiese mezclarlos y provocar una

reacción que le dijese quién y por qué había matado a Sasha. Sin embargo, no pudo aislar los sentimientos, y eso fue lo que más la reconcilió con ella, cuando le relató la odisea que le había tocado padecer a Sola y de la que comenzaba a recuperarse.

Ella, por su parte, diligenció todas sus sospechas, empezando por la alerta que activó verle aparecer con la misma ropa con la que se habían despedido. Tampoco obvió las diferentes pistas que la habían hecho saber que Sasha no era una simple confidente. Ni olvidó, aunque eso generó el momento de mayor tensión, poner al corriente a Marcial de todo lo que Unai sabía, que no era poco. A pesar de ello, no encontró el valor suficiente para decirle que Miralles conservaba en su poder la evidencia de que Marcial había estado en la cama de Sasha, ni que en menos de cuarenta y ocho horas esas pruebas estarían en el escritorio del inspector jefe Brau: confiaba en solucionarlo sin tener que exponer su error. En definitiva, algo menos de dos horas de diálogo que había colocado los puntos sobre las íes y habían servido para fraguar las cláusulas de su nueva relación laboral.

Una vez rubricado el nuevo acuerdo, tocaba decidir los pasos a seguir. Continuar la vigilancia de Cristóbal Fandiño y visitar a Villanueva fueron las tareas acordadas. Y, esta vez sí, de mutuo acuerdo.

29. Lealtad

Esta vez el saludo fue más frío: ni siquiera estrecharon las manos. Igual que en la anterior visita, el primero en ocupar la diáfana sala fue Marcial, aunque esta vez Villanueva entró a los pocos segundos. Intercambiaron un «qué tal» y compartieron un plúmbeo silencio con sabor a reproche que finalmente disolvió Villanueva, provocando que el inspector se volviese a preguntar qué tipo de embrujo ejercía aquel hombre sobre él.

—Vienes por lo de las grabaciones, ¿verdad?

Marcial asintió, tratando de ocultar su desconcierto. Era sorprendente que Villanueva, confinado en aquellas cuatro paredes tuviese un control tan preciso de lo que ocurría en el exterior, más aun cuando hacía unas pocas horas que había confesado a Zoe su existencia. Otra vez la conjetura de que alguien venía siguiendo sus pasos cobraba fuerza; pero si sus presagios le habían conducido con anterioridad al asesino del café, las palabras que acaba de escuchar situaban al exinspector jefe en la delantera de la hipotética carrera por controlar sus movimientos.

—Este jueves estuvo mi hijo aquí —continuó Villanueva ante la cara de asombro de Marcial—. Es la primera visita que me hace.

El rostro cabizbajo de Villanueva, cual reo condenado a muerte, ejerció un efecto narcótico en el inspector, que por primera vez lo vio como persona y no como policía. La concesión duró un instante, el tiempo necesario para recordarse qué lo había llevado hasta allí.

—Me alegro —dijo en tono seco, sabiendo que Villanueva jamás sabría que el motivo de su alegría era que la visita de Rodrigo daba explicación a cómo el inspector jefe estaba al tanto del asunto de las grabaciones—. ¿Por qué no se siguió investigando a Domingo?

Si a las pétreas facciones que la cautividad había dibujado en el rostro de Villanueva les restaba algo de humanidad, esta se disipó al comprobar la prelación de intereses de Marcial. Si aún albergaba dudas de que su pupilo había puesto una distancia insalvable entre ellos tras su último encuentro, evidenciar el desinterés por la primera visita de su hijo, después de casi un

año de internamiento, lo había aclarado por completo.

—Olvídalo, Lisón. Hicimos lo que teníamos que hacer.

—Permítame que lo dude, jefe. —Marcial se levantó de la silla y comenzó a deambular por la sala, imitando la metodología de Villanueva durante los interrogatorios. Enseguida se sintió ridículo al escenificarlo frente al dueño de la patente y volvió a la silla—. ¿Qué culo salvasteis?

—Hay preguntas que es mejor no hacerse, Lisón. Créeme cuando te digo que lo mejor es que te olvides de lo que escuchaste en esas grabaciones. ¿Las ha oído alguien más?

—Nadie, aunque no soy el único que sabe de su existencia.

—¿La agente Ochoa?

—No. No se trata de Zoe —mintió, con el afán de no inmiscuirse.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que Villanueva le había dado la vuelta al interrogatorio, como de costumbre, así que reaccionó:

—¿Por qué?

—Me consta que sigues cuidando de Marga y los niños —dijo Villanueva, levantándose y comenzando a caminar por la sala, tal y como había hecho Marcial segundos antes, pero con la naturalidad que él no supo imprimir a sus movimientos—. Hazme caso: si quieres que ellos no lo pasen mal es mejor que dejes las cosas estar.

Pronunció la última frase con un tono mortecino que parecía velar una amenaza, pero Marcial sabía del aprecio que les tenía, por lo que la deducción le llevó a soltar una pregunta que, en realidad, sabía que sería una afirmación:

—¿Insinúa que Santi está detrás de que nadie hiciese nada para detener a Domingo Bernal? ¿Acaso cree que soy imbécil? —Marcial se incorporó, cansado de ver el semblante hierático de Villanueva y se colocó frente a él mirando fijamente los ojos marrones, ahora carentes de fulgor, de su mentor—. ¿Un simple subinspector se va a imponer a todo un inspector de la UDEF y a un inspector jefe? ¡No me cuente milongas, coño!

Marcial se había dejado llevar progresivamente por la rabia, y lo que había comenzado siendo una distancia prudencial se había reducido a la mínima expresión. Casi podía oler su aliento. Cuando fue consciente de ello se separó, pero pudo observar en el rostro de Villanueva que esa osadía era la rúbrica del certificado de defunción de una amistad que había nacido diecinueve años atrás.

Tardó unos segundos, como si necesitase procesar la actitud de Marcial,

pero la respuesta de Villanueva dejó patente las sospechas del inspector:

—¡No has aprendido nada de mí en todos estos años! Eres un zoquete. —
Asió a Marcial de la pechera y lo zarandeó. Inexplicablemente no reaccionó. Su demonio interior parecía desconcertado ante el cambio de actitud de Villanueva, un hombre que raramente perdía los estribos—. Siempre me he preocupado por vosotros, desde el primer día —continuó, ya más sosegado—. Tú siempre has sido algo más distante, pero Santibáñez, en cambio, fue abriéndose con el paso de los años, así que nuestra relación fue algo más estrecha. Por eso cuando descubrí en qué se había metido no dudé ni un segundo en sacarlo de ahí, sin importar el precio que hubiese que pagar.

Villanueva regresó a la silla e invitó a Marcial a ocupar la suya. Su gesto consternado y unas incipientes lágrimas provocaron una ficticia calma que Marcial no supo gestionar. No estaba acostumbrado a ver al inspector jefe de esa guisa; perdiendo el control, dando rienda suelta a sus emociones. Decidió dejar que fuese él quien marcara los tiempos. Al rato, cuando sus facciones recobraron la normalidad, Villanueva retomó la palabra:

—Nunca le dije que íbamos a intervenir el teléfono de Domingo: no quería que le salpicase la mierda. Así, si había que asumir alguna consecuencia, él quedaría al margen. Por eso nunca supo que estábamos al tanto de los negocios oscuros del empresario, y menos aún que cuando escarbamos en ellos descubrimos que él era parte de ese entramado.

Si a Marcial lo hubiesen apuñalado en ese momento no se hubiese desprendido ni una gota de sangre. Ni que decir tiene que el dolor hubiese sido ínfimo en comparación con el que las palabras de Villanueva le acababan de infligir.

—Al parecer, Santibáñez descubrió que Domingo andaba extorsionando a otros empresarios para que aceptasen el pago de una especie de impuesto revolucionario camuflado bajo préstamos de Mariscos Bernal —continuó Villanueva—, y solicitó su parte del pastel a cambio de su silencio.

—Santi jamás haría eso.

—Nunca digas nunca. Era una mala época para él. Estaba en plena reforma de su casa: la falta de liquidez y el dinero fácil suelen ser mala pareja de baile.

—¿Por qué no lo delataste?

—Por lo mismo que no lo haría contigo: por lealtad.

Lealtad era una palabra que Marcial asociaba, desde sus comienzos en el departamento de Homicidios, con la figura de Villanueva. Sin embargo, los

últimos acontecimientos habían distorsionado la percepción del que un día fuese su referente, así que ahora aquellas siete letras se habían convertido en una moneda carente de valor. Con ella contraatacó:

—¿Quieres decir que pudiste convencer a todo un inspector de la UDEF de que obviase las pruebas que había contra Domingo Bernal esgrimiendo la bandera del corporativismo?

—Sigues sin entender una mierda, Lisón —Villanueva frotó su cabello con ímpetu, como si la ceguera de su discípulo le estuviese ocasionando dolor de cabeza—. Es cierto que avisé a Salmerón de que estaba haciendo escuchas telefónicas por mi cuenta y riesgo, así que no había manera humana de no trasladarle los resultados de aquellas pesquisas sin levantar sus sospechas, pero refugiándome en el aprieto que podía ocasionarme que alguien las hallase en su poder se contentó con las transcripciones.

—¿Te las inventaste? —preguntó, como si se hubiese iluminado algo en su cabeza que le hizo comprender cómo se había desembarazado Villanueva de Salmerón.

No hubo respuesta: ninguno la necesitaba.

Hubo silencio.

Y miradas cargadas de dudas.

Por fin Marcial se atrevió a mentar un nombre que evocaba malos recuerdos para ambos, pero que desde que apareció en las grabaciones había ido fraguando una incertidumbre que a estas alturas estaba más que consolidada:

—¿Qué pinta Matías Jairo en todo esto?

—Se encargaba del sustento legal —Villanueva disparó la respuesta como si le molestase retener en la boca cualquier cosa relacionada con el letrado.

—¿Un especialista en Derecho Penal?

—Un amigo de la infancia.

—¿Domingo Bernal y...

—Fueron juntos desde EGB hasta COU.

La siguiente pregunta elevaba un grado la escala de incomodidad de Marcial, pero era ineludible:

—La mujer de las grabaciones...

—¿Crees que es Enma? —interrumpió Villanueva con un gesto de estupor hiriente—. No me lo había planteado... hasta ahora, que lo has sugerido. Cuando realizamos las grabaciones, yo ni siquiera era capaz de imaginar que Enma...

La voz de Villanueva se fue apagando progresivamente. Los interrogantes de Marcial también. A ninguno de los dos les apetecía hurgar en un funesto pasado del que ambos, cada uno a su manera, trataban de sobreponerse, así que la tregua inquisitoria se refrendó con la salida de Marcial de aquella sala y con la sensación de que esa sería la última visita en mucho tiempo.

La noche se había cerrado por completo cuando Marcial se subió al mismo 308 donde había comenzado la pesadilla en la que se había sumido su existencia, hacía ya una semana. Arrancó el motor y abandonó el recinto penitenciario con la firme intención de mantener la mente en blanco: se reservaba la búsqueda de conclusiones para debatirlas con Sola. Apenas hubo enlazado con la A-30 el teléfono le privó de cumplir su propósito. Cogió el móvil con una mano mientras la otra controlaba, o al menos eso pensaba él, el volante de su Peugeot. No supo evitar una mueca divertida cuando la pantalla reflejó el nombre de Noelia Castro. En cambio, cuando descolgó y escuchó una voz temblorosa cambió su expresión, sustituyendo sus facciones por unas más acordes a la situación.

—¿Qué pasa, Noelia?

—Creo que he descubierto quién estaba extorsionando a mi padre.

Un volantazo, provocado por el ruido de las bandas sonoras de la autovía, pensadas para alertar a los conductores descuidados de la posibilidad de pisar el arcén, devolvió su atención a la carretera.

—¿Inspector...? ¿Me oye, inspector?

—En veinte minutos estoy en tu casa.

30. El Mariscal

No fueron veinte, sino treinta y cuatro, los minutos que tardó en llegar al chalé de Noelia. Otra vez volvió a perderse por el laberinto de huertos y tierras en barbecho que contorneaban la periferia de Torre Pacheco. Volver a ver a Noelia le suscitaba una sensación agradable; especialmente después de un encuentro tan violento como el que acababa de tener con Villanueva. Era como si su belleza sobria actuase de analgésico frente al dolor que las palabras del inspector jefe habían inoculado en su interior.

Estaba a punto de pulsar el timbre cuando la voz de Lülü escapó del bolsillo de su pantalón. Extrajo el móvil con la certeza de que la autora de la llamada sería Noelia, impaciente por la demora. Sin embargo, fue el nombre de Zoe el que mostró la pantalla. Aunque era absurdo, Marcial no pudo eludir la sensación de vigilancia que la llamada de su compañera le había provocado. Si no fuera porque el inspector tan solo aceptaba aquello que se sustentaba bajo los cimientos de la ciencia hubiese jurado que la agente conocía el tipo de fantasías que la nueva dueña de Ensasana había desencadenado en su cerebro.

—¿Alguna novedad?

—Sí y muy importante —respondió Zoe con excitación—. Llevo vigilando a Cristóbal Fandiño desde hace unas horas, como habíamos hablado. Hasta hace escasos treinta minutos se mantenía en casa, como en él suele ser costumbre, pero de repente algo me ha alertado.

—Al grano, Zoe.

—He visto que la luz de la habitación de matrimonio se apagaba sobre las 22:30, también normal. Lo que no me ha parecido tan normal ha sido ver cómo, media hora más tarde, se encendía la del garaje...

—Creo que no entiendes el concepto de «ir al grano». No veo el misterio por ningún sitio.

—Déjame que te lo explique: ya valorarás tú si hay o no misterio. Para llegar ahí debe encender al menos la luz de las escaleras y la de la cocina, ambas visibles desde mi posición, salvo que no quiera que desde fuera quede

constancia de que ha bajado al garaje. De hecho, de no ser porque la farola que hay en esa zona está fundida, jamás me hubiese percatado del haz de luz que se escapaba por debajo de la puerta.

»Al principio pensé que iba a sacar el coche, pero cuando habían pasado un par de minutos desde que apagó la luz me dije: Zoe, aquí hay gato encerrado.

—¿Me puedes decir de una puñetera vez dónde está Fandiño? —Marcial lo había intentado, pero su escasa paciencia volvió a traicionarle.

—Creo que se dirige a la casa de Sasha. Imagino que salió por la ventana del baño que da a la parte trasera. Lo he seguido hasta La Alameda.

—¿Qué hace ahora mismo?

—Tomar una copa en un bar que hay casi enfrente del edificio donde murió tu... —La imposibilidad de encontrar la palabra adecuada, sin ofender a Marcial, cercó su locuacidad.

—¿Cómo se llama el bar?

—Baros.

Durante unos segundos callaron. Ambos eran conscientes de que en ese sitio había nacido la amnesia del inspector. Que Fandiño hubiese caminado hasta allí para tomar una copa no podía ser casualidad. La suposición de Zoe parecía acertada y la parada en el Baros para ingerir una dosis de agallas parecía corroborarlo.

—No hagas nada de momento —ordenó Marcial—. Si ves que va a entrar déjalo y lo detienes cuando haya forzado la cerradura. O mejor aún, cuando sepas qué ha ido a hacer. Llámame con cualquier novedad.

Finalmente colgó sin opción a réplica. Las explicaciones de Villanueva, la actitud de Fandiño y el descubrimiento de Noelia auguraban una noche de sábado tan larga como la del último, aunque esta vez, Marcial confiaba en recordarlo todo a la mañana siguiente.

Cuando la dejó con la palabra en la boca supo que todo había vuelto a la normalidad. Nada de falsos pretextos ni excusas poco urdidas; Marcial ordenaba. Se congratuló por recuperar el estatus de su vida laboral, aunque eso tuviera como contrapartida el consabido desequilibrio de su balanza interna, donde la vida personal arrojaba, otra vez, un saldo negativo.

Tras volver a degustar el sabor de lo cotidiano, y aprovechando que aún mantenía el teléfono asido, llamó a Rubio y a Fornet: si la cosa se complicaba

iba a necesitar refuerzos. Ninguno pidió más explicaciones de las necesarias, a pesar de ser casi media noche y llevar varios días alargando la jornada laboral de forma desmesurada; rozando la ilegalidad. Zoe convino, al finalizar la llamada, que era una mujer afortunada por tenerlos como compañeros.

Se apostó en un banco del tramo central de La Alameda desde el que podía mantener a su objetivo vigilado y se dispuso a esperar. Diez minutos después, Fandiño dio por finalizada su visita al Baros y comenzó a dirigirse, a paso ligero, a la zona donde se encontraba el edificio en el que fue hallado el cuerpo de Sasha. Zoe sacó su teléfono y mandó un WhatsApp al grupo, que Fornet había bautizado como «La Bella y la Bestia», indicando hacia donde se dirigía el sospechoso; después lo puso en silencio y lo guardó para centrar todos sus sentidos en la tarea que se avecinaba.

Fandiño cruzó toda la avenida en diagonal para reducir la distancia hasta su objetivo, pasando por delante de Zoe, que agachó la cabeza como medida preventiva, a pesar de que había varios metros entre ellos. La agente lo dejó alejarse lo suficiente para que su anonimato no corriese peligro y recorrió con la mirada el resto del camino que conducía a Cristóbal Fandiño hasta la puerta del edificio. No tardó en atravesarla, lo que recordó a la agente que el cierre estaba roto y permitía el acceso con un leve giro de pomo, como ya le advirtió Marcial el día que apareció el cuerpo de Sasha. Zoe tuvo que acelerar para recortar la ventaja concedida. Instintivamente asió el arma sin sacarla de su funda, como si constatar su presencia fuese una píldora de valor con la que afrontar la situación. Cuando hubo llegado a la puerta, y tras esperar que la luz del rellano se apagase, entró. Lo hizo decidida, silenciosa, presta. Acompañó la puerta para evitar que el ruido la delatase y volvió a cerrar. Su corazón, galopando a mil por hora, era el único sonido que turbaba sus oídos. Se obligó a realizar un par de inspiraciones profundas para hacerse dueña de la situación, pero eso solo surtía efecto en las películas: sus latidos seguían empeñados en despertar a todo el vecindario. Sopesó consultar el móvil para comprobar el paradero de sus compañeros, pero resolvió que el riesgo de que la luz de la pantalla delatase su posición era mayor que el beneficio de conocer la ubicación de Rubio y de Fornet. Comprobó que las luces del ascensor estaban apagadas y que ninguno se hallaba en esa planta y decidió afrontar los cinco pisos por las escaleras. A los dos primeros ascendió con prontitud, dedicando tan solo el tiempo necesario para comprobar que los rellanos permanecían vacíos y los ascensores sin movimiento. En el tercero y

el cuarto, el exceso de pulsaciones le pasó factura y se vio obligada a realizar unos leves descansos para recobrar el aliento. El quinto lo afrontó con la decisión que presupone la placa y con la tranquilidad que exige la lógica. Subió los escalones de uno en uno, con la espalda semiapoyada en la pared. A falta de completar el último tramo de escaleras, la luz que salía de la vivienda a través de la rendija que dejaba el cierre incompleto de la puerta ubicaba a Fandiño en su interior. El cerebro de Zoe trató de elucubrar qué sería tan importante como para haberse arriesgado de esa manera, pero la lógica del momento dedicó todos sus esfuerzos a pergeñar un plan de acción. Avanzó hasta la puerta y trató de observar por la oquedad, aunque para aumentar el campo de visión se vio obligada a desplazarla levemente y esquivar el precinto policial que prohibía, sin el éxito deseado, el paso a la vivienda. Tardó un rato en verlo. Estaba de espaldas a ella y abría y cerraba con celeridad los cajones del armario del salón. Zoe aprovechó el ruido metálico de un objeto, que parecía que Fandiño había llevado del cajón hasta su bolsillo, para entrar en la vivienda con el arma apuntando a su espalda. Lo hizo con sigilo, dando cada paso como si las suelas de sus zapatos estuviesen acolchadas, aun así Fandiño percibió su presencia y se volteó con rapidez. Sus ojos se cruzaron y ambos comprendieron que aquella apuesta tendría un perdedor.

—¡Al suelo! —ordenó Zoe.

—Tranquila, agente. —Fandiño separó y alzó los brazos para mostrar que estaba desarmado, pero dio varios pasos hasta situarse a un par de metros de ella—. No creo que sea necesario ponerse así.

—¡He dicho al suelo!

—No es lo que parece —dijo, recortando otro par de pasos de distancia. Fandiño bajó los brazos y metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón. Zoe se tensionó por completo. Notó el repiqueteo de sus pulsaciones en la sien y apretó con fuerzas las cachas de su pistola, por suerte su cerebro le aconsejó no introducir el dedo en el disparador—. Calma, calma. No te pongas nerviosa. —Fandiño extrajo de su bolsillo un llavero y lo izó. De él pendieron cuatro llaves que agitó con viveza y que provocaron el ruido metálico que la agente creía haber oído con anterioridad—. Solo he venido a recoger esto. Me lo dejé la última vez que estuve con Sasha.

—¿Crees que soy imbécil? ¿Quieres que me trague que sabiendo que estamos encima de ti te has arriesgado a venir hasta aquí solo por unas llaves? ¡Vamos, al suelo! —Zoe agitó el arma indicándole el destino donde

quería que se postrase, sin embargo, Fandiño permaneció inmóvil.

—No son unas simples llaves —explicó—: son las de repuesto de mi mujer y aquí tiene las de su despacho. Hoy me dijo que había perdido la original y que mañana se llevaría la que hay aquí. —Volvió a agitar el llavero—. Se supone que están guardadas en un bote de la cocina, de manera que es impensable que se pierdan, y no quería tener que inventar una mala excusa. Necesitaba comprobar que no os las hubierais llevado vosotros en el registro. No quiero que mi matrimonio se vaya al garete por unas canas al aire. No después de lo que hemos pasado.

—Déjate de soplapolleces y túmbate.

Fandiño dejó caer los párpados y mostró un gesto de resignación. Le dio la espalda a la agente y juntó sus muñecas a la altura del coxis.

Una vez en el rellano, con Fandiño engrilletado, iniciaron el descenso por las escaleras. Comenzaron a bajar los escalones sin vacilar, manteniendo una distancia prudencial que permitía a la agente controlar al detenido, pero al llegar al segundo piso Fandiño se detuvo en seco. La inesperada parada provocó que la agente chocase contra su espalda y se desequilibrase levemente. En ese momento Cristóbal se valió de su mayor envergadura para empujarla con su hombro y hacerla rodar por las escaleras. Después emprendió la huida.

—¿Espera alguna llamada? —Noelia entregó el botellín de cerveza que había ofrecido al inspector y que había ido a recoger de la nevera. Lo encontró con la mirada fija en la pantalla del teléfono y supuso que esperaba alguna noticia importante.

—¿Quién extorsionaba a tu padre?

Noelia sonrió. Estaba acostumbrada a que los hombres se plegasen ante ella, en parte por su posición económica, en parte por su incuestionable belleza, así que comprobar que el inspector era de los que les gustaba marcar el tempo la satisfizo. Se sentía reconfortada sabiendo que la investigación del asesinato de su padre estaba en manos de una persona poco maleable.

—Le llaman el Mariscal.

—¿El Mariscal? ¿Cómo lo sabes?

—He pasado todo el día reunida con el antiguo contable de Ensasana, revisando las cuentas actuales de la empresa y tratando de indagar en todo aquello que no se refleja en los libros de contabilidad, ya sabe. —Noelia

buscó la complicidad de Marcial, pero este se mantuvo impassible, así que continuó—. La cuestión es que me confesó que durante un tiempo mi padre estuvo sufriendo amenazas para que cerrase un acuerdo, supongo que es el que se negó a seguir pagando y que terminó por costarle la vida —su voz se quebró, solo fue un segundo, aunque no pudo evitar que Marcial se percatase—; pero él no estaba cuando se firmó, de manera que no me puede ayudar en eso. Carlos, así se llama, recuerda que mi padre le mencionara a un tal Mariscal. Y no solo eso, ese mismo nombre lo oí yo varias veces durante las horas en las que estuve secuestrada. Hasta ahora no lo había recordado, pero ha sido oírlo salir de su boca y... —otro silencio, esta vez sin que la entereza de su voz se resintiese—. Creo que podría ser el apodo del cabecilla de la banda. Mañana, si a usted le parece bien, puedo acercarme a comisaría y avanzar en lo del retrato robot. No sé cuánto seré capaz de recordar, pero si la simple mención de su nombre ha activado mi cerebro lo mejor será no desaprovechar la ocasión.

—Vamos por partes. —Marcial se puso en pie—. ¿Por qué se ha reunido el anterior contable y no con el actual?

—En primer lugar, por una cuestión de *feeling*; en segundo, porque cuando ocurrió el secuestro, de donde sospecho que nace toda esta mier... Este problema, él era el que estaba en la fábrica.

—¿No te fías del actual?

—No se trata de eso, pero lleva en la empresa menos tiempo y nunca vi que a mi padre le inspirase la misma confianza que Carlos. Es una apreciación personal, por supuesto. No tengo constancia de que tuviese queja de él.

—¿Por qué cambió de contable tu padre?

—Me dijo que Carlos no aprobaba la nueva política de la empresa y dimitió.

—¿No se lo has preguntado a él?

—No pensé que tuviese trascendencia.

Marcial recogió la cerveza que había dejado junto al teléfono y dio un largo trago. Dejó que el líquido apaciguase el mal presagio que le había provocado la llamada de Zoe, y que tenía su atención dividida, e hizo el esfuerzo de centrarse en la confesión de Noelia. Se dirigió a la cristalera del fondo y observó el jardín. La luz artificial desvirtuaba la imagen que había podido contemplar en su visita anterior, donde los rayos de sol nutrían de colores vivos unas plantas que ahora parecían obligadas a disimular su

hermosura. Una sensación similar le proporcionaba Noelia. A pesar de que la muerte de su madre era patente en los surcos de su rostro, su belleza, aun sin pretenderlo, causaba en Marcial un efecto hipnótico que dificultaba su concentración. Por eso, cuando reanudó la conversación lo hizo dando la espalda a sus ojos verdes.

—Necesitaré que me facilite los datos de ambos para investigarlos. Respecto a la operación financiera de la que parece que nace todo este jaleo...

—¿Jaleo, inspector? —Marcial se giró ante la interrupción—. Han asesinado a mi padre de un disparo en la cabeza, sin contar el día y medio que pasé encerrada en un cuarto que olía a orín y vómito, ¿y usted lo llama jaleo?

—No digo que para ti lo sea...

—Pero para usted sí; a la vista está. —Noelia compuso un mohín de disgusto, que Marcial dejó que se disipara apurando lo que quedaba de cerveza.

—Como te decía, creemos conocer el origen de todo esto, solo falta identificar a los autores materiales —expuso, sin querer concretar más de lo estrictamente necesario.

—¿Y qué operación es esa, la que originó el jaleo? —preguntó capciosa.

Marcial observó cómo se agrandaban unos ojos inquisidores, ávidos de sinceridad, cansados de medias verdades. Y a punto estuvo de sucumbir al chantaje de su mirada, pero el miedo a su sed de venganza le mantuvo firme.

—No puedo facilitarte esa información. Aún no.

—Sabe que solo es cuestión de tiempo que la descubra —provocó.

La actitud de Noelia le confirmaba que su decisión había sido un acierto. Sin duda, la pérdida de su madre la había convertido en la mejor baza de Marcial para encontrar al Mariscal o a quienquiera que fuese el brazo ejecutor de Domingo Bernal. Aquel razonamiento evocó una idea. La posibilidad era remota, pero no perdía nada por intentarlo.

—Espera un momento: voy al coche.

Marcial abandonó la casa a toda prisa, ante la atónita mirada de Noelia. Cuando llegó a la puerta exterior oyó cómo se activaba el dispositivo remoto de apertura automática y se giró para comprobar que Noelia lo accionaba desde la entrada de la casa, con la confusión aún cosida a su rostro. Poco después regresó con un folio doblado en su mano y mil nuevos interrogantes en su cabeza. Volvieron al salón, donde recuperaron los lugares en los que habían iniciado la conversación.

—No quiero condicionarte —aclaró Marcial, con el folio aún doblado entre las manos—. Además debes saber que esta imagen es actual y puede que el pelo, tal y como está aquí, no se corresponda con el que tu recuerdes.

—Insinúa que lo que tienes ahí es una foto de...

Marcial no respondió, le bastó con desdoblar la hoja y mostrar el retrato robot que Antonia había facilitado para describir al hombre con coleta que había visitado a Sasha. Era consciente de la carambola que eso suponía, pero una vez comprobado de qué era capaz el empresario no le parecía descabellado intentar buscar una relación más estrecha entre ambas muertes. El rostro descompuesto de Noelia y el apagado progresivo de su mirada confirmaron su teoría.

A punto estaba de acercarse a ella, a sabiendas de que no sabría cómo paliar su dolor, pero, como si el hado quisiera librarle de una tarea para la que no estaba preparado, su teléfono sonó. Vio el nombre de Zoe en la pantalla y se apresuró a descolgar, tatuando a fuego en su memoria un nombre: el Mariscal.

31. La llave del caso

Esta vez la sala de interrogatorios sí era la oficial.

Esta vez su detención había seguido todos los cauces legales y burocráticos habidos y por haber.

Y esta vez, cuando Marcial lo estimase conveniente, sí que tendría que llamar a un abogado.

Por una vez, en estas últimas semanas, la suerte quiso ser aliada de Zoe. Después de rodar por las escaleras y perder la consciencia durante algunos segundos, se incorporó y deshizo el camino hasta la puerta del edificio en un tiempo récord, a pesar de que una hinchazón en su ojo izquierdo había mermado su visibilidad peligrosamente. Al alcanzar el exterior encontró a Rubio y a Fonet levantando del suelo a Cristóbal Fandiño. Justo cuando ambos se disponían a entrar en el edificio, la puerta se había abierto con violencia, escupiéndolo. Enseguida comprendieron que algo no andaba bien, así que se encargaron a abortar su huida.

Por mucho que se empeñaron sus compañeros, la agente rehusó la visita al hospital y se decantó por informar a Marcial de la detención, ahorrándose los hirientes pormenores.

Los agentes, una vez en comisaría, cuando habían asumido que la tarea dura de la noche había sido la detención, comprobaron que lo realmente difícil estaba por llegar. Marcial, tras observar en el rostro de Zoe los rescoldos de la disputa con Fandiño, había perdido los estribos y había acudido en su busca. En su afán por alcanzar la sala de interrogatorios, el inspector había arramblado con todo lo que entorpecía su paso: mesas, sillas e incluso un par de agentes que merodeaban por la zona. No se calmó hasta que Rubio lo placó y Fonet terminó de inmovilizarlo. En ese momento fue consciente de que su actitud tan solo serviría para poner, de nuevo, la investigación en manos del inspector jefe Brau y decidió serenarse.

Zoe no podía negar el poso de satisfacción que el resurgir de la bestia le había dejado. No se alegraba de que Marcial sacase a pasear la ira contenida, pero le reconfortaba saber que se preocupaba por ella.

El inspector, una vez recompuesto, y con su demonio a buen recaudo, resolvió que era el momento de que Zoe y él comenzasen a indagar cómo de importantes eran esas llaves para que Fandiño hubiese cometido la torpeza de entrar en una vivienda donde hacía una semana había aparecido un cadáver. Y en ese punto, con ambos policías sentados frente al acusado, llavero en ristre, se encontraban en ese momento.

—A ver si lo he entendido, melón. Dices que, aun intuyendo que te vigilábamos, forzaste la cerradura para recoger estas llaves —Marcial agitó el llavero—, que dejaste olvidadas en tu última visita a Sasha. Vamos, ni que fueran el anillo de Frodo.

—No es un mal ejemplo, inspector, si tenemos en cuenta que mi mujer enfadada poco tiene que envidiar a Sauron. —Fandiño acondicionó su postura en la incómoda silla, dedicó una mirada despectiva al maltrecho rostro de Zoe y se dirigió de nuevo a Marcial—. Ya le expliqué a su compañera los motivos por los que me urgía encontrar ese llavero; aunque de poco valen ahora: mi mujer se enterará de todo, al fin y al cabo.

—¿Podrías explicar también por qué huiste agrediendo a una agente de la autoridad?

—Yo no la agredí —dijo incómodo—. A ver...Iba sola. Pensé que si escapaba no habría manera legal de demostrar mi presencia allí. Pero no era mi intención hacerle daño.

—Pues tu forma de explicar las cosas —replicó Marcial, señalando el ojo hinchado de Zoe—, al menos con las mujeres, no es muy ortodoxa. Esta va a ser la segunda vez que te sientes ante un juez por no ser muy buen conversador.

—¡Eso no se lo permito! Lo de mi mujer fue un malentendido del que quedé absuelto.

—Una mierda es una mierda —respondió pausado—. Lo que pasa es que recién hecha huele y cuando pasa el tiempo y se seca deja de hacerlo. Pero no olvides que sigue siendo una mierda y como tal has de tratarla.

—Quiero un abogado.

—Y lo tendrás —confirmó Marcial.

—Ahora.

—¡Lo tendrás cuando me salga a mí de los cojones! —El inspector se incorporó y golpeó con ambas palmas la mesa, muy cerca de la posición de Fandiño—. Hasta que no me digas para qué son cada una de esas llaves no llamaremos a nadie, ¿entendido?

No se trataba más que de un farol. En realidad, Fornet y Rubio se estaban encargando de tramitar las pertinentes diligencias que la detención había ocasionado, entre ellas las de avisar al colegio de abogados para que enviasen uno que atendiese, tal y como marca la ley, a Fandiño. No obstante, el órdago surtió efecto.

—Una es de la puerta del jardín, otra de la casa, otra del garaje y la del despacho de mi mujer. Ya le expliqué a su compañera —continuó, con tono de hastío— que son el juego de reserva de mi mujer. Es el que yo usaba para visitar a Sasha cuando salía por la noche de casa. Habitualmente guardo mi juego en la mesilla, de esta forma puedo salir de casa sin necesidad de entrar en la habitación. Mi mujer tiene un sueño profundo, pero toda medida de precaución es poca.

Marcial y Zoe intercambiaron una mirada. La coartada, cuando menos, estaba lograda. La interpretación, con un Fandiño cabizbajo y tono melifluido, estaba acorde a su excusa.

—En fin, ahora es inevitable que mi mujer se entere de todo —finalizó tratando de imprimir dramatismo a su corolario.

Esta vez fue Zoe la que se incorporó. No lo hizo con la brusquedad de Marcial, aunque sí dotó a sus movimientos de una dureza que ella misma desconocía poseer.

—Si no querías que tu mujer se enterara de que la engañabas con una prostituta, haberlo pensado antes de poner tus asquerosas manos sobre ella. Ahora no vengas con argumentos baratos y no trates de descargar tu culpa en otras personas; solo preocúpate porque esa mujer a la que has estado engañando pueda, y quiera, confirmar tu coartada para la noche en la que asesinaron a Sasha, porque si no, lo que menos te va a preocupar va a ser que tu mujer sepa que te gastabas el dinero del paro en putas.

La última frase, con la que Zoe dio por concluida su intervención, y con la que abandonó la sala de interrogatorios, le escoció más a Marcial que al propio Fandiño. No obstante, el inspector sabía que le tocaba rematar la faena que su compañera le había dejado en bandeja.

—Creo que esta vez te metiste con la mujer equivocada. Te vas a quedar aquí hospedado con nosotros unas cuantas horitas más, así que valora si ves importante decirnos algo de lo que callas, porque solo es cuestión de tiempo que de una manera u otra lo descubramos. —Marcial guardó silencio y contempló a Fandiño: quería ver si aprovechaba la ocasión que le brindaba. Este no respondió, así que continuó—. Si por casualidad, antes de las setenta

y dos horas de las que disponemos, no encontramos nada del agrado de su señoría como para que decrete tu ingreso en prisión, te voy a dar un consejo: ten mucho cuidado ahí fuera. Mira siempre a tu espalda, porque el día que menos te lo esperes allí estaré yo para saldar la deuda que tenemos. Solo un mierda le pega a una mujer. No lo olvides.

Marcial abandonó la sala, dando orden a un par de agentes que custodiaban la puerta de que lo condujesen a su celda. Se dirigió en busca de Zoe: tenía un plan.

Aún estaba sofocada por el calentón que le habían supuesto las palabras de Fandiño cuando Marcial la invitó a que lo siguiese. No hablaron ni cruzaron las miradas hasta estar en la guarida del inspector. La primera en hacerlo fue la agente:

—Lo siento, Marcial. Sé que debería...

—Está bien. No importa. Le dijiste a ese malnacido lo que tenía que oír. — Marcial se dirigió a la nevera oculta y extrajo la última cerveza de su interior. La abrió y dio un sorbo—. Tenemos que averiguar por qué son tan importantes estas llaves.

—Pero ¿cómo? No podemos ir a su casa y a la oficina de su mujer y comprobar lo que dice.

—Claro que no. Ni falta que hace.

—¿Entonces?

Marcial volvió a consumir rubia embotellada. Aún le parecía increíble cómo algo tan elemental como la fermentación de un cereal aderezado con la dosis justa de lúpulo podía provocar una sensación de sosiego tan fascinante. A juzgar por la mirada de Zoe, no parecía que ella opinase lo mismo, no obstante, se guardó de expresarlo y dejó, una vez más, que fuese el inspector el que pusiese fin al periodo de reflexión.

—Mañana por la mañana haremos una copia de las llaves, antes de que su abogado las reclame.

—Mañana es...—Zoe consultó su reloj, constató que la media noche hacía rato que había pasado, y prosiguió—: Bueno, ya es domingo.

—No pensaba ir a una ferretería.

Los años comiendo calle habían surtido a Marcial de una buena red de contactos con habilidades de cuestionable honorabilidad.

—Después —continuó—, visitaremos a tu amiga Sonia...

—Susana.

—Susana —repitió con indiferencia—. La de Vigilancia Aduanera. Necesito que le pidas el favor. Sé que es su día libre, pero es urgente: necesitamos que compruebe qué propiedades tiene Fandiño a su nombre.

—¿No es mejor solicitárselo al juez y encargarnos nosotros de eso? —Casi sin haber terminado de preguntar se arrepintió.

—Mejor sí, pero más lento. No estoy diciendo que no sigamos el cauce legal: ese también lo solicitaremos. Pero no estoy dispuesto a que la burocracia me tenga de brazos cruzados.

Si en algo estaba de acuerdo Zoe con su superior era en la escasez de tiempo del que disponían. El plazo concedido por Unai se agotaba y, aunque no sabía cómo, confiaba en que el asunto que había llevado a Fandiño al piso de la rumana ayudase a resolver el caso sin tener que volver a confesarle a Marcial que no le había sido sincera del todo.

—Si dispone de algún inmueble, aparte de su vivienda habitual, probaremos las llaves ahí —concluyó Marcial.

—¿Crees que pudo matarla él?

—Yo no creo nada, Zoe. Ni siquiera sé si lo hice yo.

—Vamos, Marcial. Ambos sabemos que...

—No sabemos nada. Al menos yo no recuerdo nada. Quiero creer que no sería capaz de hacerle daño, pero lo cierto es que no pondría la mano en el fuego.

La ausencia de respuesta, en muchos casos, y este era uno de ellos, es en sí misma una respuesta. Que Zoe no arrojase un argumento de peso para disipar sus dudas era síntoma inequívoco de que la agente las compartía. Una vez más, la experiencia le confirmaba a Marcial que la empatía era uno de los dones más absurdos. No alcanzaba a entender por qué disfrazar los sentimientos con ropajes prestados convertía a los seres humanos en personas.

—De todas formas, si quieres saber mi impresión —reanudó Marcial, tras la no respuesta de Zoe—, te diré que el hecho de que le sorprendieras buscando las llaves entre los cajones lo descarta, con una alta probabilidad de acierto, como su asesino.

—¿Por qué? —preguntó la agente, en gran medida porque su cerebro trabajaba aún en la respuesta que no había sabido dar a Marcial.

—Salvo que la relación de Sasha con él fuese más formal de lo que parece, y te recuerdo que su número no está en el teléfono privado, no tiene sentido

que un cliente guarde las llaves de su casa en los cajones de la prostituta con la que va a acostarse. Por lo tanto imagino que, tal y como nos ha dicho, se las debió dejar olvidadas y tuvo que ser Sasha la que las guardase allí. Y para eso debía de estar viva cuando él se fue de su casa.

—Pudo volver después.

—Sí, pero supongo que hubiese buscado las llaves en ese momento.

—Salvo que no se hubiese percatado todavía de que las había olvidado —rebatí Zoe.

—Por eso he dicho que había una alta probabilidad de que mi teoría fuese cierta y no que estaba absolutamente convencido. De todas formas, si la asesinó, ¿para qué recoger unas llaves y correr el riesgo de que alguien te vea en la escena del crimen?

—Por miedo.

—¿Miedo? ¿A qué? —Marcial dio un largo trago a la cerveza que tenía medio olvidada sobre su mesa.

—Que las relacionáramos con él, por ejemplo.

—¿Y cómo íbamos a hacer eso?

—La gente está condicionada por las series policíacas y las novelas mal documentadas en las que la Policía Científica extrae ADN incluso de las piedras y averigua hasta la tercera generación del portador.

—Visto así... Sigo pensando que lo más probable es que él no lo hiciera, no obstante, ese hijo de puta oculta algo en relación con Sasha, de eso estoy seguro, así que averigüémoslo y sabremos si tenía o no un motivo para acabar con ella.

32. Vuelta a la normalidad

En realidad no tenía ningún motivo para permanecer allí, pero la paz que reinaba en la planta de Homicidios a esas horas de la madrugada le había hipnotizado. Haber recobrado la normalidad con Zoe dotaba a esa tranquilidad de un aroma diferente, más placentero. Era el broche perfecto para un día en el que los acontecimientos se habían sucedido casi sin pausa. Sabía que Sola lo esperaba, y no confiaba que en su estado hubiese sido capaz de retener la orina tanto tiempo, pero aun así no hallaba la fuerza necesaria para afrontar el camino que separaba su silla de la puerta. Ni siquiera la nevera vacía había obrado el milagro. Tuvo que ser el teléfono, como tantas otras veces, el que propiciara un cambio de planes.

Hacía poco más de diez minutos que se había marchado, por eso le sorprendió la llamada. Zoe no era de olvidar cosas y si lo hacía su prudencia le impedía molestar a otra persona salvo causa de fuerza mayor. Todo eso hizo que Marcial descolgase con incertidumbre.

—¿Pasa algo?

—Bueno... Verás... Es que...

—¡¿Qué coño pasa, Zoe?!

—¿Podrías venir a por mí? Estoy en la calle Peroniño, cerca del híbrido ese que dicen que un día será el palacio de los deportes: el coche me ha dejado tirada.

Zoe no lo podía ver, pero las facciones de Marcial se destensaron y dibujaron algo parecido a una sonrisa; y no precisamente por el uso de la palabra híbrido para calificar una obra faraónica que había supuesto una ingente cantidad de euros a los ciudadanos cartageneros y sobre la que se cernía la sombra de la corruptela municipal.

—Claro. Dame cinco minutos.

Colgó y se colocó la chaqueta de cuero. Salió del despacho y comprobó que era el último que quedaba en el departamento. La noche del sábado era, oficiosamente, parte del domingo, así que, salvo los agentes inmersos en una investigación de inminente resolución, y el retén, cada vez más exiguo por la

falta de personal, el resto del departamento de Homicidios se hallaba ya disfrutando de la libertad de una jornada de asueto. Miralles no era una excepción, por lo que la llamada de Zoe cobraba más valor. Bajó al garaje con la sensación de haber recobrado a su compañera, a pesar de su torpeza en el manejo de la situación.

Condujo con una rapidez impropia de él cuando lo hacía de madrugada, despreciando la estampa que la ciudad portuaria le brindaba a esas horas. Cuando llegó encontró su coche, un Clio, orillado en una zona de aparcamientos paralela al arcén. Zoe aguardaba en su interior. Bajó cuando comprobó que el vehículo que estacionaba detrás era el del inspector.

—Gracias —dijo, casi avergonzada, cuando Marcial llegó a su altura.

—¿Qué le pasa? Te advierto que si me has llamado pensando en que puedo solucionarlo es que aún no me conoces lo suficiente: no tengo ni puta idea de mecánica.

—Ya he avisado a la grúa: está de camino. Se ha parado de repente. La batería no es: lo he comprobado.

Se contemplaron en silencio, como si lo hiciesen por primera vez. Era obvio que la compañía de seguros podía mandarle un taxi a casa o que Miralles podía haber acudido a recogerla si ella lo hubiese llamado, sin embargo, era él quien estaba allí.

—¿No me lo vas a preguntar? —Zoe fue la primera en incomodarse con aquel juego de silencios.

—¿El qué?

—¿Por qué te he llamado a ti?

En ese preciso instante apareció la grúa. De ella se bajó un cincuentón con pocas ganas de conversación que, tras haber aclarado con Zoe el destino del vehículo, ejecutó las maniobras pertinentes para izar el coche. En poco más de diez minutos estaban en el punto de partida.

—¿Nos vamos? —preguntó al fin Marcial.

—Me mintió. Fue la noche del jueves. Llegó tarde a casa; cansado y sin ganas de cenar. Me dijo que había estado con Brau por el asunto de Los Mateos.

—No tienes por qué contármelo.

—Pero quiero hacerlo. El viernes por la mañana, cuando el inspector jefe me citó en su despacho, me adelantó que nos iban a asignar de nuevo el caso de Ensasana porque Noelia Crespo les había garantizado que tenía una pista muy fiable sobre la muerte de su padre. Mientras esperábamos a que tú

llegases estuvimos hablando. La verdad es que conmigo siempre se ha comportado bien —se excusó—. Me contó que había pasado toda la tarde y gran parte de la noche con Lasaosa, por unos temas burocráticos. Le pregunté qué tal llevaban lo del ajuste de cuentas y me dijo que estaban muy parados, sin apenas trabajo. —El rostro de Zoe reflejaba indignación.

—Pregúntale dónde estuvo.

Para Marcial la mente humana en general y la femenina en particular eran de una pasmosa complejidad. ¿Por qué, si sabía que le había mentado, no le preguntaba el motivo? No dejaba de sorprenderle la capacidad del ser humano para engullir porquería. Era capaz de sufrir una indigestión por no vomitar una pregunta hiriente; no para el que la recibe, sino para el que la formula. Y es que no hay pregunta más incómoda que aquella cuya respuesta está fiscalizada por una sospecha, pensó.

—No sé si quiero saber la verdad —contestó sin mirarlo a los ojos—. Desde el primer día todo ha sido maravilloso. —Zoe observó el gesto de displicencia de Marcial y se vio necesitada de argumentárselo—. Te dije que desde lo de Villanueva había cambiado...

—No lo ha hecho. Solo lo miras con otros ojos. Como a mí.

Aquella coletilla desvencijó la réplica que usaba como un mantra para defenderse de aquella acusación.

—Antes de trabajar conmigo pensabas que era un ogro desalmado, ahora intuyo que no piensas así. Sin embargo, yo me sigo comportando igual: es tu perspectiva la que hace que me veas de otra forma.

—Te digo que ha cambiado.

—Si estás tan segura, ¿por qué sigues manteniendo tu relación en secreto?

Zoe guardó silencio. La excusa inicial era ocultársela a Marcial, pero eso era evidente que ya era cosa del pasado. ¿Por qué entonces no iban de la mano por la calle como una pareja más? ¿Por qué no se besaban cuando se despedían o reencontraban en un lugar público?

No supo contestar.

O no quiso.

—¿Te llevo? —dijo Marcial para dar por cerrado el capítulo de relaciones sentimentales.

—No me apetece ir a casa.

—No he dicho que fuera a llevarte a la tuya —sentenció Marcial, antes de poner rumbo al 308.

El amor era un sentimiento que Marcial había tardado en paladear, y como todo lo que descubriría a partir de los cuarenta lo saboreaba con cautela, como si temiese que la realidad, tarde o temprano, se lo arrebatase con una de sus bofetadas de verdad incuestionable.

Verla allí, tumbada en su cama, sobre las sábanas deshechas, le evocó recuerdos de un pasado que se le antojaba demasiado remoto. Se acercó a ella y la acarició. Sola tardó en reaccionar pero, como siempre, correspondió a las muestras de afecto de Marcial.

—Vamos, hoy tengo una sorpresa para ti. — La galga bajó con cuidado de la cama y se acercó a Marcial, que le colocó su arnés y acarició con mimo la cicatriz de su cuello.

Bajaron los escalones con la prudencia que requería el renqueo de su compañera, pero en el momento que Sola percibió la presencia de Zoe olvidó cualquier tipo de achaque y aceleró el ritmo hasta llegar a su encuentro. Los ojos de Marcial se velaron. No en vano era la primera vez que no huía de la presencia humana desde que experimentara, en sus propias carnes, su crueldad. Se frotó los ojos y se esforzó en eliminar cualquier rastro de su flaqueza antes de unirse a ellas.

Apenas habían hablado durante el trayecto hasta el descampado. Se limitaron a dejarse guiar por Sola, cuyo aparato locomotor parecía experimentar un efecto estimulante con la presencia de Zoe. Hacía mucho tiempo que compartir un silencio no era tan placentero para el inspector. En su peculiar manera de entender las relaciones sociales, la complicidad entre dos personas se expresaba convirtiendo el silencio en una parte más de la conversación; y eso tan solo se sabía cuando se disfruta de él.

Cogió una piedra del suelo, en un gesto mecánico, y la lanzó. Antes de que Sola moviese un músculo fue consciente de su error, aun así la galga amagó, hasta en dos ocasiones, abortadas por sendos gemidos de dolor, salir tras el guijarro. Marcial acudió raudo junto a ella y la recompensó con suaves caricias que pretendían disculpar su torpeza.

—He aquí el mayor ejemplo de lealtad que verás nunca —dijo, mientras continuaba sobando el pelaje de su amiga—. No ha dudado ni un momento en ir tras lo que yo le lanzaba, sin preguntarse qué era y a pesar del dolor.

Zoe se acercó hasta la posición de Sola, se acuclilló por el lado contrario al que ocupaba el inspector y lo secundó.

—¿Lo dices por Unai? —contestó la agente con una sonrisa que supo a gloria a Marcial.

Ambos enlazaron una carcajada conjunta que terminaba de soldar la complicidad que semanas atrás se había hecho añicos.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Zoe volvió a reanudar la conversación.

—Prueba.

—¿Por qué le colgaste el otro día?

—Te había llamado a ti.

—Estaba ocupada en ese momento.

—Quería hablar contigo.

—Pero...

—Aún no es tiempo de peros.

Zoe calló. Había comprendido que Marcial no iba a decirle el motivo real de aquella actitud infantil que tanto había molestado a Unai y tan bien la había hecho sentir a ella.

—No te engaña con otra, si es lo que piensas. —Marcial se puso en pie y Zoe lo imitó. Sola se alejó de ellos, como si pretendiese darles una intimidad que no habían pedido—. Puedes estar tranquila.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Zoe, aún asombrada de que Marcial hablase de su relación con Unai con esa normalidad.

—Porque sabe que, si lo hace, lo mato.

Cuando el silencio volvió a convertirse en diálogo, Marcial miró a su alrededor y, bajo la tenue luz de un par de farolas, vio el mismo sitio en el que hacía poco más de veinticuatro horas un par de desconocidos le habían molido a golpes. Resolvió que los lugares son simples escenarios donde los actores deciden qué interpretar. Y deseó que el guion que ellos tres habían decido representar tuviese un final menos doloroso.

33. Al margen de la ley

A pesar de que la madrugada del sábado se había estirado hasta las cuatro, el hecho de que Zoe hubiese concertado un encuentro con la jefa de la Unidad Combinada de Vigilancia Aduanera, y que el robo de horas de sueño no se debiese a la compañía de esas despiadadas rubias que le usurpaban el sentido, le hizo madrugar con relativa facilidad. Había ido a recoger a Zoe a su casa y habían desayunado en un bar del que no tenían referencia alguna y al que con toda probabilidad no regresarían nunca. Después, con el rugir de tripas adormecido, se dirigieron a Lo Campano, un barrio marginal donde el menudeo constituía el noventa y siete por ciento del PIB de la zona. En sus primeros años en el Cuerpo, como integrante de los Zetas, Marcial había chupado calle, engullido orgullo y vomitado miedo como todo buen policía que se precie. Y gran parte de aquellas funciones vitales, esenciales para comprender de qué material está hecho el ser humano, las había realizado en ese barrio, en un tiempo en el que la heroína era el alimento básico en la lista de la compra y las agujas infectadas la peor arma a la que enfrentarse. En el haber de aquellos años quedó la red de confidentes de la que a lo largo de este tiempo se había nutrido. Las décadas y el SIDA la habían menguado, pero el grueso seguía sirviendo para saber qué se cocía en los suburbios de la ciudad.

Fue el Hierros quien, sin hacer preguntas, y guardándose mucho de exigir nada delante de Zoe, se encargó de realizarles una copia del juego de llaves en un tiempo razonable. Cuando inició su andadura con el inspector, Zoe se hubiese escandalizado por aquello, sin embargo, ahora, no solo no lo hacía, sino que compartía la importancia de disponer de una copia por si el juez les obligaba a devolvérselas al no poder hallar una relación directa con la muerte de Sasha.

Una vez conseguido su preciado tesoro pusieron rumbo al histórico edificio donde se ubicaban los despachos de Vigilancia Aduanera y desde donde se podía contemplar la imponente arquitectura que el imperio romano había legado a una ciudad que atesoraba más de tres milenios de historia.

Tras pasar el control de seguridad se habían dirigido al despacho de Susana, en el que la jefa de la Unidad Combinada aguardaba su llegada. Una vez realizadas las pertinentes presentaciones, fue la anfitriona quien inició la conversación:

—Ya iba siendo hora de que nos conociéramos. Al menos así le pongo rostro a la persona por la que infrinjo todos los protocolos de Vigilancia Aduanera. —Marcial estrechó la mano de Susana Ibáñez y ocupó una de las sillas que había frente a su mesa, junto a Zoe.

—Se llaman favores —contestó Marcial—. Y no dudes que cuando lo necesites, siempre que esté a nuestro alcance, te los devolveremos.

—No se ponga a la defensiva, inspector. Solo era una broma. —Susana y Zoe intercambiaron una mirada que Marcial pudo cazar a tiempo, pero no supo interpretar—. Estoy encantada de ayudar a una amiga. Además, nosotros tenemos una gran relación con la UDYCO; estoy acostumbrada al intercambio de información con la Policía Nacional. A ver, dígame: ¿qué es lo que necesita con tanta urgencia como para no esperar al lunes?

Zoe observó a Marcial; era consciente de que ese segundo dardo de su amiga no le había pasado inadvertido y temía que una de sus impertinencias terminase por dar al traste con la ayuda que Susana les había prestado desinteresadamente.

—Queríamos saber qué propiedades figuran a nombre de este individuo —dijo mientras entregaba a su amiga un trozo de papel con la filiación de Cristóbal Fandiño.

Pasaron unos segundos en los que el único ruido que se percibía en el despacho era el que provocaban los ágiles dedos de Susana al impactar con las teclas de su ordenador o al pulsar el botón del ratón.

Ni un comentario de Marcial.

Ningún adelanto de Susana.

Ninguna intromisión de Zoe.

Por fin, una vez cesado el danzar de dedos, la jefa de la Unidad Combinada de Vigilancia Aduanera se pronunció:

—Como propiedades de Cristóbal Fandiño solo me aparece un inmueble situado en la calle Picasso, por el código postal diría que está...

—En Ciudad Jardín —interrumpió Marcial—. Es el que tenemos controlado.

El rostro de Zoe reflejaba la misma decepción que el de Marcial. Las posibilidades de averiguar por qué las llaves eran tan importantes acababan

de colarse por la taza del váter. Ciertamente era que aún quedaba el interrogatorio oficial de Fandiño, pero la presencia de su abogado impedía al inspector ser tan expeditivo como requería la situación. A pesar de que Zoe había leído todas las novelas de Lorenzo Silva y su *alter ego*, Bevilacqua, y aun sabiendo que este peculiar guardia civil mantenía la firme convicción de que había que conservar los modales con los detenidos, y si era posible facilitarles el mal trago de hallarse en esa situación, teoría que ella compartía, era consciente de que el *modus operandi* de Marcial se alejaba de aquellas premisas. El inspector había crecido bajo el brazo de una madre déspota y un padre ausente que no habían dejado poso alguno de condescendencia en su manera de entender el mundo.

—No sé si os valdrá —Susana rompió el silencio—, pero aquí, a nombre de Marta Galiano, su mujer, aparece un inmueble, muy cerca del otro, en la calle Carmen Conde. A juzgar por lo que pagan de IBI debe ser una cochera o un trastero.

El hallazgo no garantizaba nada, quizá ni siquiera tenía relación con la investigación, pero la esperanza de estar en el camino correcto duraría, al menos, hasta introducir las llaves en la cerradura.

No hay nada como una verdad a medias para contar una mentira, pensó el inspector.

El juego de llaves que el Hierros había copiado disponía de una que encajaba a la perfección en la cerradura de una cochera situada a pocos metros de la vivienda unifamiliar de Cristóbal Fandiño y Marta Galiano. Efectivamente, aquello parecía un despacho y, efectivamente, pertenecía a su mujer, tal y como rezaba la escritura de la propiedad, pero no tenía nada que lo relacionase con ella. En especial un calendario de 1992, en el que una chica de mirada lasciva exhibía sus pechos ensiliconados, y que pendía de la pared, alejaba la idea de que ese sitio lo frecuentase la mujer de Fandiño. El habitáculo rondaría los quince metros cuadrados y tenía al fondo de la estancia una mesa de despacho con un ordenador de sobremesa. El perímetro estaba abarrotado de estanterías sobre las que descansaban cajas llenas de trastos a los que solo los manitas son capaces de augurarles un futuro diferente al que los condenaría el resto de los mortales.

Los policías, como no podía ser de otra manera, encauzaron sus pasos hacia el ordenador. Se encontraba apagado. Fue Zoe la que lo puso en

marcha, pero ambos se quedaron extasiados contemplando el proceso de arranque y musitando una plegaria silente para que careciese de contraseña.

Hasta ahí había llegado su suerte. La pantalla arrojó un cuadro de diálogo en el que se solicitaba la introducción de una clave de acceso. Zoe y Marcial cruzaron sus miradas y las convergieron en la pantalla de veinte pulgadas. Lo habían visto mil veces en la televisión, unos cientos en el cine y algunas decenas en las novelas: el protagonista psicoanalizaba al sujeto en cuestión y, por una suerte de conexión neuronal que solo tienen los investigadores acostumbrados a jugarse la vida en cada caso, una luz les iluminaba mostrando en su cerebro los caracteres que se ocultaban bajo los asteriscos. Pero por mucho que lo intentó no le sobrevino ni una sola palabra para teclear. Nunca supo si Zoe tuvo ocurrencia alguna, pero si fue así su prudencia les privó de acceder en ese momento al contenido del disco duro de Cristóbal Fandiño.

—Vamos a registrar esto. Procura dejar todo tal y como está: no quiero que una puñetera orden judicial pueda jodernos lo que encontremos —dijo Marcial, aún molesto por no haber podido curiosear en el ordenador.

Vivir en un Estado de Derecho implicaba respetar, entre otras leyes, la Constitución. Y su artículo 18.2 les impedía estar ahí sin la pertinente autorización judicial. Pero esa misma Carta Magna instaba a los poderes públicos a promover un trabajo con una remuneración suficiente, una vivienda digna y una actualización de las pensiones cuyo incumplimiento no parecía preocupar tanto a los leguleyos, así que a Marcial tampoco le supuso recelo alguno usar aquel precepto a su antojo. Tenía una máxima tatuada en su cerebro con la tinta de la experiencia: el orden de los factores no altera el producto. De manera que ya se las ingeniaría para que el juez Cueto le proporcionase la dichosa orden después, pensó.

Estuvieron inspeccionando la cochera, de arriba abajo, durante más de una hora y media con un resultado infructuoso. Finalmente resolvieron, argumentando el allanamiento de Fandiño y la llamada a la víctima la misma noche de su muerte, instar al juez Cueto a librar un mandamiento de entrada y registro de la cochera, cuyo descubrimiento atestiguaron con las vigilancias a las que había sido sometido Cristóbal. Para fortalecer su teoría frente al juez instructor, Marcial arguyó lo inexplicable del regreso al escenario del crimen, habida cuenta que la huida por la ventana del baño demostraba que Fandiño

era consciente de que estaba sometido a vigilancia. Otorgando, por consiguiente, un valor añadido a las llaves que había ido a buscar. Cuando Marcial obtuvo el respaldo telefónico de Daniel Cueto regresó a comisaría, dejando a Zoe a la espera de la llegada del secretario judicial y de los compañeros de la Policía Científica.

Antes de entrar a su despacho una voz lo asaltó:

—El abogado de Cristóbal Fandiño llegó hace veinte minutos, ¿preparo todo?

—Sí. No me interesa encabronarlo mucho. En breve bajo a la sala de interrogatorios, Fornet. —Marcial abrió la puerta y se introdujo en su guarida sin ser consciente del asombro que había generado en el agente que lo hubiera llamado por su apellido.

Una vez en el interior se despojó de la chaqueta de cuero y abrió la mochila, donde había introducido un par de latas compradas en la gasolinera que había junto a comisaría. Dos cervezas y diez minutos: pocas veces una ecuación tenía tan fácil resolución. Abrió la primera e ingirió casi la mitad. Notó cómo su demonio interior se acurrucaba, adormecido, y bebió otro trago para terminar de aplacarlo, algo que no ocurrió hasta que acabó con la segunda. Con él fuera de combate se dirigió al encuentro con el detenido.

El abogado había resultado ser un pipiolo del que no recordaba el nombre, con el que el inspector ya había tenido un altercado en el pasado, y que se había saldado con el rabo del abogado entre las patas, por lo que no hizo falta presentación, aunque sí la hubo entre el detenido y el letrado, permitiendo rememorar a Marcial su nombre: Pedro Calvo.

El interrogatorio transcurrió sin que Cristóbal Fandiño arrojase ningún dato nuevo sobre la importancia de las llaves, y Marcial tampoco se esforzó en demasía para aflojarlo, a pesar de que la presencia del cohibido abogado le tentase.

—El juez nos ha dado una orden para registrar la cochera de la calle Carmen Conde. Así que, si quieres —dijo dirigiéndose a Pedro Calvo—, puedes ir yendo: no creo que el secretario judicial tarde mucho.

Las facciones de Cristóbal Fandiño se endurecieron, exiliando todo rastro de altivez, dejando entreabierta una puerta que Marcial pensaba cruzar.

34. Una comida importante

Zoe había llegado media hora después de que hubiesen devuelto a Fandiño a su celda. Aún disponían de unas sesenta horas antes de ponerlo a disposición judicial, y Marcial era partidario de que las disfrutase. Su experiencia le decía que la segunda madrugada en el calabozo era el punto de inflexión en los detenidos que tenían algo que ocultar. Las dudas de la primera noche se transformaban en certezas en la segunda, sobre todo si, tal y como apreció en el rostro de Cristóbal, sabían que la Policía iba en la dirección adecuada.

—¿Cuánto han dicho que van a tardar los informáticos con el ordenador?
—preguntó el inspector, tras haber oído que el registro oficial había concluido con el mismo resultado que el oficioso.

—Les he dicho que le den prioridad absoluta; le he pedido a Rubio que presione un poco: tiene un amigo en el departamento.

Le complacía la iniciativa de Zoe en los asuntos de los que era responsable. Tanto como el paso atrás que daba cuando le tocaba ser actriz secundaria. Se alegraba de que por fin todo volviese a la normalidad entre ellos, precisamente ahora, cuando la honorabilidad de Santi volvía a estar cuestionada. Afrontarlo con ella de la mano era un poco más sencillo. La velocidad a la que habían acontecido los sucesos en las últimas horas lo habían mantenido ocupado, pero Marcial no lo olvidaba. Parte de su cabeza siempre estaba con Santi; con Marga; con los niños. Su honor estaba entredicho y necesitaba convencerse de que todo tenía una explicación lógica. No podía imaginarlo extorsionando a los extorsionadores: las agallas nunca fueron su punto fuerte; y para eso hacían falta muchas.

O una necesidad muy grande.

La reforma del chalé fue muy costosa, y Marga no tenía un trabajo remunerado desde que se quedó embarazada de los gemelos, así que el único ingreso del que disponían era el sueldo de un subinspector. En su fuero interno, estaba convencido de que el Santi con el que había compartido media vida era incapaz de hacer algo así. Si estaba en lo cierto, la acusación de Villanueva tan solo tendría cabida si pretendía proteger al inspector

Salmerón. Pero ¿por qué? Desde luego algo no olía bien en esa relación. Aún se estaba formalizando en su cabeza la promesa de investigar más concienzudamente al inspector de la UDEF cuando la voz de Zoe le recordó que no estaba solo:

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Te apetece comer en el L'altro Peccato?

La sonrisa de Zoe respondió por ella. Todavía perduraba en su memoria aquella frase que en los albores de su relación con el inspector pronunció el comisario Lasaosa: «El día que la invite a comer en L'altro Peccato podrá decir que se porta bien con usted». Aquel restaurante italiano era sinónimo de buenos momentos para Marcial, la mayoría de ellos con Santi; y en los últimos meses, hasta el consabido desencuentro, con ella.

Estaba a punto de confirmarle lo que su rostro anticipaba cuando la melodía de su teléfono la reclamó. Comprobó que se trataba de Unai y se excusó para abandonar el despacho.

Incluso Marcial, que nunca había gozado del don de descifrar sentimientos ajenos, pudo interpretar el mohín que había reflejado el rostro de Zoe al comprobar quién la llamaba. Se trataba de un gesto de hastío que confirmaba que la herida abierta en su relación con Miralles era mucho más profunda de lo que su compañera sospechaba. Marcial se incorporó y decidió observarla a través de las lamas de la persiana. Pero como si una confabulación maligna le persiguiese, su móvil comenzó a vibrar en la mesa, moviéndose a tal velocidad que amenazaba con precipitarse al vacío de un momento a otro. Corrió hacia él y cuando vio el identificador de llamadas emuló el gesto que con anterioridad había mostrado su compañera.

—¿Marga? —Se podía contar con los dedos de una mano las veces que Marga lo había llamado. Desde el fallecimiento de Santi, él se encargaba de visitarlos con cierta asiduidad para asegurarse de que todo estaba bien, así que no pudo evitar un mal presagio—. ¿Pasa algo?

—No. Al contrario —contestó la viuda al otro lado del aparato—. Me preguntaba si querías comer hoy en casa. Sé que te aviso con poco margen, pero los niños se han empeñado, así que...

—Está bien. No te preocupes: no tengo planes —mintió. Lo hacía por una buena causa: Alfredo y Ana eran su debilidad—. En veinte minutos estoy allí.

Colgó sin esperar réplica. Y sin tiempo a digerir el cambio de planes Zoe

regresó. Lo hizo, como siempre, tras solicitar permiso para entrar, como si fuese incapaz de discernir entre el superior que le dictaba órdenes y el compañero de trabajo que la había invitado a comer. Por eso le gustaba tanto como compañera.

—Unai —dijo señalando el teléfono—. Tendremos que dejarlo para otro día: quiere que coma con él.

—Está bien.

Un silencio denso los separó; un silencio muy diferente al que la otra madrugada los había unido. Un rato después Zoe se dirigía a la salida, pero se detuvo justo antes de asir el pomo.

—Marcial...—dijo, indecisa, mientras deshacía el camino.

—¿Sí?

—Me gustaría que guardases esto. —Zoe sacó del bolsillo un llavero con el logotipo de Renault y extrajo dos llaves—. Es el juego de repuesto de mi casa —explicó.

—¿Por qué?

—Vivo sola, así que si algún día se me olvidan las llaves o las pierdo...

—No me refiero a eso, sino a por qué me las das a mí.

—Porque sé que de ti me puedo fiar —respondió, encaminándose de nuevo a la salida.

Esta vez fue Marcial el que intervino antes de que abriese la puerta:

—¡Zoe! —Esperó a que la agente se volviera—. Si no hay noticias del ordenador, tómate el resto del domingo libre.

—No hace falta...

—Es una orden.

A punto estuvo de esgrimir un «pero», pero sabía cuál sería la respuesta de Marcial.

Al llegar a casa se había encontrado con un Unai cercano, cariñoso, muy diferente al que la noche del jueves le había explicado una patraña y había dado por hecho que ella la engulliría sin más. Incluso había preparado, como recibimiento, una paella de marisco y una ensalada con salsa rosa que ya estaba dispuesta en la mesa, junto a un par de copas de Rioja. No esquivó el beso de bienvenida, aunque logró sortear de forma más o menos convincente el repertorio de carantoñas que Unai había guardado para la ocasión. No pudo evitar pensar en Marcial cuando lo hacía. Cómo anhelaba ese don del

inspector para decir y hacer lo que le venía en gana sin reparar en quién padecía sus consecuencias. Necesitaba saber por qué le había engañado, sin embargo, le faltó decisión para formular la pregunta. No era una situación nueva para ella y por eso no estaba dispuesta a pasar otra vez por lo mismo. Desde fuera podía parecer un asunto baladí, pero la mentira era desconfianza, y la desconfianza una enfermedad silenciosa que roía los vínculos hasta deshilarlos.

Hasta ahora, la relación que había nacido de un calentón en el asiento trasero de un coche se había ido consolidando gracias a la predisposición de Unai, que no había puesto impedimentos a ninguna de sus exigencias, la mayoría de ellas colocadas con el único propósito de satisfacer la parte del subconsciente que se empeñaba en recordarle las advertencias de Marcial. Por eso, compartir ese espacio con él y verlo actuar con normalidad, mientras la cuenta atrás del plazo que le había concedido para demostrar la inocencia del inspector seguía corriendo, se le hacía tan difícil. Aquel cinismo no cuadraba con el Unai que la había conquistado, sin embargo, tenía un gran parecido al que Marcial se había empeñado en mostrarle desde el primer día. Una duda razonable se había instalado en su cabeza y había comenzado a deshacer el equipaje, amenazando con anidar de forma permanente. No obstante, su arraigada costumbre de dejar que los acontecimientos se fueran desarrollando y no forzarlos la condenaban a fingir que todo iba bien.

—¿Qué le queda? Huele de maravilla.

—Ya está. Siéntate —ordenó Miralles, echando un último vistazo a la paella—. Voy a servir los platos.

Zoe impostó una sonrisa y obedeció. Recordó la contundencia con la que Marcial aseveró que no había posibilidad de que hubiese otra mujer en la vida de Unai y la cambió por una sincera, la que a la postre presenció Miralles cuando depositó los platos sobre la mesa.

—Se te ve contenta, ¿mejor con Marcial?

—No diría tanto —mintió—. Al menos ha admitido que la relación con la prostituta era algo más seria que la de una simple confidente. —Zoe soltó la frase sin premeditación—. Te dije que era imposible que Marcial tuviese algo que ver con su muerte.

—No te equivoques, Zoe. Eso es que sospecha que alguien puede descubrir su implicación y ha decidido soltarte la carnaza. ¿No te parece curioso que a los pocos días de confirmar que su ADN está en la escena del crimen se apresure a cambiar su actitud hacia ti?

—¿Insinúas algo?

—En absoluto. Solo digo que te está volviendo a utilizar. Bueno, en realidad nunca ha dejado de hacerlo.

Aquello le dolió. Después de estar haciendo un esfuerzo por guardar la compostura y no arrojarle a la cara lo que el inspector jefe Brau le había confirmado, tenía que soportar que él la tildase de manipulable.

Miralles se percató de que Zoe se había sentido herida por sus palabras y se obligó a matizarlas:

—Perdona. No quería decir eso. No eres tú el problema, sino él. Ya sabes que es experto en manipular personas. O estás con él o contra él. ¡Qué te voy a decir yo!

—Tenemos varias pistas fiables. No creo que tardemos mucho en descubrir quién lo hizo. —Zoe optó por una nueva vía de escape. Su comentario dejaba a las claras que para ella el inspector estaba totalmente descartado, aunque no lo estuviera ni para el propio Marcial —. Está muy buena —dijo mientras introducía una cucharada de paella en su boca.

—Gracias. Por cierto, ¿de quién fue la genial idea de mandarte sola a un seguimiento? Tienes suerte de que ese hijo de puta se contentase con darte un empujón. —Miralles pinchó un poco de ensalada y con el tenedor en alto, y la mirada fija en Zoe, sentenció—. Si te llega a pasar algo...

—No iba sola. Ya te he explicado que Fornet y Rubio venían de camino. La culpa fue mía por no esperarlos.

—Pero ¿pensáis que ese sí puede ser el que mató a la prostituta? —Miralles optó por el cambio de tercio. De nada servía ahondar más en el asunto de Marcial. Al menos no hasta que Zoe recuperase la predisposición de días atrás.

—Marcial piensa que no. Yo, sinceramente, no lo sé. Pero es evidente que algo relacionado con ella hay.

—¿Algo? ¿Cómo qué? —preguntó el inspector con curiosidad sincera.

—Ni idea. Además, no tengo ganas de hablar. —Zoe cogió la copa de vino y le robó un largo trago.

—¿Y qué quieres hacer?

De todo el daño que le había infligido Marcial en las últimas semanas, el que había dejado una herida de peor cicatrización, sin ninguna duda, había sido el de compararla con los antiguos ligues de Unai, sin embargo, estaba a punto de convertirse, por segunda vez en muy poco tiempo, en una de ellas. Aunque esgrimía, a su parecer, un buen motivo.

—No sé. Dímelo tú. —Zoe acompañó el comentario de un movimiento de pierna que alcanzó, con una destreza que ya hubieran deseado alguna de las mujeres con las que la habían comparado, la entropierna de Miralles.

—Creo que se me ocurre algo —replicó el inspector, mientras acariciaba la pantorrilla de Zoe.

—Pero todo tiene un precio. —Zoe lo dijo con una sonrisa en la cara que hacía difícil calibrar la seriedad de la afirmación. Poco después se introdujo bajo la mesa y comenzó a desabotonar el pantalón de Miralles.

El inspector la dejó entrar en faena antes de darse por enterado.

—¿Me estás chantajeando?

—En absoluto: te estoy convenciendo de que estás equivocado.

35. Triste pasado y doloroso presente

La intuición no era uno de sus puntos fuertes, aun así Marcial se percató de que pasaba algo raro mientras, apoyada en el vano, Marga Ayuso pulsaba el botón que permitía la apertura de la puerta exterior.

«La Situación», lo había llamado Arturo Pérez-Reverte en *La reina de sur*. Un matiz, algo extraño, algo que no estaba donde debía, pero que era la señal incuestionable de que un problema serio se avecinaba. En el caso de Teresa Mendoza, la reina del sur, su ejecución; en el de Marcial, algo de menos trascendencia que aún no conseguía vislumbrar.

El rostro circunspecto de la anfitriona, el silencio impropio de una vivienda con un par de niños de nueve años o el frío recibimiento deberían haberlo alertado.

La situación.

Se la encontró de frente, sin el gesto aguerrido que otrora había convertido en su marca registrada, en una especie de logotipo del resentimiento. Buscó la explicación en Marga y esta no pudo y no quiso inhibirse:

—Me lo suplicó. Sé que Santi hubiese hecho lo mismo.

—Deja a Santi en paz. Él no tiene nada que ver con esto—contraatacó Marcial, masticando las palabras.

—No le echas la culpa a ella —intervino por primera vez Dolores Herce—. No se la echas a nadie. Solo escúchame, te lo suplico.

Por alguna extraña razón la imagen de Zoe apareció en su cabeza, misericorde, pidiéndole una oportunidad para ella. No había decidido cómo proceder aún, pero la ausencia de respuesta fue tomada por Dolores como una señal de resignación.

—He venido a pedirte perdón, Marcial. Sé que ahora resulta difícil de entender, pero no fui consciente del daño que te hice hasta que el otro día, en la puerta de tu casa, comprendí que si después de tantos años no había nada en tu interior que se removiera viéndome arrastrarme de esa manera es que no había sido una buena madre. —Dolores acercó la silla de ruedas hacia su hijo.

—Necesito una cerveza —dijo Marcial dirigiéndose a Marga, que

aguardaba a sus espaldas en un incómodo segundo plano.

—Tu padre siempre quiso tener un hijo.

—Me importa una mierda por qué me adoptasteis —interrumpió, sin un atisbo de excitación, mientras recogía el botellín que Marga le había traído—. Lo que no entiendo es por qué te comportabas de una manera tan fría después de todas las molestias que os tomasteis. Y menos aún que lo mantuvierais en secreto todos estos años.

—Ocurrió sin darme cuenta, te lo juro. Al poco de tenerte en casa tu padre...

—Germán —puntualizó.

Dolores alimentó su resignación con orgullo y prosiguió:

—Germán se empeñó en ascender. Para poder darle lo mejor a su familia, decía. —Dolores aguantó, estoica, los golpes del pasado. Cuando se supo vencedora de aquella ignominiosa batalla que libraba contra sus recuerdos, prosiguió—. Con lo que ganaba no nos iba nada mal, pero no quise trincar su sueño y me resigné. Apenas pasaba tiempo en casa. Entre el trabajo y las horas de biblioteca solo aparecía para comer, cenar y dormir, como quien dice. Eso si no tenemos en cuenta los meses que pasaba fuera, de cuando en cuando.

»Lo peor llegó cuando aprobó. Y no solo por los dos años que duró el curso y, en el que venía a visitarnos de uvas a peras, sino por lo que le pasó allí.

Dolores se dio una tregua para pedir a Marga un poco de agua. Se le veía afligida, ausente, transida. Marcial, sin embargo, lo tomó como uno más de sus trucos y se limitó a beber en silencio, confiado en que el final estaba cerca.

—Allí conoció a Ripoll, un compañero catalán. Pronto hicieron buenas migas y no sé cómo, supongo que tantas horas juntos dan para mucho, un día salió el tema de las adopciones. Y conoció la otra cara de la moneda. Por lo visto, años atrás, Ripoll había dejado embarazada a su novia, con el consiguiente jaleo para la familia de la chica. Resumiendo: su padre, con la excusa de enviarla a estudiar al extranjero, la internó en un centro regido por la Iglesia de donde se hicieron cargo de todo. Incluido el bebé, del que el tal Ripoll y su novia nunca volvieron a saber nada. Eso lo marcó. Contaba que su compañero estaba destrozado, que no dormía por las noches y que estaba removiendo cielo y tierra para tratar de dar con el niño, pero en esa época las monjas gozaban de cierta impunidad para, en nombre de Dios, hacer lo que

mejor les viniera a los bebés, según su criterio, claro. Así que centró su vida en buscar a los que se habían hecho cargo de su hijo. Tanto fue así que terminaron por expulsarlo del ejército. Lo último que supimos fue que se había suicidado meses después.

Marcial no se inmutó. No sentía la necesidad de apostillar nada, tan solo deseaba que finalizase su triste alegato.

—Desde aquel momento tu padr... Germán comenzó a mirarte con otros ojos. Se volvió más distante y se refugió en su trabajo. No había misión que no aceptase, aunque tuviese que estar fuera un montón de meses. Yo me encontré criando a un niño que no había pedido, así que imagino que lo pagué contigo. No es que no te quisiese, ni mucho menos, pero me costaba ser cariñosa. Cuando te miraba veía el fracaso de mi matrimonio. Con el tiempo me acostumbré a sus ausencias, pero supongo que el daño ya estaba hecho, tanto en mí como en ti.

Esta vez no quiso ahorrarse las lágrimas. Una vez salió la primera, lenta, vergonzosa, el resto se precipitaron con vehemencia. Marga acudió a prestarle consuelo y Marcial no pudo evitar recrearse en el momento. En la última semana había visto más lágrimas de Dolores que en los últimos ocho años, desde que vaciase sus glándulas lacrimales sobre el cuerpo de un marido que la había convertido en el vestigio de la mujer que ahora contemplaba.

—Perdóname, por favor —dijo cuando recobró la compostura.

—Perdonada. Ahora, si nos perdonas tú, tenemos que comer.

Marcial se levantó y se dirigió a la silla de ruedas. Empuñó sus agarradores y condujo a Dolores hacia la salida. Una vez en la puerta, con Marga atónita en el salón, habló:

—¿Llamo un taxi o viene mi hermanito a recogerte?

—Lo siento, hijo. Lo siento de verdad. No he sido consciente de lo mal que lo he hecho... —lo dijo con la voz rota por el dolor, pero sabiendo que de nada servía a esas alturas. Por una suerte de impotencia y porque siempre fue de morir matando, se dirigió a Marcial recuperando la entereza y el tono de voz habitual—. No tienes corazón. Te di toda mi vida, te di mi matrimonio, te...

—¡Y una mierda! —Marcial volteó la silla y miró a los ojos a la mujer que una vez fue su madre—. Yo fui una obligación para ti, un capricho de Germán que te tocó criar porque no tuvo huevos para afrontar lo que hizo, así que no te debo nada. Durante todos estos años he ido a la residencia a verte

por pura obligación, nunca porque me apeteciera estar contigo. En realidad no te estoy privando de nada. Nos estamos haciendo un favor mutuo, así que no dramáticos. Además, todavía te queda Víctor. A él sí que parece hacerle ilusión lo de montar una familia.

Un taxi adaptado, seguramente llamado por Marga, estacionó en la puerta, dando el combate por finalizado. Marcial entregó la silla al taxista y un billete de veinte euros. Después se despidió de Dolores Herce:

—No hace falta que me los devuelvas.

La noche se había llevado la tarde como un ladrón de guante blanco: sin dejar rastro.

La comida en casa de Marga había respetado todas las solemnidades del funeral familiar que se conmemoraba. Marcial prefirió ahorrarle los reproches por la encerrona y se centró en el asado de cordero, para tres comensales, que Marga había preparado. Tan solo estuvo en casa el tiempo necesario para que Ana y Alfredo, a la hora del café, regresasen de dondequiera que su madre los hubiese confinado para sustraerlos de presenciar su imprevisible reacción. Después de jugar un rato con los niños, más por obligación que por apetencia, se despidió con su protocolario beso en la frente, aunque esta vez les supo diferente a ambos.

Resolvió que encerrarse en casa desde primera hora de la tarde no era la mejor manera de digerir la historia, veraz o no, de su infancia. Ser un lastre, primero para Dolores; luego para Germán, podía explicar numerosos recuerdos que el cerebro, en su afán por perpetuar el instinto de supervivencia, se había empeñado en velarle. Tampoco se sentía con ganas de indagar en ellos. Por suerte, como siempre que requería de una dosis de pensamientos en blanco, sabía a quién recurrir.

Los achaques de Sola parecían remitir a un ritmo vertiginoso, en especial si los comparaba con los suyos: cuarenta y ocho horas después, un anquilosado dolor costal continuaba recordando a Marcial que debía su vida a un desconocido. Aunque esta vez se abstuvo de lanzarle objetos, la galga emprendió, *motu proprio*, un par de arranques que sirvieron de morfina para el inspector. Verla recobrar la vitalidad era, para Marcial, la mejor medicina que podía administrarse, sin miedo a una sobredosis. Una nueva mirada al banco donde se sintió observado por primera vez le sobrevino, y con ello el recuerdo de la carta del asesino del café. Como era recurrente en esas

situaciones, el paso de los minutos en compañía de Sola fue desvaneciendo su interés por todo aquello que no tuviese que ver con ella. Una inoportuna llamada rompió aquel momento mágico.

—¿Sí, quién es? —contestó ante un número no registrado, pero con prefijo de Murcia.

—Hola... —dijo una voz femenina que a Marcial le sonó conocida, aunque no consiguió enlazar con ningún rostro—. Soy Nahia, ¿te importaría... —un sollozo interrumpió la pregunta. Marcial no supo qué decir, así que aguardó a que la completase—. ¿Te importaría pasar por la habitación 352 del Santa Lucía?

—¿El hospital? ¿Te ha pasado algo?

—Mejor hablamos cuando vengas —dijo y colgó inmediatamente.

Se sentía incómodo en los hospitales. El olor a desinfectante y las constantes referencias visuales a la asepsia contrastaban con el mundo real; al menos con el suyo, donde tratar con los peores agentes patológicos de la sociedad era su pan de cada día. La mayoría de veces sin profilaxis que impidiese que la larga exposición terminase por infectarlo. Si echaba la vista atrás, allá por el año 1995, cuando ingresó en el departamento de Homicidios, y la devolvía a la actualidad, podía constatar que no había sido capaz de evitar el contagio.

Con esa sensación de incomodidad caminó por el pasillo de la tercera planta en busca de la habitación de Nahia. Cuando dio con ella entró sin avisar, lo que sobresaltó a la única inquilina de la 352, hasta el extremo de ahogar un grito entre sus manos.

—Perdón —atinó a decir el inspector. Poco después, cuando Nahia apartó las manos del rostro, la preocupación de Marcial se trasladó a otro asunto más perentorio—. ¿Quién te ha hecho eso?

La cara era un mapa de moretones de diferentes tonalidades, un Picasso que abarcaba desde el azulado del ojo hasta el rojo carmesí de la comisura de los labios.

—No lo sé. —El rostro de la joven se compungió, exhibiendo una mueca que en nada hacía recordar a la mujer que Marcial conocía. Aun así pudo contener las lágrimas y recomponer su voz tras la pausa—. Dos hombres me agarraron cuando estaba abriendo la puerta de mi casa y me arrastraron de los pelos hasta el salón. Después comenzaron a patearme por todo el cuerpo.

—¿No dijeron nada?

—Cuando iban a salir por la puerta mencionaron que si me volvían a ver hablando con la Policía me matarían... —El llanto interrumpió la frase unos segundos—, como a Sasha.

Marcial hubiese querido acercarse a ella, prestarle el consuelo que el naranja apagado de sus ojos imploraba, pero ni sabía ni podía. En los dos encuentros que habían mantenido no había mencionado nada acerca de su trabajo; en un primer momento porque el azar había dispuesto que su vivienda estuviese a escasos metros de la de Sasha, pero, sobre todo, porque no sintió tanto la necesidad de desnudar su alma como su cuerpo. Era obvio que había algo que se le estaba escapando. Algún hilo del que no había tirado aún, pero que formaba parte de la madeja. Hubiese querido afectar aflicción, pero su sed de respuestas le privó de hacerlo.

—¿Por qué me has llamado a mí?

El llanto cesó de repente, como si la pregunta le hubiese cogido por sorpresa. Enjugó sus lágrimas con sutileza, para no dañar más unos ojos inundados de tristeza, y respondió:

—Solo he hablado contigo de la muerte de Sasha. —Nahia lo miró a los ojos: demandaba una aclaración. Como no obtuvo palabra alguna de Marcial continuó—. Fuiste el único que acudió a su entierro. Por favor, dime que no eres policía.

Marcial tenía por costumbre no mentir, siempre que omitir la verdad no fuera considerado una mentira, así que abandonó la habitación sin decir nada.

36. Una visita inesperada

Siempre sostuvo que las pesadillas eran una penitencia por no haber sabido domar a su demonio interior; como si la muerte que en ellas acontecía fuese la ración justa para aplacar su apetito. Incluso le parecía un precio razonable si con ello lo mantenía anestesiado durante el resto del día. Por ese motivo no le sorprendió que sus manos cercasen el cuello de Nahia esa noche. Una noche que había durado muy poco para su gusto.

Después de abandonar el hospital había regresado a casa sin poder desprenderse de la sensación de que algo no encajaba, no obstante, decidió no pensar en ello por el momento. Las incógnitas empezaban a agolparse de manera preocupante y él seguía sin encontrar la fórmula adecuada para resolverlas.

La falta de apetito y la imagen del rostro apaleado de Nahia le condujeron a la cama antes de lo habitual.

Los recuerdos y el temor a las pesadillas lo sacaron de ella.

La madrugada lo alcanzó huyendo de los fantasmas del pasado; refugiándose otra vez en el insomnio. Finalmente, fue en el sofá del salón, bajo la atenta mirada de la presentadora del canal de noticias y con la innegociable compañía de Sola, donde el sueño le echó sus redes.

La ducha de agua casi hirviendo le había ayudado a despejarse y a empezar el día con aire renovado. Afrontó el paseo matutino con la intención de olvidarse por completo de que ese no era un lunes más.

Y Sola lo consiguió de nuevo.

No fue hasta que sostuvo entre sus manos la llave cuando tomó consciencia real de que en breve volvería a irrumpir en su vida el asesino del café. Al contrario de lo que opinaba el tango de Gardel, veinte años eran muchos; y en breve haría dos décadas que Marcial cambió su percepción del ser humano. En menos de cinco minutos el 308 estaba estacionado junto a la oficina de Correos. Se detuvo un instante antes de abrir la pesada puerta de cristal y oteó en rededor: sabía que lo estaba observando.

No vio nada.

O no quiso ver nada.

En numerosas ocasiones, a lo largo de los últimos meses, había fantaseado con la posibilidad de volver a cruzarse con él; con que el destino le brindase la oportunidad de saldar las cuentas pendientes. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, desenmascararlo había sido penitencia suficiente para calmar su sed de venganza; como si hubiese firmado un armisticio con una época de su vida a la que se negaba a regresar.

«La vida es un camino de sentido único», se repitió mentalmente.

Puso punto y final a sus reflexiones cuando la voz de una mujer de edad avanzada le exhortó a franquear el paso. Marcial rezongó y se dirigió al rincón donde se apilaban los pequeños buzones y en el que, gracias a unos paneles repletos de publicidad, disponía de cierta intimidad. No le llevó mucho tiempo dar con el que buscaba. Parecía elegido para la ocasión. Estaba situado en la parte inferior de la esquina más distante, ofreciendo una absoluta intimidad de su interior.

Lo abrió.

Casi tuvo que agacharse para comprobar su contenido. Introdujo la mano para cerciorarse de que lo que había visto era real. Su tacto era inconfundible, aun así sacó un fajo para observarlo de cerca. Una pila de billetes de quinientos euros sujetos por una goma apareció frente a sus ojos. No perdió tiempo en contarlos, pero no habría menos de cuarenta. En el interior del diminuto compartimento se agolpaban cuatro montones más: 100 000 euros aproximadamente, calculó al momento. En el centro, enclaustrado entre los billetes, un sobre blanco. Marcial se hizo con él después de regresar el fajo al interior y cerrar con llave. Se dirigió al coche con la misma sensación de vigilancia con la que lo había abandonado. Guardó la llave en el bolsillo interior de la chaqueta de cuero y abrió la carta. La misma caligrafía casi ilegible que lo había llevado hasta allí concertaba una nueva cita con una enigmática frase: «Esta noche me reuniré contigo. No te preocupes ni por el sitio ni por la hora: yo me encargo».

Cuando llegó a la segunda planta de la comisaría y vio a Zoe sabía que tenía noticias frescas: su rostro la delató. Marcial echó un vistazo a su reloj y comprobó que llegaba cincuenta minutos tarde. Aun así paró junto a la máquina del café y solicitó su solo sin azúcar. Zoe no encontró el valor para apremiarlo, a pesar de que su mirada azul y el movimiento de su

coleta evidenciaban su impaciencia. Cuando llegó a su altura Marcial se anticipó:

—A mi despacho —dijo, mientras proseguía su camino.

Había hecho el trayecto desde la oficina de Correos pensando si informar o no a Zoe de su nuevo encuentro con el asesino del café, pero no fue hasta que la tuvo delante, ya en el interior del despacho y con un gesto que demandaba su atención, cuando resolvió que ya le había ocultado demasiadas cosas en las últimas semanas, y esta no sería una más.

—Esta noche voy a ver al asesino del café.

El semblante de Zoe, circunspecto, reflejaba a la perfección cuánto la había sorprendido la noticia. Ella entendía mejor que nadie lo que había supuesto para Marcial descubrir quién se escondía tras aquel seudónimo tan literario. Por un momento sopesó pedirle que no fuese, que enterrase de una vez por todas el capítulo más amargo de su vida. Antes de que pudiera decir nada, Marcial se explicó:

—Se ha puesto en contacto conmigo a través de anónimos, como la otra vez. No sé qué quiere, pero tengo la ligera sospecha de que tiene mucho que ver con las advertencias telefónicas. —Marcial se guardó el detalle del dinero: desconocía su significado.

—¿Dónde, a qué hora?

—Ni idea.

—Pero...

—Aún no es tiempo de peros.

Marcial observó a su compañera. Parecía calibrar los pros y los contras de lo que acababa de escuchar y que no lograba procesar. Finalmente, sabedora de que nada de lo que dijese haría cambiar de opinión al inspector, decidió mostrarle que lo apoyaba. Y lo hizo como sabía que más le gustaría: sin poner objeciones.

—Ten cuidado, por favor.

—Lo tendré. ¿Qué querías contarme? —Marcial señaló la carpeta blanca con el logotipo de la Policía que Zoe mantenía abrazada desde que había entrado. Era su forma de decirle que el asunto del asesino del café estaba cerrado.

—Ah. Sí. —Carraspeó y puso sus pensamientos en orden—. Este es el informe de lo que han hallado en las tripas del ordenador de Fandiño.

Marcial la instó a continuar alzando de mentón.

—En resumen y siempre a falta de que nosotros, los que debemos decidir

qué vale y qué no, le echemos un vistazo, podríamos decir que no han encontrado nada que a simple vista resulte sospechoso. No hay archivos que sugieran actividad delictiva alguna, ni navegaciones extrañas por la red.

—Sigue... —Marcial sabía que Zoe se guardaba lo mejor para el final.

—A excepción de múltiples fotos, unas doscientas, de su hijo, según los de la Científica.

—¿Hijo? El informe no decía...

—Porque no lo tiene —interrumpió Zoe, con esa decisión que adquiría cuando tenía el respaldo de su trabajo y que, por momentos, la alejaba de la agente comedida que conocía Marcial.

—¡Hijo de puta! ¿Un pederasta? —Marcial golpeó la mesa con indignación.

—No. Las fotos son completamente normales —se apresuró a decir Zoe, que había atisbado la famosa «mirada del diablo» emerger en los ojos de Marcial—. El chico en un parque, en los columpios, paseando por la calle, cosas así. La criatura debe rondar los ocho años.

Marcial pareció calibrar la noticia. Que guardara tantas fotos de un niño que no era su hijo se alejaba de los cánones de la normalidad, pero, a falta de conocer el motivo por el que lo hacía, no tenía nada de ilegal. No obstante, la mejor manera de salir de dudas era preguntándole al implicado directamente.

—Dile a Rubio y a Fonet que suban a Fandiño: quiero tener una charla con él.

Zoe estuvo tentada de preguntarle si debían avisar a su abogado también, pero después de tanto tiempo trabajando codo con codo con él sabía cuál iba a ser su respuesta, así que salió del despacho en busca de Fonet, sin poder evitar pensar que ese entente con Marcial podía irse al garete en unas horas si Unai no había cedido a sus convincentes argumentos sobre la inocencia del inspector.

Veinte minutos después Fandiño ocupaba la silla que había frente a Marcial. Se mantenía altivo pese a suponer que si lo citaban después del registro de la cochera era para hablar de las fotos de su ordenador.

Marcial desplegó un abanico de instantáneas extraídas de la carpeta que Zoe había preparado. En todas ellas el protagonista era un chico de unos ocho años, moreno y de mirada clara, en diferentes facetas de su vida: paseando, jugando, haciendo deporte.

—¿Quién es? —Marcial señaló con el dedo el rostro del impúber, sin conseguir que Fandiño arrastrase la vista hacia él.

—¿Dónde está mi abogado?

—No necesitamos a tu abogado: estamos hablando.

—Hasta donde yo sé, si un inspector habla con un detenido, debe hacerlo en presencia de su abogado.

—¡Tú no sabes una mierda! —Marcial se irguió y agarró a Fandiño del jersey, zarandeándolo—. Mira, imbécil, existen dos maneras de hacer las cosas: por las buenas o por las malas. ¿Cuánto crees que vamos a tardar en identificarlo? —Marcial lo soltó y recuperó la posición. Fandiño no se había inmutado—. Tú dirás.

—No diré una palabra si no está mi abogado delante.

Ocurrió de repente. La escena se congeló. Había estado con él de madrugada, en sueños, pero no era nada comparado con la sensación de sentirlo brotar desde su interior en la vida real. No había manera humana de detenerlo cuando alcanzaba el punto de no retorno. Todo empezaba con un cosquilleo por la zona abdominal para, a continuación, inundar el paladar del sabor amargo de la adrenalina que le servía como combustible, provocando una reacción en cadena que anulaba las conexiones neuronales donde albergaba la razón, emergiendo, indómito, para tomar el control de sus actos.

Se abalanzó sobre él, provocando que la silla se precipitase contra el suelo, arrancando un quejido de Fandiño, cuyas manos engrilladas a la espalda habían tenido que soportar el peso de ambos. Marcial se incorporó y comenzó a pisar con violencia desmedida el plexo costal de su oponente. Era tal el grado de abstracción del inspector, que los gritos proferidos por Cristóbal Fandiño se hicieron inaudibles. Tan solo cuando comprobó que alguien lo agarraba por la espalda para separarlo de él recuperó la consciencia. De repente los gemidos de Fandiño, cada vez más comedidos, alcanzaron sus pabellones auditivos. Se giró y comprobó el rostro aterrado de Zoe. Cambió mentalmente el cuerpo derrengado de Fandiño por el de Sasha y perdió la fe en sí mismo. Para cuando hubo reunido los arrestos necesarios para hacer frente a las consecuencias, Zoe conducía a Cristóbal Fandiño fuera de su despacho.

37. El secreto mejor guardado de Sasha

Llevaba una hora recluido en compañía de las tres rubias embotelladas que lo contemplaban, burlonas, sobre la mesa. Poco le había importado que estuviesen calientes: necesitaba domarlo, arrinconarlo nuevamente para poder pensar con claridad.

La imagen del niño de mirada cristalina se había instalado bajo sus párpados. Algo se les estaba escapando. No tenía sentido que Fandiño se hubiese arriesgado tanto regresando a casa de Sasha por unas llaves que había terminado sirviéndoles en bandeja las fotografías de las que ahora se negaba a hablar. Hacía mucho tiempo que Marcial no creía en las casualidades, por eso estaba convencido de que había algún tipo de relación que vinculaba a Sasha, al chico y a Fandiño.

Y pensaba descubrirlo.

Recogió las botellas y las depositó en su contenedor verde particular. Agarró la carpeta y abandonó el despacho eludiendo las miradas del resto de los agentes, manteniendo la suya fija en Zoe, que conversaba con Abelardo, uno de los veteranos del departamento. Cuando llegó a ellos habló:

—Coge tus cosas. Voy a por un coche.

No esperó contestación.

Zoe se atrevió a dirigirle la palabra una vez en el coche, cuando intuyó a dónde se dirigían.

—¿Qué esperas encontrar en casa de Sasha?

—No lo sé.

Zoe prefirió no seguir preguntando. En realidad su cabeza estaba en otro asunto más apremiante: el inminente fin de la cuenta atrás que Unai le había concedido. Comprobó varias veces su móvil para asegurarse de que ningún mensaje le alertase de que el tiempo de Marcial se había agotado. Se apeó del coche y siguió al inspector con la mirada, como si quisiese guardar ese recuerdo para siempre, por si fuese el último que compartiesen como compañeros. Siguió sin decir nada cuando Marcial destrozó el renovado precinto policial, tampoco cuando el inspector empujó con violencia la puerta

en cuya cerradura aún se podían observar los vestigios del paso de Fandiño, en cambio, no pudo seguir callada cuando lo vio con la mirada perdida en la zona donde había aparecido el cuerpo inerte de Sasha. La perspectiva del tiempo y el conocimiento de los detalles que él le había revelado, hicieron que, a diferencia de la primera vez que coincidieron en ese salón, la agente fuese consciente de hasta qué punto le afectaba a Marcial su pérdida. El semblante ensombrecido se había anclado en el parqué durante unos pesados segundos, tras haber escrutado con anterioridad la habitación donde las sábanas habían delatado su presencia. Fue en ese momento cuando se sintió en la obligación de decir algo:

—Si te parece, yo empezaré por los cajones del armario del salón: ahí fue donde sorprendí a Fandiño.

Todo lo que obtuvo de Marcial fue un leve asentimiento antes de dirigirse a la salita que sabía que había al fondo.

Se trataba de un habitáculo pequeño en el que un sillón en forma de ele, una mesa redonda central, un mueble para la tele y un diminuto armario daban una extraña sensación de hogar a un sitio bastante desangelado. El piso apenas contaba con decoración, más allá de unas horteras figuras de cerámica distribuidas de manera aleatoria por las diferentes superficies. Así que, salvo esa habitación, el resto de la casa eran estancias circunstanciales. Todavía no se había decidido a hurgar en las pertenencias de Sasha cuando la voz de Zoe lo sobresaltó:

—Allí no hay nada. —La agente permaneció en la puerta que daba entrada a la salita, como si hubiese barruntado que aquel sitio era especial para Marcial—. El mueble está prácticamente vacío. Algunas facturas de luz, *tickets* de compra de ropa interior y poco más.

Marcial asintió y abrió las puertas del armario que tenía frente a él. No encontró nada relevante. Siguió con las diferentes puertas y cajones, ante la atenta mirada de Zoe. Cuando casi había perdido la esperanza de hallar algo, se le ocurrió desplazar el sofá.

Allí estaba.

Se trataba de una pequeña caja de cartón. La depositó sobre la mesa, la destapó y comenzó a revisar su contenido.

—¿Puedo decirte algo personal? —preguntó Zoe.

—Inténtalo —contestó sin apartar la mirada de los papeles.

—Sabes que lo que ha ocurrido en tu despacho con Fandiño... Ese comportamiento... En el caso de que alguien ponga sus ojos en ti va a jugar

en tu contra.

—Me da igual que alguien pueda sospechar de mí mientras no tenga pruebas. El listado de llamadas y el semen, si es que es mío, es de lo único que tengo que preocuparme. Lo demás no importa.

—Es tuyo —pronunció en un tono casi inaudible.

—¿Cómo?

—El semen, es el tuyo.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Marcial dejó aparcada la faena que estaba realizando para dedicar toda su atención a su compañera, que parecía apocada tras comprobar que el inspector la miraba fijamente.

—Le pedí a Unai que le llevara los resultados a su padre.

—¡¿Que hiciste qué?! —Marcial chilló mientras propinaba un manotazo a la caja, haciéndola volar hasta estamparse con el suelo, esparciendo su contenido.

Zoe observó que el inspector reducía la distancia entre ellos e instintivamente retrocedió un par de pasos. La mirada enajenada que hacía meses que no contemplaba apareció devorando los ojos negros y espesos que a diario la enmascaraban.

—Yo pensé... No sabía... En ese momento...

La mirada de Marcial continuaba perdida y su musculatura se había tensado. El miedo de Zoe había crecido de forma exponencial, así que la agente reculó un poco más. Fue entonces cuando lo vio.

—El chico, ¡ahí! —dijo señalando a las espaldas de Marcial.

Con la misma velocidad que se habían esfumado volvieron los ojos negros a ocupar su lugar. Se giró como si toda su razón de ser fuera dar con el pequeño.

—¿Dónde?

—Ahí, en el suelo, junto a la pata del sofá.

El inspector se dirigió al punto que señalaba el dedo de Zoe. Entre todos los papeles esparcidos por el parqué había un sobre marrón del que escapaban un par de fotografías en las que unos ojos cristalinos acaparaban todo el protagonismo. Las extrajo con suma delicadeza, usando el pulgar y el corazón, y las depositó sobre la mesa circular. Ambos observaron con detenimiento al mismo chico que habían contemplado en el despacho del inspector. En una de las imágenes se le veía sonreír con tanta energía que daba la sensación de que, aguzando el oído, podían oír su carcajada. La otra, más neutra, lo situaba en un parque, jugando al balón con otros amigos de

edad similar.

Zoe despegó la mirada de las instantáneas y la incrustó en Marcial. Aún le temblaban las piernas. Lo había visto perder los papeles en innumerables ocasiones, pero esta vez había percibido algo diferente. Su rostro, sus facciones, hasta sus movimientos parecían los de otra persona. Para Zoe, Marcial se había transformado en un desconocido capaz de cualquier cosa. Incluso de matar a Sasha.

—Hay algo más en el sobre —dijo Marcial, sin haberse percatado de que su compañera estaba divagando.

El inspector sacó un folio doblado del interior, lo desplegó y comenzó a leerlo para sí mismo. Cuando hubo terminado profirió:

—¡Hijo de puta! —Marcial arrojó la hoja sobre la mesa y se sentó en el sofá. Mientras, Zoe la recogió y comenzó a leerla.

—¿Sasha tiene un hijo? —inquirió la agente, asombrada, cuando hubo finalizado.

—Parece que sí.

Cristóbal Fandiño ya ocupaba su silla en la sala de interrogatorios. Marcial y Zoe no lo hicieron hasta que Pedro Calvo, su abogado, apareció. Una vez dispuestos los cuatro en posición fue el inspector quien tomó la iniciativa:

—No tengo intención de perder mucho el tiempo contigo: son las tres y aún no he comido. Así que espero que colabores y, créeme, lo digo por tu bien, porque con lo que hemos encontrado es más que suficiente para que el juez te encierre una buena temporada. —Marcial hizo una pausa, el tiempo necesario para observar el intercambio de miradas entre abogado y cliente, y prosiguió—. Como ya te informó tu abogado, en la cochera que tenéis a nombre de tu mujer, en el disco duro del ordenador, de cuyo teclado hemos aislado infinidad de huellas tuyas, encontramos fotos de este chico —Zoe, atenta, las colocó sobre la mesa, girándolas para que Fandiño las viese de frente mientras el inspector continuaba su monólogo—, así que se nos ocurrió rebuscar entre las cosas de Sasha, por si acaso. —Fandiño irguió la cabeza, desviando la atención de las imágenes a las palabras del inspector—. Y... ¡Oh sorpresa! Hallamos varios sobres como este —señaló el que sostenía Zoe—, si no me equivoco, cuatro, y eso porque no nos esmeramos mucho. Estoy convencido de que con un buen registro encontraríamos muchos más. Bueno, a lo que iba: en el interior no solo estaban estas fotos; había unas cartas

manuscritas en las que se le exigía una cantidad de dinero a cambio de no revelarle al muchacho quién era su madre y a qué se dedicaba. Ahora entiendo un poco más por qué te arriesgaste tanto entrando a su casa. Lo de las llaves fue una buena salida, pero, ya ves —Marcial hizo un gesto con las manos para alertarlo del juego de palabras—, han sido ellas las que nos han llevado hasta las fotos. En fin, volviendo al tema principal, ya hemos contactado con un perito para que verifique que se trata de tu letra. —Marcial volvió a callar, pero esta vez se levantó de su silla y caminó, parsimonioso, hasta colocarse a las espaldas de Fandiño, apoyando ambas manos en sus hombros. Notó cómo se tensaba, con toda probabilidad el recuerdo de la pérdida de papeles del inspector tuvo mucho que ver—. La pregunta es bien sencilla: ¿dónde vive el hijo de Sasha?

Fandiño respondió con celeridad; tanta que a Marcial no le dio tiempo a regresar a su silla.

—Necesito hablar con mi abogado; a solas.

—Cinco minutos —fue la respuesta del inspector antes de instar a su compañera a abandonar con él la sala de interrogatorios.

Zoe hizo el amago de recoger las fotografías, pero Marcial la detuvo con un movimiento de cabeza.

—Déjaselas. Creo que si lo tiene delante reflexionará mejor.

Marcial y Zoe salieron y se dirigieron a la antesala, donde una máquina de café y varios asientos servían de hipotética sala de espera. Se sentaron y permanecieron en silencio un par de minutos, que la agente rentabilizó acopiando valor para dirigirse a Marcial.

—¿Qué piensas hacer, si nos dice dónde está el niño?

A la agente no le había pasado desapercibido el interés que Marcial había mostrado por el chico desde que descubrió las fotografías en casa de Sasha: la había puesto patas arriba hasta dar con el resto de sobres con sus correspondientes amenazas. Zoe no tenía duda de que se acababa de abrir un nuevo frente personal para el inspector. De nuevo con la rumana como epicentro. Tan absorbido se hallaba en la búsqueda de algún indicio sobre el paradero del niño que no había vuelto a hacer mención del tema del padre de Unai.

—Buscarlo.

—¿Para?

—Habrá que comprobar cómo se encuentra y saber si Fandiño cumplió sus amenazas.

—¿Podría ser que el chico fuera...

—¿Mi hijo? —Marcial mostró una sonrisa lacónica—. Imposible. Hace ocho años no la conocía.

—Ya. —Zoe decidió cerrar el asunto del niño para abrir uno que le preocupaba bastante más—. Lo que ha pasado antes... en la casa...

—Ya hablaremos de eso. Aunque espero que seas consciente de que me has condenado. —Marcial se levantó—. Vamos: ya han hablado suficiente.

El inspector hizo ademán de avanzar hacia la puerta, pero se detuvo al comprobar que Zoe no se había inmutado.

—He dicho: vamos —repitió.

—No, Marcial, no. No vamos a ir a ningún sitio hasta que hablemos de lo que ha ocurrido en casa de Sasha.

Marcial la encaró. No era propio de ella lanzar un ultimátum; mucho menos a él. En condiciones normales, el inspector hubiera concatenado varios improperios y hubiera terminando blandiendo el demoledor argumento de que lo había puesto a los pies de los caballos, pero recordó que la había subestimado, y aguardó a escuchar sus demandas.

—Todo lo que he hecho desde el pasado domingo, y cuando digo todo me refiero a todo, ha sido pensando en lo mejor para ti —expuso Zoe—. Siempre me he negado, por mucho que las pruebas dijeren lo contrario, a creer que tú eras el responsable de la muerte de Sasha. Cuando tuve los resultados del ADN en mi poder estaba tan convencida de tu inocencia que le pedí a Unai que hablara con su padre para cotejarlos. Aunque no te lo creas, él siempre te ha defendido. —Las lágrimas abandonaron sus ojos, descontroladas—. Jamás imaginé que el ADN fuera a coincidir.

—Llevas razón: no me lo creo, lo de Miralles, me refiero. —Marcial volvió a sentarse a su lado—. Si hay alguien del que no me fío en todo el departamento es de él. —Zoe fue a replicar, pero el inspector se le adelantó—. Vicente Brau es un hijo de puta, pero va de cara. Miralles siempre navega con viento a favor. Es incapaz de echarse a la mar si no está convencido de poder finalizar la travesía. Así que si los resultados del ADN están en su poder estoy jodido, a menos, claro está, que demos con el asesino, si es que no lo tienes delante... —Nuevamente la agente fue a objetar y otra vez Marcial se le adelantó—. No. No digas nada. Después de lo que has presenciado no tienes que excusarte por no estar convencida de mi inocencia. Ahora, si no te importa, tenemos a un niño en paradero desconocido.

Marcial volvió a incorporarse y entró en la sala de interrogatorios

preguntándose si Zoe no solo había decidido no acompañarlo a su interior, sino en el resto de su vida.

—¿Y bien? —preguntó clavando la mirada en Fandiño.

—Mi cliente no tiene nada que decir —respondió el abogado.

—No te he preguntado a ti, soplapollas —dijo, sin apartar la mirada de su objetivo—. Te lo diré por última vez: ¿Por las buenas o por las malas?

El mohín de Fandiño denotaba que el recuerdo de su pecho aplastado había regresado súbitamente a su memoria, la saliva atascada en su garganta lo corroboraba.

—Sal de aquí. —Marcial se dirigió a Pedro Calvo.

—No pienso dejar que interrogue a mi cliente sin la preceptiva presencia letrada —interpeló, con voz temblorosa.

Marcial se incorporó, y a punto estaba de bordear la mesa en dirección al abogado, cuando un ruido lo alertó de que la puerta estaba abriéndose. Se giró para comprobar quién interrumpía y se alegró de verla allí.

—Déjalo, Marcial. No lo necesitamos para encontrarlo.

—¿Por qué?

La pregunta de Marcial sorprendió a Zoe nada más cerrar la puerta del despacho del inspector.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué, a pesar de todo, sigues confiando en mí?

La agente no respondió enseguida, tampoco reunió el coraje para sostenerle la mirada. Invirtió la incertidumbre de Marcial en responderse aquella pregunta, en primer lugar, a ella misma.

¿Por qué?

Porque en menos de un año le había demostrado que era más leal con los suyos que cualquier otro en toda su vida.

Porque en todo ese tiempo nunca rehuyó su responsabilidad.

Porque había visto cómo la miraba.

Porque necesitaba creer en su inocencia para que su vida no se derrumbase.

Porque quería pensar que rebajarse a ser una simple mujer florero para ganar tiempo con Unai había servido de algo.

—Porque me niego a creer que le hayas fallado a uno de los tuyos. Mira, Marcial —ahora sí lo miraba a los ojos—, en el poco tiempo que llevamos trabajando juntos jamás dejaste de atender un solo paseo de Sola, ni dejaste

pasar más de dos semanas sin visitar a Marga y a los gemelos, ni siquiera olvidas, de cuando en cuando, hablarme de Santi. Por eso, aunque no sepa cómo de unido estabas a Sasha, sí sé que es imposible que la mataras.

—¿Y qué me dices de que su móvil apareciera en mi coche? ¿Y de que tuviera sexo con ella a una hora muy próxima a su muerte?

Zoe agarró la silla y se sentó. El inspector rodeó su mesa e hizo lo propio, situándose frente a ella, esperando oír sus respuestas.

—Lo del teléfono es muy sencillo: es igual que el tuyo. Con el estado en el que fuiste a su casa es probable que te lo llevaras por error. Lo del sexo... — Zoe se ruborizó y apartó la mirada antes de exponer su tesis—. Se supone que si lo practicasteis estarías más relajado, no más agresivo... No sé qué decirte, pero que estuvieses con ella tan tarde no implica que fueras el último en visitarla.

El silencio prolongado de la agente, con la mirada aún esquiva, hizo entender a Marcial que su argumento había terminado. Si la persona que más fe tenía en él tan solo podía aducir una sensación para tratar de exonerarlo era mejor centrar los esfuerzos en otros asuntos más apremiantes.

—¿Cómo vamos a encontrar al niño?

38. Una distancia insalvable

Dio otro sorbo a la cerveza. Era el tercero consecutivo desde que la camarera morena le posase el botellín sobre la misma mesa que había ocupado la fatídica madrugada, y a la que había regresado con la absurda esperanza de atraer los recuerdos perdidos. Zoe lo acompañaba, hierática, con una caña.

Habían acudido al Baros después de comer, con la idea de avanzar en el asunto de Domingo Bernal mientras Fornet y Rubio gestionaban la tarea de buscar al niño de las fotos y que consistía, básicamente, en probar suerte con los números que aparecían en el teléfono personal de Sasha. El propio inspector se había encargado de confeccionar un nuevo listado en el que se incorporaban los que no habían llamado últimamente y se excluía el suyo.

—¿Y si nadie sabe que tiene un hijo? —dijo al fin Marcial, al que el plan inicial de Zoe se le antojaba frágil.

—Pues pasaremos a la opción B.

—Que consiste en...

—Bueno, en un par de fotos de las que he visto me ha parecido reconocer un parque del polígono de Santa Ana. No nos quedaría otra que apostarnos allí y ver si hay suerte, eso o...

—O tener un nuevo encuentro con Fandiño —se anticipó Marcial.

La expresión de Zoe llevaba implícita la aceptación de aquella premisa. Después de tantos meses a su lado, no podía negar que comenzaba a interiorizar su protocolo de actuación.

—Ahí está. —Marcial llevó el botellín a sus labios y señaló a la chica rubia de pechos generosos que se aproximaba a la barra—. Voy a hablar con ella.

—Vamos —corrigió Zoe, provocando un gesto de sorpresa en el inspector.

—Vamos —acató Marcial.

Se levantaron al unísono y aprovechó la distancia para extraer la hoja con el retrato robot del bolsillo de la chaqueta de cuero. Cuando hubieron alcanzado su objetivo dijo:

—Tenemos que hablar contigo. Será solo un momento.

—¿Tenemos? —La camarera escrutó sin disimulo alguno a Zoe—. ¿No te

bastas tú solo?

El inspector puso frente a ella el folio con el retrato que Noelia Crespo había bautizado como el Mariscal.

—¿Te suena?

La camarera lo asió y centró toda su atención en él. Volvió a mirar a Zoe, esta vez con cierto desaire, y se dirigió en exclusiva a Marcial:

—Si le hundes un poco más los ojos, remarcas los pómulos y le cuelgas una sonrisa amarilla, te diría que sí. Pero no lo veo para novio de tu amiga: parece más exquisita.

—¿Suele venir por aquí? —preguntó el inspector haciendo caso omiso al comentario.

—¡Qué va!

—¿Entonces? —intervino Zoe, hastiada.

—Era uno de los que estuvo el otro sábado con Domingo Bernal.

—¿Estás segura? —apremió el inspector.

—Totalmente. Nunca olvido una cara. Y esa menos aún: daba miedo. Llegó el último y se fue el primero. No parecía llevarse muy bien con los otros dos.

—Vamos, Zoe: tenemos trabajo. —Y volviéndose a la chica—. Te debo una.

—Lo sé. Salgo a la una y media. —Le guiñó un ojo y comenzó a trajinar en la barra.

Marcial y Zoe caminaron sin pronunciar palabra hasta llegar al exterior. Una vez fuera el inspector le explicó que el hecho de que el Mariscal hubiese estado en el Baros implicaba pillar en un renuncio a Domingo Bernal, que le había presentado como testigos de su coartada a dos individuos y ninguno de ellos encajaba con la imagen del retrato. El empresario le había mentado, pero ¿por qué? Fuese por el motivo que fuese, estaba claro que pretendía que pensasen que durante esas horas estuvo acompañado. Más que una coartada para él, que se sabía impune, parecía pretender mantener en el anonimato a su perro de presa. Por un momento Marcial sintió cómo una ráfaga de odio recorría su cuerpo al poner rostro al posible autor material de la muerte de Sasha. El autor intelectual le suscitaba idéntica sensación.

Zoe se detuvo, obligando a Marcial, que se encontraba muy lejos de allí, a imitarla. Una vez enfrentados la agente habló:

—Veo que tienes una nueva amiga.

—No es mi amiga.

—Claro —replicó con sonsonete.

—¿En serio quieres hablar de amigos? —La ira engendrada por las conjeturas sobre el asesino de Sasha soltó el freno de mano que el inspector llevaba puesto en el asunto de la vida personal de su compañera—. ¿Te has parado a pensar cuándo nació ese interés de Miralles por ti?

—¿Cómo? —La pregunta pilló por sorpresa a Zoe, cuyo comentario, cargado de intenciones, no tenía la maldad que reflejaba el contraataque de Marcial.

—Digo, que si no te parece sospechoso que Miralles se sintiera perdidamente enamorado de ti pocos días después de que asesinaran al empresario de Torre Pacheco.

—No sé qué pretendes, pero lo que insinúas no me gusta.

—Eso no hace menos válido mi comentario.

—¿Acaso crees que él...

—Solo digo que siempre está pendiente de todo lo que hago y qué mejor manera de controlarme que acaramelar a mi compañera. ¿Por qué coño estuvo en la reunión que se celebró en el despacho de Lasaosa tras la muerte de Sasha? ¿Quieres que te lo diga?

—¡¿Qué te pasa, Marcial?! ¡¿Has perdido el juicio?! —La agente no salía de su asombro ante las graves especulaciones del inspector—. Entiendo que no te caiga bien, pero de ahí a pensar que todo lo que hace es para controlarte, va un trecho. Vigila tu ego: no te deja ver con claridad. Sé que la muerte de Sasha no es una más para ti, pero eso no te da patente de corso.

—No te enteras, Zoe. La muerte de Sasha, por lo visto, no solo me importaba a mí. Entre los números que había en la agenda del teléfono privado de Sasha hallé el de Miralles. Es cierto que no la ha llamado en el último mes, tal y como refleja el listado que nos proporcionó la compañía, pero demuestra que la conocía.

—¿Qué... Cómo...

—Durante la investigación del asesinato de la mujer de Villanueva, Miralles y yo tuvimos nuestras tiranteces, así que le pedí a Sasha que lo sedujera para quitármelo de en medio. Me encargué de obtener un reportaje fotográfico y audiovisual lo suficientemente explícito como para evitar que me molestase durante un buen tiempo. En su descargo diré que él no sabía que ella era...

—¿Que hiciste qué? Estás enfermo.

Zoe se giró y comenzó a dirigir sus pasos hacia comisaría, pasando de

largo el lugar en el que estaba estacionado el coche camuflado que tenían asignado.

Marcial entendió que había perdido mucho más que una batalla.

Afrontó el camino hasta su guarida masticando reproches. Se encerró y con las luces apagadas y los pies sobre la mesa se dispuso a digerir su falta de tacto. Cerró los ojos y dejó que el recuerdo de la confesión escupida a los pies de Zoe la convenciera de que el suyo era un caso perdido; de que era absurdo luchar contra uno mismo. Y quizá fuera mejor así. Aquel secreto era un lastre que había cargado tanto tiempo que para desprenderse de él no le había quedado más remedio que ayudarse de toda la animadversión que Miralles le provocaba, que no era poca. Sin embargo, y aunque nunca había terminado de fiarse por completo de él, fue el primer sorprendido cuando se puso a transcribir los números de la agenda de Sasha y tropezó con las iniciales U. M. Hasta ese momento no se había dado cuenta del detalle, pero el sospechoso silencio que Miralles había guardado sobre la identidad de Sasha, cuando era evidente que la había descubierto, lo alertó. Le bastó con comprobar que era el mismo número que él tenía guardado en su teléfono para convertir el presentimiento en un hecho. Lo que no lograba entender era qué tipo de relación mantenía con ella. Estaba seguro de que cuando le preparó la encerrona no se conocían, así que se tratase de lo que se tratase había surgido con posterioridad, y tenía el suficiente calado como para que se hubiese tomado las molestias de convencer a Lasaosa y Brau de la importancia de su presencia en la reunión que se llevó a cabo en el despacho del comisario la tarde en que descubrieron su cuerpo.

Recobró la verticalidad y encendió la luz. Resolvió aparcar el asunto de Miralles para debatirlo con Zoe cuando regresase. Independientemente de que su comportamiento le gustase más o menos a su compañera, había una cosa que, como agente, no podía negar: la trascendencia de que Miralles se relacionase con la víctima y lo hubiese ocultado.

Abrió la puerta lo necesario para deslizar la mirada hasta la silla de Zoe y constatar que no había regresado. En ese momento vio cómo Fernet depositaba una carpeta encima de su mesa y decidió ir tras él. Lo alcanzó cuando estaba a punto de ganar los vestuarios.

—¿Habéis descubierto algo?

—Lo siento, inspector —fue la respuesta.

—¿Nadie sabe nada del niño?

—No hemos podido hablar con todos, pero la mayoría de los que han atendido nuestra llamada ni siquiera viven en Cartagena.

—Está bien, Fonet.

Marcial regresó sin ser consciente, por segunda vez, de lo curioso que le sonaba al agente su apellido en la voz del inspector.

Llevaba algo más de veinte minutos contemplando el teléfono sin poder quitar los ojos del reloj. Presionaba el botón, dejaba que el terminal se encendiese, miraba la hora, lo contemplaba embobada y cuando la luz se atenuaba repetía la operación, sin dejar que se apagase.

Estaba sentada en un banco de La Alameda, con la cabeza puesta en el plazo de setenta y dos horas que Unai le había concedido y que acababa de expirar. Después de haber aportado la teoría del enamoramiento y haber recurrido a las armas de mujer de las que tanto tiempo había recelado, confiaba en haberlo convencido. Pero la única forma de verificarlo pasaba por acudir a comisaría o llamar a Marcial; y ninguna de las dos le apetecía en absoluto. No podía quitarse de la cabeza la confesión que el inspector acababa de hacerle. ¿Hasta qué punto conocía a Unai? O peor aún: ¿hasta qué punto conocía a Marcial?

Zoe se incorporó, guardó el teléfono en el bolsillo y caminó sin más propósito que el de que sus pies la llevaran donde su cerebro se negaba a ir.

Con todo el ajetreo del día no había reparado en lo más importante: la cita con el asesino del café. Como el encuentro no tenía ni lugar ni hora, Marcial convino mantener su rutina, y esa pasaba por sacar a Sola.

Entró a casa y la bienvenida de la galga, más efusiva que las precedentes, sirvió de termómetro de su estado de salud. Era innegable que mejoraba a pasos agigantados. Se acuclilló para devolverle las carantoñas y permaneció abrazado a su cuello hasta que el animal se sosegó. Después, seguido por Sola, entró en la cocina y sacó una cerveza de la nevera. Cuando consumió la ración pertinente de zumo de cebada colocó el arnés a su amiga y emprendió su ruta.

Caminó con especial atención, a sabiendas de que su rutina, igual que había servido para que un par de energúmenos lo apaleasen, era la mejor baza que tenía el asesino del café para localizarlo. Llegó al descampado sin más

sobresaltos que el que le causó un gato negro que se cruzó, despavorido, por delante de Sola. Sopesó si soltarla o acompañarla durante el paseo: no quería tenerla lejos si ese era el momento elegido para aquella reunión clandestina con su infausto pasado. Finalmente la liberó. La galga trotó alegre bajo la atenta mirada de Marcial. El banco donde se sintió observado por primera vez permanecía vacío, al igual que todo el perímetro del descampado, que parecía sometido a un estudiado toque de queda cuando la noche lo abrazaba. Los minutos pasaron; y pesaron como losas cuando el cansancio hizo acto de presencia en su compañera. Cincuenta minutos después, sin que nadie hubiese osado, siquiera, acercarse a donde estaban ellos, pusieron rumbo a casa.

Abrió la puerta y se agachó para liberar el arnés. Primero escuchó los gáñidos de Sola, después sintió el impacto. La negrura lo invadió todo y los quejidos de la galga fueron pereciendo.

39. Zoe 3.0

Primero fue el dolor pulsátil en la sien, a continuación las laceraciones en muñecas y tobillos, y finalmente la ceguera total. A Marcial le llevó unos segundos comprender que un objeto contundente lo había abatido, unas bridas inutilizaban sus extremidades y un trozo de tela impedía sus ojos.

—¿Dónde está Sola? —pronunció cuando hubo vuelto en sí por completo.

—Después de casi un año sin hablar con...

—¿Dónde?! —gritó.

—¡Ese genio! Debes aprender a controlarlo o te meterás en más de un problema.

—Si le has hecho algo te juro que...

—¡Cuánta agresividad, por Dios! El chucho está bien, no te preocupes. Por lo visto no guarda un buen recuerdo de nuestro último encuentro: nada más verme se ha puesto a chillar como un loco y ha huido.

—¿Está en la calle?

—No era lo que había planeado, pero...

—Como le pase algo, te mato. Te doy mi palabra que dedicaré el resto de mi vida a buscarte y cuando dé contigo me encargaré de matarte con mis propias manos. Y no será rápido.

—Es una pena que lles los ojos vendados: me estoy perdiendo la mirada del diablo, estoy seguro.

El ruido de las patas de una silla arrastrada por el suelo informó a Marcial que su captor había decidido sentarse.

Comenzaba la fiesta.

—Ya está bien de gilipolceces —dijo la voz que diez meses atrás quedó grabada en su cerebro para el resto de sus días—. Dejemos al chucho y centrémonos en lo que de verdad importa.

—¿Qué mierda quieres? —Marcial retorció las muñecas tratando de provocar holgura en sus ligaduras, pero fue en vano. Tan solo conseguía lastimarse a cada movimiento.

—Ya te dije en nuestra última conversación que siempre estaría ahí para

echarte una mano. Creo que el asunto se te está complicando demasiado.

—Estás como una cabra. Di lo que tengas que decir de una puta vez y suéltame.

—¿Por qué me interrumpes? Eres un maleducado; supongo que es culpa de tus padres adoptivos: te malcriaron. En fin, si no es por mí el otro día te matan de una paliza. ¡¿Cómo puedes ser tan tonto?! Llevas dos tíos pegados a la chepa todo el tiempo y ni te enteras. Te lo estoy advirtiendo: «El enemigo está más cerca de lo que puedes imaginar» —recitó con sonsonete.

—¿Por eso dejaste el dinero, por la otra frase? ¿Cómo era... —dijo Marcial que trataba de hilar cabos.

—«La muerte es una puta: con el dinero suficiente siempre se abre de piernas». Y no. No fue por eso. ¡Dios mío, qué torpe eres!

—Entonces, ¿para qué es el dinero? —Marcial hizo un nuevo intento por liberarse: nada.

—Te dije que te ayudaría.

—Ayudarme a qué, pedazo de cabrón. ¿A golpearme la cabeza y atarme a una silla lo llamas ayudar?

—Nunca se sabe qué nos depara el futuro —comenzó, haciendo caso omiso a la última pregunta de Marcial—, aunque en tu caso concreto, parece que te estás esforzando en conseguir lo inevitable: que tu demonio te domine. Si eso ocurre...

—No ocurrirá.

—Cuando eso ocurra —afirmó— ese dinero será tu tabla de salvación; créeme, sé de lo que te hablo.

—Muy bien, muy agradecido por tu charla. Ahora suéltame y déjame salir a buscar a Sola.

—¡Ingrato! —Marcial no supo si el bofetón le dolió más por la intensidad del golpe o porque lo había pillado desprevenido—. Debí dejar que te mataran esos dos.

Hubo unos interminables segundos de desconcierto para el inspector. El silencio y la ausencia de movimientos le hicieron dudar si lo había abandonado a su suerte. Comenzó a zarandear la silla, cada vez con más potencia, ayudando el empujón siguiente con la inercia del movimiento predecesor. Cuando notó que se desequilibraba atenazó todos los músculos y se previno para el impacto, pero este no se produjo. Unas manos le devolvieron la verticalidad nuevamente.

—Aún no hemos acabado. Llevo mucho tiempo observándote; por cierto,

casi me pillas el otro día en el descampado. Pero a lo que iba: eres muy predecible y se lo estás poniendo muy fácil.

—¿A quién?

—¿Quién es el policía aquí? Se supone que ese es tu trabajo. Te echaré un último cable, aunque, como te dije, siempre estaré ahí por si me necesitas...

—¿Necesitar? Estás muy mal, tío. Lo único que necesito es meterte un par de balas en la cabeza, así que te aconsejo que cuando todo esto termine huyas muy lejos, porque si no me voy a encargar de que pagues por todo lo que hiciste.

—¡Te quieres callar de una puta vez, desagradecido! —Acompañó el impropio de un manotazo que se estampó en el pabellón auditivo de Marcial—. Como te decía, y con esto espero que comprendas la segunda parte de mi mensaje, con dinero se consigue todo. Hasta que la muerte acuda donde te interese. El dinero no solo da la felicidad, también la arrebatada a quien tú quieras, recuérdalo. Está bien que quieras saber quién mató a esa puta, pero este asunto es algo mucho más gordo, no lo olvides, al menos mantén la perspectiva. Y hasta aquí puedo leer, como decían en un programa de la tele de los 80. El resto es cosa tuya.

—¿Quieres decir que la muerte de Sasha no es un asunto personal? —Definitivamente había captado su atención.

—¡Dioss! No entiendes nada. No tengo ni idea de por qué mataron a esa zorra; mucho menos de quién lo hizo, pero sí que su muerte te ha puesto en el camino de algo mucho mayor. Te lo repito: el dinero abre todas las puertas. La muerte solo es una puta más que se compra para satisfacer una necesidad. Ahora te toca a ti averiguar el resto —dijo mientras un ruido evidenciaba que regresaba la silla al lugar del que la había recogido.

—¿Me vas a dejar así?

—Claro que no, estúpido.

Lo siguiente que sintió Marcial fue un trapo impregnado de una extraña fragancia cubriendo sus vías respiratorias. Trató de escapar de aquel olor nauseabundo, a pesar de que sabía que era una tarea imposible. Una flojera repentina lo aprisionó y su consciencia fue evadiéndose hasta volatilizarse por completo.

Abrir los ojos le llevó un tiempo, recuperar la consciencia algo más. Cuando el techo dejó de girar pudo comprobar que continuaba en el salón, aunque ya

no estaba atado, ni siquiera permanecía en la silla: estaba tumbado en el sofá. Otro acto acorde al absurdo concepto de protección que tenía el asesino del café, pensó el inspector. Se sentó y aún tuvo que luchar unos minutos más para recobrar la estabilidad. Un par de inspiraciones profundas y un fuerte impulso lo pusieron en pie. Se palpó y comprobó que le faltaba el arma. El subidón de adrenalina eliminó los restos de la somnolencia y lo dirigió hacia la cocina: tenía el paladar seco. Fue allí mismo, sobre la mesa, donde la vio. Su H&K USP Compact descansaba encima de una nota manuscrita cuya letra empezaba a resultar, insultantemente, familiar.

La leyó en voz alta:

—«Si yo fuera tú, dejaría esta en la caja fuerte y cogería la Glock de Santi: quizá tengas que usarla pronto».

Destrozó el folio y lo arrojó al cubo de la basura, después regresó el arma oficial a la funda sobaquera. ¿Cómo sabía él que la pistola que Santi había adquirido en el mercado negro, para proteger a los suyos, estaba en su poder? ¿Desde cuándo lo estaba controlando? ¿Por qué insinuaba que iba a tener que usarla pronto? Y lo más importante: ¿por qué la Glock? Las interrogantes lo condujeron otra vez a las sospechas de corrupción que se habían cernido sobre su amigo. ¿Se referiría a eso cuando había mencionado que se trataba de un asunto mucho más serio que la muerte de Sasha? Todos estos pensamientos se convirtieron en superfluos cuando cayó en la cuenta de que Sola no estaba en casa.

Corrió hacia la puerta, con algo de torpeza todavía, y cerró tras de sí. Comenzó a llamarla a gritos, a pesar de que la madrugada había engullido a la noche y los vecinos a buen seguro dormirían. Sabía que podía haber ido a cualquier sitio, pero decidió empezar su búsqueda por el más sencillo: el descampado. No tardó en llegar. La oscuridad no permitía ver más allá de unos pocos metros, así que fue atravesándolo, tal y como hacía cada noche, mientras la llamaba. Poco tardó en percibir, a lo lejos, el característico ruido de sus patas tomando velocidad. En menos de un segundo se encontraba acariciando la cicatriz que tan mal recuerdo les traía a ambos.

No se dejó sorprender por el amanecer. Después de recoger a Sola había vuelto a casa con poco sueño y muchas incógnitas, así que decidió enfrentarse a ellas cerveza en mano. Hora y media después se acostó con algo más de cansancio y muchas más dudas. Fue la galga quien, poco antes de las

seis, lo había despertado. Bajó de la cama de repente y alzó las orejas, como si tratase de dar alcance a un sonido lejano y, aunque poco después recuperó su posición original, Marcial decidió poner fin a una noche que ya no sería reparadora por el mero hecho de prolongarla un poco más.

Los primeros rayos de sol lo alcanzaron en la ducha y cuando el día amenazaba con asomar la cabeza, él y Sola ya paseaban por el descampado otra vez. Sus primeros pensamientos, en contra de lo que supuso, no fueron para el asesino del café, sino para el hijo de Sasha, y por ende para Fandiño. No le extrañaba en absoluto, a pesar del tiempo que se conocían, que nunca le hubiese hablado de su maternidad: no solían compartir más intimidades que las obligadas por la desnudez de sus cuerpos; y en ese caso la saliva no era vehículo para palabras. Pero no podía evitar que le sorprendiese. Seguramente su precaria capacidad para comprender al ser humano en general y al género femenino en particular le había hecho suponer que la condición de prostituta era incompatible con la de madre. De las amenazas que acompañaban las fotos encontradas en el piso se desprendía que el niño desconocía no solo a qué se dedicaba su madre, sino su identidad. Pero la pregunta en realidad era otra: ¿sabía que su verdadera madre no era la que lo estaba criando? Se sentía en la obligación de averiguarlo. Se lo debía a su amiga. Qué hacer con la información obtenida sería algo que pensaría después.

Era obvio que Fandiño había vivido a costa del miedo de una madre durante bastante tiempo, así que si el plan de Zoe no daba resultado sería él mismo quien se encargase de recetarle una sobredosis de su propia medicina.

«Zoe», pensó.

Sabía que ni el momento elegido ni las formas empleadas habían sido las correctas, pero a la larga, su compañera, se lo agradecería. Miralles le estaba haciendo vivir una mentira de la que algún día tendría que salir. Marcial decidió no malgastar ni un segundo más en el asunto. Confiaba en que Zoe hubiese recapacitado y comprendiese que en el fondo solo trataba de ayudarla.

Ya de camino a comisaría fue Noelia Crespo la dueña de su tiempo. Cada vez estaba más seguro de que el asesino de Lucas Crespo y Sasha eran la misma persona, y que detrás de ambas muertes, de una forma u otra, andaba la mano de Domingo Bernal. Marcial, al igual que cualquier policía que llevase un tiempo prudencial hurgando entre la mierda que se esconde bajo la alfombra de una sociedad capitalista, sabía que sin unas evidencias

irrefutables jamás sentaría al empresario en el banquillo de los acusados y que, aun así, era probable que sus abogados tirasen atrás muchas de las pruebas que se pusieran sobre la mesa. Por eso debía asegurarse, cuando lo acusase formalmente, de tener todos los cabos bien atados. En ese preciso instante recordó que, con las prisas, había olvidado pedir a Noelia el teléfono de los dos contables que había tenido Ensasana en los últimos años. Cogió el teléfono y, sin soltar el volante, le envió un WhatsApp . La respuesta fue casi inmediata, como si la tuviese preparada. El inspector leyó el mensaje en voz alta:

—Ricardo Forte y Carlos Marín. ¡Mierda! —se reprobó. El primero le sonaba, pero su incapacidad para almacenar nombres le impedía saber de qué.

Gimió tan fuerte que hasta ella estuvo a punto de creerse su propia mentira. No era la primera vez que fingía un orgasmo, pero sí la primera que lo hacía por su propio interés, y no para cuidar el ego de algún ligue con poca destreza amorosa. Besó a Unai en la boca, con él aún en su interior, y le mostró su mejor sonrisa antes de desembarazarse de su miembro. Se dirigió al baño y se metió en la ducha.

La revelación de Marcial le había dolido como una cornada. Había sido tan desgarradora que había conseguido que lo viese como un mal compañero por primera vez. Hasta ahora, su actitud con Unai se ajustaba a la perfección al temperamento poco sociable y aguerrido por el que era conocido en comisaría, quizá algo más acuciado que con el resto de integrantes del departamento, pero sin nada que reprocharle más allá del alguna pérdida de papeles ocasional. Esta vez, en cambio, lo que Marcial le había confesado a la salida del Baros era un ataque, con premeditación y alevosía, sobre la persona de Unai, nada que pudiese justificarse con una mala relación personal, ni siquiera con el estado de enfado permanente en el que parecía vivir el inspector. Recordaba, como si fuera ayer, que todo se originó porque Marcial había sospechado que Unai había tenido relaciones con la mujer de Villanueva, lo que desencadenó una pelea entre ambos en la que Marcial sabía que tenía todas las papeletas para ser investigado por lo de Asuntos Internos. Así que usar a Sasha para cubrir una reacción que él había provocado no era una defensa legítima. Sin embargo, no podía negar que los argumentos que Marcial le había arrojado a la cara, pese a estar envueltos en la capa de animadversión que sentía por él, empezaban a cobrar sentido.

Recordaba la insistencia de Unai por salir a cenar esa noche. No era la primera vez que se lo proponía, pero nunca con aquel interés al que terminó por sucumbir. El vino y los *gin-tonics*, sin cardamomo, pero con extra de ojos seductores, hicieron el resto. Y, efectivamente, eso ocurrió pocos días después de que a Marcial y a ella les asignaran el caso del asesinato de Lucas Crespo. Que la mentira de la otra noche coincidiese con el momento en el que le pidió que averiguase si el ADN del inspector estaba en las sábanas de Sasha, y que una vez conocida la identidad de la prostituta —porque a Unai no se le escapaba nada de lo que ocurría en el departamento de Homicidios— no hubiese servido a Brau la cabeza de Marcial en bandeja de plata, evidenciaba que tenía algo que ocultar. No era tan tonta como para creer que su teoría sobre la relación de Marcial y Sasha, y un poco de sexo, habían sido las verdaderas causas por las que Unai había optado por no delatar al inspector.

La Zoe ingenua que investigó la muerte de Enma Novoa se hubiera asustado, pero no la de ahora, no así la curtida a base de golpes y chutes de realidad callejera. Así que, en lugar de esconderse en un rincón y autocompadecerse, había decidido averiguar qué estaba ocurriendo con los dos hombres más importantes que habían acaparado su vida en el último año. Y si para ello tenía que follarse a Miralles como nunca lo había hecho antes, la nueva Zoe lo hacía.

Lo vio atravesar el dintel, desnudo, y volvió a regalarle la sonrisa más sensual de su repertorio. Unai no pudo declinar la invitación y la besó bajo el manto de agua. Un beso que Zoe fue arrastrando, haciendo escala en sus fornidos pectorales, hasta alcanzar su destino: su miembro, flácido tras el éxtasis; y regresando a sus labios tras haberse asegurado de que recuperaba la turgencia necesaria para introducirse de nuevo.

40. Desenmascarando al Mariscal

Lo decidió a la altura de la plaza de España. Había telefoneado a Zoe un par de veces sin resultado, así que supuso que aún no estaría en comisaría. Pasó de largo la entrada al aparcamiento y se desvió por el puente que sorteaba la rambla de Benipila; cuando divisó la mugrienta fachada del Chemica giró a la derecha para encarar la calle Peroniño, sin poder evitar el recuerdo del vehículo averiado de Zoe y todo el cóctel de sensaciones que se avinieron a lo largo de la madrugada. Poco después, un giro a la izquierda y la primera salida de la rotonda de Tentegorra lo ponían camino a La Vaguada.

Aparcó en la misma puerta de la casa. Comprobó que el folio estuviese en el interior de la chaqueta de cuero y pulsó el timbre. Se había cerciorado de que le hubiesen dado el alta antes de acudir: no quería volver a visitarla en el hospital. Se sobresaltó cuando la vio. Había disminuido la hinchazón de su rostro, no así el abanico de colores que lo decoraba y que, lejos de haberse atenuado, había adquirido tonalidades grotescas.

Su gesto se compungió al comprobar que era Marcial quien la visitaba; a pesar del recuerdo de las amenazas, abrió. Nahia condujo en silencio a Marcial hasta un austero salón de corte clásico donde una manta arrebujada sobre un sofá de escay delataba la zona en la que había estado guardando reposo. La apartó y se sentó; el inspector lo hizo frente a ella, en un diminuto taburete que extrajo del interior de una pequeña mesa cuadrada.

—¿Acaso no escuchó cuando le dije que me matarían si volvían a verme hablando con la Policía? —lo dijo con indiferencia, como si en realidad lo que había en juego no le importase.

—Nadie va a volver a hacerte daño.

Nahia le estampó una carcajada cargada de incredulidad.

—Creo que ya sé quién te hizo esto. Al menos uno de ellos.

—¿En poco más de un día? Para que luego digan que la Policía no sabe hacer su trabajo —dijo con desgana.

El inspector comenzó a buscar el folio del interior de su bolsillo.

—Le llaman Mariscal, pero solo es un...

—¿El Mariscal? —El maltrecho rostro de Nahia dibujó un mohín de compleja interpretación.

—¿Lo conoces?

—¿Y quién no?

Marcial le entregó el retrato robot al que Nahia apenas tuvo que dedicarle un segundo antes de contestar:

—Este no es el Mariscal.

—¿Y quién es el Mariscal?

—¿Me lo preguntas en serio?

Cuando hubo terminado de escuchar todo lo que Nahia tenía que contarle sobre el Mariscal subió al coche y volvió a llamar a Zoe. Esta vez la agente atendió el teléfono antes del segundo tono:

—Dime.

—¿Estás en comisaría?

—Por supuesto.

—Perfecto. Voy para allá.

Apenas hubo colgado, Lülu y Kutxi Romero comenzaron a entonar *Tú sin braguitas y yo sin calzones*. El inspector atendió la llamada sin mirar la pantalla, convencido de que sería Zoe, pero la voz que emergió del aparato era la del mismísimo Mariscal.

—Creo que quieres verme —dijo—. Ambos sabíamos que tarde o temprano llegaría este momento. Esta noche a las diez nos vemos. Ahora te paso la dirección por WhatsApp.

Marcial no tuvo opción a réplica porque los tonos le indicaron que su interlocutor acababa de colgar. Trajinó el aparato para ver desde qué número lo llamaba y comprobó que era el que tenía guardado en su agenda: ni siquiera se había molestado en ocultarlo. Sin embargo, lo que más preocupó a Marcial, más allá de la suficiencia que mostraba al llamar a número descubierto, fue la rapidez con la que había llegado a sus oídos que iba tras él. Una sospecha lo asaltó. Frenó en seco y giró en mitad de la calzada que servía de acceso a La Vaguada desde la carretera de Canteras, ganándose una atronadora pitada y un concierto de exabruptos de un par de conductores que tuvieron que detenerse para no colisionar con él. En poco más de un minuto estaba pulsando otra vez el timbre de la casa de Nahia, que al verlo allí se sorprendió.

—¿Marcial?! ¿Se te ha olvidado algo?

—Abre.

Nahia obedeció y Marcial atravesó el jardín a paso ligero, cuando la alcanzó la asió con violencia del brazo y la introdujo en la casa.

—¿Has sido tú?

—¡Suéltame! Me haces daño.

—¿Te dijo él que me lo contases?

—¿De qué hablas? —Nahia se liberó de Marcial y lo miró con incredulidad.

—Me acaba de llamar el Mariscal.

Al inspector le bastó la cara de terror de Nahia para convencerse de su inocencia.

Guiñó un ojo y dijo:

—Si me entero de que has sido tú, lo que llevas en la cara te va a parecer maquillaje de estrella de Hollywood en comparación con lo que te voy a hacer. —Marcial había vuelto a cogerla del brazo, esta vez con delicadeza, y la había conducido al exterior de la vivienda, indicándole que entrase en el coche. Una vez dentro prosiguió:

—Me temo que cuando te hicieron eso —señaló su rostro— aprovecharon para colocar un micrófono en tu casa. No te preocupes: mandaré un equipo para que lo localicen y lo desinstalen, pero no será hasta mañana, así no sospecharán nada. Solo debes tener la precaución de no decir nada que no quieras que se sepa.

Nahia no respondió. Lo miró con una desconcertante indiferencia y regresó a casa. Marcial comprendió que la menor de sus preocupaciones era aquel micrófono.

Parecía ausente, pero Marcial sabía que Zoe no había perdido detalle de lo que le había contado.

Después de asegurarse de que Nahia había entrado en casa y telefonar para exigir que un par de agentes de incógnito la vigilaran las veinticuatro horas del día, había puesto rumbo a comisaría a toda prisa. Cuando accedió a la segunda planta y tras suministrarse el chute de cafeína preceptivo, le pidió a su compañera que fuese a su despacho.

—El testimonio de la amiga de Sasha no es suficiente para detenerlo —dijo al fin.

—Lo sé, pero es un primer paso. Al menos para colgarle la muerte de Lucas Crespo, la de Sasha...

—No sabemos si lo hizo él —afirmó con maldad.

—Siempre podemos preguntárselo —respondió clavándole la mirada.

Zoe no contestó. Se limitó a pedir instrucciones:

—¿Cuál es el plan?

—Se siente inmune y quizá eso nos permita extraerle alguna confesión. Busca un equipo de grabación.

—Sin autorización judicial no nos valdrá de nada —añadió Zoe, a sabiendas que eso ya lo sabía Marcial.

—Ya me ocuparé de eso más tarde. Nadie de esta comisaría debe saber que nos vamos a reunir con él, y mucho menos que vamos a grabar la conversación. Nadie —repitió Marcial sin necesidad de explicitar a quién se refería en concreto: Zoe lo sabía.

—Como tú digas.

La agente se incorporó y se disponía a ejecutar la orden cuando Marcial la detuvo.

—Zoe... No me arrepiento de lo que hice...

—Lo sé: te conozco.

—Te voy a demostrar que no me equivoco, pero...

—Aún no es tiempo de peros —pronunció Zoe, ante un estupefacto Marcial.

La agente abandonó el despacho sin mirar atrás. No le costó ser antipática: había aprendido del mejor.

Nunca se le había dado bien esperar. Las constantes consultas al reloj mermaban su paciencia.

Llevaba un par de horas recluido en el salón de casa, sentado sobre la alfombra y con el cuerpo de Sola desplomado sobre las piernas amenazando con hacerle perder la sensibilidad del tren inferior. Aun así, se limitó a volver a acariciar su cuerpo una vez más: disfrutaba viéndola tan relajada. Sus preocupaciones en ese momento eran por cosas más serias que un dulce hormigueo de piernas. Seguía sin haber recibido ninguna dirección para el encuentro con el Mariscal, sin duda, era una manera de evitar que acudiesen con un plan bien urdido. Tampoco había recibido aún la confirmación de que Zoe tenía todo lo necesario para grabar la conversación.

Fue al pensar en ella cuando entendió que esa era su mayor preocupación, lo que le había hecho estar inquieto desde que llegó a casa. La había maltratado desde que supo lo de Miralles, para después comprobar que incluso cuando las evidencias mostraban otra cosa ella seguía de su lado, sin embargo, al parecer, hasta la comedida Zoe Ochoa tenía un límite. Su actitud en el último encuentro, desafiándolo con sus propias armas, parecía ser un punto y aparte. Por un momento se detuvo a imaginar cómo sería empezar otra vez de cero con un nuevo compañero y sintió vértigo. Debía decidir entre lo que dictaba el corazón, donde Zoe había conseguido encontrar un hueco entre tanta piedra, o la cabeza, donde Miralles se había instalado en forma de molesta jaqueca.

El sonido de un WhatsApp lo alertó. El respingo repercutió en Sola, que se incorporó para facilitar a Marcial alcanzar el teléfono. Se trataba de Zoe que, una vez más, parecía intuir cuándo su nombre revoloteaba por los pensamientos de Marcial. Era un mensaje escueto y directo:

«Ya tengo todo listo».

Marcial respondió al instante, también sucinto:

«OK. Nos vemos a las 20:00 en comisaría».

Dos horas era tiempo más que suficiente para preparar todo; incluso una disculpa.

Hacía tiempo que no le sorprendía verla tan concentrada en el trabajo, sin embargo, esta vez era diferente. Su mirada, por lo general limpia, cargaba el peso de una responsabilidad que Marcial no supo adivinar.

Había entrado al despacho con paso raudo, portando dos equipos completos para realizar escuchas; los había depositado en la mesa de madera que había junto a la entrada y había comenzado a desglosarle los pormenores de sus actuaciones desde que Marcial le ordenase agenciarse los equipos de grabación. Había sustituido las sugerencias por afirmaciones y obraba como poseída por una fuerza desconocida. No había hecho referencia en ningún momento a las palabras que el inspector le había escupido tras salir del Baros, aunque su frialdad, patente hasta en sus movimientos, gráciles por lo común, regios en ese momento, hablaban por ella.

—Será mejor que llevemos uno cada uno —dijo señalando los micrófonos inalámbricos—. Si no me equivoco, en ningún momento ha dicho que me permitirá presenciar la conversación, así que no podemos arriesgarnos.

Había pronunciado aquella frase tras un prolongado silencio sobrevenido por el desconcierto que había supuesto en el inspector la actitud marcial de su compañera. En condiciones normales, Zoe hubiese usado como nexo una pregunta para cerciorarse de que había digerido la primera parte de la información, pero esta vez la había obviado y había continuado, como si fuese una máquina programada para realizar un trabajo en concreto.

Había sido testigo de excepción de la defunción de la agente tímida que no arrostraba valor ni para sostenerle la mirada, y del nacimiento de una Zoe comedida que, si bien no plantaba cara, no se conformaba con ser mera espectadora de las decisiones que él tomaba. Pero la que tenía frente a sí, con los ojos inyectados en rencor, era otra diferente. Se trataba de la versión más actualizada de la agente Ochoa. Una mujer independiente que no se limita a recibir órdenes y ejecutarlas, sino que las ponía en entredicho y las pulía a su antojo. Marcial se sintió contrariado. Haberla conducido hasta allí era un dudoso mérito que lastrar en sus espaldas. Hasta ahora el peso de la culpa era liviano; una mochila cuyo contenido no perturbaba su día a día salvo en contadas ocasiones. No estaba seguro de que la última pieza cobrada obrase de la misma forma sobre su consciencia.

—Así lo haremos. Escucha, Zoe...

Un par de pitidos alertaron a Marcial de la entrada de un mensaje. Cogió el móvil y lo consultó:

«A las 22:00 en la Muralla del mar, 7, ático. Recuerda que es una reunión informal. No se precisa corbata». El texto iba acompañado de unos iconos donde una redondeada cara amarilla reía a carcajada limpia mientras de sus ojos brotaban lágrimas. El inspector mostró su contenido a Zoe y ella aguardó expectante.

—El cabrón se permite hasta bromear. —Marcial copió el texto y se lo envió a su compañera—. Comprueba a nombre de quién está la propiedad. —Miró el reloj—. Tienes veinte minutos.

Zoe no dijo nada. Se dirigió hacia la salida, pero se detuvo ante las palabras de Marcial:

—Zoe, siento no habértelo dicho antes... —Las palabras tropezaron en su boca, poco acostumbrada a liberar disculpas.

—No es el momento de asuntos personales: tenemos trabajo. —Y se fue.

41. El exhibicionismo del Mediterráneo

La muralla de Carlos III databa del último tercio del siglo XVIII. Se trataba de una fortificación abaluartada que de forma perimetral recorría la Cartagena de la época y que se decidió construir cuando la ciudad, allá por el 1728, fue decretada capital del Departamento Marítimo del Levante; con la idea, corroborada más de un siglo después con la Guerra del Cantón, de convertir Cartagena en una ciudad inexpugnable. En la actualidad seguía siendo un exponente arquitectónico que definía la ciudad; un deleite para turistas y autóctonos. Que el Mariscal hubiese elegido como lugar de encuentro un edificio situado tras las escalinatas de Víctor Beltrí, que dos siglos después abrían la muralla al Mediterráneo, y con unas imponentes vistas al edificio modernista que albergaba el Museo Nacional de Arqueología subacuática, era un silogismo indecente de lo que iba a suceder en aquel escenario.

Tras confirmar que la propiedad estaba a nombre de una de las sociedades a las que Mariscos Bernal había hecho un préstamo, habían puesto rumbo hacia la dirección que les había facilitado. El camino hasta el puerto había sido incómodo para ambos. Ni Marcial ni Zoe disfrutaron con el silencio que había presidido el recorrido. Tan solo una pregunta, cuando estaban a punto de llegar a su destino, había sesgado el ambiente tenso que se había instaurado en el interior del coche:

—¿Mariscal? ¿Te dijo la amiga de...

—Nahia.

—¿Te dijo Nahia por qué lo llaman así?

—Me explicó que se lo autoimpuso. Le gusta el juego que se crea entre marisco y mariscal. Al parecer solía frecuentar a varias prostitutas, entre ellas a Nahia, pero tenía especial debilidad por Sasha. —Marcial comprobó que el gesto de su compañera reflejaba un «no es el único», pero desechó entrar al trapo—. Las obligaba a que lo llamaran así mientras follaban. Al parecer, una semana antes de que asesinaran a Sasha pasó varias veces por La Vaguada exigiendo que lo atendiese allí, algo que, por supuesto, no hizo; lo que desencadenó alguna que otra salida de tono de Domingo, poco acostumbrado

a que le nieguen cosas, y que Nahia pudo presenciar desde la intimidad de su jardín.

Un leve asentimiento fue el último intercambio entre ambos hasta finalizar el recorrido.

Marcial y Zoe, equipados con los micrófonos inalámbricos, esperaban, como soldados disciplinados, a que el Mariscal estimase conveniente franquearles el paso a su particular castillo. Un ruido estridente liberó la tranca imaginaria y les permitió sortear la pesada puerta metálica de color negro que contrastaba con el blanco impoluto de la fachada. Subieron al ascensor y constataron que la construcción disponía de seis alturas y un único ático, que disponía en exclusiva de las espectaculares vistas de la bahía.

Cuando llegaron arriba, un opulento rellano marmóreo les dio la bienvenida. La puerta de la vivienda estaba abierta. Antes de entrar, de forma instintiva, Marcial acarició las cachas de la pistola situada en la parte trasera de su pantalón.

—Pasad —oyeron en la lejanía.

La vivienda, como se suponía desde el exterior, era de unas dimensiones descomunales. Marcial y Zoe avanzaron por un recibidor cuadrado en el que las paredes, inmaculadas, solo albergaban un diminuto aparador. Lo abandonaron por la única vía posible y se adentraron en la estancia de donde procedía la voz. El amplio salón, de corte clásico y ornamentado con vetustas maderas veteadas, moría en unas cristaleras que servían de acceso a una lujosa terraza. Una pérgola de estructura metálica, cuyo techo había sustituido el toldo por un cielo estrellado, ocupaba la parte más cercana al mar, dando cobijo a un par de sofás, una hamaca y una gran mesa central. La opuesta, la orientada hacia el parque Torres, permanecía diáfana.

Domingo Bernal había ocupado un lugar en el sofá, justo enfrente de los policías, que habían optado por permanecer en pie a pesar de la invitación del anfitrión. Habían declinado, también, el ofrecimiento para acompañar la copa de vino que el empresario sostenía mientras los contemplaba, altivo. Domingo vestía un elegante traje negro, con camisa blanca y corbata roja, que se ceñía a la perfección a su cuerpo e iba acorde con la opulencia que se palpaba en el ambiente.

—Lucas Crespo dejó de pagarte, lo entiendo, pero ¿por qué matar a Sasha?

—disparó Marcial.

—Cálmese, inspector... Solo. —Domingo hizo una pausa para comprobar la reacción de Marcial, al que parecía no importarle la broma sacada a colación de su misterioso primer encuentro bajo el puente de la autovía—. No puede ir acusando a diestro y siniestro de ser un asesino. Yo nunca he matado a nadie.

—Según la ley de este país, ordenar matar a alguien es, a efectos penales, lo mismo que matarla con tus propias manos —reaccionó el inspector.

Domingo no respondió enseguida, prefirió macerar la respuesta acompañándola de un sorbo de vino. El empresario desvió la mirada de su interlocutor y la puso en Zoe, después volvió a dirigirse a Marcial:

—Es usted un maleducado, inspector. Ni siquiera me ha presentado a su compañera. —Domingo se incorporó, depositó la copa de vino sobre la mesa de mármol y se dirigió a la agente—. Zoe Ochoa, si no me equivoco. —Le ofreció la mano. La agente le correspondió—. La novia del inspector Miralles, ¿no es así?

La estupefacción se hizo patente en el rostro de ambos policías, que intercambiaron una fugaz mirada que no pasó inadvertida para el empresario.

—No deberían sorprenderse: yo también he hecho mi trabajo —aseveró—. Por cierto, inspector, ¿cómo está Sola? Mejor, según tengo entendido.

Los ojos de Marcial se inundaron de odio y la bestia de su interior comenzó a desperezarse. Domingo no se había percatado porque, tras realizar la pregunta, se había girado en busca de su copa de vino. Zoe, en cambio, fue consciente de que todo podía irse al traste si no actuaba con rapidez. Si perder los papeles era una mala idea en cualquier situación, ante un empresario cuyos tentáculos abarcaban hasta lo inimaginable, y con unos micrófonos como testigos inmortales del suceso, se antojaba el peor escenario posible para llevarlo a cabo. Por eso la agente dio un par de pasos y asió con fuerza el brazo de Marcial que, ante lo inesperado de aquel contacto, dirigió sus ojos amenazadores hacia su compañera. Ella se limitó a realizar un gesto de negación con la cabeza que, para sorpresa de Marcial, fue suficiente para arrinconar a su demonio interior. Cuando Domingo Bernal se giró, con la copa ya en la mano, el inspector y la agente habían recuperado la compostura sin levantar las sospechas del empresario.

—Tenemos pruebas de la extorsión a la que sometiste a Lucas Crespo, también de tu implicación en el secuestro de su hija y vamos a poner en manos del juez toda la documentación que avala que Mariscos Bernal está

blanqueando dinero a base de coaccionar a otros empresarios para que acepten préstamos que no necesitan. —Marcial lanzó el farol. Pensó que mezclar realidad y ficción, igual que en el cine, podía dar resultado.

—Veo que ha hablado con el inspector Salmerón. Pobre, al final lo apartaron de la investigación. ¿Sabe por qué, inspector Solo? —Domingo se respondió a sí mismo—. Porque se quiso pasar de listo. Y con Domingo Bernal nadie juega.

»Dice que tiene evidencias sobre un supuesto blanqueo de capitales; está bien, pruebe a ponerlas en manos de un juez. —Agitó la copa y dio otro sorbo—. Ummm, magnífico. Vega Sicilia. ¿En serio no quieren probarlo? No se ofendan, pero con sus sueldos no deberían permitirse el lujo de rechazarlo.

Alzó la copa y la puso al trasluz; la agitó por última vez y vació su contenido antes de seguir. Marcial lo observaba con detenimiento; mientras, Zoe repartía su atención entre ambos: aún no se fiaba de que el inspector no saltase a su yugular de un momento a otro.

—Si no les importa me apetecería fumarme uno de estos —dijo señalando el humidor del que extrajo un habano—. Es un Cohiba Behike: una maravilla. Casi cuatrocientos euros la unidad. Mejor fuera: no me gusta fumar en casa. Si me acompañan... —Domingo señaló la puerta que daba acceso a la terraza.

Zoe buscó la aprobación de Marcial y este la concedió con un leve asentimiento. Ambos acompañaron al empresario que, solícito, les franqueó el paso. La noche de un noviembre recién parido les recibió con un retazo de invierno camuflado en las corrientes de aire que se percibían con mayor intensidad desde el lujoso ático. El inspector se ajustó la chaqueta de cuero y aprovechó para sacar el retrato robot de su interior y mostrárselo a Domingo, que ya finalizaba el ritual de encendido de su puro. El empresario expulsó el humo y observó con fruición la parte incandescente del habano antes de contestar:

—¿Quién es? —Domingo le devolvió el folio y dejó escapar la mirada hacia el edificio de su izquierda.

Se trataba de una construcción de mayor envergadura que la que pisaban, más antigua y con mejores vistas, lo que, a buen seguro, producía una laceración invisible en su ego.

—Dímelo tú.

—¿Por qué he de conocerlo?

—Estuviste bebiendo con él la noche que mataste a Sasha.

Domingo Bernal sonrió. Lo hizo con el puro en la boca y levantando las manos como si lo apuntasen con un arma.

—Me has pillado. Lo reconozco: te mentí.

—¿Quién es? —exigió Marcial.

—Un amigo.

—Entonces, ¿por qué enviaste a otro a hacer la pantomima conmigo?

—Es muy tímido —respondió tras expulsar una amplia bocanada de humo y sostener una sonrisa provocadora frente a Marcial.

—La mató él, ¿verdad?

—Está usted muy pesado con tanta muerte, inspector. Le repito que yo no he matado a nadie, ni lo he ordenado. No sé por quién me toma. Yo mis problemas los resuelvo de otra manera, como usted bien sabe, ¿no es así, inspector Solo?

Zoe cruzó una mirada de desconcierto que Marcial percibió de soslayo, pero que Domingo cazó al vuelo.

—Veo que el inspector no le ha contado toda la historia —retomó el empresario—. Por mí no se corte, inspector. Adelante: dígame por qué la Policía dejó de investigarme hace un par de años. Ah, y cuénteles también a qué se dedicaba su querido amigo Santibáñez.

Zoe se giró para enfrentar el rostro de Marcial demandando una aclaración, pero el inspector no apartó la mirada de su objetivo.

—Ese no es el asunto ahora —replicó—. ¿Por qué Sasha?

El empresario bajó los párpados y lanzó un suspiro tedioso. Volvió a dar una calada y miró fijamente a Marcial. Zoe aprovechó la ocasión para dirigirse al extremo diáfano de la terraza, el que daba al parque Torres, y controlar así la retaguardia de Domingo.

Marcial valoró la situación. Domingo estaba jugando con ellos. El empresario sabía que no tenían pruebas suficientes para imputarle ninguno de los delitos que le había enumerado y en vez de finiquitar el encuentro se había propuesto sacarlo de quicio, a sabiendas de que eso supondría su exclusión definitiva en la investigación de la muerte de Sasha y Lucas Crespo. Parecía evidente que alguien lo había aleccionado desde dentro. Estaba sopesando el siguiente movimiento cuando el empresario se giró y se situó junto a Zoe, con la mirada perdida en la arboleda aledaña.

—¿Le gusta, agente Ochoa? —Domingo habló sin apartar la vista del frente—. La gente que sube hasta aquí suele deleitarse mirando al mar; su inmensidad, su armónico batir contra el dique, incluso su insolente bravura.

Yo, en cambio, prefiero esta otra imagen —dijo, señalando el frondoso verde que tapizaba el castillo de la Concepción y era visible pese a la oscuridad—. Siempre me ha gustado más la insinuación que el exhibicionismo. Si presta atención, entre los pinos puede ver cómo se impone una higuera australiana, tendrá al menos quince metros. Algo más difícil de ver, con tan poca luz, es el palmito, pero le garantizo que también se abre paso, solo es cuestión de buscar. Y mire el cerro, parece uno más, sin embargo, es la colina más alta de las cinco que durante tres milenios han servido para proteger esta hermosa ciudad. En su cima, durante la guerra civil, se colocó la sirena para advertir de los bombardeos. —Domingo se dio la vuelta, miró a Marcial, lanzó el habano al suelo sin molestarse en apagarlo y volvió a dejar escapar una mirada de anhelo al edificio lindante, como si todo lo que estuviese diciendo se pudiese elevar a la enésima potencia desde aquella azotea—. Como verán, se trata de un paisaje envidiable. Nada que ver con el exhibicionismo del mar Mediterráneo.

El silencio reinó por unos segundos. La indiferencia de Domingo comenzaba a enervar a Marcial que resolvió contraatacar: necesitaba provocarlo, sacarlo de quicio.

Y sabía cómo hacerlo.

—¿Para quién trabajas?

—¿Cómo? —Domingo se giró y se separó unos centímetros del muro en el que Zoe continuaba apoyada, al parecer verificando las palabras del empresario—. Yo no trabajo para nadie, ¿acaso no sabe quién soy, imbécil?!

El insulto removió algo en su interior y sirvió de confirmación de que el plan comenzaba a dar sus frutos. Necesitaba que el empresario abandonase su zona de confort: era la única manera de que confesase.

—Sabemos que el hombre del retrato robot le pidió a Sasha que dejase de verte. —La incredulidad perfiló las facciones del empresario—. Eso no deja lugar a dudas de que hay alguien a quien debes rendirle cuentas.

—¡Yo no estoy a las órdenes de nadie! —gritó.

—Vamos, hombre. Ni siquiera pudiste convencer a Sasha para que te atendiera en su casa, ¿me vas a hacer creer que eres capaz, tú solo, de gestionar todo este tinglado?

—No hables de esa...

La exasperación de Domingo comenzaba a hacerse patente en su rostro. Era obvio que le molestaba que pensasen que un hombre de su reputación se plegaba a alguien. La apariencia es el cincuenta por ciento de la riqueza de un

personaje público y Marcial era muy consciente de ello, por eso propinó un nuevo golpe a la autoestima del empresario.

—¿Por qué te empeñas en negar la evidencia?

—¿De qué hablas?

—Tú no tienes los cojones suficientes para montar todo este *fregao* —escupió Marcial, desafiante—. ¡¿Quién es tu jefe?!

Domingo sonrió, pasó la mano por su cabello y se ajustó la chaqueta y la corbata, en un claro intento por recobrar la compostura. Marcial no quitaba ojo al empresario. Finalmente, Domingo comenzó a deambular con paso regio en las proximidades de la agente. Las manos en los bolsillos le conferían la apariencia de ausente.

Nada más lejos de la realidad.

El empresario, con un movimiento alígero, atenazó el cuello de Zoe con su mano izquierda, al tiempo que del bolsillo derecho del pantalón extraía una navaja automática que, con una destreza impropia de un hombre de su estrato social, colocó sobre su garganta. La agente, estupefacta, buscó con la mirada a su compañero. Lo halló frente a ella, con el arma desenfundada y apuntando a la cabeza de Domingo Bernal.

—¡Suéltala!

—¿Entienden ahora a qué me refería con que me gusta más insinuar que mostrar? —El tono de voz de Domingo no se había alterado; hablaba como si en vez de agarrar una navaja que amenazaba la vida de una agente de policía, sostuviese la copa de vino con la que los había recibido—. Solamente existe un riesgo cuando uno insinúa: no satisfacer las expectativas. Les garantizo que este no es el caso. ¿Qué quiere saber, inspector? ¿Si la maté? Pues claro que lo hice. Y con mis propias manos; nada de encargarse el trabajo a otro. Esa zorra había estado jugando conmigo. Mis regalos y mi ayuda los tomaba sin rechistar. Me prometía cosas, ¿sabe? —Zoe trató de aprovechar que un movimiento de mano de Domingo había alejado la navaja de su cuello para liberarse, pero el empresario abortó su huida oprimiendo con vehemencia el brazo que la retenía—. Otro intento y te degüello aquí mismo, zorra.

»Que estaba diciendo... Ah, sí. Ya me acuerdo. Le decía que Sasha me había prometido que iríamos juntos a Oradea, su ciudad natal, cuando se solucionase lo de su hijo.

La imagen de los ojos cristalinos apareció frente a Marcial provocando que durante unas milésimas de segundo Domingo Bernal dejase de ser el epicentro de sus pensamientos. El empresario se percató.

—¿No lo sabían? Sasha tenía un niño, Gica, de ocho años. Estaba tratando de recuperar su custodia, pero le hacía falta mucho dinero y a mí mucho amor, no sé si me entienden —dijo y emitió una carcajada macabra.

Las pulsaciones de Marcial se dispararon; la ira recorría su sistema circulatorio amenazando con expulsar el exceso de adrenalina de un momento a otro. Hizo un verdadero acto de constricción para evitar que emergiese su demonio: un mal cálculo podría costarle la vida a su compañera.

—¿Sabe lo más gracioso, inspector? —Domingo no esperó contestación—. El niño ni siquiera sabe que su madre existe. Ella lo dio en adopción nada más nacer. Yo estaba dispuesto a ayudarla, en serio, pero le traicionó su exhibicionismo. Nos fue bien mientras se limitó a insinuar cómo sería todo si la ayudaba, en cambio, a la hora de la verdad se mostró arrogante, engreída y brava; exactamente igual que el Mediterráneo.

Zoe volvió a aprovechar un descuido de su captor para tratar de liberarse, pero nuevamente fue en vano. Como propina recibió un fuerte puñetazo en el mentón que la desequilibró y que por un instante dejó expuesto a Domingo, sin embargo, Marcial, que aún digería la información, no reunió el valor para disparar.

—¡Como le hagas daño te vuelo los sesos, hijo de puta!

—No puede ayudarla, como tampoco pudo ayudar a Sasha. ¡Qué coño! Si casi no pudo ayudar a su perra cuando la envenenaron.

La mención a Sola impelió a su fuerza interior; demandaba carnaza y Marcial no podía contenerla. Escrutó a su compañera y comprobó cómo las lágrimas anegaban su rostro. La mirada del diablo comenzaba a emerger y ella, mejor que nadie, sabía que lo inevitable estaba a punto de ocurrir.

—Voy a contar hasta tres —dijo Marcial consciente de que no le quedaba mucho más tiempo antes de sucumbir a las exigencias de su demonio interior.

—¿O qué? —Domingo Bernal hundió con sutileza la navaja sobre la piel tersa de Zoe. La sangre comenzó a manar progresivamente.

El miedo había bloqueado a la agente, que emitió un par de suspiros y permaneció inmóvil. La herida física era minúscula, la psíquica, mortal de necesidad.

Hubo un cruce de miradas. Zoe giró la cabeza de un lado a otro, con delicadeza, luchando contra el roce de la afilada punta de la navaja, expresando la negación que no pudo verbalizar.

Marcial se dejó llevar. Notó cómo su percepción de la realidad se difuminaba; cómo todo quedaba postrado a un segundo plano, y se limitó,

como un mero espectador, a percibir una explosión lejana y a contemplar cómo el rostro de su compañera desaparecía tras un río de sangre.

42. Amnesia selectiva

Cayó a plomo. La sangre comenzó a esparcirse a través de las juntas, reptando como una viscosa serpiente roja hasta alcanzar las suelas de los zapatos de Marcial que aún permanecía empuñando el arma con ambas manos y las rodillas ligeramente flexionadas. Bajó la mirada hasta su dedo índice y comprobó que continuaba en el disparador. No recordaba haber dado la orden de apretarlo; mucho menos haberla ejecutado.

Guardó el arma, aún sin comprender cómo había sucedido, y llevó su mirada al cuerpo ovillado de su compañera. Se acercó, la incorporó y la trajo hacia su regazo.

—¡Cabrón, eres un cabrón! —dijo entre sollozos, mientras con los puños golpeaba el pecho de Marcial—. Lo habías planeado todo.

—Pero ¿qué dices, Zoe?

—Te importaba una mierda que confesase o no el asesinato de Sasha, para ti era culpable y has venido a impartir justicia. —Zoe apartó la sangre de su rostro y sorbió los mocos que desbordaban su nariz—. ¡Cómo he sido tan ingenua!

—Te equivocas. Yo no...

—¿Y por qué no llevas el arma reglamentaria? —La agente se separó unos centímetros y lo miró fijamente.

Las palabras de Zoe descolocaron a Marcial, que sin perder un segundo echó mano de la pistola que había guardado en la parte trasera del pantalón. La contempló como si fuese la primera vez que lo hiciese, y cuando comprendió las palabras de su compañera la soltó como si estuviera sosteniendo un trozo de acero incandescente. La pistola se estampó contra el suelo emitiendo un quejido metálico, y Marcial se puso en pie como si aquel sonido fuese una orden de alejamiento.

La Glock de Santi, ungida con la sangre de Domingo Bernal, lo contemplaba desde el suelo.

—Yo no he sido, Zoe. Yo no apreté el gatillo.

Lo había repasado mentalmente. El disparo le sobrevino mientras evaluaba el riesgo que correría Zoe. Marcial no era un tirador de precisión y, aunque las cuatro prácticas anuales no se le daban nada mal, no era un consumado especialista como para depositar la vida de su compañera en manos de su puntería, así que estaba seguro de que el disparo había procedido de otro sitio. Enseguida recordó las miradas que con cierto disimulo había dirigido Domingo al edificio de al lado y reaccionó.

En primer lugar recogió la Glock del charco de sangre y la limpió con la chaqueta del empresario, después la regresó, aún pegajosa, a la parte posterior del pantalón. Verificó lo que ya sabía: Domingo había fallecido. Por último comprobó que la bala que había atravesado la sien del empresario había entrado por la zona parietal derecha, lo que confirmaba su teoría de un disparo desde la azotea adyacente.

—Mira —Marcial giró la cabeza de Domingo para que Zoe comprobase dónde se había producido la herida mortal—. Yo no lo maté.

—Pensabas hacerlo —respondió Zoe mientras recobraba la compostura.

—No... No lo sé —reconoció Marcial—. Pero eso no importa ahora. Ahí fuera hay alguien al que le preocupaba lo que Domingo pudiera contarnos, así que no hay tiempo que perder. Llama al 112 e informa de lo sucedido. Yo voy a comprobar si quienquiera que estuviese apostado en esa azotea aún no ha conseguido salir del edificio.

Marcial desenfundó el arma, esta vez la reglamentaria, y se cercioró de que hubiese una bala en la recámara. A punto estaba de iniciar la carrera cuando Zoe lo interrumpió:

—¡Espera! Voy contigo. A este le da igual esperar un poco más.

Ambos corrieron en busca del ascensor y descendieron sin pronunciar palabra. Abandonaron el edificio a toda velocidad y fueron al colindante. Tras pulsar todos los botones del portero automático y mostrar la placa al objetivo de la cámara, consiguieron que un vecino les facilitara el acceso.

El *hall* era enorme y estaba flanqueado por dos escaleras lujosas que se curvaban hasta formar un arco en cuyo interior había dos ascensores. Los policías cruzaron una mirada dubitativa que el inspector solventó:

—Si ha salido por el ascensor ya estará fuera, así que la única posibilidad es que haya pensado que se metía en una ratonera y lo esté haciendo por las escaleras. Ve tú por aquellas —dijo señalando las de la derecha—, yo iré por las otras.

Zoe obedeció sin replicar. Cuando estaba en el primer escalón Marcial volvió a demandar su atención:

—Pon tu móvil en silencio. Te voy a llamar. Descuelga y déjalo así, de esa manera estaremos en contacto.

Zoe asintió y reanudó la carrera.

Confluyeron en la azotea. Ambos habían realizado el ascenso sin encontrar ningún indicio que permitiese aventurar que el francotirador hubiese utilizado esa vía como escape. Abrieron la puerta que daba acceso a la terraza, comprobaron que se trataba de un espacio diáfano en el que no podía ocultarse nadie, y enfundaron las armas. Avanzaron por el suelo anaranjado hasta la parte más próxima a la casa del empresario y observaron el cuerpo inerte de Domingo. Desde esa posición un tirador contrastado no podía fallar.

—¡Mira! ¡Allí! —dijo Zoe señalando un punto situado a unos cinco metros donde un destello metálico había llamado su atención—. Creo que es el casquillo.

Marcial se acercó al hueco que ejercía de desagüe y lo recogió usando las mangas de la cazadora de cuero para que, en el improbable caso de que el asesino lo hubiese tocado, no se borrasen sus huellas. Con él en la mano y una sonrisa irónica en la cara se dirigió hasta su compañera.

—Calibre .300 Win Mag

—Como la que mató a Lucas Crespo.

—El mismo brazo ejecutor, al menos —precisó Marcial—. ¡Claro! Ahora lo recuerdo. El nuevo contable de Ensasana, el que empezó después de la extorsión, se llama Ricardo Forte. Cuando Noelia me lo dijo sabía que el nombre me sonaba.

—¿De qué?

—Es el que Domingo Bernal me envió a confirmar su coartada en lugar del que tenemos en el retrato robot. Un tipo que se mostró nervioso durante todo el tiempo que le estuve interrogando. Incluso tuvo que pedir un cubata para matar los nervios.

Zoe masajéó su cabeza con fuerza. Un dolor penetrante amenazaba con instalarse. Demasiados acontecimientos en muy poco tiempo habían hecho que perdiera la perspectiva. Necesitaba explicaciones.

—No entiendo nada, Marcial. ¿Por qué han matado a Domingo Bernal?

—No lo sé, pero sea el motivo que sea creo que ha sido una decisión de

última hora.

—¿A qué te refieres?

—Mientras nos hablaba he visto cómo, un par de veces, Domingo desviaba su mirada hacia aquí: creo que sabía que había un francotirador...

—Más bien un cazador —puntualizó Zoe, en referencia a la munición usada.

—Los objetivos, en un principio, éramos nosotros, o al menos eso le habían hecho creer a él. Eso justificaría el interés por llevarnos hasta la terraza y que luego se hubiese atrevido a plantarnos cara con una simple navaja.

Instintivamente, Zoe se llevó la mano hasta la herida de su cuello, que en ese momento se encontraba en pleno proceso de cicatrización.

—Pero ¿por qué matarlo con nosotros delante pudiendo hacerlo sin testigos?

—La única explicación que se me ocurre es que no fuese premeditado y viendo que se estaba yendo de la lengua...

—Eso implicaría que nuestros micrófonos no fuesen los únicos que había en esa terraza —dedujo la agente.

—Me temo que sí, pero eso ya tendremos tiempo de comprobarlo. Ahora hay que encontrarlo. Llama a comisaría y que envíen a un equipo de la Científica: tiene que haber dejado alguna huella, algo, cualquier cosa que nos permita identificarlo.

—Un segundo, Marcial. Aún no he acabado.

En otro momento el inspector se hubiese sorprendido de la agresividad del tono, ahora, en cambio, la creía capaz de cualquier cosa.

—¿Qué hizo Santibáñez?

Detuvo el 308 en el semáforo de La Alameda, justo en la intersección con la calle Trafalgar, y giró la cabeza hacia la derecha, en dirección a la casa de Marga. No alcanzó a verla desde aquella posición, cuando la luz verde apareció se encaminó hacia allí como un autómatas. En poco más de dos minutos pasaba frente a la verja exterior. Esta vez ninguna luz delataba la presencia de Marga, así que supuso que estaría durmiendo. Condujo hasta la primera rotonda e hizo un cambio de sentido. Al llegar otra vez a la altura de la casa estacionó y reubicó el espejo retrovisor para observar la puerta de entrada, aprovechando la luz de la farola que había en las proximidades.

Tan cerca y tan lejos.

Después del incidente con Dolores sintió que algo entre ellos había cambiado, como si ese altercado hubiese desenmascarado, a ojos de Marga, al verdadero Marcial; al que acompañaba a diario a Santi y no al que regularmente la visitaba a ella y a los chicos. No disponía de una bola de cristal que aventurase cómo sería a partir de ese momento su nueva relación, aunque algo le decía que ya nada volvería a ser igual. La amistad es como una figura de cristal, que una vez queda hecha pedazos difícilmente logra recomponerse sin que falte algún trozo, pensó.

Sin desviar la mirada del retrovisor, Marcial cambió sus pensamientos hacia el otro dueño de esa vivienda. Oír de la boca de Domingo Bernal que Santi era un corrupto le había provocado unos desajustes internos cuya repercusión futura se le antojaba incierta y desconcertante. Tal y como le había exigido Zoe, había procedido a detallarle todo lo que Villanueva le había revelado sobre la implicación de Santi en la trama ideada por el empresario cartagenero. Lo hizo con la vaga esperanza de que ella se posicionase de su lado, dejando un camino abierto a la inocencia de su difunto amigo. Para su desgracia, parecía ser el único tripulante de un barco que navegaba, inexorable, a la deriva.

Marcial se recostó sobre su asiento y se dispuso a hacer introspección. El casquillo del calibre .300 Win Mag, tal y como esperaba que en breve ratificara la Científica, confirmaba que Domingo estaba detrás del asesinato de Lucas Crespo, o por lo menos que alguien del entramado para el blanqueo de dinero, del que parecía demostrado que el propietario de Mariscos Bernal no era más que un campo base en una cima aún por conquistar, había dado la orden para su ejecución. De las evidencias rescatadas por la Policía Científica en la azotea del edificio dependía poner nombre y apellidos al brazo ejecutor de la organización y del que el inspector, de tanto pasearlo en el bolsillo de su chaqueta, estaba convencido que ya conocía su rostro.

La muerte de Sasha, suponiendo que las palabras de Domingo no fuesen un discurso barato, arrojaba como único culpable al empresario. Los motivos, al parecer, tan ancestrales como insondables: los celos.

Al contrario de lo que había imaginado cuando se enfrentó a su cuerpo inerte por primera vez, no sintió alivio alguno al saberse inocente. A decir verdad, Marcial se sintió más culpable que nunca. No recordaba en qué momento había decidido coger la Glock de Santi, tal y como le había sugerido el asesino del café, y eso no podía significar más que una cosa:

había comenzado a perder la batalla con su demonio interior. La sed de venganza lo había cegado. Un nuevo tipo de amnesia, mucho más peligrosa que la que le había hecho olvidar la noche del sábado, le privaba de los detalles. No había disparado, pero lo cierto era que tampoco se presentó la ocasión adecuada. ¿Qué hubiera hecho de no estar Zoe retenida? No quiso responder a la pregunta; no sin su consejera espiritual. Ajustó de nuevo el retrovisor y puso rumbo a casa: Sola le estaba esperando.

43. El perro verde

Era una madrugada luminosa. La luna llena y las estrellas pintaban un lienzo hipnotizador, por lo que Marcial decidió permanecer sentado en uno de los márgenes del descampado, dejándose embaucar, mientras Sola jugueteaba ajena a todo lo que rondaba la cabeza de su amigo.

Regresó la vista al lugar donde el asesino del café le había librado de que los hombres de Domingo le propinasen algo más que una paliza. Trató de buscar algún indicio de él, pero, salvo que viviese en una de las viviendas de alrededor, era imposible que en ese momento lo estuviese observando. Sonrió al imaginar que sería gracioso que fuesen casi vecinos.

Todos los cuerpos de seguridad del país tras su paradero y él viviendo a quinientos metros del policía que más lo había buscado, pensó.

Aunque estaba agotado no tenía sueño. El subidón de adrenalina en el ático de Domingo Bernal y el torpor que le había provocado la redacción de los consecuentes informes, fueron el contraste perfecto para acuciar su vigilia. El trabajo de despacho se había alargado más de lo previsto porque le había ofrecido a Zoe la posibilidad de retirarse a descansar y esta, para sorpresa del inspector, había aceptado, dejándolo solo ante la pantalla de un ordenador con el que no terminaba de entablar una relación fluida. Definitivamente Zoe había decidido poner tierra de por medio, como si la confesión acerca del chantaje a Miralles hubiese colmado el vaso de su paciencia. Quizá fuese mejor así. A Marcial no le quedaba más remedio que reconocer que no estaba hecho para la amistad. Únicamente Sola resistía la erosión del tiempo. Pero su mayor inquietud en ese momento, y el verdadero causante de un insomnio casi patológico, era el casquillo que convertía a Lucas Crespo y a Domingo Bernal en objetivos de una misma arma. Marcial no necesitaba los resultados de balística para saber que el rifle que había disparado ambos proyectiles era el mismo; al igual que no necesitaba esperar que las huellas encontradas en la azotea le pusiesen nombre, apellidos y rostro al autor. Abrió su cazadora y extrajo el castigado folio del bolsillo interior. Volcó su mirada en él y dijo en voz alta:

—¿Quién coño eres, Cazador?

De repente una idea se perfiló en su cabeza.

Consciente de que sería incapaz de conciliar el sueño decidió terminar de arruinar la noche.

Nahia había permanecido a su lado, escoltada por media docena de rubias embotelladas, convertidas en testigos circunstanciales de un nuevo amanecer, mientras Marcial trataba de asimilar los acontecimientos. Nunca había sido de compartir penurias, pero a estas alturas de la película había comprendido que había venenos que era mejor no tragarse solo, y personas capaces de digerirlos sin atragantarse. Así que cuando el brebaje mágico comenzó a hacerle efecto escupió todos y cada uno de los motivos que le habían conducido hasta allí. Ella había escuchado, sin matizar ni una palabra, sin esgrimir ni un pero, cómo había transcurrido la última semana de Marcial; cómo el Mariscal había jugado con los sentimientos de Sasha; cómo un niño de mirada transparente, fruto de las entrañas de su musa, había abierto un hueco en una coraza que amenazaba con cerrarse por completo y, aunque fuese a consecuencia de la borrachera, cómo le había prometido dar con su paradero.

Se incorporó tratando de no despertarla, pero cuando creía haberlo conseguido oyó su voz:

—¿Qué hora es?

—Las siete menos cuarto. Sigue durmiendo.

—¿Dónde vas? No has dormido casi nada.

—De caza.

El inspector se colocó la chaqueta, mientras observaba cómo Nahia se reubicaba en la cama, reconquistando el terreno prestado. La contempló sin disimulo. Llevaba un pijama de dos piezas que le cubría el cuerpo casi en su totalidad. El pelo revuelto y el rostro maltratado no le restaban belleza. Se acercó a ella, se sentó en el borde del colchón y le hizo la pregunta que nunca le había hecho a Sasha:

—¿Cómo te llamas, Nahia?

Era consciente de que necesitaba dar un nuevo enfoque a su vida; romper los hábitos que le anclaban a un incómodo pasado del que no podía o no sabía desprenderse. Fue así como decidió desayunar en el Tiago: un bar de tapas

muy coqueto situado en la calle Ramón y Cajal, en la zona donde antaño se ubicaba el viejo parque de bomberos y donde Marcial había juguetado durante su infancia. Ahora lo habían reemplazados unos bloques de modernos edificios, en cuyos bajos comerciales estaba el bar. Se sentó en la terraza. A pesar de ser el penúltimo mes del año la temperatura era agradable a esas horas de la mañana. Eso, unido a que una coqueta pérgola de plástico retenía el calor en su interior, hacía la estancia muy confortable.

Le atendió una esmerada camarera que, solícita, dispuso un asiático sobre la mesa, con el que Marcial esperaba elevar su ánimo. Siempre había sido un tipo solitario, pero nunca había sido tan consciente de ello como ahora. Rota la relación con Dolores, mermada la confianza de Marga y abandonado por Zoe, únicamente le quedaba Nahia para paliar esa sensación que le había perseguido desde que tenía uso de razón. Siempre había sido *rara avis*, un perro verde, como rezaba la canción de Marea; una gota de aceite inmiscible en una sociedad que era todo agua. Dio un sorbo a su café y con los ojos cerrados comenzó a recordar la letra de una canción que definía con preocupante fidelidad en lo que se había convertido su existencia:

«Y cuando las estrellas salen
ya estoy colgado del jirón de un sueño.
El mundo entero no me vale
ayer por la noche me estaba pequeño.
Y *planta*o en un tiesto sin tierra
me invento otro mundo de puertas abiertas
en donde los besos no sepan a mierda
voy buscando otro yo a limpio trompición
Y ya he vuelto a perderme
no pude juntar el agua con aceite.
¿Qué quieres tú, compañera,
pa cuando vengas conmigo?
¿Qué es lo que puede ofrecerte un
salteador de caminos perdidos?
un costurero en los hilos
que han enredado mi vida.
Soy el que no tiene sitio
soy el pellizco *pa* cuando te olvidas

de que soy el perro verde».

44. El cazador cazado

Llegó antes de que abrieran la puerta. El trayecto hasta Murcia había transcurrido sin complicaciones, exceptuando el preceptivo atasco en las inmediaciones de la salida de Ronda Norte a esas horas de la mañana. La facilidad con la que encontró aparcamiento fue otro síntoma de que ese día podía ser el de su buena suerte.

Diez minutos después de haber comprobado que la Federación de Caza de la Región de Murcia mantenía su acceso cerrado al público, apareció un hombre grueso, de metro sesenta y vestido con ropa del siglo pasado, que lo invitó a acompañarlo al interior. El habitáculo era diminuto y, a expensas de saber adónde conducía la puerta del fondo, tan solo disponía de una mesa de despacho con su respectivo ordenador y una bancada enfrente para hacer menos cansada una supuesta espera. Las paredes estaban decoradas con cuadros en los que la cinegética era el denominador común, los más llamativos eran aquellos en los que la cetrería tomaba protagonismo. Marcial los escrutó con cierto escepticismo, no en vano siempre había dudado de los valores a los que sus defensores se acogían, sin poder ver más allá de la bala y la pieza cobrada. Por suerte, el hombre que le había permitido el paso le rescató de sumergirse en una disyuntiva de compleja solución.

—¿Qué desea, caballero?

Marcial debía reconocer que el empleo de aquel vocativo reforzaba la vestimenta elegida por aquel hombre tan peculiar.

—Me gustaría saber si lo conoces —dijo posando el folio sobre la mesa.

El hombre anclado en el siglo XX la recogió, apuntaló sus gafas en el borde más alejado de su nariz aguileña y miró por encima de estas.

—Por supuesto que sí. Es Francisco Casanova, socio desde hace muchísimos años. Incluso ha actuado como director del campeonato de caza menor con perro en alguna ocasión. Hace tiempo que no lo veo. ¿Quién lo pregunta?

Marcial echó la mano al bolsillo del pantalón en busca de la placa, pero en el último momento la retiró.

—Soy un viejo amigo que le ha perdido la pista. Si pudieras hacerme el favor de decirme cómo puedo localizarlo...

—Por supuesto, caballero. Para eso estamos. —Se levantó y comenzó a abrir los cajones del armario situado a sus espaldas.

Marcial comprobó que el ordenador permanecía apagado. Definitivamente ese hombre no era amigo de modernidades.

Lo primero que hizo Marcial cuando regresó a comisaría fue pedir a Zoe que acudiese a su despacho. La agente demoró su llegada más de lo normal, haciendo patente la decisión de dotar de nuevos roles su relación, y que el inspector, por salud mental, había optado por aceptar. El reproche engullido por Marcial fue todo lo que Zoe necesitó para comprender que el inspector aceptaba sus renovadas condiciones laborales, así que se limitó a sentarse frente a él y obviar el comentario que la cerveza que descansaba sobre la mesa le había suscitado.

—¿Cómo lo llevas? —dijo señalándole el cuello.

Zoe se pasó la mano por la herida, ya cicatrizada, antes de responder:

—No es nada.

—¿Has leído los informes?

—Ahora mismo estaba en ello. ¿Quieres que transcriba las grabaciones?

—No hace falta. —Marcial dio un sorbo a la lata y la volvió a dejar sobre la mesa—. Tengo otro trabajo para ti.

La cara de Zoe describió un gesto que Marcial no supo interpretar, pero que imaginó que tendría que ver con la incredulidad de volver a verse obligada a realizar tareas en solitario.

—¿No deberíamos buscar al Cazador?

—Ya lo está haciendo la Científica. Les he pedido también que comprueben si en la terraza del ático de Domingo Bernal había algún tipo de dispositivo de escucha. Ahora solo podemos esperar. En un par de días, como mucho, tendremos su nombre.

—Pero...

—Aún no es tiempo de peros.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó con resignación.

—Quiero que vayas al parque ese que identificaste en las fotos y trates de localizar al hijo de Sasha. Que Rubio y Fonet te releven, pero que no descuiden las llamadas que les quedan por hacer.

—A la orden —dijo con un tono jocosos que permitía la confianza adquirida y la seriedad que demandaba la nueva situación entre ambos.

La agente se iba a incorporar cuando el inspector lanzó otra pregunta:

—¿Has hablado con Miralles? De lo de Sasha, me refiero.

—Eso es personal, Marcial. —Zoe se puso en pie, dando muestras del fin de la conversación.

El inspector se incorporó a la par, clavó una mirada inquisitoria en los ojos azules de su compañera y contraatacó:

—No es personal que un inspector de policía mantuviese una relación de confianza con una mujer que meses después es asesinada.

—¿Por eso borraste tu número del listado que entregaste a Fonet, verdad? —ironizó.

—Mira, Zoe, me da igual la actitud que decidas tomar conmigo mientras eso no influya en mis investigaciones. Borré mi número y el de Miralles para salvar nuestro culo, sí. ¿Algún problema? Si quieres puedes hablar con Brau o con Lasaosa; o con los dos si lo prefieres, pero no pienses que ahí tienes una espuela con la que atizarme para que galope a tu antojo.

—Jamás te delataría. Lo sabes —respondió sosteniéndole la mirada.

—Lo único que yo sé es que si mañana no le has preguntado a Miralles qué tipo de relación tenía con Sasha seré yo el que lo haga.

No hizo falta una despedida para que Zoe abandonase la guarida de Marcial.

Después de comprobar que no estaba en su despacho y que el inspector jefe Brau desconocía su paradero, Zoe entró al vestuario, iracunda, y comenzó a cambiarse de ropa mientras trajinaba el móvil. Ante la complejidad de aunar ambos procesos decidió sentarse y revisar la última conversación de WhatsApp con Miralles; aunque lo correcto hubiese sido llamarlo monólogo, pues después de tres mensajes en los que, con mayor o menor acierto, Zoe se excusaba para no pasar la noche con él, el inspector aún no había respondido. Ni siquiera el doble *check* había pasado al color azul que indicaba que el destinatario lo había leído.

Se había propuesto saber qué ocultaba Unai, pero quería hacerlo a su manera, marcando sus tiempos; algo de lo que le privaba el ultimátum que le había dado Marcial. Ahora que había superado la fase de abandono de escrúpulos sabía que no tardaría en encontrar algo que lo comprometiese,

pero era impensable hacerlo en el tiempo que le brindaba el inspector. Apagó la pantalla y jugueteó, pensativa, con el teléfono. De repente una idea acudió a su cabeza. Encendió de nuevo el móvil y volvió al monólogo. Tecleó un mensaje:

«En media hora en tu casa. Es urgente».

Sola y el silencio. Un binomio en el que Marcial depositaba todas sus esperanzas de reconciliarse con el mundo. La galga ejercía una suerte de hechizo sobre el inspector que, combinada con el mutismo al que sometía a su cerebro mientras la contemplaba danzar por el descampado, terminaba por amainar cualquier tormenta que, a lo largo y ancho del día, hubiese arreciado.

Marcial había decidido pasar la tarde en casa. Una vez hubo despachado a Zoe ya tenía vía libre para ejecutar su plan. En ese caso, pasar el resto de la jornada encerrado en comisaría solo serviría para darle vueltas a la cabeza en busca de respuestas que no se hallaban en ese lugar. Después de malcomer unas patatas fritas con un par de chuletas de cerdo, regadas con casi un litro de cerveza, sintió la necesidad de concederse un sueño reparador. Sola le regaló cuarenta minutos de descanso antes de comenzar a golpearlo con el hocico reclamando su atención. Y eso hizo: dirigirse al descampado donde las galopadas de la galga le permitiesen evadirse hasta que la noche le concediese el amparo que necesitaba.

Tomó aire, se atusó el pelo e introdujo la llave en la cerradura. Unai no había respondido de inmediato, pero cuando estaba a punto de abandonar comisaría, el tono personal que había colocado para él en la aplicación la sobresaltó. La respuesta era corta y concisa:

«Ok».

Abrió dispuesta a convencerlo de que le contase cómo y por qué había llegado su número de teléfono a la agenda personal de Sasha, y no tendría reparos en usar las armas de mujer de las que tanto había recelado. Para ello debía aparentar normalidad, hacerle ver que lo que había ocurrido en el pasado debía quedarse ahí, pero tenía que salir a la luz para no ser un problema en el futuro.

No alcanzó a dar el segundo paso cuando sintió un dolor desconcertante en la cabeza que le hizo perder el sentido.

Los Nietos es un pueblo costero, situado a unos veinticinco kilómetros de Cartagena, que triplica su población en verano sin que eso implique aglomeración. En la actualidad, el terreno ganado por el paseo marítimo a costa de metros de playa, la antigüedad de las construcciones y un mar Menor cada vez menos cuidado por unos políticos pagados de sí mismos, lo habían convertido en un lugar menos apetecible para disfrutar del periodo estival. Se podría decir que se trataba de un lugar perfecto para pasar desapercibido en invierno y no estar excesivamente agobiado en verano.

La noche, tan cerca del mar, adquiría una majestuosidad impensable en la ciudad. Dotaba al ambiente de un componente etéreo que invitaba a tomarse las cosas con más calma, un efecto sedante que era el cómplice perfecto para lo que Marcial había acudido a hacer allí.

Llevaba apostado frente a la casa de Francisco Casanova casi tres horas. Era una construcción de dos alturas con una única puerta de acceso, ubicada en segunda línea de playa. La fachada reflejaba el maltrato que la mar ejerce, con la sal como aliado, sobre el que trata de usurpar su terreno y que conduce, sin remisión, a una muerte lenta y agónica de cualquier material. La luz en la planta superior delataba su presencia, así que al inspector le restaba aguardar con paciencia el momento en el que decidiese abandonarla. Intuía que en el rostro que contemplaba en el folio que había en el salpicadero hallaría las respuestas que le faltaban. Por eso había decidido acudir solo. El inspector Solo, pensó, y no pudo evitar sonreír. Lo que se disponía a hacer no podía salpicar a Zoe, a pesar de que estaba seguro de que le hubiese acompañado de habérselo pedido.

Poniendo los puntos sobre las íes y exigiendo unos mínimos, pero le hubiese acompañado.

Faltaban siete minutos para las tres de la madrugada cuando las bisagras de la casa del Cazador arrancaron un gemido a la noche, sacando a Marcial del duermevela en el que el hipnótico rumor del mar lo había sumido. Cargaba un par de bolsas de basura y vestía unos vaqueros oscuros y un jersey de cuello vuelto blanco que recortaba su silueta en la oscuridad, permitiendo seguir sus pasos a cierta distancia. Marcial salió del coche con sigilo, ni siquiera se molestó en cerrar para no delatarse, y se dirigió al interior de la casa. La puerta que Francisco había dejado abierta conducía a un pequeño

recibidor. La entornó levemente y se ocultó tras ella. Pocos segundos después apareció. Apenas pudo distinguir sus rasgos, porque conforme notó su presencia colocó el trapo impregnado de cloroformo sobre su cara, sin poder reprimir el recuerdo del asesino del café en su salón.

El Cazador cayó abatido como una presa indefensa que no se sabe en peligro hasta que este lo alcanza.

45. Dos orejas y rabo

Preparó el 308 para entrar en la cochera marcha atrás. Bajó y buscó entre sus llaves la copia que le había hecho el Hierros y rompió con disimulo el precinto policial. Luego abrió. Una vez que el vehículo estuvo en el interior, tras bajar la persiana, abrió el maletero. Francisco Casanova aún permanecía inconsciente, así que le costó más de lo previsto sacarlo y ubicarlo en la única silla de toda la estancia. Afianzó las bridas de sus extremidades y usó un par de cuerdas que encontró en las baldas de la cochera para hacerlo firme a la silla. Se hizo con un trapo viejo por si precisaba ocluir su boca cuando volviese en sí.

Tuvo que esperar cerca de veinte minutos a que despertase. Fue entonces cuando pudo apreciar sus rasgos con nitidez por primera vez. Los ojos, tal y como había afirmado la camarera del Baros, parecían hundidos, la nariz era un minúsculo apéndice de tabique desplazado a causa, a buen seguro, de los continuos golpes que conllevaba la pugna por un decoroso estatus callejero; la boca era una hilera perfecta de dientes amarillos que jamás desaparecían bajo unos labios resquebrajados e insignificantes. El pelo, tal y como reflejaba el retrato robot, llegaba a la altura de los hombros. Pero si había algo que definía al Cazador era su rigidez gesticular, como si su inervación facial no existiese. Miraba a su captor de hito en hito, sin articular palabra.

—Buenas noches, dormilón —dijo Marcial para iniciar la conversación. No obtuvo respuesta alguna—. Creo que no hace falta que me presente, ¿verdad?

—El inspector que folla putas y se acuesta con su perra. —Francisco Casanova habló sin mover un solo músculo de su cara y sin apartar sus ojos cetrinos de los de Marcial.

—No es un mal resumen, pero sería más completo si añadieras que meto en la cárcel a hijos de puta como tú.

El Cazador miró a su alrededor antes de emitir su respuesta:

—No veo los barrotes.

Marcial sonrió. Se impulsó con el maletero, donde hasta ese momento

reposaba su cuerpo, y rodeó a su prisionero, que no hizo ademán de seguir su trayectoria con la mirada.

—Quiero saberlo todo.

—Ya lo sabes todo. Solo quieres que yo te lo confirme.

—Pues hazlo.

—Yo no soy tu puta. Tu puta está bajo tierra.

Marcial asió su cabellera con violencia y le propinó un tirón hacia atrás. Ahora sus ojos se volvían a encontrar. El semblante no era de dolor, sino de desafío. Un «con esto no me vas a convencer». Marcial decidió obedecer a aquel reto inaudible. Lo liberó y volvió a colocarse frente a él. Lo siguiente fue lanzar el puño contra su mentón, cuidándose de administrarle solo una pequeña porción de todo el odio que tenía para él.

La punta de su lengua hurgando en la comisura de los labios fue toda la reacción que consiguió.

—Veo que tenemos ideas parecidas de cómo debe ser un interrogatorio para que sea efectivo —dijo con el sabor metálico de la sangre incrustado aún en el paladar—. Es una pena que al final no me diera tiempo a hacerle uno a tu putita.

—¿Quién la mató? —A pesar de haberlo escuchado de su propia voz, Marcial necesitaba verificar las palabras de Domingo.

—Ese imbécil.

—¿Domingo Bernal?

—El mismo. Se lo advertí mil veces. Le dije que se alejara de esa zorra: se estaba encoñando. Incluso hablé con ella. La amenacé con arrancarle, uno a uno, todos los dientes si seguía comiéndole la cabeza con historias imposibles.

—¿Qué historias?

El Cazador mostró una sonrisa llena de satisfacción, pigmentada a base de nicotina, antes de responder:

—Sé que lo sabes. Pero si te hace ilusión, te lo cuento. Ella le había prometido empezar una nueva vida con él, alejada de la prostitución. ¡Imbécil! —apostilló con desdén—. Todo porque creía que Domingo la ayudaba con lo de su hijo.

—¿Y no era así?

La carcajada, sincera, sonó aterradora. Inundó todo el habitáculo y por un momento pareció hacer olvidar a Francisco Casanova su posición de indefensión.

—Era justo lo contrario. —Francisco observó la estancia con detenimiento—. ¿Acaso crees que no sé dónde estoy? —Dejó que Marcial procesase la pregunta antes de contestarla—. Cristóbal Fandiño era un desgraciado que se gastaba parte de lo que cobraba del paro en follar con cualquiera que no fuese la frígida de su mujer. Domingo lo vio salir un día del piso de la rumana y, dominado por los celos, lo siguió. Decidió investigarlo, igual que hacía con todos los que pasaban por el coño de esa puta, incluido tú. Cuando descubrió que Fandiño, tan obsesionado como él con esa zorra, había descubierto que tenía un hijo, decidió, como buen empresario, sacar tajada.

—¿Quieres decir que...?

—Para ser policía no pareces muy espabilado, desde luego. La zorra esa, en un estúpido arrebato de confianza, le contó a Fandiño lo de su hijo. Este, ni corto ni perezoso, decidió chantajearla para completar sus ridículos ingresos. Cuando Domingo lo descubrió, le obligó a compartir las ganancias. Ya sabes: por cuestión de salud, mayormente. Mientras, él le vendía a esa puta que iba a descubrir quién andaba detrás de todo; así se aseguraba de que ella lo necesitase. Era un puto gilipollas, pero tenía dinero; y en esta sociedad de mierda el dinero es poder y el poder da más dinero.

Marcial no dijo nada. Permaneció callado digiriendo la nueva situación. Las palabras que el Cazador acababa de largar arrojaban luz al comportamiento de Fandiño y Domingo. Aunque lo de cargar el muerto al muerto era la estrategia más antigua del mundo, el hecho de que Francisco Casanova no se hallase en dependencias policiales, ni sometido a un interrogatorio ordinario, le aportaba credibilidad a sus palabras. Incluso la actitud de Cristóbal Fandiño, guardando silencio aun después de verse descubierto, cuadraba mucho más con el papel de segundón que con el de protagonista principal. No pudo evitar pensar en Sasha. Había muerto a manos de quien creía su tabla de salvación, sin saber que en realidad era uno más de los muchos que trataban de obtener algo de ella. Exactamente igual que había hecho él durante años, por mucho que tratase de convencerse de lo contrario. Era cierto que con ella no todo era sexo; tan cierto como que no supo su nombre de pila hasta que Zoe lo pronunció junto a su cadáver.

—¿A qué acudiste al Baros la noche que Domingo la mató?

—Eso es lo peor de todo. —El Cazador giró la cabeza y lanzó un esputo sanguinolento—. Después de advertirle que dejara de ver a la puta me enteré, siempre lo tenía controlado, de que estaba en ese bar. Solo iba allí cuando quedaba con ella, así que decidí pasarme y hacerle un recordatorio, pero ya

ves, la gente como él suele llevar muy mal que le den órdenes. Tú mismo pudiste comprobarlo en el ático.

»Además, cuando te vi en la mesa de al lado tuve un mal presagio, por eso me aseguré de que tus recuerdos de esa noche no fuesen del todo nítidos. — Francisco Casanova volvió a sonreír.

—¿A qué te refieres? —preguntó incrédulo.

—Doscientos euros, una conversación con la camarera y un poquito de burundanga tuvieron la culpa.

—¿Me drogaste?

—Técnicamente no fui yo.

Marcial se separó del Cazador y comenzó a deambular por la cochera. La noticia le había impactado. Ahora todo encajaba un poco más. Sabía que había bebido mucha cerveza, pero no era la primera vez que su nivel de alcohol en sangre rozaba el coma etílico con la yema de los dedos; por eso no lograba entender cómo se había producido ese vacío en su memoria. Incluso la absurda situación que lo había llevado a compartir fluidos con la camarera rubia de pechos generosos cobraba sentido, al igual que sus preguntas indiscretas a la mañana siguiente.

El inspector prefirió no mostrar su indignación al Cazador y continuó como si lo que acababa de confesarle no le hubiese afectado, al fin y al cabo ya no tenía solución.

—¿Por qué esa insistencia en que Domingo no viese a Sasha? ¿Cuál es el problema de que un empresario joven y soltero disfrute con quien le dé la gana?

Francisco se puso serio. Ocultó su dentadura por primera vez y le profirió una mirada torva.

—Estoy dispuesto a hablar de lo que ya sabes, incluso de lo que sé que averiguarás sin mi ayuda, pero no voy a ir más allá.

La negativa de Francisco a puntualizar el motivo por el que le preocupaba que el empresario frecuentase a Sasha, no impedía a Marcial dar por concluido un caso del que ya estaba en disposición de establecer una cronología más o menos acertada:

Domingo Bernal, después de cerrar un suculento negocio, y tras una cena en un lujoso restaurante de la ciudad, había acudido al Baros con Leopoldo Navarro, el gerente de Transportes Gullón. El Cazador, que tenía orden de controlarlo, fue informado de su presencia allí, así que decidió acercarse y recordar al empresario la conveniencia de evitar sus escauceos amorosos, por

algún motivo que Marcial no acababa de entender. Al descubrir que el inspector estaba en el mismo bar, y temiendo que pudiesen coincidir en la casa de la Sasha, tomó la decisión de sobornar a la camarera para que condimentase su bebida con algo de burundanga.

A la 1:20 el empresario la llamó y pocos minutos después acudió a visitarla. Leopoldo esperó a su amo, como buen perro faldero, y continuó bebiendo con él hasta que, pasadas las tres de la madrugada, emprendió el regreso a casa. A partir de ese momento, entró en juego Marcial. Primero con la llamada, pasadas las cuatro, después con el encuentro con Sasha y, por último, con la sustracción por error de su móvil personal. Cuando el inspector abandonó el refugio de las piernas de su musa, llegó el turno de Domingo otra vez, que, una vez hubo puesto fin a la vida de Sasha, no dudó en matar lo que quedaba de noche en el Baros.

Una vez aclarados los pormenores de la muerte de Sasha, al menos policialmente, el inspector decidió continuar por otros derroteros aún inexplorados.

—Hay una cosa que no alcanzo a entender. Y espero que esto sí me lo puedas aclarar. Pudiendo haber terminado con Domingo sin testigos...

—Tenía órdenes muy claras y Domingo se estaba yendo de la lengua, así que en cuanto lo tuve a tiro sin que la vida de la policía corriese peligro...

—¡Qué buen tipo!

—No soy una buena persona, lo sé. Pero no soy tonto y confío en que el tiempo que se le dedica a buscar al asesino de un empresario que ha matado a una puta es menor que el que se emplea en buscar al asesino de un policía.

—¿Por qué secuestraste a Noelia Crespo? —preguntó Marcial, que había decidido no malgastar un segundo más en el empresario.

—¿A quién?

—A la hija del dueño de Ensasana.

—Había que demostrarle que íbamos en serio. Con otros había bastado con las amenazas, pero el de Ensasana era un tipo duro. Al cabrón no había manera de hacerlo entrar en razón. Y eso que hasta nos las arreglamos para meter a uno de los nuestros en su empresa. Pues ni así. Hasta que no secuestramos a su hija no entró al trapo, el hijo de puta.

—Y lo matasteis porque dejó de pagar —afirmó Marcial.

—Equilicuá.

Marcial volvió a caminar por la cochera sin decir nada. Estaba satisfecho con lo que había conseguido, aunque había dos incógnitas que necesitaba

despejar. Empezó por la más sencilla, y a la vez más dolorosa:

—¿Envenenaste a Sola? —Marcial se vio obligado a puntualizar ante el semblante de incomprensión de Francisco—. Mi perra.

El Cazador le buscó la mirada. Marcial le ayudó a encontrarla.

—Sí —respondió arrogante.

Sabía que debía controlarse. Aquella cochera no estaba insonorizada y a esas horas de la madrugada el sonido se medía en otra escala más sensible. Aun así, soltó el primer puñetazo con tanta fuerza que la silla volcó, golpeando con el respaldo en el suelo y haciendo que Francisco Casanova, cuyas manos habían quedado emparedadas entre ambas superficies, emitiese un sonido gutural. Lo incorporó. Ahora era él quien buscaba su mirada. Cuando la encontró volvió a repetir la acción, esta vez con la mano abierta y sin que la silla se desplazase de su sitio.

El Cazador tuvo que escupir sangre un par de veces antes de volver a hablar:

—Vamos, hombre, solo es un perro. Yo también tengo. En casa no, claro; en una finca en Tallante. Ahí es donde deben estar. Esta sociedad se está volviendo loca. Trata a los animales como si fuesen personas...

—Ya quisieran las personas.

—¿Ves? Los animales deben estar al servicio de las personas y no al revés —sentenció.

Marcial se acercó hacia él y atrapó su cuello con la mano derecha. Comenzó a apretarlo mientras se dirigía a él:

—La escoria como tú es la que utiliza a los animales como si fuesen juguetes. Sois unos mierdas.

Cuando empezó a notar cómo se tambaleaba disminuyó la presión. El paso del aire le hizo recobrar el resuello.

—¿Quién es el cabecilla de esta organización?

—Ese no es el trato. Te he dicho que te aclararía dudas, no que te las resolvería.

Marcial cogió el trapo sucio que había dejado sobre el maletero y se lo introdujo en la boca con violencia. Después soltó las ligaduras que lo mantenían unido a la silla y, agarrándolo por las muñecas, lo arrastró hasta el lateral de la cochera donde una tubería de PVC descendía sin llegar a tocar el suelo. Lo izó y volvió a atarlo, esta vez en posición vertical y con los brazos en alto. Aún con el pañuelo impidiendo la emisión de ningún sonido, Marcial le desabotonó el pantalón vaquero y se lo bajó, al unísono, junto a los

calzoncillos. Rebuscó durante un rato en las estanterías hasta que dio con lo que necesitaba: unos alicates de corte. Se aproximó al Cazador y le libró del trozo de tela.

—¿Qué vas a hacer, chalado?! —dijo con un evidente tono de preocupación.

—No es nada, hombre. Seguro que le has cortado mil veces el rabo a un perro sin preocuparte cuánto lo necesitaba, ¿verdad?

—¡Estás loco!

—Eso dicen. Veamos —Marcial acercó los alicates hacia su miembro, mientras Francisco Casanova trataba de dificultar su objetivo emitiendo sacudidas—. No te resistas, hombre, si así vas a estar muy guapo. Por cierto, después, si quieres, vemos qué podemos hacer con esas orejas.

—¡Está bien, está bien! ¿Qué quieres saber? —dijo compungido.

—Vamos a hacer una cosa: dime quién dirige todo este tinglado y podrás permanecer con el rabo entre las patas.

—Eso no puedo decírtelo.

—Ese no era el trato. —El inspector volvió a colocar los alicates en la entrepierna de Francisco Casanova, que comenzó a zarandearse esquivando la herramienta.

—¡Espera! ¡Espera! —chilló. Marcial cesó la persecución del apéndice de su reo—. No tengo ni idea de quién es el jefe: nunca lo he visto ni he hablado directamente con él.

—Entonces, despídete de tu amiguito —dijo, haciendo referencia a su pene.

—Dame un segundo, hombre. No puedo decirte quién está detrás de esto, pero sí quién es su próximo objetivo.

Por un momento el rostro del Cazador mutó, dejando a un lado toda la fragilidad que había mostrado hasta ese instante, para transformarse en el de siempre, el que había obsesionado a Marcial desde que Sonia Rueda le pasó el retrato robot. Al inspector no le pasó desapercibido el cambio de semblante. El chivatazo que Francisco Casanova quería ofrecer para conservar su virilidad prometía no dejarlo indiferente, así que lo instó a hablar con un movimiento de testa.

—Un buen amigo tuyo —dijo con evidente ironía—: El inspector Miralles.

46. Un nuevo amanecer

Después del tercer intento, desistió. Miralles no respondía a sus llamadas, aunque atendiendo a la hora, a todas luces intempestiva, tampoco tenía por qué significar que hubiese sucedido algo malo. Quizá simplemente tenía el teléfono en silencio; incluso que viendo que era él quien estaba al otro lado de la línea hubiese optado por no descolgar. No podría reprochárselo: él, en su situación, lo haría. Necesitaba saber si las palabras del Cazador eran ciertas o se trataba de una burda argucia para ganar tiempo. Aún le quedaba una última bala en la recámara: Zoe. Buscó en la pestaña de llamadas realizadas y comprobó con cierto sonrojo que era casi la única del listado. Al menos la única que no estaba perseguida por la justicia. Llamó. El sexto tono que dio paso al contestador automático le convenció de que algo no iba bien. Una cosa era que Miralles no atendiese a sus llamadas, pero ella... Ni siquiera la nueva Zoe había sido capaz de desprenderse del extraño don de la obediencia con el que había sido castigada. El mejor ejemplo era la última misión que le había encomendado y que ella, a pesar de no estar de acuerdo, estaba ejecutando. La lógica le decía que debían estar juntos, así que si alguien pretendía hacer daño al inspector era posible que hubiese tenido que enfrentarse también a Zoe. La falta de noticias, por una vez, no parecía señal de buenas noticias.

Abordó su 308 y abandonó la cochera, no sin antes asegurarse de que Francisco Casanova quedase bien atado y amordazado en su interior. No había recorrido ni diez metros cuando frenó en seco, a pesar de que el semáforo estaba en verde. Hasta ese momento, igual que le había pasado cuando contempló el cuerpo inerte de Sasha, no había sido consciente de lo poco que se había preocupado por conocer de verdad a Zoe. Hacía casi un mes que había descubierto la relación con Miralles y no sabía dónde acudir para localizarla. Se había preocupado más por inventariar reproches que por atender explicaciones, y la consecuencia era evidente: desconocía todo de la pareja.

Tenía que pensar deprisa, y divagar en las bajezas de su ego no le ayudaba,

así que se centró en los datos objetivos. Desde donde estaba hasta la casa de Miralles apenas había cinco minutos, incluso a esas horas de la madrugada algo menos. A la de Zoe, en cambio, había que correr mucho para estar en menos de un cuarto de hora. Como desconocía si la afirmación del cazador era veraz, y el factor tiempo se antojaba decisivo, puso rumbo al destino más cercano con el deseo de no haber errado en su decisión.

El piso de Unai Miralles estaba situado en la Ronda Ciudad de la Unión, justo en el edificio que había a continuación de la ya conocida como rotonda del seiscientos, por albergar en su interior un vehículo de este modelo, y que a algún político municipal, con dudoso sentido del humor, le había parecido interesante ubicar en la entrada de la famosa barriada de Las Seiscientas.

Dejó el coche en la misma puerta del edificio, obstaculizando un vado. Echó un vistazo a los nombres que aparecían en el listado del interfono y descubrió el del inspector en el segundo derecha. Lo pulsó con insistencia, pero no obtuvo respuesta. Temió haberse equivocado. No obstante no pensaba irse de allí sin comprobarlo en persona: el asunto lo merecía. Constató en su reloj que estaban a punto de dar las cuatro y media de la madrugada y resolvió que usar la misma técnica que en el edificio desde donde habían disparado a Domingo Bernal era inviable, así que se desprendió de la cazadora de cuero y se valió de ella para mitigar el estruendo que produjo la rotura del cristal cuando lo golpeó con la pistola. Retiró los trozos más peligrosos e introdujo la mano hasta alcanzar el pomo.

Subió las escaleras a toda velocidad, con el arma desenfundada; esta vez se aseguró que fuese la H&K. No necesitó recurrir a la violencia para entrar: la puerta estaba entreabierta. El corazón se le puso a mil y se obligó a acompañar la respiración antes de desplazarla con suavidad. Entró con decisión, apuntando al frente. La luz del recibidor, desde donde podía vislumbrar gran parte del salón, estaba encendida. No le hizo falta dar ni un paso para advertir que la casa había sido registrada exhaustivamente. Los cajones de los muebles estaba abiertos, algunos tirados bocabajo, con su contenido esparcido por el suelo. Las vidrieras del armario habían sido violentadas como si se negasen a creer la transparencia de sus puertas; varias figuras de cerámica se esparcían por el piso en fragmentos tan pequeños que ni siquiera permitían intuir la imagen original que representaban. Pero no fue eso lo que más preocupó a Marcial.

Una notable mancha de sangre descansaba a escasos centímetros de sus zapatos, junto a un llavero con el símbolo de Renault.

Marcial avanzó, vigilante, sorteando obstáculos, hasta alcanzar la puerta del fondo del salón. No había percibido ningún sonido que le hiciese aventurar que quienquiera que fuese el autor de ese destrozo continuase allí, aunque prefirió no confiarse pese al desasosiego que le suponía no saber en qué estado podía encontrar a Zoe. Desembocó en un pasillo oscuro que permitía adivinar que los cuatro habitáculos que se distribuían a lo largo de su longitud no filtraban luz alguna bajo sus puertas, así que el inspector dejó el tiempo necesario para que sus pupilas se adaptasen a la oscuridad antes de proseguir. Abrió la primera con suma lentitud y, agradeciendo que el pomo no emitiese sonido alguno. La ventana brindaba a la habitación mayor luminosidad que el lugar desde el que miraba Marcial, lo que le permitió comprobar con suficiente nitidez que aquella estancia tampoco se había librado de la indiscreción de su visitante. Incluso el colchón había sido rajado para asegurarse de que no se ocultaba en su interior. Avanzó hasta su siguiente objetivo con la misma cautela de la que había hecho gala hasta ese momento. Repitió la operación con el pomo de la puerta, pero lo que vio esta vez le impidió mantener la calma. Encontró a Zoe atada y amordazada a la silla giratoria de un despacho igualmente ultrajado. Un reguero de sangre encostrada cubría parte de su rostro, reviviendo la imagen que Marcial había presenciado en la azotea de Domingo Bernal. La cabeza ladeada, descansando sobre su hombro derecho, le confería una pose mortuoria que el inspector se afanó en deshacer. Corrió hasta ella, enfundando su arma y olvidando por completo cualquier protocolo policial. Asió su cabeza y la irguió. Sus ojos seguían cerrados, pero los dedos índice y corazón del inspector confirmaron que estaba viva. Marcial, nervioso, la desató y la condujo en volandas hasta el sofá del salón donde comenzó a propinarle leves sacudidas para que volviese en sí. Tras unos interminables segundos la voz de Zoe —quebrada, lejana— alcanzó los oídos de Marcial:

—¿Unai?

Marcial tragó saliva, orgullo y bilis. Luego respondió:

—Soy yo, Zoe: Marcial.

—¿Cómo está Unai?

—Bien —mintió—. Ahora descansa. En breve llegará la ambulancia.

Al comprobar que Zoe parecía sumirse otra vez en un profundo sueño, se dirigió a inspeccionar las dos últimas puertas sin más precaución que posar su

mano sobre las cachas de la *H&K*. La primera le condujo a una pequeña sala de estar en el mismo estado de vejación que el resto de la casa, sin ningún indicio visible de la presencia de Miralles. Alcanzó la última puerta con la certeza de que tras ella hallaría lo que buscaba.

Abrió.

Se trataba de un cuarto de baño, alicatado en azul claro hasta media altura y rematado por una pared lisa color crema que había sido profanada por incontables salpicaduras sanguinolentas. Los ojos de Marcial se depositaron al instante sobre la bañera, donde un Miralles semidesnudo, amoratado, y con múltiples evidencias de haber sido torturado, permanecía inmóvil; en una postura que de ninguna manera podría adoptarse de forma consciente. Se acercó y repitió la operación que había realizado sobre la yugular de Zoe. Nada. Acercó la oreja hacia el pectoral izquierdo de su colega y creyó percibir un leve murmullo, un quejumbroso latir que parecía empeñado en mantenerlo con vida a pesar de las evidencias físicas. Lo izó como pudo y lo trasladó al otro sofá del salón. Sacó el teléfono y marcó el 112.

Por suerte para Zoe, pero sobre todo para Miralles, la ambulancia tardó pocos minutos en llegar. A pesar de que el Rosell estaba a menos de un kilómetro de distancia habían optado por llevarlos al Santa Lucía, más moderno y menos castigado por la incompetencia del gobierno regional. Marcial había ido detrás, en su 308, y, una vez en el hospital, acompañó a Zoe hasta donde los sanitarios le permitieron. Después no le quedó más remedio que intercambiar minutos de espera por promesas de venganza. Trataba de decidir cuánto dolor infligir y cómo proferirlo cuando la voz del comisario le privó de llevar a buen puerto el interrogatorio que idealizaba para el Cazador:

—¿Qué está pasando, Marcial?

—Ni puta idea.

Miguel Lasaosa vestía ojeras violáceas bajo las gafas de montura invisible, y un traje azul marino donde la corbata negra delataba la premura en la elección de su ropaje. El comisario, en condiciones normales, era benevolente con Marcial, así que dedujo que en ese estado de desconcierto provocado por los acontecimientos y la falta de sueño sería más vulnerable de lo normal.

Y decidió aprovechar la situación.

—Necesito que me dejes seguir investigando la trama de Domingo Bernal. Los que han entrado en casa de Miralles buscaban algo lo suficientemente

importante como para que no les haya temblado el pulso a la hora de torturar a un inspector de policía hasta dejarlo debatirse entre la vida y la muerte.

—¿Por qué sospecha que esto tiene que ver con su caso, inspector? Si la torturada fuese la agente Ochoa lo entendería, pero parece obvio que ella solo pasaba por el sitio equivocado en el momento más inoportuno.

Marcial meditó su respuesta. El comisario era un hombre acostumbrado a respetar las normas y lo que estaba a punto de confesarle, sin duda, iba a provocarle una disquisición moral de gran calado. Alargó la pausa unos segundos más de los necesarios para disfrazar su silencio de meditación y después contestó:

—Tengo retenido al asesino de Lucas Crespo y Domingo Bernal. Él fue quien me alertó de lo de Miralles.

—No me joda, Lisón.

—No soy Lisón.

Lasaosa emitió un bufido de hastío. En parte por el mantra en el que Marcial había convertido aquella respuesta; en parte porque el inspector parecía haber perdido el norte por completo.

—¿Pretende que le deje retener y torturar a un prófugo para que usted pueda saber quién retuvo y torturó a mis hombres?

—Y descubrir quién se esconde detrás de Domingo Bernal —apostilló Marcial, con una indiferencia que denotaba no advertir la ironía del comisario.

—Sabe que no puedo hacer eso —susurró—. Me juego mi carrera.

—¡Que le den a tu carrera! ¡Échale huevos por una vez a la vida!

—No pienso ser cómplice de un delito.

—Ya lo eres.

—No le he dado permiso.

—Yo tampoco te he dicho donde lo tengo retenido. Así que, si no me denuncias, eres, oficialmente, cómplice de secuestro —sentenció el inspector, arrinconando con la mirada al comisario, que permanecía pensativo, en silencio.

Lasaosa desvió la mirada, como si temiese que la de Marcial pudiese herirlo. Había ido labrando sus ascensos a base de hacer lo que tocaba en cada momento, sin levantar polvo con sus pisadas. Apenas tenía enemigos y había aprendido a usar los cortafuegos necesarios para evitar que eso sucediera. Siempre se rodeaba de personas con fuerte carácter, pero con gran predisposición a respetar la jerarquía. Marcial había sido la única excepción

que había admitido; y sabía bien por qué. El inspector representaba todo lo que él ansiaba: una personalidad titánica y fe en sí mismo. Podría denunciarle y acabar de un plumazo con la carrera de un policía que nadie, salvo la agente Ochoa, echaría en falta dentro de su departamento; pero si aceptó jugarse todo lo que había logrado, tras más de treinta años de pertenencia al Cuerpo, era porque dos de sus mejores policías habían sido brutalmente agredidos, y en el fondo sabía que si Marcial se había empeñado en encontrar al verdadero culpable, nada ni nadie podría detenerlo.

—Ni bajo tortura admitiré haber tenido nunca esta conversación.

El vendaje le oprimía la cabeza, y Zoe hubiese jurado que el dolor intermitente que sacudía sus sienes tenía más probabilidad de haber sido originado por la desmedida compresión que la enfermera había ejercido que por los golpes que le asestaron en casa de Unai.

Apenas recordaba nada de lo sucedido. Después del primer impacto todo fue oscuridad. Tan solo durante unos pocos segundos, tras recobrar la consciencia, fue capaz de intuir que los desgarradores gritos que se escapaban del pasillo pertenecían a Unai. Entonces, recordaba Zoe, trató de incorporarse, pero el suelo se había convertido en una peonza que se negaba a ofrecer un lugar seguro donde posar los pies. Cuando creyó haberlo conseguido, usando el brazo del sofá como asidero, trastabilló, arrastrando, en su intento por alcanzar un nuevo punto de apoyo, una figura de cerámica que había sobre la mesa. El estruendo había alertado al hombre que la había golpeado y, antes de que pudiese recuperar la verticalidad, sintió un nuevo impacto que la dejó fuera de combate otra vez. Las siguientes imágenes que ofrecía su cerebro, en el vano intento por recordar lo sucedido, correspondían al doctor que le había informado del traumatismo craneoencefálico que padecía, y que le aconsejaba permanecer veinticuatro horas en observación.

Había recibido la visita de Lasaosa; la de Fornet; la de Rubio; incluso Brau había pasado unos minutos, sin embargo, seguía sin noticias de Marcial. Sabía, porque así se lo había confirmado el comisario, que había sido él quien los había encontrado. Ignoraba cómo supo que estaban en peligro, aunque podía imaginarlo perfectamente. Pero en ese momento era lo que menos le importaba. Si quería verlo era por una cuestión mucho más práctica: nadie había dicho ni una palabra del estado de Unai. Todos habían escupido

excusas tan triviales como «No te preocupes ahora de eso», «Los médicos están aún con él» o la peor de todas: «Ahora solo debes pensar en ti». ¿Acaso no eran conscientes de que con respuestas tan esquivas solo conseguían preocuparla más? Marcial no se andaría por las ramas. Si a Unai le pasaba algo grave él se lo diría. El inspector no acostumbraba a endulzar sus respuestas y ella necesitaba, con todas sus fuerzas, conocer la verdad. Los chillidos que pudo sentir en el poco tiempo que su captor le permitió mantener alerta sus sentidos le hacían temerse lo peor.

Unos nudillos golpeando la puerta devolvieron a Zoe a la habitación.

—Adelante.

Marcial cruzó el vano con la mirada fija en su compañera, regateando la pregunta que lanzaban sus ojos; tratando de salvar el abismo que se interponía entre ellos. Se situó en el lado derecho de la cama y observó con ira contenida la venda que rodeaba su cabeza.

—¿Cómo estás? —preguntó al fin.

Zoe no respondió enseguida. Sintió la sincera preocupación que las palabras de Marcial destilaban y las usó para almibarar las que tanto los había distanciado. Se hubiese recreado más en esas sensaciones de no ser porque en su cabeza rondaba una incógnita que lo relativizaba todo: Unai.

—¿Cómo está?

Marcial no necesitó que le precisase a quién se refería. Tomó nota de su segunda derrota y trató de encajarla con una elegancia de la que era desconocedor.

—Está en coma —dijo sin más.

—¿Pronóstico? —preguntó con los ojos acuosos.

—Pinta muy mal.

—¿Ha sido el Cazador?

Zoe lanzó la pregunta mientras enjugaba sus ojos. La mirada que emergió después de este gesto aterró al inspector. Se había desprendido de toda compasión y había insuflado vesania hasta tornar roja la esclerótica.

—No.

El silencio que guardó Zoe tan solo era el preludio de la desnudez que Marcial iba a experimentar al escuchar sus próximas palabras:

—¿Dónde lo tienes?

—En la cochera de Fandiño.

—¡Quiero verlo!

—Mañana, cuando te den el alta.

—Quiero ser yo quien lo mire a los ojos y le pregunte por qué.

Marcial asintió. Nunca la había visto tan preñada de odio. Aconteció un silencio que el inspector usó para un cambio de tercio.

—¿Quieres que te traiga ropa limpia?

—Te lo agradecería.

Volviéron a mirarse sin decir nada, siendo cómplices de un secreto con aires de venganza.

—Descansa —dijo Marcial a modo de despedida.

El reloj estaba a punto de dar las seis y veinte de la mañana cuando aparcó en la acera de enfrente de la cochera. El cielo aún mantenía el duelo. Una vez autorizado por el comisario para centrar sus esfuerzos en arrancar una confesión a Francisco Casanova, a Marcial le resultó imposible postergar el encuentro. Le había prometido a Zoe que dejaría que fuese ella quien preguntase los motivos que habían conducido a fijar a Miralles como el siguiente objetivo, pero, a pesar de que sus ojos decían que algo en ella había cambiado, dudaba que la capacidad de convicción de su compañera fuese tan sólida como la suya. Asumió su promesa rota como un daño colateral más y anduvo el camino que lo separaba de la puerta rememorando las atrocidades que había pergeñado en la sala de espera. Justo antes de abrir se percató de que algo no iba bien: la cerradura había sido forzada desde fuera.

Subió la persiana y no pudo contener la impotencia al ver las bridas cortadas en el suelo, junto al trapo con el que lo había amordazado y las cuerdas que lo habían fijado a la tubería. Sin embargo, cuando avanzó hasta el final de la estancia, todo eso pasó a un segundo plano. Detrás de la mesa de despacho que había al fondo, en el suelo, un cuerpo inerte de mujer descansaba bocabajo. Se apresuró a comprobar sus pulsaciones, ayudado de un trapo para no dejar sus huellas, y constató su primera impresión: estaba muerta. Después la volteó ligeramente, evitando dejar ningún rastro sobre el cuerpo, y observó su rostro. La conocía.

La camarera del Baros.

Agarró la silla y la estampó contra la pared mientras injuriaba. En ese momento se percató de que encima de la mesa había una nota manuscrita. La leyó, con la tranquilidad de ver que la caligrafía era desconocida: «Nunca hay que dejar cabos sueltos».

Se acercó al cuerpo nuevamente. Una vez más su instinto le había fallado.

Su arraigada costumbre de desconfiar de todo ser humano hasta que le demostrara lo contrario le había jugado una mala pasada otra vez. La camarera que yacía muerta no era la que había compartido cama y solicitado confidencias, sino la morena que la acompañaba la noche en que mataron a Sasha y que, a buen seguro, era la culpable de que Marcial no guardase recuerdos de la madrugada del sábado.

Veinticinco minutos después, con todo recogido y eliminadas las evidencias de su paso por allí, abandonó la cochera. Había perdido la única pista que tenía para seguir el rastro de la trama de Domingo Bernal y otro cuerpo regaba de sangre la ciudad de Cartagena. Un nuevo fracaso había pasado a adornar su currículum, tan doloroso como no haber descubierto, diecinueve años atrás, el móvil del asesino del café, o como no haber podido detenerlo hace un año. Se dejó vencer por el pesimismo durante unos minutos. Golpeó el volante, desgañó imprecaciones, supuró odio. Se vio incapaz de demostrar la inocencia de Santi; de proporcionarle a Zoe la venganza que demandaba; de dar alimento a su demonio interior.

Echó mano de su llavero para cerciorarse de que la llave de casa de Zoe estaba ahí, y arrancó el 308.

Amanecía.

El sol se abría paso entre las nubes cuando Marcial introdujo la llave que lo conducía a la parte privada de Zoe, esa que él no se había molestado en conocer. No pudo evitar cierto pudor al vulnerar su intimidad.

Se trataba de una casa vieja, escondida en las entrañas de los Molinos Marfagones, una barriada de la periferia que Marcial había frecuentado poco. La puerta de acceso conducía directamente a un salón cuadrado en el que un sofá de tres plazas, un par de estanterías y un pequeño mueble para el televisor copaban todo el espacio sin dar muestra de aglomeración. A la izquierda, una discreta cocina de muebles marrones y piedra negra completaban la primera planta. Todo estaba limpio y ordenado, en perfecta consonancia con la imagen que Marcial se había dibujado, durante todos estos meses, de su compañera. Ascendió a la planta superior, un estrecho pasillo daba opción a elegir entre dos puertas: baño y habitación. Ambas estancias presentaban igual estado de pulcritud que el resto de la casa.

Marcial se sentó sobre la cama y clavó su mirada en la foto que descansaba sobre la mesita de noche. Zoe sonreía, abrazada a un hombre de pelo cano y a

una mujer con un asombroso parecido a la agente: sus padres, sin duda. En breve haría un año que Lasaos la cruzó en su camino y en todo ese tiempo nunca había tenido la curiosidad de saber nada de su vida personal; exactamente igual que con Sasha; exactamente igual que con todos. Pero Zoe, a pesar de los últimos acontecimientos, no era una más.

Nunca lo había sido.

Depositó el retrato en su sitio y se dirigió al armario. La puerta acristalada le devolvió la imagen de un cuarentón con barba de tres días, de mirada esquiva y facciones duras, que se le antojaba desconocido. Desubicado, en una habitación que rezumaba nostalgia, junto a una cama con falta de sueño, resolvió que Zoe y él no eran tan diferentes. Incluso ella había adoptado su propio perro faldero para engañar a la soledad. Fue mientras esbozaba ese pensamiento tan poco oportuno sobre Miralles cuando el teléfono sonó y le apartó de elucubrar alguna torpeza más.

Como casi siempre el móvil había sido portador de noticias poco halagüeñas. No porque él sintiese especialmente que Miralles hubiese perdido la batalla que libraba por aferrarse a la vida, sino por lo que dicha pérdida iba a ocasionar en Zoe, y cómo el recuerdo del chantaje al que lo había sometido podía marcar el devenir del compartimiento de su compañera hacia él. Volvió a sentarse en la cama y trató de imaginar cómo se enfrentaría Zoe a ese duro revés. Sus ojos, caprichosos, se dirigieron al tocador que había enfrente. Una nueva fotografía, esta vez de Miralles y Zoe, abrazados, sonrientes, le hizo sopesar haber errado en el diagnóstico del inspector. Quizá ella tenía razón. Quizá Miralles había cambiado. Quizá él no era más que un insociable encaprichado de una chica a la que temía perder por su incapacidad para expresar sus sentimientos. Por un momento hizo suyo el dolor de la pérdida de Zoe. Por un momento creyó sentir cómo un vacío se instalaba en su interior. Por un instante creyó sentirse más humano.

Se tumbó bocarriba en la cama y por primera vez en su vida sintió empatía por alguien. Comprendió que nada tenía ya importancia; que debía aprender a convivir con la derrota. Siempre había sido un perdedor. Uno que se resignaba a creerlo, pero un perdedor al fin y al cabo. Dolores, el asesino del café, Santi, Villanueva, su demonio interior, hasta la propia vida, arrojando a Zoe a los brazos de Miralles, le había ganado la partida. Qué más daba el paradero del hijo de Sasha. Qué importancia tenía el verdadero rostro que había dictado las órdenes de Domingo. Por qué seguir luchando cuando ya había perdido la batalla más importante. Emitió un suspiro silente al vacío.

Y lloró.

Lloró como nunca antes lo había hecho.

Y gritó.

Gritó para liberar la rabia provocada por su incompetencia.

Y asumió que había nacido para estar solo.

Triste, solitario y final

Este montón de páginas no tendría sentido sin ti, querido lector, así que es de ley que te haga llegar mi gratitud en primer lugar.

Detrás de *Inspector Solo* hay un montón de personas anónimas; cada una de ellas ha aportado su granito de arena para pulirlo hasta convertirlo en el producto que ahora sostienes sobre tus manos.

Lo que has leído no sería igual sin la colaboración de Miguel Ángel, Raquel, Sonia, Isabel y Mercedes; ellos fueron los primeros ojos críticos a los que tuvieron que enfrentarse Marcial y Zoe.

De igual manera he de agradecer el trabajo en la sombra de María José Moreno y Mónica Mira, compañeras de Versátil. Ellas saben por qué.

Por supuesto nada de esto hubiera sido posible sin el tesón de David G. Panadero, la confianza de Esther Herranz y la paciencia de Eva Olaya. Gracias por confiar en Marcial.

Mención aparte merece Pere Cervantes. Sin sus consejos, sus aportes y su experiencia, sin duda, es muy posible que esta historia no hubiese dado el salto de calidad necesario para llegar a una editorial como Versátil. Gracias por todo, socio.

Evidentemente, el apoyo de mi familia ha sido un pilar básico durante los meses de trabajo que me ha robado *Inspector Solo*. No es fácil cambiar horas de su compañía por horas de soledad frente a la pantalla del ordenador. Laura, David, Enzo... Os quiero.